

EL MAR
en tu
SONRISA

MARÍA VIQUEIRA

Copyright

EDICIONES KIWI, 2021
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, octubre 2021

© 2021 María Viqueira
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Carol RZ

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

Epílogo
Agradecimientos

*It's just another damn part
Don't let it get the best of you
It's only up from the floor
Light everything inside of you
Don't burn out, don't burn out on me
Don't burn out, don't burn out on me*

Imagine Dragons

Capítulo 1

VALERIA

Hay dos cosas que odio en este preciso instante: las mudanzas y a mi mejor amigo. Debo admitir que ambas están muy relacionadas, pues la primera es consecuencia directa de la segunda.

Noel y yo hemos vivido juntos durante todo un año en nuestro piso de estudiantes. El momento que tanto temía tenía que llegar. Sin embargo, el tiempo ha pasado tan rápido que ni he podido asimilarlo. Él ya es piloto y yo, oficialmente, soy graduada en Ciencias de la Actividad Física y el Deporte. Supongo que debería sentirme emocionada por empezar una nueva etapa en mi vida, pero solo estoy confusa y perdida.

Ya no estamos matriculados en la Universidad del Mediterráneo, así que ya no podemos utilizar sus residencias. Podríamos haber buscado juntos un nuevo piso si Noel no hubiese sido un traidor. Se va a vivir con Andrea, su novia. Y yo... Yo he vuelto con mi madre. Es deprimente. Después de saborear durante cuatro años la libertad, toca regresar al nido.

Miro mi antigua habitación, totalmente angustiada. No sé ni por dónde empezar. Mi madre me ha sacado todas las cajas para que las organice. Y, cuando digo todas, son todas. Algunas las he traído de mi piso de estudiantes; otras las dejé aquí al irme. Estoy segura de que otra buena parte son trastos que guardé cuando era más pequeña y no quise deshacerme de ellos. He captado al vuelo su indirecta para que seleccione qué quiero almacenar y qué tengo que tirar. Supongo que no es tan mala idea. Ya que me mudo, aprovecho para ordenarlo todo. El único problema es que no tengo ninguna gana.

—¡No comerás hasta que termines! —grita mi madre

desde la cocina.

No es una amenaza en serio, solo es para que me apure. Si hablara de verdad, me parece que no comería nunca.

Estoy a punto de hacerlo más fácil. Es decir, puedo coger todas las cajas antiguas y tirarlas al contenedor. Ni siquiera sé qué guardan, es imposible que me arrepienta y las eche de menos. Soy una débil, así que no lo hago. Es más, ni siquiera empiezo organizando las otras, las que sí sé lo que tienen. Cojo una de las que precinté hace tiempo, la abro y examino el contenido.

Una sonrisa se instala enseguida en mi cara cuando descubro mis juguetes. Mis barbies, mis Playmobil... Hasta mis peluches están aquí. Saco al pequeño Tippy, el osito que me acompañó hasta los nueve años, y lo abrazo. Lo coloco de nuevo en la cama, pues esta noche me apetece volver a dormir con él. Supongo que hubo un momento en el que creí que era mayor para dormir abrazada un peluche. Ahora me siento demasiado nostálgica como para esconderlo de nuevo.

Metó todo lo demás dentro y me propongo continuar, bastante más animada. Pongo de fondo La Oreja de Van Gogh para que se me haga más ameno. Tuve una infancia feliz junto a mi madre y a mis amigos, y recordarla solo me trae un trocito de esa felicidad al presente. Abro la segunda y descubro mis agendas y diarios. Me río incluso antes de empezar. En el colegio y parte del instituto, mis amigas y yo nos firmábamos las agendas escolares antes de terminar el curso. Nos contábamos lo más importante, nos decíamos que nos queríamos. Todo era mucho más sencillo y más bonito. Algunas de esas chicas ya no están en mi vida; la distancia y los caminos separados se ocuparon de ello. Otras sí, y volver a descubrir sus *yo* de quince años, solo me hace reír.

Sin embargo, esa risa se esfuma de golpe cuando abro otro diario, uno de cuando tenía dieciocho años. Empieza hablando de Álvaro y de lo mucho que lo quería. Desearía poder volver a esa época y decirle a la Valeria del pasado

que no se volviera loca por él, que no perdiera cuatro años de su vida a su lado, pero no puedo. Lo único que puedo hacer es aprender de esos errores para no volver a cometerlos. Tiro ese diario a la basura y cojo otro, de cuando era más pequeña.

Sonrío ante mi caligrafía de niña, de letra redonda y cuidada. Debía de tener unos diez años cuando escribí esto. Tan solo hay un encabezado y, a partir de ahí, todo está en blanco. No solo la hoja, sino el resto del cuaderno. Conforme leo, la sonrisa que se ha dibujado en mi cara desaparece poco a poco. No es más que una frase, pero una frase que significa mucho:

«Lista de locuras que hice antes de cumplir los veinticinco años».

Tengo veintitrés y, ahora mismo, no consigo recordar ninguna. Siempre he sido una persona muy responsable, de esas que planean hasta los horarios para ir al baño. Trato de recordar alguna, por pequeña que sea, pero no caigo en la cuenta. No puede ser que mi vida sea tan triste y ni siquiera lo haya notado. No puede ser que nunca haya hecho nada emocionante, nada digno de recordar. Me apuro para buscar mi teléfono, más angustiada de lo que quiero admitir, y llamo a la única persona que me conoce mejor que yo misma: Noel.

—Eh, Val —saluda al primer tono—. Me pillas liado ahora mismo, ¿puedo llamarte luego?

—Dime alguna locura que haya hecho en mi vida — ordeno en el acto. Ignoro su pregunta, necesito saber que hay alguna.

—¿Qué dices? ¿Qué pasa?

—Nada, solo necesito saber alguna.

—Pues... —empieza y se queda en silencio, imagino que cavilando. El simple hecho de que tenga que pensarlo tanto es mala señal. Yo podría decir varias locuras de Noel sin coger aire siquiera—. No sé ahora mismo, Val. ¿Recuerdas aquella vez que cogimos dos perros de la calle y los escondimos en tu casa durante cinco días?

—Sí, y también recuerdo que fue tu idea y que a mí me daba miedo que mi madre me pillara. —Suspiro—. Da igual, déjalo. Me parece que eso nunca ha sido lo mío.

—Oye, Val, ¿estás...?

No dejo que termine la frase. Cuelgo y apago el móvil. No sé en qué momento de mi vida cambié tanto. Con diez años mi ilusión era llenar un cuaderno con locuras, con esa clase de momentos que es imposible recordar sin sonreír. No he conseguido escribir ni uno solo. Supongo que en algún punto me acomodé y me volví conformista. Con Álvaro, con la rutina, conmigo misma. Vuelvo a leer el maldito encabezado y entonces caigo en la cuenta de algo. Queda un año y medio para que cumpla los veinticinco: aún tengo tiempo.

Arranco la página, guardo todo dentro de la caja de nuevo y decido dejarlo por hoy.

—¡La comida se enfría! —grita mi madre de nuevo. Después, aparece en la puerta de mi habitación y me mira desde el umbral—. Vamos, luego te ayudaré. He hecho macarrones gratinados, tus favoritos. Eh, ¿estás bien? —añade cuando me incorporo.

—Sí, mamá. Este año voy a hacer todas esas cosas que nunca me he atrevido —digo, convencida—. No más miedo, ahora voy a ser libre.

Capítulo 2

RYAN

Reviso de nuevo los cálculos. Necesito encontrar algún error, algún punto donde me haya equivocado y de repente me cuadre todo lo demás. Necesito un milagro, para ser exactos.

Dejo caer los papeles, frustrado y decepcionado conmigo mismo. Me prometí que cuidaría de mi familia y no puedo permitirme fallar. Llevo haciéndolo tres años, desde que todo se vino abajo. Mi sueldo como repartidor de una empresa de paquetería y como camarero apenas da para cubrir los gastos. Los estudios de Kylie, la escuela de Oli y la casa de Canberra son más de lo que puedo afrontar. Sin embargo, ninguno de esos gastos es prescindible. Ya casi no tenemos ahorros y ver cómo baja la cuenta corriente me angustia.

—¿Tan mal estamos? —pregunta Kylie desde la puerta.

Estaba tan ensimismado que no la he escuchado entrar. Trato de sonreír para tranquilizarla, pero tan solo me sale una mueca rara.

—Hemos estado peor —afirmo, y no es ninguna mentira—. Nos repondremos.

—Ryan, yo también puedo trabajar —asegura, convencida. Se acerca hacia la mesa donde están todos los papeles y apoya las dos manos—. No tienes que hacerte cargo de todo. Somos una familia, debemos afrontar juntos los problemas.

—No, Kylie —me niego—. Te queda poco para terminar la carrera, eso es lo único que debe preocuparte ahora.

—Pero...

—Pero nada, joder —la interrumpo de forma brusca—. Ve a descansar. Está todo bien, de verdad —termino. Sueno más tranquilo, aunque no es más que una fachada de la

realidad.

No insiste más. Me dedica una mirada de reproche y se retira en silencio. Tengo que pedirle perdón más tarde. Ahora no estoy de humor.

Sería una estupidez que sacrificase sus estudios cuando le queda tan poco para terminarlos. Tres asignaturas más y será diseñadora de interiores. En ese momento, tendrá una profesión que la hará feliz y que, además, estará mejor remunerada. Kylie ha perdido demasiado, se merece eso. Se merece todo. Sé que puede ayudar económicamente, pero prefiero que lo haga cuando haya alcanzado uno de sus sueños. Ya ha tenido que renunciar a otros tantos más.

No sé cómo hacerlo. Solo sé que soy responsable de ellos y que, de momento, no lo estoy haciendo bien. Vivimos en una casa pequeña, incluso aunque seamos solo tres. Paso poco tiempo aquí porque tengo dos trabajos distintos. Además, tenemos que hacernos cargo de Oli. Un niño de cinco años da mucha guerra. Me agobia pensar que les estoy fallando a ambos.

El teléfono suena entonces. Es demasiado tarde como para que sea una llamada normal. Compruebo el nombre en la pantalla y respondo:

—Nathan —digo como saludo—. ¿Ha pasado algo?

Debe de ser más de la una de la madrugada. No son horas para hablar, ni siquiera con el antiguo mejor amigo de mi padre.

—La he encontrado, Ryan —suelta a bocajarro.

El corazón se me detiene un segundo y consigue dejarme sin palabras.

—No te pedí que lo hicieras —espeto de vuelta. Me fallan los modales de nuevo; sigo sin estar de buen humor. No sé qué pensar al respecto. No dudo que lo haga por nosotros, pero no le corresponde a él.

—Lo sé, lo he hecho porque me preocupo por vosotros.

—Puedo hacerme cargo de esto. Llevo tres años haciéndolo. Solo es una mala racha.

—Mira, Ryan, tal y como yo lo veo tienes tres opciones.

Puedes seguir con tus trabajos de mierda y renunciando a tu vida para pagar una casa en una ciudad que detestas y que te aleja del mar, y que así Kylie pueda terminar su carrera donde quiere hacerla; puedes volver a vuestra casa en Cairns y que ella tenga que renunciar a sus sueños, aunque tú recuperes los tuyos, o puedes coger el contacto que voy a pasarte, tragarte el orgullo y ser feliz de una vez por todas.

Suena tan sencillo cuando lo dice él que no sé por qué a mí me cuesta tanto. Mi madre vino a Australia huyendo de mis abuelos maternos. Esa mujer vive en España y es posible que ni siquiera recuerde que tiene una casa aquí, casi abandonada. Solo tendría que hablar con ella e intentar que nos dejara vivir allí. Sin un alquiler que pagar, se terminarían nuestros problemas económicos. Quizá incluso podría volver a Cairns, con mis amigos y mi antiguo trabajo. Uno que sí me hacía feliz. Sin embargo, siento que traiciono el recuerdo de mi madre. Fue su decisión alejarse de ellos, no soy nadie para pedirles nada. No conozco a esa mujer, no es mi abuela ni nada mío.

—Vive en Málaga —sigue informándome—. Es una ciudad al sur de España. Te pasaré sus datos por correo.

—No hace falta —respondo, terco.

—Ryan, sé lo que estás pensando y creo que te equivocas.

—No, no lo sabes.

—Conocí a tu madre. No fallas a Lily por hacer esto. Ella está muerta, no va a volver. Vosotros estáis vivos. Tú estás vivo —recalca, como si quisiera darle importancia a un hecho que a veces yo creo que he olvidado—. Los años que pasan no vuelven nunca, las oportunidades que desaprovechas no surgen de nuevo y las experiencias que no vivas las perderás para siempre. El orgullo no va a conseguirte nada. No va a pagar las facturas, ni va a conseguir que Kylie sea diseñadora, ni va a hacer que dejes de asfixiarte fuera de la ciudad que adoras. La casa de tu abuela sí puede conseguirte todo esto. Lo has hecho bien,

Ryan. Estás cuidando de ellos. No tienes ni treinta años, no renuncies a tu vida tan pronto. Piénsalo.

No me deja responder, sino que cuelga en cuanto termina su discurso. Me quedo pensando en sus palabras. Yo no pedí nada de esto. Cuando mis padres murieron, fue como si tuviera que madurar de repente y aceptar unas responsabilidades para las que no estaba preparado. Dejé mis estudios para empezar a trabajar, me mudé para poder cuidar mejor a Kylie y a Oli. Han pasado tres años y la idea de volver a tener en mi vida algo de mi antiguo yo resulta llamativa.

Mi madre está muerta. No va a ofenderse porque me ponga en contacto con su madre. Ella entendería que hiciera esto, que lo intentase por el bien de mi familia. Al menos, eso es lo que me digo mientras abro el contacto que me ha pasado Nathan y me decido a hacerlo.

Y, aun así, la sensación en el pecho me dice justamente lo contrario. Que la estoy traicionando una vez más.

Capítulo 3

VALERIA

Tomo otro chupito y lo dejo en la encimera, junto a los de mis amigos.

Hoy estamos de fiesta, celebrando que por fin hemos terminado los estudios. A Claudia, Andrea y Lucía todavía les queda como mínimo un año más, pero el resto ya somos graduados. Noel incluso tiene su máster.

Estamos en el nuevo piso de la pareja feliz, así que también sirve como inauguración. No puedo evitar sentirme nostálgica pues, hasta hace poco, era yo la que vivía con él. El sentimiento dura poco, porque no me dejo pensar en ello. Después de un tiempo sin vernos, por fin nos hemos reunido todos. Junto a las chicas están Noel, Cristian y Leo. Incluso mis amigas Eva y Carol han venido también. Va a ser una gran noche y no quiero deprimirme pensando en que no sé qué haré con mi vida a partir de ahora.

—¿Qué tal ha ido la mudanza? —pregunta Noel tras acercarse a mí.

Lleva un cubata en la mano y pone otro en la mía. Nos conocemos de toda la vida, sabe lo que bebo. Sigo un poco enfadada con él por no incluirme en sus planes, pero sé que es algo normal. Además, está tan feliz que no puedo odiarlo, no cuando por fin tiene algo realmente bueno en su vida. Noel ha sufrido mucho debido a su familia. Si él se ha repuesto tras la muerte de su hermano pequeño y sigue adelante, sin duda, yo podré superar una ruptura, por mucho que haya trastocado todos mis planes de vida. Sobre todo, porque Álvaro y yo lo dejamos hace más de un año.

—Aún no he terminado —suspiro—. No creo que termine nunca. Hay más cajas que en un almacén de Amazon.

Noel se ríe y me mira con cariño.

—Sabes que puedo ayudarte si quieres. Andrea y yo ya hemos terminado de instalarnos.

—¿Qué tal vuestro nidito de amor?

—Genial —responde, y no me pasa por alto la sonrisa radiante que se le dibuja sola. Están tan asquerosamente enamorados que dan hasta grima—. Me encanta vivir con ella. Es perfecta.

Desvía la mirada hacia Andrea y yo lo hago también. Su novia y yo no empezamos con buen pie, pero nos hemos terminado por hacer buenas amigas. Se desvive por él y son felices juntos. Saber que Noel está en buenas manos es suficiente para mí.

—No empieces —le corto, antes de que vuelva a ponerse acaramelado—. Dais un poco de asco cuando estáis así.

Vuelve a reírse. Este último año estoy un poco más susceptible con el tema del amor y él lo sabe. Por eso aguanta mis comentarios al respecto y se los toma con humor. Se pone más serio antes de volver a hablar:

—¿Y tú, cómo estás? El otro día me dejaste preocupado con eso de las locuras. Ni siquiera me devolviste las llamadas después.

—Ya bueno, estaba muy liada con la mudanza.

—¿Y vas a contarme ahora qué te pasa o voy a tener que sonsacártelo? Porque sabes que puedo hacerlo.

No respondo de inmediato. Me limito a beber del cubata que me ha traído. A Noel no puedo mentirle ni aunque quisiera. Me conoce tan bien que me pillaría enseguida.

—Encontré un diario de cuando era pequeña —confieso—. Se supone que iba a escribir las locuras que hiciera, pero está vacío. Nunca he hecho nada extraordinario, Noel. Soy tan normal y mi vida es tan aburrida que resulta deprimente.

—Tu vida no es aburrida y has hecho muchas cosas.

—No —lo interrumpo—. Yo tenía un plan de vida. Iba a

ser profesora en un instituto, iba a vivir con Álvaro e iba a hacer todo lo que él quisiera. Así era mi vida.

—Val, eso no era vida. Hacer todo lo que una persona te diga o espera de ti es enfermizo —dice. Si le hubiera hecho caso en lugar de cegarme con unos sentimientos que no eran sanos, quizá no estaría tan perdida—. Ahora tienes la oportunidad de hacer lo que *tú* quieras, de hacer esas locuras que tanto te apetecen, de descubrirte a ti misma.

—Pero yo no soy así —protesto con un quejido. Es eso lo que me da tanto miedo, que no me gusta la persona que soy.

—¿Cómo lo sabes? Hasta ahora no has sido tú misma, has sido la persona que Álvaro quería que fueras. Este último año has cambiado, pero te queda más por recorrer. La chica de la que yo me hice amigo era atrevida y lanzada. Esa Valeria sigue ahí dentro, en algún lugar de ti.

Me gustaría creer que tiene razón, pero lo cierto es que no lo sé. He estado tan perdida este tiempo que ni siquiera me conozco a mí misma. Saco la hoja del diario y la miro. No sé por qué la llevo siempre encima. Quizá sea para recordarme que quiero cambiar o para no volver a cometer el error de que alguien más controle mi vida.

—¿Ese es el diario? —pregunta Noel mientras lo mira.

—¡Eh! ¡Estamos de fiesta! —exclama Cristian. Se coloca entre los dos y nos tiende un chupito a cada uno—. ¡Nada de tristeza, vamos a beber! ¡Todos juntos!

Mi grupo de amigos alza el pequeño vaso y se toma el chupito de un trago. Yo hago lo mismo y me reprendo, porque esto es justo lo que intento cambiar. No quiero hacer lo que me digan, sino lo que a mí me apetezca.

—¿Qué tienes ahí? —pregunta Cristian mientras mira el trozo de diario que está en manos de Noel. Él lo tapa, porque es un buen amigo, pero no me da vergüenza decirlo.

—Se supone que era una lista de locuras que iba a hacer antes de los veinticinco, pero está vacía.

—¿Una lista? Mola —comenta Leo, y se coloca a nuestro

lado.

Enseguida, todo el grupo está alrededor de nosotros, con la hoja en blanco en el centro.

—Aún te queda más de un año, puedes hacer varias — trata de animarme Andrea.

—Ni siquiera sabría por dónde empezar —confieso.

—Pero nosotros sí —suelta Cristian, divertido—. Así que vamos a ayudarte.

—Podemos hacer la lista entre todos, es verdad —la apoya Lucía.

—No hay nada más loco que apuntar cualquier cosa que te digan tus amigos —añade Claudia—. Sobre todo, si entre ellos hay gente como Cris.

El aludido me mira con una cara que no hace más que dar la razón a la rubia. Mis amigos no están muy bien de la cabeza, y si a eso le sumamos que todos hemos bebido, la combinación puede ser horrible. Horrible y loca, sin duda.

—Me parece perfecto —digo entusiasmada—. Me vale todo lo que digáis —afirmo. No sé si es por la bebida o por mi decisión de ser más atrevida, solo espero no arrepentirme de esto.

—¡Yo apunto! —exclama Lucía.

Coge la hoja y un bolígrafo. Se sienta en uno de los taburetes de la cocina y nos mira a todos, expectante. Enseguida se convierte en una lluvia de ideas, con todos hablando a la vez y la pequeña estudiante de veterinaria escribiendo como si tomara apuntes en su primer día de clase.

—Hacer un viaje sin planearlo demasiado —empieza Noel.

—Bañarte desnuda en el mar —propone la apuntadora mientras escribe—. Bailar bajo la lluvia.

—Ser feliz —repite Noel.

—¿Qué clase de locuras de mierda son esas? —inquiere Cristian—. Hay que buscar cosas más divertidas, como... Yo qué sé. Acostarte con un desconocido. O liarte con una tía.

—¿En serio, Cris? —pregunta Claudia, con los ojos en

blanco.

—Ha dicho que todo le valía. Si van a decir tonterías como ser feliz o bailar bajo la lluvia, yo quiero que ese cuerpo reciba caña de la buena. Sabes que lo vas a disfrutar, Val. Ya me darás las gracias —se ríe.

—Lo de acostarme con un desconocido vale, lo entiendo, pero ¿por qué crees que liarme con una tía sería una locura?

—En el sentido de que hagas algo sin pensar, algo que no harías de normal.

Noel se ríe y yo frunzo el ceño. Conozco a Cristian desde hace muchos años, no puede ser que me esté diciendo esto.

—Sabes que soy bisexual, ¿no? —pregunto.

A juzgar por la cara de sorpresa, no lo sabía en absoluto.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Y por qué no he sido informado de eso? —suelta, como si estuviese ofendido—. Entonces, ¿has besado a alguna tía?

—Y me he acostado con ella, sí —digo sin tapujos.

—¿Te has acostado con una tía y yo no lo sabía? —protesta.

—Cris, ya, déjalo —interviene Claudia—. No quedes peor de lo que ya estás quedando.

—Bañarte con tiburones —suelta entonces Leo. Me tenso en el acto porque, aunque buscaba locuras, estoy bastante segura de que esa no la voy a cometer ni de lejos—. No me miréis así. Eso es más loco que cualquiera de las cosas que habéis dicho vosotros.

—Lanzarte al aire desde muy alto —propone Claudia, que se ve que le ha gustado el método de Leo. Tampoco me veo saltando en paracaídas, pero prefiero eso a los tiburones—. Hacer algo que te dé mucho miedo.

—Salir en la tele por algo absurdo —comenta Eva.

Me doy cuenta de que esto debería contar como la primera locura. Nadie en su sano juicio dejaría que sus amigos confeccionaran una lista de cosas que pretende hacer. En algún momento se nos ha ido de las manos.

—Realizar algún deporte de riesgo —dice Carol—. A ser posible, con un monitor que esté buenorro.

—Comer algo que no probarías en tu vida —continúa Leo. Tengo claro que sus locuras son las que menos me gustan. Incluso prefiero las de Cristian.

—Salir una noche vestida de princesa Disney —propone Lucía.

—Declararte en público a un amor platónico —se anima Eva—. Eso incluye las redes sociales.

—Crear algo —sigue Cristian—. Algo que sea tuyo, no sé. Un libro, un álbum... Lo que quieras.

Todos lo observamos, sorprendidos. A veces se camufla tanto bajo su fachada de machito que nos olvidamos de que es una persona normal.

—No me miréis así; aunque no lo parezca, no siempre pienso en tías y en sexo —se defiende—. Pero ya que lo decís, os doy lo que queréis. A ver, yo qué sé... Tener sexo en algún sitio público. Tú lo has querido. Lucía, apunta eso, ¿eh? Son las normas.

—Perder el sentido del ridículo —sugiere Andrea.

—Dejar las redes sociales una semana, WhatsApp incluido —suelta Eva—. Creo que esta será la peor para ti —se ríe.

La miro con pánico en los ojos. Prefiero nadar con los tiburones que dejar mi móvil. Soy de las personas que viven enganchada, sobre todo a Instagram.

—No, eso no —suplico.

—¿Accedes a todo lo demás y a esto no? —inquire Noel.

—¡Esto es lo peor! —exclamo de forma dramática.

Todos se ríen y, para mi desgracia, Lucía la apunta también.

—Hacerte un cambio de *look* radical —dice alguien, ya no sé ni quién, porque sigo pensando en mi semana de desconexión.

—Enamorarse —comenta Andrea, risueña. Todos la fulminan en el acto y yo me incluyo entre ellos—. ¿Qué? No

me miréis así. Enamorarse es la mayor locura de todas.

—Creo que ya son suficientes —digo entonces, para evitar que sigan diciendo tonterías que más tarde intentaré cumplir.

—¿Cuántas son? —quiere saber Andrea.

—Pues... —Lucía las cuenta pasando el dedo por encima de la hoja. Ha escrito tantas que la última está por la otra cara—. Veinte. Es un buen número.

—Lo sería, pero no creo que vayas a cumplirlo —espeta Noel.

No sé si lo dice en serio o si intenta motivarme. Quizá lo piense, después de todo, yo no soy así. Les doy varias vueltas a las cosas antes de realizarlas, aunque sea escoger la comida o la ropa. Esto no pega conmigo, o al menos con el yo en el que me he convertido.

—Claro que lo haré —digo con seguridad y, para corroborar mis palabras, miro a Lucía y le pregunto—: ¿Cuál es la primera locura?

—Um... Hacer un viaje sin planearlo demasiado.

Vaya. Esa no puedo realizarla ahora, aunque, bien pensado, dudo que hubiese podido empezar ahora mismo con alguna. No sé si es por el alcohol, pero hay una decisión dentro de mí que hace tiempo que no sentía.

Camino hacia la pared, allí donde Noel ha colgado el mapa que Andrea le regaló por su cumpleaños. El mundo aparece de color negro y la finalidad es rascar los lugares por los que viajes. Ellos ya han descubierto varios: España, Nueva York, Italia, Francia e Islandia. Cierro los ojos ante la mirada expectante de mis amigos, doy un par de vueltas y coloco el dedo en algún punto del mapa.

Escucho las risas antes de abrirlos de nuevo.

—¡El viaje será al agua! —exclama Cristian.

Mi dedo ha caído en el océano Atlántico y no voy a irme a vivir a un barco en medio de la nada, así que pruebo de nuevo. Esta vez no hay risas. El corazón se me acelera por la emoción, por la expectación de saber que algo va a cambiar en mi vida. No bromeo. Voy a hacer las veinte

locuras, voy a demostrarme que puedo ser impulsiva y hacer cosas distintas. Que no necesito un plan, que la vida se divide en momentos y yo quiero que los míos sean dignos de recordar.

Abro los ojos, despacio, y descubro mi futuro.

—Cairns —leo en voz alta—. Australia, allá vamos.

Capítulo 4

RYAN

Nunca en mi vida he rogado por nada. No lo hice cuando un profesor me suspendió de forma injusta una de las asignaturas más importantes de mi carrera, ni cuando me despidieron de un trabajo que me gustaba porque mi compañero robó dinero de la caja y me acusó a mí. Ni siquiera cuando mi primer y único amor me dejó y me destrozó el corazón. Ahora, sin embargo, estoy dispuesto a hacerlo.

Tengo tantos nervios que solo puedo pensar en darme la vuelta y regresar por donde he venido. Incluso aunque ese lugar esté a miles de kilómetros de aquí y me lo esté jugando todo a esta última baza.

Nathan me dejó el dinero para el viaje y pienso devolvérselo, aunque no sé cuándo podré hacerlo. Al menos, le debo el intentarlo.

La mano me tiembla mientras la levanto para llamar. Es una casa a pie de playa tan grande y ostentosa que deja ver que no tiene ningún tipo de problema económico. Espero hasta que una mujer de poco más de sesenta años me abre la puerta. Durante un instante dudo, porque es mucho más joven de lo que esperaba. Tiene que ser ella. Es tan parecida a mi madre, con sus expresivos ojos azules y su boca pequeña, que no tengo duda de ello. Me dice algo en español, pero no entiendo nada. Su cara muestra confusión y no puedo culparla por ello.

—Hola —saludo en inglés. Me quedo un instante callado, sin saber qué más decir—. Supongo que no sabes nada de mí, pero se supone que soy tu nieto.

—¿Ryan?

Esto sí que no me lo esperaba. Creía que no sabría de nuestra existencia, que tendría que explicar todo. Los ojos

se le ponen llorosos y se lanza a abrazarme. Me quedo paralizado, sin saber cómo reaccionar. Es demasiado para que pueda asimilarlo. Si esta mujer me conoce, sabe que soy su nieto y aun así nunca ha intentado ponerse en contacto conmigo.

—Dios mío, no me lo puedo creer —exclama. Me habla en inglés, pero me cuesta entenderla porque continúa llorando—. Pasa, por favor, pasa. Hay tanto de lo que tenemos que hablar.

Obedezco. Estoy tan bloqueado que no sé reaccionar. Me conduce por el interior de la casa hasta un enorme salón. Podríamos vivir los tres en esta única sala y sería más grande que nuestro piso al completo. Toma asiento en un sofá y me indica para que me acomode a su lado. Mi mente sigue por ahí, así que mi cuerpo hace lo que le piden.

—No puedo creer que estés aquí —dice.

—No lo entiendo —suelto entonces—. ¿Me conoces? ¿Sabes quién soy?

—Claro que sé quién eres.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Desde cuándo? —Las preguntas se acumulan conforme voy asimilando la información.

—Antes de nada, ¿quieres tomar algo? Ha debido de ser un viaje muy largo.

—No, no quiero nada —respondo. De repente, ya no sé si hablo de la bebida, de la casa de Canberra o de ella en general.

—Está bien —asiente. Ha dejado de llorar y suena más tranquila. No sé cómo puede estarlo; yo, más que nervioso, estoy alterado—. Sé de tu existencia, y de la de Kylie y el pequeño Oli.

—Pero ¿cómo...? ¿Por qué no has intentado ponerte en contacto con nosotros, entonces? ¿Por qué...?

—Te lo contaré todo, Ryan. Solo necesito un momento —dice y se ríe, y ahora sí puedo ver que está nerviosa.

El corazón se me para un instante, porque ese sonido me trae de vuelta a mi madre. Tienen la misma risa. A ella también se le escapaba cuando se alteraba y no sabía qué

decir. Tenía que haber venido Kylie. Ella sabría qué hacer en este caso, cómo afrontar la situación. No. Prometí que me haría cargo de ellos y quiero hacerlo. Debo hacerlo. Esta conversación es cosa mía, incluso si no sé mantenerla. Kylie ya perdió más que suficiente.

—No sé ni por dónde empezar... —continúa ella.

—Por el principio estaría bien. Lo único que sé es que mi madre se fue de aquí siendo muy joven y que no quiso tener más contacto con su familia. Pensaba que no sabías de mí, de nosotros, pero resulta que sí. Conoces incluso mi nombre. No lo entiendo, no entiendo nada.

—Supongo que entonces debería empezar por presentarme. Me llamo Sarah Williams.

—Lo sé. Ese era el único dato que teníamos para buscarte y nos llevó tiempo, pero lo conseguimos. Un amigo de mi padre me ayudó a ello.

—Yo... Yo siempre quise a Lily. Siempre. Me destrozó el corazón que se fuera.

Los ojos se le ponen llorosos de nuevo y parece estar haciendo un gran esfuerzo por no volver a llorar. Lo cierto es que no sé qué pasó entre ellas. Mi madre nunca hablaba de sus padres. Decía que su única familia éramos nosotros. Nunca quisimos saber más. Éramos felices sin necesidad de otras personas. Hasta que murieron y nuestra pequeña burbuja estalló tan fuerte que quebró la vida de todos nosotros.

—Cuando tenía quince años, conoció a un hombre mayor que ella. No era una buena persona, pero ella no lo veía. A veces, el amor ciega demasiado. La trataba mal. La insultaba, la menospreciaba... Tu abuelo creía que incluso la golpeaba, aunque nunca lo vimos con nuestros propios ojos. Intentamos que lo dejaran. Lily era una niña todavía y ese hombre estaba cerca de los treinta.

»Al final, tu abuelo le prohibió que lo viera. Yo no estuve de acuerdo por las consecuencias que eso pudiera tener. Lily siempre fue muy cabezota e impulsiva. No es una buena combinación. Sin embargo, por mucho miedo

que pudiera tener, pensaba que lo que pasaría sería que Lily terminaría odiándonos una temporada y más tarde se daría cuenta de que lo habíamos hecho por su bien.

»No fue así. Una noche, recogió todas sus cosas y se fugó con él. Tardamos dos años en volver a saber de ella. Dos años en los que no supimos ni siquiera si estaba viva o no.

Es más información de la que puedo procesar. Sarah hace una pausa para limpiarse las lágrimas y recuperarse. Le cuesta hablar del tema y, si es cierto todo lo que dice, imagino lo difícil que estará siendo para ella.

—Mi padre no era así —digo, cuando consigo reaccionar. Era mayor que ella, pero no tanto. Nunca en toda mi vida lo vi alzarle la voz, ni siquiera cuando discutían.

—Ese hombre no fue tu padre, Ryan. En algún momento rompieron la relación, no sé si fue él o ella. Quiero pensar que lo hizo Lily, que se dio cuenta y escapó.

—¿Cómo volviste a saber de ella?

—Me llamó un día. Así, de la nada. Me dijo que lo había dejado con Fran y que estaba embarazada de otro hombre. No habló de dónde estaba ni me pidió nada. Dos años sin tener noticias suyas y me llamó para decirme que iba a ser madre, que estaba con un buen hombre y que era feliz. La hice prometer que nos daría noticias suyas y cumplió a medias.

—¿Por qué no volvió entonces? ¿Por qué no te dejó formar parte de su vida?

—No lo sé, Ryan —gime. La voz se le quiebra y vuelve a llorar. No sé qué hacer. Kylie seguramente la abrazaría o trataría de consolarla, pero a mí no me sale. Siempre me ha costado mostrar mis sentimientos y, con la muerte de mis padres, esa forma de cerrarme en mí mismo solo ha ido a más. Me quedo quieto, mirando hacia el suelo, esperando a que se reponga—. Pasé toda la vida preguntándome qué hice mal. Aún me lo pregunto.

»Mi niña era feliz aquí, tenía todo lo que necesitaba. Era

risueña y encantadora, pero ese hombre la cambió. Tu abuelo una vez discutió con ella, y fue una pelea fuerte, pero no tanto como para echarnos de su vida. Sé que en Cairns fue feliz con tu padre. Lo hicieron bien. Se quedó embarazada con tan solo diecisiete años, pero siguió adelante. Él no se fue, como hacen otros. Permanecieron juntos y formaron una buena familia.

»Lily me mandó fotos de la boda, vuestras, incluso del pequeño Oli. Sin embargo, siempre nos mantuvo al margen. Fue como si sus padres no tuvieran lugar en su nueva vida.

—¿Qué le pasó con su padre?

—Cuando supo que había roto con Francisco y que estaba embarazada, él le recriminó su actitud. Le dijo que era una irresponsable, que debía volver con nosotros, que le faltaba cabeza. Oliver no la culpaba de nada, solo estaba enfadado y dolido. Ni siquiera pensó en lo que dijo, pero para Lily fue suficiente. Los dos eran igual de orgullosos, aunque ninguno lo hubiese reconocido nunca. Siempre creí que tu madre odiaba a tu abuelo y por eso nos alejaba a los dos.

»Pero entonces nació el pequeño Oli y le puso su nombre, y sé que lo hizo por él. Oliver estaba muy enfermo por aquel entonces. Murió de cáncer hace cinco años. La noche en la que cerró los ojos para siempre fue la noche en la que recibimos la primera foto de tu hermano pequeño. Acababa de nacer y tu madre nos dijo que se llamaría así. Mi marido murió en paz, sabiendo que su hija lo había perdonado.

Tengo un nudo en la garganta que me impide hablar y me revuelve el estómago. Mi madre fue siempre alegre y buena persona. No entiendo cómo pudo tener tanto odio hacia sus padres. Tanto como para no hablarnos de ellos, como para no volver mientras su padre se estaba muriendo. No tengo por qué creer a esta mujer. Ni siquiera la conozco. Sin embargo, sus palabras y sus lágrimas parecen sinceras.

—Sé que todo esto debe de ser muy confuso —añade—.

Deja que te muestre que no miento.

Se acerca a un aparador y abre uno de los cajones. No tarda en regresar con un par de álbumes. Se sienta a mi lado, más cerca que antes, y los abre para que los contemple. Están repletos de fotografías. De mis padres, mías, de Kylie y de Oli. No solo de cuando éramos pequeños, sino a lo largo de nuestras vidas.

—Somos nosotros... —murmuro, incapaz de razonar mejor.

—Te lo he dicho. Tu madre me mandaba todo esto.

—Entonces, ¿por qué nunca trataste de ponerte en contacto con nosotros? ¿Por qué no viniste al funeral?

Las lágrimas aparecen de nuevo en sus ojos. Esta vez casi no puedo fijarme en ellas. Necesito respuestas para comprender la actitud de mi madre, la situación familiar en la que nos encontrábamos.

—Ni siquiera me enteré de que se habían ido. Mi hija murió sin que pudiera despedirme. Me enteré dos años después. Dos años sin saber que mi hija ya no estaba en este mundo. ¿Qué clase de madre ni se entera de que su hija ha muerto?

De nuevo, tengo la sensación de que debería consolarla. Alguna palabra de ánimo o un gesto cariñoso, pero no puedo. Estoy bloqueado y no sé cómo actuar. Me limito a darle tiempo para que se recupere.

—Lo siento, es duro para mí —se disculpa mientras se seca las lágrimas—. Nunca pude ponerme en contacto con vosotros. No tenía dirección, teléfono ni nada. Vuestros nombres son comunes en Australia y Cairns es más grande de lo que parece.

—Vivimos en Canberra —aclaro—. Quizá eso tenga que ver.

—¿En Canberra? ¿Por qué? Lily siempre hablaba de Cairns y de lo mucho que lo adorabais.

—Y lo adoro —suelto sin pensar—. Fueron las... circunstancias. Kylie estudia allí y no podíamos separarnos. Todo es más sencillo así.

—Ah, sí. Diseño, tu madre me lo contó. Y tú, biología marina. No podría estar más orgullosa.

—Dejé los estudios —explico. No quiero hablar sobre eso porque no es un tema que me guste—. Tengo otros trabajos. Me ocupo de ellos.

—Oh, mi pobre niño.

—No necesito tu compasión. No me arrepiento de nada, porque he hecho siempre lo que he querido.

Sueno brusco, pero no me importa. Estoy cansado de que todo el mundo juzgue, de que todos se crean con derecho a opinar sobre mis decisiones, como si hubiesen sido errores y estuviera arrepentido de ellos. No es así. Todo lo que he hecho ha sido porque he querido. El problema es que sí hay algo que necesito de ella y ni siquiera estoy convencido de poder pedírselo.

—Entonces, ¿por qué has venido? —pregunta de forma directa—. Me alegra que lo hicieras, quiero conoceros y pasar tiempo con vosotros, pero, después de tanto tiempo, si has querido ponerte en contacto conmigo a pesar de lo que creías de mí, ha debido de ser por algo.

—Yo... Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Por el principio estaría bien —dice, usando las mismas palabras que he utilizado antes.

—Tenemos problemas económicos —suelto, porque ser directo parece ser más mi estilo—. Tengo dos trabajos, pero no gano suficiente dinero como para vivir en Canberra. Los alquileres son caros y mantener eso, los estudios de Kylie, a Oli, la casa de Cairns... Vamos muy justos. Sabemos que tú tienes una casa allí, una que está cerrada y nadie utiliza. No voy a andarme con rodeos ni voy a tratar de engañarte. Si he venido aquí, ha sido para pedírtela.

—Mi casa de Canberra... Ni siquiera la recordaba. Qué buenos momentos vivimos allí los tres juntos.

La dejo que divague un rato, perdida entre momentos del pasado. Me gusta escuchar sus historias, sobre todo porque incluyen a mi madre de pequeña y es como tenerla de vuelta y conocer otras facetas de ella.

—Es vuestra, claro —dice cuando regresa al presente—. Sois mi familia, no podría estar en mejores manos. Sin embargo, quiero pedirte algo a cambio.

—¿Algo a cambio? —pregunto, y me tenso. Supongo que es normal, no va a regalarme una casa en la mejor zona de la ciudad por el simple hecho de ser su nieto. Tengo poco que ofrecer, pero esta es mi última alternativa de que los tres podamos llegar a ser felices sin que ninguno sacrifique una parte de sí mismo.

—Quiero saber de vosotros. Quiero que podamos hablar, que mantengamos el contacto. No te pido una relación de abuela y nietos, sé que no nos conocemos y la sangre no es lo único que forja una familia, que requiere más cosas. Poco a poco sé que podremos llevarnos bien.

—Me parece justo —respondo.

Sarah no tiene más familia. Imagino que su vida será triste así, sabiendo que tiene unos nietos a los que no conoce y a una hija de la que ni siquiera se despidió al morir. Kylie se alegrará de esto y Oli es tan pequeño que no lo recordará cuando crezca.

Seguimos hablando un rato más, hasta que me despido para ir a Madrid y tomar el vuelo de vuelta. No sabía qué me deparaba esta visita, pero desde luego esto no es lo que esperaba. Al principio, estaba nervioso y asustado. Ahora no puedo evitar sentirme feliz. No sé si fallo al recuerdo de mi madre; lo que sí sé es que, con ese gasto menos, Kylie podrá seguir viviendo en Canberra, con sus amigos y sus sueños, y yo podré regresar a Cairns, a la única vida que me ha hecho feliz. Quizá sea egoísta, pero, después de dedicarme en cuerpo y alma a los demás, no es mal momento para volver a pensar en mí mismo.

Capítulo 5

VALERIA

Empujo el carro con las dos maletas a través de la terminal del aeropuerto. Noel y Andrea están a mi lado. Son los únicos que han venido conmigo porque el vuelo sale desde Madrid. Ella no para de parlotear, pero mi amigo está extrañamente callado. Me acompañan para que facture el equipaje y siguen conmigo hacia el control de seguridad.

Hace casi un mes desde la fiesta de graduación. Nadie creyó que fuese en serio con el viaje, pese a que no he parado de repetirlo durante estas últimas semanas. La única que sabía que no bromeaba era mi madre. Ella me ha visto prepararlo todo, desde las cosas más fáciles, como el equipaje, hasta las más complicadas, como el visado y la búsqueda de alojamiento y trabajo.

He obtenido un visado de estudiante, pues es el más sencillo. A decir verdad, me metí en una página web y saqué toda la información que necesitaba. Ellos me han guiado un poco con toda esta aventura y lo agradezco, porque soy un poco torpe en este aspecto. Me he matriculado en un curso de inglés para perfeccionar el idioma, aunque ya me defiende bastante bien. Tengo un B2, pero estoy segura de que mi nivel es mejor. Mi visado me permite trabajar a media jornada y desde la página me lo han conseguido en una tienda en la playa. No es mi empleo ideal, sobre todo porque no soy muy dada al trato al público, pero he decidido tomarme estos meses como mi medio año sabático. Después, ya volveré a Valencia e intentaré buscar trabajo de profesora. Ahora toca disfrutar. De momento, voy a alojarme en un hotel. No es gran cosa, pero es barato y es lo mejor que he podido conseguir si quiero mantener mis ahorros.

—¿Nerviosa? —pregunta Andrea, emocionada.

Ellos no pueden avanzar más, no sin mostrar el billete de avión, así que nos detenemos en este punto.

—Un poco —admito—. Pero también emocionada. Tengo ganas de empezar esta nueva etapa.

—Seguro que es genial. Me da un poco de envidia sana. Me encantaría conocer Australia, tiene que ser un país increíble.

—Siempre podéis venir de visita, ¿no, Noel?

—Sí, claro —responde, casi como un autómata.

—¿Qué pasa? —inquiero. Lleva así los últimos días y no quiero despedirme de mi mejor amigo sabiendo que le pasa algo.

—Nada.

—Y una mierda —le espeto—. Dime qué te pasa.

Andrea se aleja e intuyo que quiere darnos intimidad. Agradezco el gesto, aunque no me importa que esté delante.

—No es lo que crees, de verdad —dice entonces—. No estoy enfadado contigo, he estado pensando.

—¿Pensando en qué?

—Cuando dijiste que te irías a Cairns, creí que era broma, no sé. Que no te atreverías a irte al otro lado del mundo, tú sola y casi sin planear nada. Hace apenas un año que volví de Nueva York y recuperé a mi mejor amiga, y ahora te vas tú —suspira—. No, a ver, no quiero que esto suene así. —Hace una pequeña pausa y después pone su mejor sonrisa—. No quiero parecer egoísta y esto no va de mí.

»Voy a echarte de menos, pero estoy tan orgulloso de ti y de lo que vas a hacer que no sé ni cómo decírtelo. Un cambio de aires te sentará bien y creo que la mejor forma de conocerte a ti misma es descubriéndote sola, sin nadie que condicione tu comportamiento. Me hace feliz ver que estás haciendo lo que tú quieres, aun si no he sabido darme cuenta de lo que necesitabas. Eres la mejor, Val, aunque a veces seas insoportable. Eso, eso es más bien lo que quiero decirte.

Me río y me lanzo hacia él para abrazarlo. No soy una persona sensible, no me salen las lágrimas ni las palabras cursis, pero sé que Noel ya sabe todo lo que pienso de él. Andrea se acerca tras un rato y me despido de ella también.

—Avísanos cuando llegues —me pide.

—Son casi dos días de viaje —le recuerdo—. Además de la diferencia horaria, allí será nueve horas más tarde. Dadme tiempo.

—Bueno, tú ve hablándonos para que sepamos cómo vas —suelta Noel.

Me río ante su afán protector.

—Lo haré. Tengo que irme ya, el avión saldrá conmigo o sin mí.

Andrea me abraza y después lo hace otra vez Noel.

—Disfruta el viaje y, cuando vuelvas, sé la Valeria que quieras ser.

El abrazo se prolonga más de lo que espero porque, cuando voy a separarme, Noel me atrae de nuevo hacia él y no me suelta. Apoyo la cabeza en su pecho y me dejo disfrutar de una de las cosas que más voy a echar de menos.

—Tengo que irme, en serio —digo entonces—. Voy a perder el vuelo. Yo también te echaré de menos, canijo.

Es lo más cerca que voy a estar de decir algo cariñoso. Odio las despedidas y, si Noel sigue así, voy a terminar llorando. Me alejo de ellos y alzo la mano para decir adiós por última vez. Después de vivir un año entero con mi mejor amigo sé que voy a extrañarlo, pero quiero saber si soy capaz de valerme por mí misma. Cruzo el control de seguridad y, cuando me veo al otro lado, empiezan los nervios.

Nunca he viajado sola y enfrentarme a esto ya supone un reto para mí. De repente, es como si fuese consciente de lo que estoy a punto de hacer. Voy a un país en el que nunca he estado y no conozco a nadie allí. Incluso me dan miedo los aviones.

No sé por qué estoy haciendo esto. Trato de inspirar y expirar profundamente para relajarme. Me recuerdo a mí

misma por qué viajo hacia Australia. Por qué lo necesito, en realidad. No me permito pensar más en ello para no echarme atrás. Me pongo música y me dedico a mirar mi Instagram. Subo una foto con lo que estoy a punto de hacer y es mi forma de comunicárselo a todos mis amigos y seguidores, pues no todo el mundo sabe que me voy medio año al otro lado del mundo. Los nervios desaparecen hasta que subo al avión.

Ya he admitido que mi vida va a cambiar, pero aún me queda el vuelo. Voy en la ventanilla, lo que es un punto a favor. El punto en contra es que los dos asientos de mi lado están vacíos. Me gustaría que se sentase una chica a mi lado. Alguien con quien compartir las ocho horas hasta Dubái, donde haré la primera escala. Hasta ahora, siempre he viajado con amigas, con mi madre, con Álvaro o con Noel. Me dan miedo el despegue y el aterrizaje, necesito que alguien me dé la mano en ese momento. Suena estúpido, pero de verdad me hace falta.

Cojo el neceser que hay en mi asiento, cortesía de la compañía, y examino el contenido. Hay un antifaz, unos calcetines e incluso un cepillo de dientes con su dentífrico. Dispongo también de unos auriculares y una manta, y voy a hacer buen uso de los dos.

Cuando ya casi he aceptado que voy a tener que agarrarme al apoyabrazos, un chico se dirige hacia mí. Me fijo en él, básicamente, porque es imposible no hacerlo. Es alto y moreno, con unos ojos marrones que poseen un brillo especial. Lleva una barba de varios días que no le crece de forma espesa. No hay nada en su cara que destaque o que sea extraordinario, pero el conjunto de sus rasgos resulta muy atractivo. Me sonrío y me doy cuenta entonces de que llevo demasiado tiempo mirándolo. Cuando veo esa media sonrisa que muestra solo la mitad de una dentadura perfecta, comprendo que ese es su rasgo extraordinario.

Me saluda con la cabeza y se sienta a mi lado. Definitivamente, voy a tener que agarrarme a mi propio

asiento. Trato de ignorarlo mientras busco en la pantalla táctil que hay frente a mí alguna película que haga que me olvide del despegue. Me sorprende la sección de estrenos, pues algunos títulos son muy recientes. Escojo un *thriller* psicológico, me pongo los auriculares de Fly Emirates y me dispongo a verla.

Mi plan de distraerme se esfuma de golpe en cuanto la peli desaparece de mi pantalla para poner un vídeo de la compañía que anuncia las acciones en caso de emergencia. Me remuevo, inquieta. Me da igual dónde esté la mascarilla de oxígeno o el chaleco salvavidas. Si este trasto se estrella, morimos todos.

Una vez, cuando volaba con Noel a Londres, una chica que tenía pánico se tomó una botella de vino ella sola. Me planteo hacer lo mismo. Quizá así el trayecto sea más llevadero. La diferencia es que este vuelo es mucho más largo y no sé si hacerlo entre borracha y con resaca sería práctico.

—¿Estás bien? —pregunta el chico, con un perfecto acento inglés.

Imagino que será de Inglaterra o de Europa en general, porque mi concepto de los australianos es que todos son rubios con los ojos claros. No es mi culpa, es por la familia Hemsworth. Americano, desde luego no es.

—El despegue y el aterrizaje me ponen nerviosa —admito, sin mirarlo a la cara.

—¿Es tu primera vez?

—Es la primera vez que lo hago sola. Hasta ahora, siempre ha sido con alguien.

—En estos aviones se nota poco. Son muy estables.

No lo dudo, pero eso tampoco me tranquiliza. Tenía que haberme tomado alguna pastilla para dormir o algo así. O no haber venido. No estoy preparada para afrontar un despegue, ¿cómo voy a afrontar seis meses sola en un país desconocido? Las manos me tiemblan, el corazón me late a mil por hora y creo que en cualquier momento voy a empezar a llorar.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte?

Me giro hacia él y asiento, despacio. Me da vergüenza pedírselo, pero el pánico que siento es mayor.

—¿Puedes darme la mano? Es algo que me tranquiliza.

—Eso es fácil —dice, y sonrío.

La tiende hacia mí y entrelazo los dedos. Su piel es áspera, pero no me importa. Si cualquiera de mis amigas viera al chico que tengo sentado a mi lado, se volvería loca. Yo ni siquiera puedo pensar en eso. Los nervios y la ansiedad no me dejan.

—¿Mejor? —pregunta.

—Sí —respondo, sin más.

No sé cómo se llama mi salvador, pero, cuando el avión va a despegar y me devuelve el apretón de manos, siento cómo mi respiración se relaja y mi corazón recupera su ritmo cardiaco.

—Gracias —murmuro.

Él sonrío y entonces me doy cuenta de que, aunque el avión ya está estable en el cielo, ninguno de los dos hemos separado nuestras manos.

Capítulo 6

RYAN

Miro a la chica que tengo a mi lado, casi hipnotizado. Tiene los ojos más grandes que he visto y entre su tono marrón se pueden distinguir pequeñas motas de color ámbar y verde. Tiene varios pendientes en la oreja derecha y tres en la izquierda, multitud de pulseras y anillos en casi todos los dedos.

Nuestras manos siguen unidas. Ni me he dado cuenta de que el avión ha despegado. Es ella quien deshace el contacto. Muestra una pequeña y tímida sonrisa, y le devuelvo el gesto.

—Soy Valeria, por cierto —se presenta.

—Valerie —trato de repetir.

Debe de ser española, porque no es un nombre inglés. Es una fonética que me cuesta pronunciar.

—Va-le-ria —dice, y lo pronuncia más despacio—. Pero puedes llamarme Val, si quieres.

—Va-le-rie —lo intento de nuevo, sin éxito. Me río, derrotado por un nombre—. Yo soy Ryan, el mío es más fácil. Te daría un apretón de manos, pero acabamos de hacerlo. ¿Es tu primer vuelo largo?

—¿Tanto se me nota?

—Un poco —comento. La primera vez que pasé por esto estuve un poco perdido, así que decido ponérselo más fácil—. Es un vuelo nocturno, así que lo de atenuar las luces y cerrar las ventanas es normal. En un rato nos traerán la cena, y no está nada mal para ser comida de avión. Veo que ya estás usando lo que te da Fly Emirates, pero, si aceptas un consejo, quítate los zapatos y los calcetines y utiliza los del neceser.

—¿Por qué? ¿Qué tienen de malo los míos?

—No es que tengan nada malo, aún. Después de tantas

horas de vuelo, te aseguro que terminarán en la basura.

Se descalza con rapidez y se cambia de calcetines. Los que llevaba puestos son de Harry Potter, de la casa Gryffindor en concreto.

—Hoy me siento valiente —comenta al sentir mi atención fija en la prenda favorita de Dobby.

Sonrío y me quedo mirándola. Es bastante llamativa. Una chica guapa que lo sabe y lo potencia. Tiene el pelo recogido en una coleta y es casi tan oscuro como el mío. Sé que llevo demasiado tiempo observándola, así que carraspeo y continúo hablando:

—Además, te recomiendo que de vez en cuando te levantes y camines por el avión. Si no, se te hinchan los pies y se te duermen las piernas.

—Eres todo un experto en vuelos largos, ¿no?

—Bueno, he hecho unos cuantos, sí. ¿A dónde vas tú?

—¿Cómo sabes que no voy solo a Dubái?

—Intuición.

—Viajo hacia Australia. Nunca he estado allí, pero tengo muchas ganas.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. Dubái a menudo es un país de tránsito, una mera escala antes de continuar hacia el destino escogido. Me parece una maravillosa coincidencia que viaje hacia allá.

—Es un país increíble —termino por decir.

—¿Lo conoces?

—Soy de allí.

—¿En serio? ¿A qué parte vas?

—A Canberra.

—Oh.

Parece decepcionada, así que imagino que su camino es otro.

—¿Dónde vas tú? —curioso.

—A Cairns.

—¿Cairns? —pregunto, extrañado—. ¿De visita?

—No. Voy a pasar seis meses allí —explica—. Me apetecía cambiar de aires y probar cosas nuevas.

Vuelvo a reír, porque ahora sí que parece esa maravillosa coincidencia. Salí de Canberra sin demasiadas expectativas y, unos días después, he recuperado a una persona que podría ser mi abuela, tenemos casa y una chica a la que me gustaría conocer va de camino hacia la ciudad que adoro.

—¿Quieres probar cosas nuevas y vas a Cairns? —pregunto, impresionado. Quizá haya investigado poco—. La gente suele ir a Sídney, Melbourne o Canberra. Cairns es más pequeño. Es como más... familiar.

—Fue el destino que señaló mi dedo —suelta. Abre los ojos, como si estuviera sorprendida de haber dicho eso, pero luego sonrío y continúa—: No lo pensé. Solo cerré los ojos, toqué un mapa y apareció Cairns. Por eso estoy aquí.

—Estás loca —comento, divertido, y le arranco otra sonrisa a Valerie.

—¿En serio crees que estoy loca? —inquire y, no puedo estar seguro, pero parece ser una idea que le apasiona.

—Bueno, no loca en mal sentido, sino de impulsiva, lanzada.

—Me gustaría ser más así, digo.

—Ya creo que eres bastante así. ¿Y puedo preguntar por qué buscabas ese cambio de aire o es algo personal? —cuestiono cuando se queda callada.

—Tranquilo, puedes preguntar. Es una historia un poco larga, pero intentaré resumirla. Estuve saliendo unos años con un cretino que me anulaba totalmente y me gustaría poder decir que me di cuenta y lo dejé, pero no fue así. Fue Alvaro quien cortó la relación. Después, pasé un año entero entre deprimida y perdida, porque todos mis planes de vida lo incluían a él y estaban hechos a su medida.

»Hasta que reaccioné y me propuse retomar el timón, y aquí estoy, rumbo al otro lado del mundo. En realidad, me di cuenta de que no había hecho nada extraordinario, así que una noche de fiesta dejé que mis amigos hicieran una lista de locuras y me propuse realizarlas todas. Esta es la primera de ellas.

Lo suelta de carrerilla, como si fuese un discurso preparado en lugar de su propia vida. Parece aliviada al terminar. Me da la impresión de que la ruptura ya la haya asimilado, pero que aún no se haya repuesto del todo. Me gusta que me lo cuente. Supongo que es sencillo desahogarse con un desconocido.

—¡Vaya! Ese es un gran resumen —respondo—. Lamento escucharlo, pero estoy seguro de que Australia te irá genial para lo que buscas. Es un país reparador.

—Eso espero.

—¿Has visto mucho mundo?

—No demasiado —confiesa, y parece sentir vergüenza, aunque no sé el motivo—. He tenido posibilidad, pero no he viajado tanto como me habría gustado. Mi amigo Noel me ha invitado más de una vez a ir con él y no lo he acompañado. Pasé un tiempo cargando con unas cadenas invisibles que me impedían salir o hacer cualquier cosa que creyese que podía molestarle a Álvaro.

»Ya no las tengo, ahora soy libre. Solo me falta descubrir qué es la libertad. Vale, lo he dicho en voz alta —comenta, y se tapa la cara con las dos manos—. Me he movido por España, que es de donde soy. Y del extranjero... He estado en Roma, Londres, París, Budapest y Praga.

Me quedo pensando en sus palabras, en las que ha soltado sin pensar. Eso sí suena triste. No conozco a esta chica, pero parece abierta y extrovertida. Nadie debería vivir su vida pendiente de si le puede molestar a su pareja, ni a nadie. De repente, se convierte casi en un reto personal ayudarla a descubrir la libertad que tanto ansía.

—Son ciudades bonitas —respondo. No contesto a lo otro, porque quiero evitar una conversación que solo le traería malos recuerdos—. Suenan divertidas.

—Bueno... Más o menos. Lo cierto es que he repetido todas las ciudades. He estado dos veces.

—¿Tanto te gustaron? Solo conozco Roma, Londres y París. Hace años, hicimos un viaje bastante largo por Europa y estuvo bien. Trataré de ir a las demás.

—No, no es eso —se apresura a negar—. O sea, sí que son bonitas y mágicas en cierta manera. Verás, es que...

Deja la frase a medias. Supongo que no sabe si continuar. Se está abriendo a mí sin contemplaciones, me está contando su vida y no me conoce de nada. Me gusta que lo haga, pero entiendo que tenga reparos. Me limito a mirarla sin más. No hago preguntas, no insisto. Quiero que sea ella la que decida qué hacer y, elija lo que elija, estará bien. Muestra una pequeña sonrisa y continúa:

—La primera vez estuve con Álvaro, mi ex. Es un poco gilipollas, pero también tenía sus cosas buenas. Es un romántico cuando quiere. Visitamos juntos algunas de las grandes capitales europeas y, allá donde íbamos, él siempre llevaba un candado. No sé si conoces la historia o los has visto alguna vez, pero hay puentes donde los enamorados llevan un candado y sellan su amor eterno. Los llaman puentes del amor. Pues la primera vez fui con él y la segunda, a quitar nuestros candados.

La miro, sorprendido, y rompo a reír, tanto incluso que acabo llorando. Valerie se queda seria al principio, hasta que termina por unirse a mí.

—Lo siento, lo siento —me disculpo mientras me seco una lágrima del ojo—. Ahora sí que lo pienso: estás loca. Pero ¿sabes qué? Creo que es genial que hicieras algo así.

—¿En serio?

—Sí, no sé. Imagino que buscabas una forma de liberarte.

—¡Sí! —exclama, eufórica.

No puedo estar seguro. Por su reacción, me da la impresión de que otras personas no lo han entendido como yo.

—¿Qué tal te fue?

—Oh, fue genial. Algún viaje lo hice con Noel y otros, con unas amigas. Lo pasamos en grande.

—¿Quitaste todos?

—Bueno, algunos no estaban. Cuando hay muchos los retiran, porque el peso puede ser peligroso, pero los que

quedaban puestos, sí.

La sonrisa se me borra. Tengo una opinión muy clara sobre eso. Apenas la conozco y no sé si debería decírsela. Decido que no.

—Puedes soltarlo —me anima, como si fuese consciente de mi debate interno—. A estas alturas y después de todo lo que te he contado de mí, eres libre de opinar.

—Es que... No te lo tomes a mal, pero siempre he pensado que todo eso de poner candados para sellar el amor no es bonito ni romántico. El amor tiene que dejarse libre, no hacerlo prisionero.

—No es que lo hagas prisionero, se supone que el candado lo pones por la promesa del amor, no por el amor en sí —trata de explicar.

—Aun así... No sé. Para mí, candados y amor son cosas que no juntaría.

Mi concepto de amor no incluye cepos ni cerrojos. Tampoco es que sea un experto en la materia. Solo he estado enamorado una vez en la vida y salió mal, terriblemente mal. Eso no ha variado mi idea. Creo que el amor consiste en libertad, en apoyo, en confianza, en respeto. Que la otra persona sea libre de elegir con quién estar y aun así elija estar contigo. Que apoye tus sueños y tus metas, pese a que no siempre los comparta. Que tenga confianza suficiente como para aconsejarte en los buenos momentos, pero sobre todo en los malos, cuando más perdido estás y más lo necesitas. Una relación sólida debe ser así.

No tiene tiempo a réplica. Aparece la azafata para preguntarnos qué queremos cenar y nos deja las bandejas. Mi plan original era aprovechar el vuelo para dormir, pero no descanso ni un solo minuto. Tampoco me arrepiento. Paso las ocho horas charlando con Valerie, conociéndonos un poco más.

Ella habla sobre todo. Yo le cuento algunas cosas. Le digo que tengo dos trabajos, que vivo con mi familia, que

nací en Melbourne, pero me mudé un año más tarde. Que me dan miedo los espacios cerrados pequeños y las arañas peludas. Cuando terminamos de conocernos a un nivel básico, empiezo con un cuestionario mucho más extraño y personal. Pregunto su color favorito, la película que más veces ha visto, la canción que más odia, su recuerdo más bonito. Indago más sobre su lista y me río con las ideas de sus amigos.

El tiempo pasa tan rápido que, antes de que consiga darme cuenta, vamos a aterrizar en el aeropuerto de Dubái. La miro y, sin que me diga nada, apoyo el codo en el reposabrazos de su lado. Abro y cierro la mano un par de veces y sonrío. Se aferra a ella con fuerza y, esta vez, disfruto más del contacto. Tiene la piel suave, fría sin ser desagradable.

—¿Qué tienes pensado hacer? —le pregunto.

Estamos en la terminal y tenemos por delante una escala de unas tres horas. El aeropuerto es tan grande que podríamos incluso perdernos.

—Necesito ir al servicio, beber algo fresco y luego buscaré la puerta de embarque.

—¿Vamos juntos?

—Claro.

Pasamos tanto tiempo el uno al lado del otro que, cuando descubro que en el siguiente vuelo nuestros asientos están tan separados, no puedo evitar sentirme decepcionado. Quedamos en verno para despedirnos cuando lleguemos a Melbourne. Allí, tomaré un vuelo hacia Canberra y ella, hacia Cairns.

Espero a que cierren las puertas del avión y me levanto. Es algo muy usual en ciertos vuelos. La gente se cambia de asiento para buscar uno libre donde poder dormir, uno ventanilla o para alejarse del ruido. Mi meta es otra. Busco a Valerie y me acerco a su fila.

Me fijo en lo nerviosa que está, aunque trata de disimularlo. Puedo ver sus nudillos rojos mientras se aferra al asiento con toda la fuerza que tiene. Tiene los ojos

cerrados. Quizá esté intentando dormirse antes de salir. Nunca he tenido miedo de volar. A ella parece que le aterrera. Me parece valiente. Despegar es algo que le da miedo y, aun así, a pesar de que sabe que va a vivir una experiencia que le va a resultar horrible, la hace.

A su lado hay un hombre mayor. Carraspeo para que me escuche y me dirijo a él:

—Perdone, ¿le importaría cambiarme el sitio?

Valerie abre un ojo y me mira. El anciano frunce el ceño y me contempla con poco interés.

—Es mi novia —suelto con descaro—. En la compañía se han equivocado, nos han dado asientos separados y no nos habíamos dado cuenta hasta ahora. Se pone muy nerviosa cuando vuela, ¿ve sus manos? Solo yo sé tranquilizarla. Por favor —suplico, con mi mejor cara de pena.

El hombre mira sus manos y después su rostro. Valerie también lo exagera para darle más veracidad a mi declaración. Tengo que contener la risa.

—Está bien, te cambio el sitio.

Ocupo su puesto con una sonrisa radiante. Me observa sin pestañear, como si acabase de descubrir algo nuevo en mí.

—Mi mano sigue a tu disposición —digo, y se la muestro—. He pensado en montar un negocio de esto, para chicas necesitadas.

—¿Soy una chica necesitada? —pregunta, y se ríe.

—Si no hubiese venido, habrías terminado por descuartizar ese asiento tuyo, así que diría que sí.

—Reconoce que me echabas de menos —suelta con atrevimiento.

—Sí, eso también. Me gusta tu compañía y tengo más preguntas. Aunque el hecho de que me haya tocado al lado de una señora que soltaba cada ronquido que parecía un rebuzno también ha influido.

—¿Te quedan más preguntas por hacerme? Pensaba que habías gastado todas después de querer saber cómo se

llamaba mi peluche de la infancia.

—Falta la más importante —comento con aire misterioso. Me mira divertida, expectante por lo que pueda decir ahora—. En caso de holocausto zombi, ¿qué es lo primero que harías?

Se ríe. Seguramente, no se esperaba eso. Yo la miro serio, esperando su respuesta. Tarda un poco en contestar. Se toma su tiempo para pensarlo bien.

—No sé, supongo que buscaría algún arma. Es importante poder defenderse.

—Error. En caso de holocausto zombi la mayoría de la gente iría primero a por armas, por lo que sería una batalla campal. Hay que aprovechar para coger un coche y buscar comida enlatada.

Tampoco duermo nada en estas trece horas. Sé que lo lamentaré más tarde, cuando esté tan agotado que vaya arrastrándome por no haber descansado en el último día. Por extraño que parezca, prefiero seguir hablando con Valerie, aunque sea de sus locuras.

No estoy preparado para despedirme cuando nos toca. La miro, apenado, y algo me dice que siente lo mismo que yo. La ayudo a recoger las maletas, a facturarlas de nuevo y a pasar el control de seguridad, donde hemos tenido que rellenar un pequeño formulario con el motivo de nuestras visitas a Australia y un par de datos más. Ahora estamos esperando que salga su vuelo, que es antes que el mío.

—Podrías darme tu número de teléfono —propongo cuando tiene que embarcar—. Para mantenernos en contacto, ya sabes. O para quedar si volvemos a coincidir.

—Mejor me das tú el tuyo —dice. Le dedico una mirada de desconfianza, porque eso suena a que no quiere seguir en contacto y no se atreve a decírmelo—. No es eso, de verdad. He pensado en comprarme un teléfono con una SIM nueva para Australia, porque aquí no funciona el *roaming* y me va a costar mucho dinero cada vez que quiera ponerme en contacto con mi gente de España. Apúntamelo y lo grabaré en el nuevo teléfono. Puedes ser mi amigo

australiano.

Me convence su explicación. Apunto mi número en uno de los formularios en blanco y se lo doy. Lo guarda en la maleta.

—Bueno, Valerie, espero tener noticias tuyas —digo con sinceridad. De verdad quiero seguir en contacto con ella. Me ha parecido una chica interesante.

—Por supuesto.

Me despido con un gesto con la mano. Puede ser algo frío, pero soy una persona tímida. Me cuesta el contacto cariñoso con las personas. Me hubiese gustado darle un abrazo, algo más cercano. No me sale, así que solo me quedo con las ganas.

—¡Disfruta de Australia!

—Gracias, lo haré.

Empuja su maleta de mano por la cola sin dejar de mirarme. Tampoco aparto la mirada de ella. Desde fuera, debemos de parecer una pareja de enamorados que se despide. No quiero decirle adiós. Después de casi dos días sin separarnos, va a ser raro que no esté en el próximo vuelo.

—Eh, Valerie —la llamo de nuevo, antes de que entregue el billete y el pasaporte y me pierda. Me ha salido sin pensar. Solo quería prolongar este momento un poco más—. Cuando le des la mano a tu nuevo acompañante, piensa en mí.

Sonríe. No quiero que piense en mí, quiero ser yo quien lo haga, pero no es posible.

—Lo haré.

Y así, con esa pequeña despedida, desaparece. Me encamino hacia mi puerta de embarque, emocionado.

Ya no tiene nada que ver con Valerie, sino con lo que me espera en Canberra. Aún tengo que poner asuntos en orden, pero noto cómo mi vida empieza a cobrar sentido. Ha estado en *pause* un tiempo y, por fin, creo que estoy preparado para volver a pulsar el *play*.

Capítulo 7

VALERIA

Hay tres horas de vuelo de Melbourne a Cairns y aprovecho para descansar hasta el último minuto. Ni siquiera me despierto para tomar el desayuno que me ofrecen de forma gratuita. Mis prioridades son otras y las tengo muy claras: dormir, dormir y dormir.

He contratado un transporte para que me recoja y me lleve a mi residencia. En otras circunstancias sería más simpática y hablaría con el conductor, o eso quiero creer. Sin embargo, utilizo esos escasos treinta minutos para descansar un poco más.

Me registro en el hotel y me encamino hacia mi nueva habitación. Es más pequeña de lo que parecía en las fotografías de la página web. Ni siquiera puedo deshacer toda la maleta porque no me cabe la ropa en el armario. La cama es doble y es el único punto positivo. En ese momento me llama a gritos y me siento tentada a obedecer. Aviso a mi madre, a Noel y en el grupo de WhatsApp de mis amigas de que ya estoy aquí. Decido ser práctica y, en lugar de acostarme un rato antes de empezar a funcionar, me voy a la ducha para ponerme en marcha. No tengo baño propio, pero por suerte no hay nadie a estas horas.

Yo sola me lo he buscado al no haber descansado en el avión. Ahora pago las consecuencias de mis actos. No me arrepiento. Ryan ha merecido la pena.

Salgo a la calle a descubrir la primera impresión de mi nueva ciudad. Me da la sensación de ser como un pueblo de playa, con edificios no muy altos y avenidas anchas. Me gusta, parece un lugar tranquilo. Paso por delante de la famosa Esplanade Lagoon y observo la enorme piscina que se extiende ante mí. Es gratuita, solo hay que respetar los

horarios que señala. Tengo intención de hacer buen uso de ella, tanto del agua como del césped que la rodea, ya que no me pilla lejos del hotel. Llego a una escultura de varios peces metálicos y me pongo delante para tomar una foto que va directa a mi Instagram. Escribo una frase para acompañarla sin pensarla demasiado: «Cairns. Nueva ciudad. Nueva vida». Me gustan las redes sociales, soy una especie de adicta a ellas y quiero documentar mi experiencia.

Todavía estamos en julio y hace bastante calor. Según he leído, la temperatura en Australia, y más concretamente en el estado de Queensland, suele ser agradable todo el año. Me siento tentada a darme un baño, pero me recuerdo que tengo que comprarme el teléfono móvil para tener un número que utilizar. Lo necesitaré también en el trabajo y estoy deseando volver a hablar con Ryan.

Me compro el *smartphone* más barato porque tampoco voy a darle mucho uso. Lo elijo en blanco, porque el otro es azul y quiero diferenciarlos con facilidad. No creo que sea capaz de memorizar mi nuevo número de teléfono, así que lo apunto en mi otro móvil. Vuelvo a la Esplanade Lagoon y me acerco al paseo marítimo. Recuerdo haber leído sobre esto en una de las guías que investigué para conocer un poco más la ciudad. Lo llaman Esplanade Boardwalk y está situado entre la piscina y el increíble mar de Coral. En las imágenes se veía más impresionante, pero el agua no está tan limpia como en las fotografías que han seleccionado para la página web. Aun así, me siento en el murete, dejo caer las piernas hacia el mar y saco mi nuevo teléfono para configurarlo.

Una de las mejores cosas de Cairns es que tiene wifi gratuito en toda la ciudad, solo tienes que registrarte. Quizá ni siquiera habría tenido que adquirir un nuevo número, pero he preferido separar a la Valeria de Valencia de la Valeria de Cairns. Hoy en día, gran parte de nuestra vida está en el móvil. Mi vida blanca será la de aquí y mi vida azul, la que tengo en España.

En este instante solo tengo una prioridad. Abro la aplicación de WhatsApp para poder hablar con Ryan y busco el papel donde apunté su número. Algo llama mi atención en ese momento. Justo frente a mí hay un par de pelícanos enormes. Nunca he visto uno en persona. Es un animal que siempre me ha resultado curioso, sobre todo, cuando era pequeña y los veía en *Los Picapietra*. Cojo mi móvil, el bueno, y me preparo para hacerme un *selfie* con esos simpáticos pájaros detrás. Saco la foto, pero no me da tiempo a subirla. Un par de ciclistas pasan a toda velocidad por delante de mí y casi tiro el móvil del susto. Pongo todos mis reflejos en que no se rompa. Sin embargo, al hacerlo, el papel donde había apuntado el número de Ryan cae al mar de Coral.

—¡No! —grito, sin poder evitarlo.

Reacciono tarde, pero reacciono. Trato de cogerlo antes de que el número se borre. Me inclino con cuidado hacia el agua y, no sé muy bien cómo, termino por caer también. Maldigo de nuevo, esta vez más fuerte, y grito de pura impotencia. Odio Australia. Odio a Álvaro por existir, a Noel por haberse ido a vivir con Andrea y a mi madre por parirme. Me apresuro a salir. Si hay algo que sé de este país, es que aquí hay muchos bichos peligrosos. Una pareja se acerca para ayudarme, pero estoy tan enfadada que no les hago caso.

Empapada, miro cómo el número se pierde entre esas aguas oscuras y se lleva consigo mi única esperanza de volver a hablar con el chico del avión. Mi buen humor se hunde también, y maldigo a los pelícanos y a los ciclistas, como si ellos tuvieran la culpa de que sea una desgraciada. Noel siempre me ha dicho que soy torpe, pero yo no lo creo así. Lo mío es un nivel superior, como si el universo confabulase en mi contra. Torpe es una persona a la que se le cae una tostada nada más terminar de hacerla. A mí se me caería y, en mi intento por cogerla en el aire, tiraría la tostadora y chocaría directamente con mi móvil, rompiendo las dos cosas. Quizá parezca que exagero, pero

es un ejemplo verídico.

Recojo mis cosas y me dirijo de nuevo al hotel. La ropa se me pega al cuerpo por estar mojada y mi pelo da asco, pero mi humor es tan malo ahora mismo que mi aspecto no me importa en absoluto. Que le den a lo de ser práctica. Voy a ducharme y a dormir todo el día.

Capítulo 8

RYAN

El vuelo hacia Canberra es diferente. Más aburrido. Más... normal. No está Valerie y lo noto. Aprovecho para adelantar algunas gestiones. Podría dormir, pero entonces tendría que hacerlas al llegar y prefiero descansar en mi cama.

Abro Spotify y me pongo música. Soy un enamorado de ese arte desde pequeño. Mis padres me aficionaron al *rock*, a los grandes clásicos. A grupos como U2, Aerosmith o R.E.M. Yo añadí otros tantos más tarde. Mi gran favorito es Breaking Benjamin, no porque sean los mejores, sino porque les tengo un cariño especial. En eso consiste el arte después de todo. No tiene que tener lógica ni razón, solo despertarnos sentimientos que nos hagan amarlos.

Suena *Wonderwall* mientras empiezo con los mensajes. Primero, hablo con Nathan para contarle cómo ha ido todo. Me alegra tener a mi lado a alguien como él. A veces me cuesta aceptar ayuda, pero en este caso ha sido como un salvavidas. Lo mejor es saber que solo es un inicio. Como un punto de partida que demuestra que, a partir de ahora, todo irá mejor. Al menos, así lo siento yo.

Después, escribo a mi mejor amigo. Hace dos años que no nos vemos, aunque no hemos dejado de hablar en este tiempo. Las amistades sólidas no entienden de distancia, de estaciones ni de silencios temporales. Somos de esa clase de amigos que podemos estar meses sin hablarnos y, cuando lo hacemos, la confianza sigue intacta. Podemos desaparecer un tiempo y, aun así, sabemos que nos tenemos el uno al otro. Lo llamaría ahora mismo, pero no puedo. Dentro del avión hay wifi, no cobertura. Abro el WhatsApp y veo que está en línea.

Ya estoy de vuelta.

Contesta al instante.

¿Cómo ha ido?

Ya tenemos casa en Canberra. Siento como si me hubiese quitado un enorme peso de encima.

Es que te has quitado un enorme peso de encima. De más de mil dólares a la semana, para ser exactos. Tienes dos trabajos para poder hacer frente a tanto gasto.

Sé perfectamente lo que pago de alquiler. Podría ser mucho más si no fuese un apartamento pequeño en uno de los barrios más baratos de la ciudad. Canberra es una ciudad cara.

Ahora pagaré cero. Y, respecto a los trabajos, de eso precisamente quería hablarte.

¿Qué pasa?

¿Todavía necesitas monitores o ya has cubierto las plazas?

¿Vuelves?

Es la idea.

Para ti siempre hay hueco, Ryan.

Gracias.

No me las des. Eres mi familia, y la familia está cuando se necesita. Además, trabajar contigo siempre ha sido mejor que trabajar sin ti.

Tiene razón. Más que mi mejor amigo, es como mi hermano. Siempre ha estado ahí, incluso si yo le he fallado. Él es otro de los puntos positivos de volver a Cairns. Nunca he sido más feliz que estando allí. Con mi gente, con el trabajo que me gusta, con mis playas. Cairns es mi hogar, y necesito regresar.

Capítulo 9

VALERIA

Amanezco a las once de la mañana del día siguiente, así que he dormido casi un día entero. No me siento culpable. Australia me lo debe por todo lo que me ha quitado en las escasas cuatro horas que he pasado aquí. Despierta, quiero decir.

Me conecto al wifi e inicio una videollamada con Noel, pero cuelgo enseguida al recordar que allí tiene que ser de madrugada todavía. No me acostumbro al cambio horario. Le mando un mensaje para disculparme y me dejo caer en la cama.

Más tarde quiero pasarme por la tienda en la que empezaré a trabajar la semana que viene. De momento, voy a hundirme en mi miseria un poco más. Abro mis redes y observo que la foto que subí ayer a Instagram ya tiene más de cinco mil me gusta. Sonrío, conforme. En Twitter no soy tan conocida, pero me gusta cotillearlo. Nada más abrirlo, mi mente se ilumina. No está todo perdido con Ryan; me queda un último cartucho.

Voy a crear un hilo para encontrarlo.

Twitter, haz tu magia. He conocido a un chico en un vuelo de **@FlyEmirates**. Viajaba de Madrid a Melbourne. Pasamos 24 h juntos, al despedirnos me dio su número y lo perdí. Se llama Ryan y en el primer avión iba en el asiento 27E. Quiero volver a hablar con él. RT para difusión.

Añado los datos de vuelo y lo releo antes de darle a enviar. Después, vuelvo a hacerlo en inglés y repito la misma operación en Instagram. Sueno cutre y desesperada, pero no me importa. No quiero renunciar a él.

Me ducho, me visto y me encamino hacia la tienda en la que voy a trabajar. Está a unos cuarenta y cinco minutos

en autobús. Fue una de las decisiones que tuve que tomar. Podía coger la habitación más cerca a la tienda, pero entonces quedaría más lejos de la academia donde voy a estudiar el curso de inglés y de la ciudad en sí. Es un trabajo a media jornada, así que preferí sacrificar eso. En algún momento tendré que hacerme con un coche. Espero que conducir por la izquierda no sea tan difícil como me parece al pensarlo.

Voy al paseo marítimo de Palm Cove, un barrio al norte de Cairns. En pleno julio, es una zona de lo más concurrida. Me quedo atrapada con lo que veo. A lo lejos está la playa, tras una multitud de impresionantes palmeras. Recibe su nombre precisamente de eso. Me acerco a la arena y cojo un puñado entre los dedos. No me puedo creer que esté aquí, en el otro lado del mundo, que me haya atrevido a hacerlo. Es como si todavía no fuese del todo consciente de ello. Tomo una foto de esos granitos que se escurren por mis manos con el mar de fondo y la subo a mi Instagram:

Exprimiendo cada momento antes de que la vida se me escabulla entre los dedos.

Me doy cuenta de que tengo muchas notificaciones, pero no quiero mirarlas ahora. Me alejo de la playa y me acerco a la zona de compras. No la esperaba para nada así. Hay un letrero de madera pintada con diferentes colores que señalan los comercios y restaurantes más conocidos. Los edificios son también de madera verde, rosa o azul. Es un lugar tan pintoresco que me fascina en cuanto lo veo. Camino por el pasillo central mientras me fijo en los carteles hasta que encuentro Palm Cove Souvenirs. Es el local más pequeño de todos los que he visto hasta ahora. Los marcos de las ventanas son de un azul dos tonos más oscuros que las paredes exteriores. Por dentro es de un turquesa similar al del agua que he visto antes. Hay sobre todo artículos de playa, como camisetas, gorras y bañadores, pero también imanes, postales y llaveros. Lo que más me gusta son las tres tablas de surf que decoran una de las paredes.

Me fijo en la dependienta. Parece algo mayor que yo, aunque no mucho. No creo que llegue a los treinta todavía. Lleva su melena rubia recogida con unas trenzas holandesas que le caen un poco por debajo de los hombros. En su cara redonda destacan dos ojos casi del mismo tono que el mar, enmarcados con unas cejas despeinadas que le dan un aire más infantil y despreocupado.

—Hola —me saluda cuando me ve—. Si necesita cualquier cosa, no dude en pedírmela.

—Hola. Soy Valeria, empiezo a trabajar aquí la semana que viene —me presento—. He querido venir antes para conocer el local.

—¡Ah, Val! ¿Puedo llamarte así? Para mí es más sencillo de pronunciar.

—Claro, mucha gente me llama Val.

—Perdona, no te he reconocido, pero vi tu foto en el currículum que nos enviaron.

Yo soy Emily Rey, vamos a ser compañeras.

Sale de detrás del mostrador y se acerca para darme un beso en la mejilla. Me sonrío y la imito.

—Encantada —digo entonces.

—Me gusta que hayas venido antes, eres práctica y comprometida, habla bien de ti —suelta sin tapujos. Una pareja entra en ese momento y Emily los saluda con una sonrisa—. Aprovecha si quieres para familiarizarte con la tienda y los artículos, enseguida estoy contigo.

Va a ayudar a los nuevos clientes y yo hago lo que me ha dicho. Durante unos segundos, estoy tentada de comprarme alguna de las gorras que venden. Me gusta una blanca en la que se puede leer Palm Cove con letras negras. No lo hago. Eso me haría parecer demasiado turista y, aunque lo soy, no quiero contarlo a los cuatro vientos.

—¿Qué haces luego? —me pregunta Emily. No la he escuchado acercarse, pero los clientes ya se han ido.

—No tengo muchos planes, la verdad. Todavía no conozco a nadie por aquí.

—¿No conoces a nadie en Palm Cove?

—En Australia, en realidad.

Emily abre la boca, sorprendida. Supongo que no puedo culparla, pero tampoco me gusta su reacción.

—¿Y cómo has terminado aquí, entonces?

—Es una historia un poco larga, así que deja que te la resuma. Después de una relación tóxica y otra que tampoco fue mucho mejor, me di cuenta de que quería algo distinto para mi vida y decidí empezar de cero. Quiero demostrarme que puedo estar sola, que me valgo por mí misma —repito un discurso que empieza a hacerse habitual.

—Nada mejor que un corazón roto para empezar de cero. Vamos a hacerlo juntas. —Me muestra una sonrisa tan grande que es contagiosa y me doy cuenta en ese preciso instante de que vamos a ser grandes amigas—. Necesitas un plan de vida.

—No quiero planes —me niego rotundamente—. He pasado toda mi vida siguiéndolos. Ahora, lo que necesito es improvisar.

—No conoces mis planes de vida —comenta, y se ríe—. Vamos punto a punto, nada grande. El primer paso es simple. La tienda cierra a las seis y quedan unos cuarenta minutos. Después, he quedado con los chicos para tomar algo. Vente y te los presento.

Suena como una orden, pero no tengo problema en aceptar. Siempre he sido una persona sociable, excepto cuando Álvaro me dejó tan destrozada que odiaba a todo el mundo. Tampoco tengo nada mejor en un país donde no conozco a nadie. Lo único que lamento es no haberme arreglado más.

—Te ayudo hasta entonces —me ofrezco—. Así cuando me toque empezar no seré una carga.

El tiempo pasa volando. Emily me explica que los meses de julio y agosto son más duros porque hay muchos más turistas. Palm Cove está cerca de la Gran Barrera de Coral y del Daintree Rainforest, las dos grandes atracciones de esta zona del país. Está llena de resorts y hoteles, pese a

que no viven más de dos mil personas aquí. Tampoco hay muchas tiendas, por eso se decidió a abrir un negocio pequeño y apostar por esos turistas que buscan llevarse algún recuerdo de su viaje. Le va tan bien que incluso pudo abrir otro en el centro de Cairns.

Cerramos la tienda juntas. Emily no para de parlotear en todo el rato. Me habla de Australia, de ella, de sus amigos. Veo que salimos de la zona de comercio y se dirige hacia la playa.

—¿Dónde vamos? —pregunto con curiosidad.

—Los chicos están en el agua, pero saldrán en breve. No me apasiona bañarme aquí tan tarde. En las malas épocas, puede haber tiburones y cocodrilos.

—No saldré de la piscina —aseguro después de recibir esa información.

—En verano no, pero no me gusta especialmente la playa nocturna. Bueno, el agua. Me encanta sentarme en la arena con una cerveza en la mano y hablar. Solemos hacer eso a menudo.

—Me parece un gran plan.

Atravesamos el camino de palmeras y nos dirigimos hacia la costa. Emily se deja caer en la arena, cerca de la orilla. Hay varios grupos de jóvenes, algunos en el agua y otros, como nosotras, sentados mientras charlan. Veo cómo tres hombres se acercan hacia donde estamos sentadas. Sonríen a Emily y a mí me dedican una mirada de sorpresa, como si no entendiesen qué hago aquí.

—Chicos, esta es Val —me presenta mi compañera. Me pongo en pie para saludarlos—. Es la mujer que va a trabajar conmigo en la tienda, la española. Val, estos son Andrew, Josh y Liam.

Señala a cada uno de ellos mientras los nombra y los repito mentalmente para retenerlos en la memoria. Andrew y Liam parecen más o menos de la misma edad. A Josh se le nota más joven. Me saludan con una sonrisa y un beso en la mejilla, y volvemos a tomar asiento.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunta el primero.

Voy a recordar su nombre porque es fácil recordar su físico. Según mis propios prejuicios, Andrew sí encaja en mi imagen de australiano. Es alto, bastante. Debe medir más de metro noventa. Tiene el pelo rubio y un poco largo. Ahora lo lleva mojado y parece tan sedoso que me dan ganas de acariciarlo. Me contengo, obviamente. Sus ojos son tan azules que parecen irreales y tiene una barba poblada que ha recortado de forma cuidadosa.

—No, llegué hace poco. Aún estoy adaptándome.

—¿Qué te parece de momento? —quiere saber Josh.

Es el más joven del grupo. Debe de tener más o menos mi edad. También es rubio, pero tiene los ojos marrones y es bastante más bajo que Andrew.

—No he tenido muy buenas experiencias de momento, pero soy de las que no se fían de las primeras impresiones.

—Sabia decisión —comenta Liam—. Cairns termina por enamorar.

Y tiene razón. Entre todos me hablan de su ciudad, de los mejores sitios para comer o para beber, de los lugares que tengo que visitar como turista y de los secretos que solo conocen los que han profundizado más.

La noche se me pasa volando y estas sencillas conversaciones en una playa nocturna se convierten en el primer día que disfruto en Australia. Esto es solo el principio y, de momento, no pinta nada mal.

Capítulo 10

RYAN

Ha sido fácil adaptarse a la nueva casa. Hemos cambiado un apartamento pequeño y alejado del centro por un chalet en la mejor parte de Canberra. Se trata de una zona tranquila, repleta de viviendas lujosas y gente adinerada. Me siento un poco extraño, como fuera de lugar, pero sé que no va a ser mucho tiempo para mí. Solo voy a quedarme aquí mientras acondiciono todo.

Este sitio ha estado abandonado muchos años, y se nota. Antes de irse, cubrieron los muebles con sábanas blancas. Oli se lo ha pasado genial jugando a adivinar lo que había debajo. Solo la imaginación de un niño puede confundir una mesa y seis sillas con un dinosaurio o un piano de cola con dos vagones de tren.

No he visto a Kylie tan feliz desde antes de que nuestros padres se fueran, y eso hace que todo lo demás merezca la pena. Lo único que tenemos que hacer a cambio es hablar de vez en cuando con Sarah. Todavía no me sale llamarla abuela, no sé si algún día lo haré. Mis hermanos se han adaptado mejor a eso. Creo que los dos estaban deseando ampliar la familia.

—Ya se ve la luz al final del túnel —comenta Kylie.

—¿Qué túnel? —pregunta Oli—. Yo no lo veo.

—Es una expresión —explica—. Me refiero a que ya nos queda poco para terminar la limpieza. Estaba todo muy sucio cuando empezamos y es como que ya se ve el final.

—Merece la pena —digo yo.

—Y tanto que la merece. ¿Has visto esta casa? Es preciosa.

—Me gusta más que la otra —confirma el pequeño—. Es más grande y más bonita. Mi habitación es la mejor y me gusta el jardín. Antes no teníamos nada de eso.

Tengo que darle la razón. Bajo capas y capas de polvo, estamos descubriendo toda una maravilla. En el piso de abajo hay un salón comedor cocina, todo diáfano. El baño es el doble que el que teníamos en la otra casa, y eso sin contar que esta casa tiene tres. Arriba hay cuatro dormitorios, dos baños y un despacho. Va a sobrar espacio cuando me vaya, pero ya está hablado. Oli se quedará aquí con Kylie mientras ella termina sus estudios. Después, él vendrá a Cairns conmigo y ella podrá decidir por sí misma dónde buscar su futuro.

—¿Quieres ir un rato a jugar fuera? —pregunta Kylie al pequeño.

—¿Puedo?

—Sí, claro.

—¡Bien!

Oli sale corriendo hacia fuera. Que la casa tenga cristaleras amplias es una ventaja para poder vigilarlo sin tener que salir. Más adelante quizá ponga unos columpios, como los que teníamos en nuestra casa en Cairns. De momento, tiene que contentarse con jugar a la pelota él solo.

Kylie deja de limpiar para mirarme. No necesito escucharla para saber lo que me va a decir:

—¿Cuándo vamos a decírselo?

—Pronto —respondo, sin más.

—Va a llevarlo mal lo hagamos cuando lo hagamos.

—Por eso quiero evitárselo el máximo tiempo posible.

—Tarde o temprano tendrás que hacerlo. Para Oli, eres su padre. Estar sin ti va a ser muy duro, pero lo superará. Se adaptará, como hicimos nosotros. Todos tenemos esa capacidad.

—Le diré que será temporal, que después vendrá a vivir allí conmigo. No va a ser tanto tiempo, yo...

—No tienes que convencerme de nada, ni a ti. Estás haciendo lo correcto, Ryan. Tú también mereces ser feliz, y sé que eso lo tienes en Cairns, no aquí. Han pasado tres años. No tienes que culparte por querer volver.

—Canberra no está tan mal.

—No lo intentes —me corta—. Sé lo importante que es el mar para ti y aquí no lo tienes. Estamos nosotros, sí, pero nos podemos mover.

—Gracias —digo, sin saber qué más decir.

Estoy haciendo esto por mí. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme si estoy siendo egoísta. Oli me necesita. Solo tiene cinco años y voy a dejarlo solo. Bueno, no estará solo. Se quedará con Kylie. Ella...

—¿Has vuelto a saber sobre esa chica? La del avión, digo —comenta, y me saca de mis pensamientos.

—No, no me ha escrito. Será mejor que sigamos. Esta casa no va a limpiarse sola.

La mudanza me está ayudando a no pensar en Valerie. Me pareció simpática, me apetecía ayudarla. Supongo que ella no ha tenido el mismo concepto de mí.

No importa. Tengo demasiadas preocupaciones para malgastar tiempo en esas tonterías. Esta casa, la de Cairns, los trabajos, Oli y preparar mi nueva mudanza. Van a ser unos días ajetreados, no tendré mucho tiempo para distracciones.

Y, sin embargo, esas distracciones siguen en mi cabeza mientras terminamos de hacer habitable esta casa.

Capítulo 11

VALERIA

La primera semana en Cairns ha pasado más rápido de lo que esperaba. He superado el tiempo de adaptación y todos los miedos que tenía en un principio han desaparecido. Me gusta el trabajo en la tienda junto a Emily y he conseguido congeniar con su grupo de amigos. Incluso John, el dueño del hotel donde me hospedo, ha resultado ser una persona muy agradable.

Esta mañana he decidido volver a grabar desde el zulo en el que me alojo. Fue uno de mis seguidores quien lo llamó así y ahora todos lo hacemos. Puede ser bastante pequeño, pero al menos tiene una ventana que ilumina un poco la habitación. Mi mayor problema sigue siendo, que el baño es compartido con todo el piso.

—¡Hola, Val! —saluda John.

Es un tipo amable que siempre tiene una sonrisa bonachona en la cara. Abrir este hotel era el sueño de su mujer y decidieron hacerlo juntos. Christie trabaja en la cocina y en el mantenimiento, y él se dedica a la recepción y la contabilidad.

—Buenos días —le devuelvo el saludo con un pequeño bostezo.

—Christie ha preparado el desayuno. Si te das prisa, todavía quedará algo. Los demás huéspedes han madrugado más. Creo que han hecho un grupo e iban a tomar un vuelo a Sídney para ver más cosas. ¿Tú no te apuntas?

—Todavía no los conozco mucho. Además, me parece que esos planes se escapan un poco de mis posibilidades —admito.

No me sobra el dinero y, aunque tengo suficiente gracias al trabajo, prefiero gastarlo en cosas que me

apetezcan más.

—Si quieres ganar algo de dinero extra, puedes echarnos una mano con el hotel. A fregar los platos, limpiar los suelos, las ventanas... Lo que sea. Algunos huéspedes lo hacen también. No podemos pagarte, pero te lo descontamos del alquiler de tu habitación.

—¿En serio? La verdad es que me vendría muy bien.

—Perfecto. Pues habla con Christie y poneos de acuerdo. Ahora no, que está liada, pero cuando regreses seguro que tendrá un hueco.

—Lo haré. ¡Gracias! —exclamo desde la puerta después de despedirme.

—No hay de qué, Val. ¡Aquí funcionamos así!

Salgo con una sonrisa de felicidad. La tienda, el hotel... Todo está yendo genial en Australia. Supongo que gasté toda mi mala suerte el primer día. En el curso de inglés solo he tenido la presentación, pero también terminé satisfecha.

El *tweet* que escribí para buscar a Ryan lleva cerca de ciento sesenta mil *retweets*. He tenido que silenciarlo y desactivar las notificaciones porque me descargaba la batería a la velocidad de la luz. Además, ya he perdido la esperanza de que responda o aparezca. Ahora conozco a más gente, así que tampoco lo necesito. O, al menos, eso es lo que me digo para tratar de olvidarlo.

Hoy he quedado con Emily y sus amigos. Me gustan sus planes tranquilos. Vamos a ir a la playa de Palm Cove, encender un pequeño fuego y charlar alrededor de las llamas. No hay que hacer nada grandioso para pasarlo bien. A veces, las cosas más sencillas son las que más feliz te hacen.

—¿Lista? —pregunta Emily. Asiento y subo al coche—. Hoy por fin vamos a estar todos.

No me he puesto el bikini. Ellos se bañan a veces, pero yo no estoy tan loca como para hacerlo de noche. Se me para el corazón solo de pensar en que puede haber cocodrilos y tiburones cerca. El camino hasta Palm Cove se me pasa rápido. A Emily parece molestarle el silencio, por

eso habla todo el rato, sin cesar.

—¿Qué series veías de adolescente? —me pregunta.

—No creo que las conozcas, eran sobre todo españolas. *Los hombres de Paco*, *Los Serrano*, *El internado*... No creo que las tradujeran al inglés.

—¿Australiana ninguna?

—No, creo que no.

—La gente que viene del extranjero siempre habla de *H₂O*, *solo añade agua*. Era de tres sirenas.

—¡Sí, esa sí! —exclamo—. Estaba totalmente enganchada.

—¡Y yo! Es mi serie favorita de todos los tiempos. Mi favorita siempre fue Rikki.

—A mí me gustaban las tres, la verdad. Aunque creo que me quedaría con Cleo.

—Ahora que lo dices, te pareces mucho a ella. Físicamente, digo.

—Me lo dicen mucho.

Continuamos hablando de las tres sirenas hasta que Emily deja de parlotear sobre la serie y lo hace de lo genial que sería que existiesen en realidad. Me cuenta que conoce a Tyler, un chico que asegura haber visto una y que nadie lo cree, pero que ella no sabe qué pensar. No le digo que no tengo fe en todas esas cosas. Me limito a dejar que sueñe con una realidad más mágica, con más oportunidades que la nuestra.

Aparca el coche al llegar y la ayudo a bajar las cosas. Además de una toalla, llevamos algunas bebidas y dos cestas con comida que ha preparado la madre de Emily. Parece que haya cocinado para treinta personas, aunque en realidad solo seremos seis.

Josh y Liam están sentados junto a la pequeña hoguera. Nos saludan con un corto abrazo. Al principio se me hacía extraño que fuesen tan cariñosos sin conocerme, pero ya me he acostumbrado a ello.

—¿Eso lo ha hecho tu madre? —pregunta Liam mientras mira la comida que trae Emily.

—Ajá.

—Dime que ha preparado ojos de perro.

—Bastantes, además.

—¡Genial!

Me siento entre sorprendida y asqueada ahora mismo. Antes de viajar, leí un poco sobre la comida australiana. Es cierto que los aborígenes pueden comer larvas y algunos otros insectos y que su dieta es más extraña, pero el resto de los australianos parecía que tomaban cosas más apetecibles para mí. Preferiría comer gusanos que ojos de perro, desde luego. Con el estómago revuelto, lamento no haber traído algo comprado por mí, aunque fuese una bolsa de patatas fritas o un paquete de galletas.

Josh abre una de las cestas y coge varios pasteles. Bueno, lo que pensaba que eran pasteles, pero que resulta que llevan ojos de perro.

—¿Quieres? —pregunta mientras tiende uno hacia mí.

—No, gracias. No creo que me guste —rechazo con educación.

—¿Los has probado ya? ¿No te gusta la carne?

—No es eso. Es... —empiezo, dubitativa. No quiero faltarles al respeto y no sé si voy a hacerlo, pero prefiero ser sincera—. No me gusta la idea de comer ojos, ni de comer perro.

—Espera. ¿Crees que...?

Josh no termina la frase. Él y Liam rompen a reír. Intercalo la mirada entre ambos, pero no dicen nada, así que me limito a verlos carcajearse. Josh se limpia las lágrimas y se centra en mí.

—Es un pastel de carne picada, manteca y sal. No lleva perros, ojos ni nada que se le parezca. Solo es la forma coloquial de llamarlos. Eso sí, lleva cerdo, así que tú decides.

—Pues deberíais ponerle un nombre que lo haga más apetecible, no que suene tan mal.

—Sí, supongo que sí. ¿Quieres comerlo, entonces?

Cojo la pieza que me ofrece y la pruebo. Entiendo por

qué lo aman tanto: está delicioso. Josh mete el otro en la boca de su novio y Liam se lo come de un solo bocado.

—¿Y Andrew? —pregunta Emily.

—Está dándose un baño —informa Josh, sin apartarse de su novio—. Ahora saldrán.

—¿Saldrán? —exclama, entusiasmada.

Fija la vista en el agua y deja escapar un grito de emoción. Sigo su mirada y entonces me quedo sin palabras. Es como si de repente me hubiese olvidado de cómo hablar, incluso de cómo pensar, si es que eso es posible. Mi corazón se salta un latido y después coge carrerilla y sigue, desbocado. Parpadeo varias veces, sin dar crédito. Un chico ha salido del agua y se dirige hacia nosotras. Pero no es un chico cualquiera.

Es Ryan.

El mismo Ryan que he estado buscando sin éxito por todas las redes sociales y que ahora, sin más, está delante de mí. La visión no podría ser mejor. Lleva tan solo un bañador que le llega hasta la mitad del muslo y deja ver un cuerpo definido, coronado por pequeñas gotas de agua que resbalan por su piel. Me obligo a apartar la mirada cuando siento que ha llegado hasta nosotras. Y digo siento porque no lo veo, ya que no soy capaz de procesar lo que está pasando.

Emily coge carrerilla y salta a abrazarlo. Más bien, se cuelga de él. Ryan le devuelve el abrazo, pero no deja de mirarme con el ceño fruncido y la sorpresa reflejada en la cara. Supongo que se ha quedado como yo. A cuadros.

—Ryan —es todo lo que consigo decir.

Deja a mi amiga en el suelo y le sonrío antes de mirarme a mí.

—Valerie —suelta entonces, como si saliese de un trance—. Qué bonita casualidad.

—¿Os conocéis? —pregunta Emily. Es extraño, pero parece la menos confundida de los tres.

—Sí, más o menos —responde él—. Compartimos el vuelo desde Madrid hasta Melbourne.

—¿En serio? ¡Qué coincidencia!

—La verdad es que sí —concuerta Ryan—. Esto sí que no me lo esperaba.

—Conocí a Val en la tienda, trabaja conmigo —explica, emocionada—. Vamos al mar, podemos seguir hablando allí. Quiero saberlo todo.

Emily no es muy amante del agua nocturna, pero sí de estar con sus amigos; sobre todo, con Andrew. Hace tiempo tuvieron algo. Ahora no creo que se gusten, solo comparten una amistad y un cariño infinito.

—Disfrutad del baño —consigo decir—. Yo os espero aquí.

—Oh, es verdad. Tú nunca te metes cuando es tan tarde —comenta, como si acabase de caer en la cuenta—. Bueno, no pasa nada, me quedaré contigo.

—No hace falta, puedes ir.

A Emily le apetece y, además, así puede estar con su amigo. Con su amigo Ryan. El mismo Ryan que conocí. Me pregunto qué está mal en mí y por qué no consigo reaccionar, pero debe de creer que tengo algún problema.

—Ve tú, Andrew te está esperando —suelta Ryan sin dejar de mirarme—. Así podré hablar con ella.

Emily mira a su amigo y luego a mí. Dibuja una sonrisa sugerente y sale corriendo hacia el agua. No sé si se ha hecho una idea equivocada, pero nada más lejos de la realidad. Hasta ahora, no me había dado cuenta de que Liam y Josh han vuelto a meterse también.

—¿Seguro que eres Valerie? —pregunta Ryan cuando nos quedamos a solas—. Porque luces como ella, pero no lo pareces. ¿Has perdido la capacidad del habla?

—Pensaba que ibas a Canberra —digo como respuesta. Suena a acusación y no sé por qué. Estoy sorprendida todavía y ni siquiera sé qué pasa conmigo.

—Y yo pensaba que tú ibas a contactar conmigo cuando llegaras, por eso te di mi número —comenta. A pesar de sus palabras, su tono no es frío, sino al contrario.

—Perdí el papel.

—Ah, creí que no querías volver a saber de mí. Y era una lástima, porque encajamos bien. Iba a ser tu amigo australiano.

Mi amigo australiano. Recuerdo esas palabras. Me pregunto por qué me suenan tan mal ahora mismo.

—Creo que podemos empezar de cero —sugiere—. No de cero, cero. La parte del avión nos salió perfecta. Me refiero a esto, a nuestro reencuentro. Deja que empiece yo.

Capítulo 12

RYAN

Aún estoy asimilando que Valeria esté aquí. Creo que lo llevo mejor que ella. O se ha vuelto fría y distante o está en estado de *shock*. Prefiero creer que es lo segundo.

—Fui a Canberra porque vivía allí, pero en realidad mi hogar está en Cairns —explico—. Tenía unas gestiones que hacer antes de regresar aquí. No te dije nada porque quería que fuese una sorpresa, claro que en mi cabeza lo había imaginado de forma diferente. Pensaba que hablarías conmigo, que seguiríamos en contacto y, cuando estuviese en Cairns, te lo contaría para que pudiéramos vernos. Es obvio por qué mi plan se fue al traste.

—Es cierto que perdí tu número —repite—. Se me cayó al agua. Intenté recuperarlo y entonces me caí yo también. El mar de Coral se tragó tu número y mi dignidad. Saliste ganando en eso.

—Me quedo más tranquilo sabiendo que luchaste por él.

—Por supuesto que lo hice. Quién sabe qué hubiese sido de mí si no me hubieses dado la mano en los dos vuelos. Quizá ahora estaría trabajando para Fly Emirates hasta que costease los destrozos que podía haber causado en los asientos.

Me río y noto el alivio en el acto. Estaba convencido de que había pasado de mí, pero confío en su palabra. Si hubiese querido mentirme, habría puesto otra excusa, alguna menos torpe y ridícula. Además, me alegra ver de vuelta a la Valerie del vuelo.

—Entonces, ¿conoces a Emily? —pregunto.

Hay otras muchas cosas que prefiero saber, pero me parece mejor empezar por temas más sencillos.

—Sí, es una gran amiga, aunque nos conozcamos de

poco tiempo. Me ha ayudado mucho desde que estoy aquí. Trabajo para ella y, además, me presentó a sus amigos.

—¿Así que conoces a todos mis amigos?

—Eso depende.

—Andrew, Liam, Josh...

—Pues sí, los conozco. Está claro que ni perdiendo tu número consigo librarme de ti... —suelta en broma.

Toma asiento en la arena y me invita a hacerlo a su lado. Después, me cuenta lo que ha pasado desde que está aquí. Me habla de Emily, de su trabajo, de su hotel. Me pierdo en sus palabras y, casi por primera vez desde que la he visto, soy consciente de que Valerie está aquí de nuevo. Me gusta esta chica, me cae bien. Me alegra que vuelva a mi vida porque creo que puede ser una gran amiga, aunque solo sea pasajera. Alguien que le dé a mi día a día ese toque diferente para salir de la rutina.

Llevo tiempo queriendo regresar a Cairns y, ahora que por fin lo he hecho, creo que la suerte me sonrío de nuevo. Estoy enamorado de mi tierra y tener la posibilidad de compartir eso con alguien que no la conoce es algo que me encanta.

—¿Quieres saber lo más vergonzoso de todo? —pregunta, divertida.

—¿Más que tu caída recuperando mi número? —me burlo, y ella asiente—. Por supuesto.

—Puse un *tweet* buscándote. Dos, en realidad. Uno en inglés y otro en castellano. De hecho, lo hice por todas las redes sociales. Contacté con Fly Emirates para que me dieran tus datos, pero obviamente se negaron. El *tweet* se hizo viral. Entre unas redes y otras, más de medio millón de personas de todo el mundo me ayudaron a buscarte, pero fue en vano. No te encontré. Lo bueno es que me hice un poco famosa.

Vuelvo a reírme. No sé quién le ha metido en la cabeza que es una persona aburrida, porque es obvio que está loca. Me digo a mí mismo que, si necesita completar esa lista para creérselo, voy a ayudarla a hacerlo.

—No uso redes sociales —explico—. Mis amigos tampoco. La verdad es que vivimos un poco desconectados de todo eso, pero no nos gustan.

—¿Cómo os pueden no gustar las redes sociales? ¡Si son adictivas!

—Prefiero otras actividades, no sé. Se me olvidaría mirarlas y prestarles atención. No tengo tanto tiempo libre.

—Todo el mundo tiene tiempo libre.

—Cierto. Lo que quiero decir es que no está en mis prioridades de mi tiempo libre. Me parece perfecto que las utilices, no lo critico. Simplemente, no son para mí.

Se queda callada, pensativa. No sé si la he ofendido, pero no era mi intención. Solo es una opinión. Las redes sociales nunca me han llamado la atención. La necesidad de escribir o fotografiar a cada rato dónde estás, qué estás comiendo o qué ves en la televisión. La idea de compartirlo con todo el mundo y perder la privacidad. No me gusta. Prefiero seguir siendo una persona anónima, disfrutando de las pequeñas cosas como una tarde con mis amigos, mi tabla de *paddle surfo* un atardecer en la playa.

—Yo estoy documentando mi viaje por Australia —me cuenta—. Lo subo en vídeos a Instagram, y la verdad es que los ve bastante gente. ¿Quieres saber algo interesante?

—Claro.

—En las historias me comenta gente.

—¿Qué son las historias?

—Vídeos que grabo, se llaman así. Desaparecen a las veinticuatro horas, a menos que los guardes. Yo guardo algunos, los que mejor explican cosas de aquí, de Cairns, u otros que simplemente sé que querré ver después. El caso es que la gente los comenta. Ya te he dicho antes que me hice viral buscándote. Pues, en algunos de esos vídeos, la gente me pregunta por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—Pues porque quieren saber si ha aparecido mi primer amigo australiano. ¿Puedo grabarte para decir que te he encontrado? ¡Les encantará!

—No —me niego en el acto. Su gesto se descompone, así que intento explicarme mejor—: Puedes decirlo, no me importa. Pero no quiero salir en el vídeo, no me gusta.

—Claro, no te sacaré —dice. Recupera un poco la sonrisa, aunque no puedo evitar pensar que parece un poco forzada—. Esta noche se lo contaré a todos. Creo que se alegrarán.

Nos quedamos en silencio, con la mirada perdida en el mar. Echaba tanto de menos esto que ni me acordaba. Ni siquiera he deshecho las maletas. Lo único que he hecho al llegar ha sido hablar con Kylie y con Oli. El pequeño no ha llevado bien el traslado, pero le he prometido que pronto vendrá a verme. Enseguida he venido para acá.

Canberra es una ciudad más grande, más turística, con mejores servicios. Pero no hay mar y, aunque parezca una tontería, necesito tenerlo cerca para sentirme vivo. Es parte de mi hogar y lo noto en cada poro de mi ser.

Estoy tan abstraído que ni siquiera me doy cuenta de que Liam sale del agua. Saluda con un gesto de cabeza, coge una cerveza y se sienta a mi lado, no sin antes sacudirse encima de ella para mojarla. Valerie suelta un pequeño grito y se aleja medio corriendo.

—¡Liam! —protesta—. Odio que me mojéis siempre. Está fría.

—Hoy está genial.

—Eso, para vosotros.

—Entonces, ¿ya os conocíais? —pregunta Liam, probablemente, para dejar de escuchar las quejas.

Valerie vuelve a sentarse, más alejada de nosotros esta vez.

—Coincidimos en el vuelo desde Madrid —aclara ella—. Veinte horas de avión y otras tantas de escala. Cuando viajas, las condiciones de la amistad son distintas.

—¿Distintas?

—Claro. Las horas en avión son como meses, porque no tienes casi nada que hacer, así que solo hablas y te conoces más. En realidad, compartimos mucho más

tiempo del que parece, como ves.

—Desconocía esas reglas —bromea Liam—. ¿Alguna más que deba saber?

—Si estás en un país con una lengua diferente a la tuya y de repente escuchas a alguien hablar en tu idioma, esa persona automáticamente es amiga tuya también. Así conocí a Lara.

—¿Quién es Lara? —indago yo.

Apenas lleva aquí una semana y casi que ya tiene más amigos que yo. No me extraña: es mucho más sociable.

—Una chica que conocí en el curso de inglés. Es de Salamanca, una ciudad española. Hemos quedado en que tenemos que salir juntas.

—Voy a ser directo, porque nos lo estamos preguntando todos y es la mejor forma de salir de dudas —empieza Liam. Lo miro con miedo, temiendo por dónde va a salir—. ¿Entre vosotros hay o hubo algo? Es solo curiosidad.

Reprimo una sonrisa y no contesto. La veo como una amiga, nada más. Es una chica atractiva y hemos conectado bien, pero no quiero fijarme en ella más allá de eso. Intento darle algo de misterio, pero Valerie no tiene el mismo plan.

—¿Qué? ¡No! —exclama enseguida. El amago de sonrisa se me borra en el acto. Una cosa es que solo me vea como un amigo y otra, que la idea de que pasara algo entre nosotros parezca darle tanto asco—. No hubo nada ni lo hay. Solo amigos.

—Vaya, podías haberlo suavizado al menos —trato de bromear—. Qué poca sutileza para destrozar mis sentimientos.

—Es mejor ser directa en estos casos —suelta como si nada—. Lo superarás, créeme.

—Así que, ¿a qué te has dedicado este tiempo? —pregunto por desviar el tema—. ¿Qué cosas interesantes has hecho? ¿Qué has tachado?

—Me he adaptado, que no es poco —responde—. Al trabajo, al hotel, a la ciudad...

—¿No habéis hecho nada? —me asombro—. Cairns no es el sitio más turístico, pero hay muchas actividades aquí.

—Bueno, aún no...

—Tenemos que poner remedio a eso —la interrumpo—. Solo vas a estar aquí seis meses, tienes que exprimirlos al máximo. ¿Qué haces mañana?

—¿Mañana?

—Sí, claro. Comenzaremos por algo muy común pero esencial. Vamos a ir a hacer buceo por la Gran Barrera de Coral. ¿Os apuntáis? —pregunto a Liam.

—No podemos. Yo trabajo y Josh tiene clase. Para la próxima, quizá.

—Se lo diré a Emily y a Andrew, a ver si están disponibles.

—Pero ¿hablas en serio? Ni siquiera te he dicho si puedo.

—¿Puedes?

—Sí, pero...

—¿Quieres?

—Sí, pero...

—¿Cuál es el problema, entonces, Valerie? ¿No quieres probar nuevas experiencias? ¿O es que tienes miedo?

—Mañana buceo en la Barrera de Coral —dice con seguridad.

Me río. Ha sido fácil convencerla. En realidad, no creía que fuese necesario, pensaba que se apuntaría sin más. Quizá la chica que conocí en el avión no sea así siempre y todavía le queden retazos dentro de lo que parece su antiguo yo. En cualquier caso, pienso descubrirlo.

Emily, Andrew y Josh salen del agua y se sientan con nosotros. Valerie les cuenta enseguida los planes para que se apunten y, al final, quedamos un día en el que podamos ir los cuatro. No va a ser mañana, pero tampoco muy tarde. Liam y su pareja no se apuntan ni cambiando la fecha, así que los damos por perdidos.

Pasamos el resto de la noche así, charlando. De vez en cuando miro a Valerie y algunas de esas veces la encuentro

mirándome. Estoy contento de haberla encontrado. Mientras la observo me convengo de que, si ha venido a Australia a descubrirse, voy a hacer todo lo que esté en mi mano porque sea feliz con lo que encuentre.

Capítulo 13

VALERIA

Me apunté al curso de inglés como requisito para obtener el visado, ya que era la manera más sencilla. Sin embargo, ha sido todo un acierto. Las clases son entretenidas y nuestra profesora es genial. Además, he descubierto a Lara, una chica simpática con la que encajo a la perfección. No es solo el hecho de que sea española y sienta una pequeña parte de mi hogar aquí, sino que su personalidad casa muy bien con la mía.

—¿En serio vives aquí? —pregunta, anonadada.

Se ha empeñado en acompañarme hasta mi habitación de hotel. Ha quedado más tarde con unas amigas y soy su excusa para hacer tiempo. Lara no sabe estar sola.

—Es barato y no está tan mal. John es simpático. El casero —añado cuando frunce el ceño.

—No tienes ni baño privado.

—Al final, te acostumbras a usar el otro. Hay uno por piso y ahora mismo solo somos seis en este.

—Seis —repite, sin dar crédito.

—En el de arriba son doce.

—Entonces, puedes sentirte satisfecha, sí. Yo me alojo en un apartamento, no es muy grande, pero si quieres...

—Gracias, pero no —la interrumpo antes—. Sé que esto es pequeño y que ni siquiera puedo deshacer todo mi equipaje, pero me gusta mi privacidad. Además, está muy bien situado.

—Eso no te lo discuto.

—Con lo que me estoy ahorrando, quiero hacerme con un coche de alquiler. Trabajo en Palm Cove y dependo del autobús o de mi amiga Emily para que me lleve.

Lara se deja caer encima de mi cama y se dedica a mirar hacia el techo. Imagino que ella debe de vivir

rodeada de lujos y mi habitación simple, pequeña y triste no le atrae. Sé que no tiene nada de especial y, aun así, la siento un poco mi hogar.

—¿Has encontrado ya a tu amigo australiano? Sigo tu historia en redes —comenta, y me saca una carcajada.

—Pues sí —respondo.

Lara se incorpora hasta quedar sentada y me sujeta las piernas para que me detenga delante de ella, frente a frente.

—¿En serio? ¿Y no me habías dicho nada? ¿Sabes la de apuestas que tengo hechas con las chicas? ¡Y tú, callada como Johnny Labios Sellados! —exclama.

Por comentarios como ese creo que hemos congeniado tan bien. Lara y yo somos fanáticas de *Los Simpson* y nuestras frases nos delatan.

—Resulta que es amigo de Emily, la chica para la que trabajo.

—Quiero detalles.

—Pues no es gran cosa, pero...

Le cuento todo lo que pasó en la playa, aunque no sea tan interesante como ella quiere. Ryan es solo un amigo y Lara espera escuchar una épica historia de amor. No la necesito. Ahora que por fin lo he encontrado, pienso disfrutar de todo lo que tiene que mostrarme. Para mí, eso es más que suficiente.

Capítulo 14

RYAN

Llevo unos días en Cairns y todavía no he terminado de instalarme. No ha sido falta de tiempo ni de prioridades. Es otra cosa, algo más complicado y profundo de resolver.

He pasado los últimos años deseando regresar y, ahora que por fin estoy aquí, no parece mi hogar. La casa sigue siendo la misma, pero falta su esencia, su alma. Faltan mis padres.

Ha habido muchos posibles compradores en este tiempo. Da igual cuánto necesitase el dinero; nunca barajé esa posibilidad. Tengo tantos recuerdos aquí que hubiese sido casi como vender una parte de mí mismo.

—Te entiendo —dice Andrew a mi lado. Me pone una mano en el hombro en un gesto de cariño y mira hacia el interior—. Se me hace raro a mí, no puedo ni imaginar cómo lo sientes tú.

—Pasaste en esta casa casi tanto tiempo como yo. Iremos poco a poco.

El jardín delantero ha cambiado mucho. La vegetación ha crecido y le ha dado un aspecto salvaje, abandonado. El árbol de la entrada sigue reinando, solitario e imponente. Ya no tiene un columpio colgando de sus ramas. Es una de las cosas que tengo que arreglar antes de que se instale Oli. Kylie y yo crecimos jugando aquí, y quiero la misma felicidad para él. La casa, de madera de un verde apagado, tiene mejor aspecto. Los cristales de las ventanas están sucios y le hace falta una capa de pintura, pero nada que no se consiga con trabajo duro y ganas.

—La encontré mejor de lo que esperaba —admito a Andrew una vez pasamos al interior.

No he pasado mucho tiempo en la casa desde que llegué. Solo el suficiente para valorar cómo se encontraba,

descansar un poco y volver a conectar la electricidad. He hecho una compra y desecho mi maleta. Supongo que tengo que aplicarme más.

—Me he pasado de vez en cuando para echarle un ojo. No he podido hacer mucho, pero me aseguré de que no hubiese destrozos ni nada parecido. Los vecinos también han estado observando.

—Gracias —murmuro, sorprendido—. Eres un buen amigo.

—Por eso estoy aquí. Voy a echarte una mano con todo esto. Liam y Emily también se han apuntado, y ya sabes lo poco que le gusta a Liam el esfuerzo físico.

—Buscaré la forma de agradeceréroslo a todos, en serio.

—No tienes que agradecernos nada. Nos conformamos con que hayas vuelto.

Guío a Andrew por el interior de la casa para que vea en qué estado se encuentra. Recorremos todo el piso inferior. La cocina conecta con el salón comedor a través de una barra de madera. Todo es de madera, en realidad. A mis padres les encantaba ese estilo rupestre que queda tan bien en una casa situada cerca del Jardín Botánico. Hace falta una buena limpieza y echar a los animales que han decidido convertirlo en su hogar en este tiempo, pero nada más. Me he instalado en el único dormitorio que hay abajo, que era el mío.

Andrew se acerca a la escalera que conduce al segundo piso y lo detengo antes de que empiece a subir.

—¿Qué, qué pasa? —pregunta.

No respondo en el acto. Me quedo mirando hacia arriba, incapaz de decir nada. La mayoría del trabajo pendiente está ahí, a diecisiete peldaños de distancia. Parece poca, pero para mí es insalvable. No es subir una escalera, es volver a adentrarme en la habitación de mis padres. En la de Kylie antes de que se desmoronara. En la de Oli cuando todavía era un bebé. En mi memoria, todo sigue intacto. Si subo, si descubro que ahora ya no queda nada de lo que debería haber, entonces, seré yo quien se

desmoronará.

Sé que tengo que hacerlo. Mi hermano pequeño vendrá a vivir aquí y tiene que poder disponer de un dormitorio. La casa necesita una pequeña reforma, unos cambios que la adapten a nuestra nueva realidad. Lo tengo claro. Sin embargo, una cosa es saber lo que tienes que hacer y otra, estar preparado para hacerlo, y yo no lo estoy. No todavía.

—No te preocupes —dice Andrew, que parece haberse dado cuenta de todo—. Empezaremos por el piso de abajo. Hay mucho trabajo aquí. Dejaremos lo demás para cuando tú quieras y, si me lo pides, lo haré yo. O no lo haremos. Poco a poco, Ryan —repite mis palabras de antes.

Vuelvo a agradecerle el gesto. Lo cierto es que tengo mucha suerte de tener a alguien como él a mi lado. Sé que puedo contar con Andrew para cualquier cosa. Puedo descolgar el teléfono y pedirle trabajo y siempre me lo va a dar. Puedo llamarlo de madrugada para decirle que mis padres han tenido un accidente y no tardará en aparecer. Puedo pedirle que renuncie a su felicidad por conservar la de mi familia y lo hará sin cuestionarlo. Puedo reír con él, llorar en su hombro o gritarle a la cara y seguirá ahí. Andrew es como un hermano. Hemos estado juntos en las buenas, en las malas y en las peores. Siempre ha cuidado de mí y solo espero poder devolverle todo lo que hace por mí. Él también lo ha pasado mal y voy a hacer todo lo posible por proporcionarle toda la felicidad que esté en mi mano.

Capítulo 15

VALERIA

El trabajo en la tienda cada vez me gusta más. Los clientes son educados, las horas transcurren rápido y lo mejor de todo es que paso el rato con Emily. A veces incluso me quedo más tiempo del que me corresponde. Ella se ha portado francamente bien conmigo y no me importa echarle una mano cuando me necesita.

Mi turno terminó hace cuarenta minutos, pero sigo aquí, colocando algunos artículos nuevos que han traído esta mañana. Son unos botes de cristal que contienen arena, conchas y caracolas. Aparto uno para mí. Me parece un recuerdo genial para tener en mi casa de Valencia; un pequeño frasco de cristal que guarde arena de la playa de Palm Cove. De hecho, si tengo oportunidad, conseguiré de otros lugares de Australia. Así, cuando regrese a mi hogar, siempre podré tener esos fragmentos de mi pasado de vuelta entre los dedos. El olor, la textura... Algo que me evoque a esta época.

—Puedes irte ya si quieres —dice Emily—. Los colocaré yo más tarde, cuando cierre la tienda.

—No te preocupes, no tengo nada mejor que hacer —contesto con sinceridad.

—¿Hoy no tienes clase?

—Solo de lunes a jueves —informo. No es la primera vez que se lo digo, pero siempre se le olvida—. El fin de semana estoy libre. Mis únicos planes son contigo y con Lara, pero ella se va de viaje, así que soy toda tuya.

—Respecto a eso... No sé si voy a poder ir esta noche.

Dejo el tarro que tengo en las manos y me giro para mirarla. Se suponía que íbamos a quedarnos en Palm Cove, a cenar por aquí y a pasar la noche en la playa, hablando alrededor de una pequeña hoguera.

—¿Está todo bien?

—No —contesta sin rodeos—. ¿Te acuerdas de Amy, mi compañera de piso?

—Sí, me has hablado de ella —digo. No la conozco en persona, lo único que sé es que comparte casa con Emily y no se llevan demasiado bien.

—Pues se ha largado —escupe con rabia—. Se ha ido a vivir con un chico al que acaba de conocer y me ha dejado tirada. Ni siquiera va a pagarme este mes de alquiler, y hace poco se me rompió la bici y me compré una nueva; no estaba preparada para afrontar los dos gastos.

Emily parece agobiada. A veces, siento que soy una carga para ella. Me ha dado trabajo, me lleva a menudo en su coche, incluso me ha aceptado dentro de su grupo sin reparos. Quiero ayudarla y la única forma que se me ocurre es saliendo de mi zona de confort de nuevo.

—¿Quiere decir eso que estás buscando compañera de piso? —pregunto de forma casual.

Levanta la vista y me dedica una mirada inquisidora. Supongo que sabe que prefiero vivir sola, pero voy a hacerla creer todo lo contrario.

—Pensaba que no te gustaba la compañía. Que tu habitación te daba libertad para hacer lo que quisieras.

—¿Bromeas? ¿Cómo iba a preferir dormir en una habitación donde ni siquiera me cabe toda la ropa? Tu piso es espléndido, Emily. Oh, bueno. Quizá no quieres vivir conmigo, perdona, no quería ponerte en el compromiso —dejo caer.

Lo cierto es que me angustia un poco vivir con alguien. Nunca lo he hecho, no más allá de Noel y mi madre, pero ellos no cuentan. Compartir casa con alguien a quien no conoces como a la palma de tu mano es muy diferente. Quiero dejar atrás esos miedos, esos reparos. Adoro mi zulo, pero adoro aún más la amistad que tengo con Emily y tengo claras mis prioridades.

—¿Qué? ¡No, no es eso! —exclama en el acto—. Me encantaría vivir contigo y, dadas las circunstancias, me

harías un gran favor. Lo único que no quiero que te sientas obligada, Val. No me debes nada. Además, no es fácil vivir conmigo —me avisa con una pequeña sonrisa dibujada en los labios—. Me gusta cantar por las mañanas, la comida basura y las pelis de miedo por la noche. Puedo ser muy pesada. A veces voy desnuda por la casa o doy abrazos porque sí. Solo una loca aceptaría.

—Entonces, estamos de suerte, porque mi objetivo en Cairns es hacer locuras, ¿recuerdas? Puedo sumarla a una segunda lista. Así que, ¿qué me dices? ¿Me aceptas de compañera?

—¡Claro!

Los ojos de Emily recuperan su felicidad habitual. Viene corriendo hacia mí para darme uno de esos abrazos que te dejan sin aire. Tiene la sonrisa más grande del mundo cuando se separa y me contempla.

—Mañana por la mañana te haré mis trenzas. Te quedarán genial.

—Bueno, antes tengo que dejar el hotel. Hablaré con el dueño para que sea lo antes posible, pero tenía pactados seis meses. Trataré de llegar a un acuerdo.

—Oh, claro, claro. Cuando puedas.

La sonrisa se le encoge un poco, pero no se apaga del todo. No he pagado todos los meses, pero sí lo que queda de este. Solo faltan diez días para que empiece agosto, supongo que será el momento perfecto para mudarme. Así tendré algo de tiempo para despedirme de mi libertad y acostumbrarme a volver a vivir con alguien. No estará mal tener una casa completa, después de todo.

Emily vuelve a la caja para empezar a cuadrarla. Queda apenas una hora para que cierre la tienda y no tiene pinta de que vaya a mejorar el día. Está siendo una tarde tranquila. Desde que trabajo aquí, prefiero no parar en toda la jornada. La falta de descanso es sinónimo de muchos clientes, lo que se traduce en más ventas y más dinero para Emily. El negocio va bien, pero funciona sobre todo los meses de julio y agosto, que es cuando más afluencia de

turistas hay en Palm Cove.

Aprovecho para coger mi móvil y abro mi Instagram. Hace tiempo que documento mi vida aquí y, desde que lo hago, he ganado bastantes seguidores. Además, me he vuelto más internacional. Por eso subo todo en inglés y en español. Inicio un vídeo en directo y empiezo hablando en mi lengua materna.

—¡Hola a todos! Hace tiempo que quiero enseñaros el sitio donde trabajo. Se llama Palm Cove Souvenirs y es una tienda de lo más pintoresca —comento. Mientras hablo, me voy moviendo por el establecimiento y enfoco distintos sitios para que todos puedan ver el lugar. Desde las paredes con sus tablas de surf hasta los artículos que están a la venta —. Es un trabajo a media jornada y la dueña, Emily, es encantadora. A partir de agosto dejaré mi pequeño zulo para irme a vivir con ella. No sé cómo voy a llevar la convivencia, pero si tengo que hacerlo con alguien, sin duda, Emily es la persona idónea. No le gustan las cámaras, pero voy a presentárosla. ¡Eh! ¡Di hola! —exclamo en inglés mientras miro a mi jefa.

Su primer impulso es esconderse, pero voy hacia ella y se lo impido. Es un poco vergonzosa, no es fobia lo que tiene. Al final, termina por pasar un brazo por mis hombros y sonreír a la cámara.

—¡Hola! —saluda con un castellano muy pobre. Cuando vuelve a hablar, lo hace en su idioma—. Yo soy Emily, la jefa de Val, y solo voy a decir que, si no quiere que la despida, lo de sacarme a traición se ha terminado ahora mismo. ¡Encantada de conoceros!

—Así que... Eso es todo por ahora, ideseadme suerte! Y, si venís por aquí, no olvidéis pasar por la tienda y comprar algo bonito.

Repito lo mismo en inglés, pero esta vez de forma más resumida. A veces se me hace extraño, pero me comenta gente en los dos idiomas, así que me gusta informar por igual.

—Mis seguidores querían conocerte —informo cuando

cierro Instagram—. Les he hablado de ti.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque hablo de todo lo que hago en Cairns, y tú eres de lo mejor que me ha pasado aquí. ¿Cómo no iba a mencionarte?

Sus ojos se ponen llorosos y enseguida lamento mis palabras. No soy una persona muy sentimental, tan solo lo he dicho porque es un hecho. Sin embargo, Emily se emociona y vuelve a darme otro abrazo.

Al final va a conseguir que me acostumbre a ellos y, si algo he aprendido de las costumbres, es que se convierten en lo que más se extraña cuando faltan.

Me detengo. No quiero pensar en cuando regrese a España. Me quedan cinco meses por delante y pienso aprovechar todos y cada uno de sus días.

Capítulo 16

RYAN

El negocio de Andrew ha crecido en estos tres años que llevo sin venir a Cairns. Empezó siendo pequeño, ofreciendo los servicios justos para cubrir gastos. En esta zona de Australia no se practica mucho surf, y ese suele ser uno de los principales atractivos de los turistas. La Gran Barrera de Coral hace de muralla y evita las grandes olas que se dan en otros estados y lo convierten en un atractivo diferente.

Por eso, mi amigo se decantó en principio por el *paddle surf*. Compró diez tablas y él se encargó de hacer de monitor. Al tiempo, se apuntó a una cooperativa que funciona en todo el país. Cada uno es dueño de su propio negocio y, a la vez, son socios de los demás. Cuando alguno quiere realizar una inversión, solo tienen que plantear el estudio. Lo valoran entre todos y, si hay unanimidad, ponen dinero para poder llevarla a cabo. Ese préstamo se devuelve pasado un año y sin ningún tipo de interés. Gracias a esa política y a la capacidad visionaria de Andrew, su Adventure of the Seas ha pasado a ofrecer más de veinte actividades diferentes y a tener contratados a doce monitores. Y Andrew no se detiene ahí. Sigue buscando formas de crecer, de mejorar, de expandirse.

Termino de limpiar la última moto de agua y cierro el almacén. Hoy solo quedo yo; el resto han salido antes.

Me siento nostálgico desde que regresé. Mis piernas parecen moverse solas cuando deciden caminar por la orilla, despacio. Dejo que el agua me acaricie los pies y que mi mente vuele hacia el pasado. Creía que había superado la muerte de mis padres, pero volver a casa me ha hecho darme cuenta de que no es así. Todavía me encuentro en una especie de limbo entre mi vida de entonces y mi vida

de ahora. No sé si alguna vez saldré de aquí. Quizá tampoco quiera salir. Hacerlo sería como aceptar que ya no están y es una pérdida que no puedo soportar.

Me detengo cuando llego al embarcadero. Este sitio es especial para mí. Me gusta la forma en la que unos simples tablones de madera dan la comodidad para amarrar los barcos sin destruir del todo la naturaleza esplendorosa del mar. Este era el lugar favorito de mi madre y, aunque nunca lo admití mientras ella estaba viva, también el mío.

Llego hasta el borde de la pasarela que se eleva por el agua y apoyo los brazos en la barandilla, de madera también. Cerca de aquí, Kylie y yo ahogamos las cenizas de mis padres. Cerca de aquí, cumplimos su voluntad al tiempo que destrozábamos la nuestra.

Me pierdo en el azul del agua, en la inmensidad del cielo, en la paz que solo siento cuando estoy cerca del mar. Dejo que mi mente se vacíe, que se depure, mientras revivo los mejores recuerdos que tengo con mi familia. Quizá así duelan menos, quizá si los dejo ir no sigan torturándome por dentro. Sigo siendo fuerte. Por Oli, por Kylie, por mí. Solo necesito estos pequeños momentos de debilidad para recordarme por qué he hecho todo lo que he hecho. Por qué he sacrificado tanto. Por qué me alejé de todo.

—Ojalá siguierais aquí —murmuro, con la mirada fija en el mar.

Mis padres siguen ahí. Su esencia se ha mezclado con el agua y la sal y ahora forma parte de esa eternidad.

Ahora vivimos en mundos distintos y, si quiero volver a vivir de verdad, tengo que salir de ese limbo y recuperar mi realidad.

Capítulo 17

VALERIA

—¡Hola de nuevo! —exclamo a la cámara—. Es temprano aquí, apenas las ocho de la mañana. Supongo que os hablo desde el futuro. Tengo algunas cosas importantes que decir y no quería dejar pasar más tiempo. La primera es que por fin voy a ir a la Gran Barrera de Coral a hacer buceo. Tengo ganas de ver todos los corales y los peces tropicales, a ver qué tal se me da. Mi principal objetivo, además de disfrutarlo, claro, es encontrar una Dory para grabársela a mi amiga Andrea. No preguntéis por qué, pero es su pez favorito.

»La segunda es en relación con nuestro zulo —añado, y aprovecho para enfocarlo. Hablo de él en plural porque ha sido testigo de gran parte de los vídeos que he grabado y mis seguidores lo consideran tan mío como de ellos—. Como veis, está casi todo recogido. Ya he hablado con el dueño y dentro de dos días lo abandonaré para siempre para irme a vivir al superpiso de Emily. Los pros los veréis cuando os lo enseñe, pero, de verdad, comparado con esto, es una mansión. Los contras son claros; adiós a mi libertad.

»Solo he vivido con dos personas en mi vida: con mi madre y con mi amigo Noel. No sé qué tal seré de compañera de piso, pero adiós a mi independencia y libertad. Y la tercera...

Me dejo caer en la cama y hago una pausa antes de decirlo. En realidad, estoy preparándome para ello. Hace días que me reencontré con Ryan y todavía no he contado nada. No sé si estoy preparada. Me conozco lo suficiente como para saber que tengo un problema. Me cuesta estar sola, sin una pareja que cuide de mí. Estuve casi cinco años saliendo con Álvaro y creo que eso también influyó al forjar mi personalidad. Después de dejarlo, o de que él me dejara,

me colgué de Blanca. No sé si eso fue una relación, pero estuvimos cuatro meses entre idas y venidas y, viéndolo ahora con perspectiva, me hizo más mal que bien.

En este viaje quería conocerme mejor y para hacerlo necesito estar sola, sin nadie que condicione mi personalidad. Quiero demostrarme que no necesito pareja, que puedo ser independiente y encontrar la felicidad por mí misma. Quiero descubrirme y para eso hay una regla fundamental: debo estar soltera. Bueno, no es que deba, es que quiero. Ryan no encaja aquí. Me atrae, pero tiene que quedar solo en eso.

Además, en cuanto lo diga en mis redes, va a seguir el *shippeo*. Algunos de mis seguidores quieren conocerlo, quieren que nos liemos. Incluso mis amigos me han preguntado por el misterioso chico del avión.

Me da igual. Es mi vida. Voy a seguir con ella como yo quiera. Voy a ser fuerte, y si Ryan no entra en mis planes, no entra y punto. Tampoco es como si él me viese como algo más, de todos modos.

—He encontrado a Ryan —termino por decir a la cámara—. Ha sido casualidad. Resulta que es amigo de Emily y los demás y ahora está aquí en Cairns, para quedarse. Ha sido él quien ha propuesto ir a hacer el buceo y estoy deseando empezar a conocer más este maravilloso país. ¡Nos vemos!

Cuelgo el vídeo y no me levanto. Me quedo un rato tirada en la cama, leyendo los comentarios de la gente. Unos pocos me cuentan que tienen envidia sana, que están deseando ver la Barrera de Coral y que esperan que grabe Nemos. Otros, la mayoría, están alucinando con que haya encontrado a Ryan y me desean suerte con él.

Sí que voy a necesitar suerte, pero no de la que ellos creen.

Mi móvil empieza a vibrar y sonrío al comprobar que es una videollamada de Noel. Me incorporo un poco y contesto. Enseguida aparecen él y Andrea en pantalla.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —pregunta

directamente, sin saludar siquiera, pero así es mi amigo.

—Hola a ti también. Son unas trenzas holandesas —explico—. Emily se ha empeñado. Me las hizo anoche y no se ha movido ni un pelo.

—¡Has encontrado a Ryan! —exclama Andrea, sin poder contenerse—. ¿Cuándo nos los vas a enseñar?

—Primero: es solo un amigo. Y parece que nunca. No quiere que lo muestre en redes.

—Así que te gusta... —indaga Noel.

—¿Qué? ¡No! Es un amigo —repito.

Con mi mejor amigo no tiene sentido ni que lo intente, pero es cierto. No me gusta. Aún. Noel se ríe y el corazón se me encoge. Él me conoce incluso mejor que yo misma, y si no me cree, entonces significa que estoy perdida.

—Ya, un amigo, vale —repite—. Bueno, cuéntanos, ¿qué tal por Cairns?

—Pues...

Hablamos durante más de media hora sobre todas las novedades. Cuelgo solo cuando llaman a mi puerta y tengo que salir. Me acerco al coche de Ryan. Es una *pick-up* y es roja, pero no sé el modelo. No se me dan bien los coches de España, que son marcas conocidas para mí, los de aquí mucho menos. Andrew ocupa el asiento del copiloto, así que saludo y me pongo detrás.

—¿Estás preparada? —pregunta Ryan. Me mira a través del espejo retrovisor.

—Nací preparada —respondo.

Se ríe y yo dibujo media sonrisa.

—Vamos a recoger a Emily de camino y luego al barco —me informa.

—¿Alguna vez has hecho buceo? ¿Esnórquel? —investiga Andrew.

—Las dos cosas.

—Suele haber barcos que te dejan hacer buceo aunque no lo hayas hecho antes, te dan un curso previo y vas con monitor, pero, si tienes experiencia, mejor —explica Andrew—. ¿Estás nerviosa?

—No es nerviosa, es emocionada. Tengo ganas de verlo. Es una de las cosas que más me llamó la atención. La idea de bucear por el arrecife... Tiene que ser impresionante.

—Lo es —me asegura Ryan. Vuelve a mirarme a través del espejo, pero esta vez es distinto. Se nota que adora su ciudad y creo que disfruta de ver cómo la descubro.

Paramos para recoger a Emily. Tiene su pelo rubio recogido con las mismas trenzas que yo, solo que las mías son más largas y oscuras. Está tan emocionada que parece que sea la primera vez que va a hacer esto.

—¿Nunca has ido a la Barrera de Coral? —pregunto con curiosidad, una vez el coche se ha puesto en marcha de nuevo.

—¡Claro que sí! Pero es algo que me encanta. A veces, cuando tienes las cosas cerca, se te olvida lo maravillosas que son. Hay gente de todo el mundo que viene a bucear aquí. Tú has hecho más de dos días de viaje. Yo lo tengo a menos de dos horas y siento que no voy tanto como debería.

—Creo que eso nos pasa a todos —confieso—. Solemos apreciar más lo que tenemos lejos que lo que nos rodea. Es como si siempre quisiéramos lo inalcanzable y no valoráramos lo que ya es nuestro.

Noto los ojos de Ryan clavados en mí, pero evito mirarlo. No sé por qué he dicho eso, pero estoy bastante segura de que ya no hablo de Cairns.

—Tienes razón —dice Emily—. ¿Qué nos pasa? ¿Por qué funcionamos tan mal?

—No os pongáis melodramáticas ahora —interviene Andrew—. Vais a ver uno de los mayores espectáculos de la naturaleza. Disfrutadlo como se merece.

Ellos siguen charlando, pero yo hago el resto del camino en silencio. Apoyo la cabeza en la ventana y me limito a relajarme mientras escucho la música. Son canciones antiguas. Reconozco la mayoría, aunque yo suelo escuchar otros géneros. De vez en cuando, noto la mirada de Ryan de vuelta en mí. Noel siempre me decía que mi

humor era variable y supongo que tiene razón. A veces me pierdo dentro de mí y ni siquiera yo sé a dónde voy, pero no me preocupa, porque siempre vuelvo.

Esta vez regreso justo cuando Emily abre la puerta del coche y anuncia que hemos llegado. Estamos en el puerto, donde se cogen todos los cruceros que visitan el arrecife. Hay bastante gente. Parten varios barcos a la vez, aunque vayan a distintas zonas. Yo sigo al grupo hasta nuestro muelle.

—Es un amigo —explica Andrew—. Ryan y yo trabajamos aquí un par de años, hace ya bastante tiempo, así que nos ha colado en el barco y es gratis.

—¿En serio? ¿Estuvisteis aquí? —curioso.

—Sí —responde Ryan—. Fue de los mejores trabajos que recuerdo. Salíamos todos los días a bucear y, además, estábamos juntos.

—Y conocíamos a muchas turistas —añade Andrew—. ¿Qué? No me mires así, es algo natural.

—Tienen razón —resopla Emily—. Los dos ligaban bastante. Pero entonces Andrew se enamoró y Ryan conoció a Claire, y cambiaron bastante.

—Fueron buenos años —responde el rubio—. Siguen siéndolo —añade, y le echa un brazo por encima a Emily.

Se miran con tanto cariño que es imposible no sonreír con ellos. A mí me resultaría casi imposible tener una relación así con un exnovio, pero hacen que parezca natural.

—Menos por la parte de Claire, claro —termina la frase—. Quién iba a sospechar que fuese tan mala persona.

La sonrisa se me borra y Ryan se coloca a mi lado. Emily y Andrew caminan adelantados, entretenidos, lo que nos da cierta intimidad.

—¿Esto está en tu lista? —cuestiona, a mi lado.

No parece querer hablar de Claire y, aunque me intriga saber qué pasó entre ellos, no hago preguntas.

—En la oficial no, pero tengo muchas ganas de hacerlo.

—¿Tienes más de una lista?

—Bueno, solo tengo una, la que hicieron mis amigos. Lo otro son cosas que quiero hacer yo.

—No deberías hacer lo que te dicen tus amigos si no te apetece.

—No, no es eso. Quiero hacerlas, de verdad que sí. Me refiero a que esto son cosas que añado yo al margen.

—¿Y es algo abierto?

—¿A qué te refieres?

—A que si aceptas sugerencias.

—Bueno, técnicamente, esto lo sugeriste tú, así que supongo que sí.

—Bien, me gusta cómo suena eso —dice con una sonrisa en los labios.

—No sé qué estás pensando, pero no sé si estoy abierta a eso.

—Solo voy a hacer que disfrutes de Cairns y de Australia en general. Cuando acabe contigo, me darás las gracias por mi labor.

—Dudo que tú puedas acabar conmigo, pero buen intento.

Sonrío de medio lado y él se ríe. Echo a andar sin esperarlo, pero me alcanza enseguida. Emily y Andrew ya están en el barco. Habrá unas veinte personas, además de los trabajadores. Saludan al que supongo que es su amigo y pasamos a cubierta. Tiene una parte cerrada, donde se encuentra la zona del buffet. En la parte exterior también hay mesas y sillas, aunque bastantes menos. Los tres toman asiento, pero yo me acerco a un extremo, me apoyo en la madera y miro al mar. El barco zarpa apenas diez minutos después, tras unas explicaciones de la visita y los dos arrecifes que vamos a visitar. Presto atención a medias. Andrew me ha contado lo que vamos a hacer y su información ha sido más detallada.

—No te tenía por una chica solitaria.

Me sobresalto al escuchar a Ryan a mi lado. Estaba tan ensimismada con las ondas que provoca el barco al navegar que ni lo he notado acercarse.

—Solo miraba el agua.

—Si te parece espectacular por fuera, espera a estar dentro. Va a ser increíble.

—Haces que suene como si fuese a acostarme con el mar.

—Es tu mente sucia interpretándolo a su manera.

—La verdad es que sí, mi mente puede ser bastante sucia.

Sonrío de medio lado de forma provocativa y lo dejo ahí, plantado. Voy a tener que hablar seriamente conmigo misma. Si quiero estar sola, no puedo seguir coqueteando con Ryan, y hablar de pensamientos sucios no es el mejor camino para evitarlo.

Capítulo 18

RYAN

La sonrisa de Valerie se queda en mi mente mucho después de que desaparezca de mi vista. Me gusta. No es un gesto de felicidad, sino más bien de chulería. Solo mueve la mitad de la boca, sin despegar los labios, y en sus ojos asoma un brillo que deja claro que te está vacilando.

Vuelvo con ellos cuando el servicio trae un té y unas pastas. El trayecto hasta el primer arrecife es de apenas una hora y lo hacemos hablando entre nosotros. Son ellos mismos los que nos dejan el equipamiento para el esnórquel. Cogemos el neopreno, las gafas, el tubo y las aletas. El buceo lo haremos en la siguiente parada.

Nos llevan en una lancha hasta una pequeña isla en medio de la nada. Se trata de una reserva de aves, así que la zona está limitada y solo podemos movernos dentro de las señalizaciones. Es bastante grande para el tiempo que vamos a estar.

—¿En serio van a dejarnos aquí? —pregunta Valerie.

Mira con desconfianza el trozo de arena, porque llamarla isla sería muy generoso. Cuando la marea sube, literalmente, desaparece bajo el agua y nos cubre hasta los gemelos. Debe de parecer que caminamos por encima.

—Tranquila, es seguro —la consuela Andrew—. Además, vamos a estar bajo el agua, ¿qué más te da la arena?

—Bueno, al menos, he traído la GoPro para grabarlo todo —responde, como si eso fuese lo mejor del mundo.

Andrew resopla, pero no dice nada.

—¿Qué? —le espeta.

—Nada.

—No, dime.

—Está bien. No entiendo ese afán que tiene la gente de grabar y compartir todo lo que hace. Vívelo y disfrútalo.

—Puedo hacer las dos cosas a la vez. La cámara graba sola, no requiere concentración absoluta. La dejo enganchada y ya está, y luego podré verlo todo siempre que quiera recordarlo. Deberías probarlo, no mata.

Se lanza al agua y todos la seguimos. Entendemos lo que dice, pero no se vive igual si estás siempre pendiente de qué dirán los demás. Yo antes lo hacía y me di cuenta demasiado tarde de que eso no importa. Al final, descubres que las cosas materiales no significan tanto, que lo esencial son las personas y las experiencias y que las buenas de verdad siempre permanecen. Aunque sea en el recuerdo.

Despejo la cabeza de esos pensamientos. Estoy en la Gran Barrera, un lugar único en el mundo, y voy a disfrutarlo. Ya no es tan esplendorosa como hace unos años, cuando los corales eran de colores vívidos y brillantes, pero sigue siendo espectacular.

He estado aquí cientos de veces y sé cuáles son los mejores sitios, así que voy directo hacia allá, ansioso por encontrar los secretos que esconde. No solo deseo verlos por mí, sino que quiero mostrárselos a Valerie para que los disfrute.

La gran mayoría de los corales ahora son marrones o grises, al menos en este nivel. Los colores son más llamativos si te sumerges más, pero eso lo veremos más tarde, cuando hagamos buceo. Sin embargo, sí que hay gran cantidad de peces tropicales.

Da igual las veces que los vea, siempre me fascinan. Los colores, las formas. En Australia tenemos la mejor fauna de todo el planeta y no me canso de admirarla. Hay un pequeño banco de ídolos moros, con sus franjas amarillas y negras y su aleta dorsal alargada. Busco a Valerie para enseñárselos, pero, cuando llego a ella, la encuentro persiguiendo un cirujano azul. Son de lo más popular por aquí desde que Dory se hizo famosa en la película *Buscando a Nemo*. Me acerco a ella, señalo su cámara y hago un gesto para que me la dé. Imagino que le hará ilusión fotografiarse con el pequeño pez azulado, así que dejo que se coloque

más o menos al lado y trato de hacerlo lo mejor que sé. Está tan emocionada que parece una niña pequeña.

Sale a la superficie y me levanto con ella. No cubre mucho en esta zona y ambos hacemos pie. Grita algo en español, pero no la entiendo. Se ríe y vuelve a hablar:

—Tengo que enseñársela a Andrea, va a alucinar. Esto es genial, en serio.

—Pues aún no has visto nada, mejora bastante.

—Hay tantísimos peces que ni siquiera sé dónde mirar —prosigue, sin perder la emoción. Los ojos le brillan tanto que podrían alumbrar bajo el agua—. Pero el coral me ha defraudado un poco.

—Hace tiempo que empezó a morir. Tratan de salvarlo, pero es complicado.

—Oh.

—No es el turismo, son muchos motivos. El calentamiento global, la contaminación, incluso unas estrellas de mar que comen demasiado coral —explico. No quiero arrebatárle la felicidad que siente ahora mismo, así que cambio de tema para no entristecerla—: ¿Te atreves a acercarte al borde?

—¿Qué borde?

—Más cerca del fin del arrecife, donde se junta con el océano. No vamos a salir, no te preocupes.

—No me convence la idea, creo que esto es zona segura.

—Tú me pediste que te diera la mano una vez, ahora te lo pido yo —digo. La tiendo hacia ella y espero a que la agarre—. Confía en mí. Será una locura bonita.

Pongo mi mejor sonrisa y ella me imita. No es su sonrisa de chulería, como las que suele mostrarme, sino que es una de verdad. Le tiendo su cámara y la ajusta en el extensor que utiliza. Volvemos a sumergirnos, aunque nos mantenemos cerca de la superficie para poder respirar por el tubo. Nado hacia el fin de la zona delimitada por las boyas. Valerie me sigue. No intenta frenar ni desviarse, ni siquiera cuando sobrepaso el límite y me alejo un poco más. El agua está más fría y oscura, aunque sigue siendo

cristalina. Me acerco a un coral enorme, más grande que los que hemos visto hasta ahora. Lo rodeo. Las he visto muchas veces por aquí, no pueden andar muy lejos. A veces son ellas las que se dirigen hacia la isla, pero es menos común.

Me detengo de forma tan brusca que Valerie se asusta. Agarra mi mano con tanta fuerza que me hace daño. Me limito a sonreír y a señalarle hacia delante. Justo frente a nosotros hay dos tortugas marinas. Van nadando una al lado de la otra y son bastante grandes, casi de un metro de longitud. Me parecen unos animales adorables, pese a su constante cara de cabreo. Valerie no aparta la mirada de ellas mientras pasan por delante de nosotros. Creo que ni siquiera se fija en su cámara, que sigue grabando la imagen. El agua está tan cristalina que se ve con total claridad. Las tortugas, los peces que las rodean, los corales que tienen debajo.

Volvemos hacia donde hacemos pie y sube a la superficie.

—¡Eran tortugas! ¡Tortugas enormes! ¡No me puedo creer que las tuviera a menos de un metro de mi cara!

—Son tortugas bobas, has tenido suerte. Son mis favoritas de todas las marinas. La costa este de Australia es zona de desove, así que quizá vayan a tener tortuguitas.

—¡Ha sido increíble! ¡Gracias por esto!

—Ya te dije que podías confiar en mí.

—¡Maldita sea! ¡Ni siquiera me hice una foto con ellas!

—Bueno, todavía nos queda la parte del buceo. Aquí estaremos otra media hora, puedes aprovechar para sacar alguna más.

—No quieres ponerte conmigo para las redes, ¿verdad?

—No, lo siento.

Vuelve a sumergirse y yo con ella. Andrew y Emily están más apartados, aunque no parecen haber encontrado nada interesante. Podía haberlos avisado de las tortugas, pero él también sabe dónde es común verlas y, seguramente, se hayan aproximado antes. Además, es más normal para nosotros. Todo sorprende más las primeras

veces. Todo el mundo termina acostumbrándose a lo cotidiano, por maravilloso que sea. Imagino que para alguien que ve una aurora boreal todos los días ya no será tan espectacular como para el que la descubre por primera vez. Me gustaría poder vivir en esas primeras veces.

Regresamos al barco para comer antes de partir al otro arrecife. Nos quitamos los neoprenos y dejamos el material de buceo junto a nosotros. Al final del día tendremos que devolverlo, pero no todavía, pues lo vamos a necesitar más.

La comida es *buffet* libre, así que escogemos lo que queremos y tomamos asiento junto a una de las mesas en cubierta. Andrew y yo llevamos bastante cantidad, porque ambos tenemos mucha hambre. Emily no se queda muy atrás. Comer es para ella uno de los grandes placeres de su vida.

—¿Te ha gustado? —pregunta Emily a Valerie.

Sigue con los ojos tan brillantes como cuando me pidió que la fotografiara con el cirujano azul y da la sensación de que la emoción le vaya a durar incluso días.

—Ha sido increíble. Las tortugas estaban tan cerca, nunca lo había vivido así. Una vez las vi en Valencia, dentro del centro que tenían para tratar a las que estaban enfermas, pero no es lo mismo. Esto, moverme con ellas... Buah, no puedo ni describirlo.

Terminamos nuestros platos y Andrew y yo vamos a por más. Tomamos un té al final aprovechando el traslado del barco al otro arrecife. Valerie está tan ansiosa por probar el buceo que se equipa incluso antes de lo necesario. Busca su móvil en su mochila y lo saca.

—Ryan, ¿nos haces una foto a los tres? Aviso que la subiré a mi Instagram. Quiero compartir el recuerdo de este día.

Ninguno de los dos se opone. Muestran su mejor sonrisa mientras inmortalizo el momento. Me quedo mirando en la pantalla a Valerie y lo bien que sale. Las trenzas que le ha hecho Emily le sientan genial y su sonrisa es sencillamente perfecta.

—Eh, que si me lo devuelves —dice la morena. Tengo la sensación de que me lo ha repetido al menos un par de veces, pero estaba tan absorto mirando la foto que no la he escuchado.

Le tiendo el móvil sin decir nada y dejo que le den su aprobación. Andrew viene a mi lado y se sienta junto a mí.

—¿Algo que declarar? —pregunta, divertido.

—Solo amigos.

—¿Entonces?

—No me gusta, Andrew. Quiero que disfrute de Cairns y que, cuando se vaya, se lleve un buen recuerdo. Creo que esa chica ha sufrido mucho y merece saber que la vida puede sonreírle, que no todo es siempre tan negro. Quiero ayudarla a afrontar sus traumas. No me interesa para nada tener algo con ella, solo somos amigos.

—Bueno, haremos que sus seis meses aquí sean inolvidables.

—¿Listos para el buceo? —exclama Emily.

Ni siquiera las he escuchado acercarse. Miro a Valerie, que tiene los ojos clavados en mí, y me pregunto cuánto habrá escuchado. Es difícil saberlo porque no parece seria, pero tampoco sonrío.

—Listos para el buceo —declaro.

Capítulo 19

VALERIA

Tengo que reconocer que al principio me daba un poco de miedo. He buceado alguna vez, pero hace tanto tiempo que me han tenido que repetir los conocimientos básicos. Lo más importante es la descompresión, pues no hacerla bien puede ser muy peligroso. Ahora la idea me emociona. He disfrutado la experiencia con el esnórquel e imagino que esto será infinitas veces mejor.

De las casi treinta personas que vamos en el barco, solo ocho vamos a hacer esta actividad. Lo prefiero así, porque van a asignarnos un monitor por pareja. Mi único problema es precisamente ese: hacer la pareja. No quiero ir con Ryan. Lo he escuchado hablar con Andrew sobre mí y no me molesta el hecho de que no quiera tener nada conmigo, sino cómo lo ha dicho. No pretendo que me vea como una chica que está sufriendo y que necesita que la salven. Puedo salvarme sola.

—Emily, ¿a ti te da igual con quién ir? —pregunto con un tono de voz bajo, para que solo ella me escuche.

—Claro, ¿por qué?

—Antes he probado el esnórquel con Ryan y ahora me gustaría intentar el buceo con Andrew. Por cambiar, no sé.

—Vale, a mí no me importa.

Me siento culpable por engañarla así, pero lo prefiero a decirle la verdad. Emily es tan confiada que ni siquiera duda de mi palabra. Me acerco al rubio con una sonrisa en la cara y evito el contacto visual con Ryan.

—¿Puedo ir contigo? Emily me ha contado que eres muy buen buzo y quiero ver si es verdad.

—¿Conmigo? —repite, sorprendido. Él también había dado por hecho que iría con Ryan. Me molesta que haga eso. Se supone que los dos son mis amigos—. Claro, vamos

juntos.

—¡Genial!

No doy tiempo a que ninguno de los dos diga nada más. Me acerco a Riley, nuestro monitor, y me quedo a su lado. Le hago varias preguntas sobre la actividad que vamos a hacer y me mantengo entretenida hasta que comienza.

Estoy nerviosa cuando me lanzo al agua. El corazón me late a mil por hora y trato de relajarme. Mi oxígeno depende de una botella que llevo en la espalda, así que no puedo malgastarlo. El monitor nos va guiando en todo momento, aunque de quien no me separo es de Andrew. Me da más confianza. Él ha trabajado de esto también y sé que entiende.

Los corales son de colores más vívidos que en la superficie. Hay rosas, azules, blancos, amarillos... Es una maravilla de la naturaleza. Me parece increíble estar aquí, entre ellos. Leí acerca de la Gran Barrera de Coral antes de venir a Australia y ya me pareció algo único, pero no tiene nada que ver con verla en directo. Se extiende a lo largo de unos dos mil seiscientos kilómetros y puede apreciarse desde el espacio exterior. Descubrí también que los corales no son plantas, sino que su origen es animal.

Me sobresalto cuando algo me agarra la pierna. Pienso en un pulpo o en un tiburón, pero solo es Andrew. Creo que siento el mismo pánico que sentía Andrea cuando se bañaba en la orilla del mar, solo que yo estoy a diez metros bajo la superficie y en medio de un arrecife.

Andrew me hace un gesto para que me acerque y me enseña una especie de planta de la que salen muchos tentáculos. Parece como una alfombra y, aunque está bien, no es de lo mejor que he visto. Abro los ojos cuando, de entre esas prolongaciones, distingo a tres pequeños peces payasos, con sus rayas naranjas y blancas. El corazón se me acelera por la emoción. Acerco la cámara acuática, que la tengo grabando todo el tiempo, pero se esconden de nuevo. Reconozco su casa por la película *Buscando a Nemo*. Es una anémona y, si no recuerdo mal, es venenosa. Se lo

agradezco a Andrew levantando los pulgares hacia arriba y continuamos el buceo.

Riley nos guía y señala cuando ve algún pez diferente o un coral llamativo. Lo cierto es que para mí todo lo es. Incluso los bancos de peces azules y negros que nos rodean casi constantemente. Bajamos más y lo hago despacio, porque aunque finjo que no, es algo que me da miedo. Lo que pasa es que no dejo que el miedo me bloquee. Hasta que vemos una morena dentro de un pequeño orificio y decido que es el momento de volver a la superficie. Ese bicho, por pequeño que sea, tiene tantos diente-cillos que, si me mordiera, me desangraría aquí mismo.

Voy la última, justo detrás de Andrew. Por eso, cuando vuelvo a notar cómo algo me sujeta el pie, siento el miedo de vuelta. Mi primer pensamiento es que voy a morir. Me suelto y trato de subir con rapidez, pero entonces recuerdo que, si no hago bien las descompresiones, también puede ser peligroso. Algo vuelve a tocarme el pie, esta vez con más delicadeza, aunque yo siento igualmente que el corazón se me va a salir por la boca y se va a poner él solo a salvo, sin mí. Una parte más racional, que ni sé de dónde sale, decide mirar hacia mi atacante.

Es Ryan.

Siento tanto alivio de saber que no voy a morir que ni siquiera me cabrea que esté intentando asustarme. Me pide con gestos que lo siga y descubro entonces que su intención no era esa, sino mostrarme algo. Emily y su monitor van a su lado. Indico a Andrew lo que voy a hacer y viene detrás de mí.

Pone el brazo para que me detenga y lo hago en el acto. Y entonces el espectáculo de las tortugas se ve casi igualado. Varias mantarrayas nadan apelotonadas, como en una marcha hacia otro lugar. Son enormes, mucho más de lo que pensaba. Las más grandes medirán cerca de cinco metros.

Me quedo tan ensimismada que ni siquiera me doy cuenta de que Ryan está a mi lado. No sé cómo agradecerle

todo lo que me ha enseñado hoy. Sigo observando hasta que desaparecen y los monitores nos indican que es hora de volver al barco. Estoy tan emocionada que, después de quitarme todo el equipamiento de buceo, me lanzo a abrazar a Emily.

—¡Ha sido genial! —exclama ella—. He venido aquí varias veces y nunca había visto tantas cosas. La última, el agua estaba turbia y apenas vimos unos pocos peces.

—¿En serio? Pues tengo suerte entonces, porque ha sido increíble. Tener la naturaleza tan cerca... A veces, se nos olvida lo maravillosa que es.

—Tenemos que hacer más cosas así, juntos —continúa mi amiga—. Aprovechar los días que libremos y planear otras escapadas. Qué pena que Liam y Josh no hayan podido venir, porque les hubiera encantado.

—Puedo mirar para ir al Daintree y Cape Tribulation —sugiere Ryan—. Sigo teniendo contactos allí. Si tenemos suerte, podremos ver cocodrilos en su hábitat natural.

—¿Eso es seguro? —pregunto con miedo.

—Más o menos —indica Andrew—. En Australia es común llevar a los turistas a excursiones mortales. Si sobrevive más de un veinte por ciento, lo consideramos un éxito.

—Muy gracioso —reirimino, sin sonar demasiado borde.

—¿Me enseñas los vídeos? —curioseas Emily—. Quiero ver qué has grabado. Y puedo salir contigo en alguno de los que subas en tus redes. ¡Así me dejas ver qué tal es tu página!

Que llame *mi página* a Instagram ya demuestra la poca idea que tiene sobre cómo funciona. Me encanta la idea de poder explicárselo. Nos sentamos juntas y le muestro todo el contenido mientras lo observo por primera vez yo también.

Hacemos el camino de vuelta así. Decidiendo las mejores imágenes y vídeos y descartando los demás. Andrew y Ryan no se acercan a nosotras y casi lo prefiero

así. Estoy muy agradecida por todo lo que han hecho por mí hoy, pero sigo molesta por el comentario de antes.

Me siento afortunada por todo lo que he podido ver. No entiendo cómo llevo todo este tiempo en Cairns y no he hecho esto antes, porque debería haber sido una prioridad. Decido que tengo que hacer una lista de cosas importantes y dedicarme a ellas. Mi tiempo en Australia es limitado y no quiero volver con la sensación de que he dejado cosas por hacer. Quizá algún día sea capaz de extrapolar eso a mi vida normal. Mi tiempo en este mundo también es limitado. Puedo empezar por veinte locuras, pero espero que las sigan otras tantas más. Al fin y al cabo, la vida está hecha de momentos, y yo quiero que los que formen la mía sean inolvidables.

Capítulo 20

RYAN

No me había dado cuenta de lo mucho que extrañaba mi trabajo hasta que lo he retomado. Ser monitor de deportes acuáticos no da mucho dinero ni requiere de una formación especial, pero, cuando lo adoras tanto como yo, trabajar se convierte en un placer.

No he vuelto a ver a Valerie desde el buceo en el arrecife. Lo pasamos bien al principio, pero luego todo cambió. Apenas hablamos después y, aunque me he sentido tentado de escribirle por teléfono, tampoco lo he hecho.

Esta noche hemos vuelto a quedar los cinco. Josh trabaja en el bar y no puede, así que Liam ha pasado la tarde con nosotros. A veces viene, pero más por entretenimiento que por trabajo. Él es profesor de secundaria y lo suyo es pura vocación. Ha escapado a tiempo para no ayudar a recoger, pero a cambio le ha tocado ir al supermercado a comprar. Todavía no ha regresado. Mi teléfono suena mientras estamos recogiendo las tablas y me alejo para responder cuando compruebo que es Kylie.

—¡Hola, papá! —exclama una voz infantil al otro lado. No es ella, sino Oli.

Sonrío como acto reflejo. El pequeño tiene la capacidad de conseguirlo siempre. Le he explicado varias veces que no soy su padre, pero continúa llamándome así. No tengo fuerzas para repetirle una y otra vez que sus verdaderos padres murieron, así que me he rendido de momento. Lo entenderá cuando sea un poco mayor.

—¡Eh, hola, campeón! ¿Qué me cuentas? ¿Qué has hecho hoy?

—¡He visto una foca! En el puerto. Kylie me ha dicho que no la tocara porque no les gusta. No la he tocado y

luego, como me he portado bien, hemos ido a comer un helado.

Una cosa que siempre me ha resultado curiosa es que yo sea papá, pero Kylie no sea mamá. Supongo que a mí siempre me ha visto más como esa figura por haber cuidado de ambos.

—¿Una foca? ¿De qué color era?

—Marrón.

—Era gris. —Escucho decir a Kylie al otro lado de la línea.

—Era gris —repite Oli—. ¿Cuándo vas a venir?

—¿Quieres verme?

—Sí. Jugar contigo es más divertido. Ven pronto, papá.

—La próxima vez vendrás tú. Estoy preparándolo todo para que lo pases genial.

—No. Ven tú. Ahora.

—Oli, te dije que no podías decirle eso a Ryan. Dame el teléfono, luego sigues tú hablando con él.

—¡Quiero hablar más!

—No pasa nada, enano. Ponme con ella, ahora seguimos.

—Lo siento —dice Kylie. Escucho a Oli protestar de fondo, pero al menos no está llorando—. Estamos bien, de verdad.

—Lo sé. Puedo ir para allá si me necesitáis o traérmelo para que tengas más tiempo para estudiar.

—Yo también soy su hermana, Ryan, también sé cuidar de él, y que lo dudes me cabrea.

—No lo dudo, es solo que...

—Es solo que nada, Ryan. Estamos bien. Iremos a verte pronto. Él tiene vacaciones en el colegio y yo también, así que pasaremos allí una o dos semanas. Yo he confiado en ti durante estos tres años. Confía tú ahora en mí.

—Confío en ti, Kylie, pero sabes que, si me necesitas para cualquier cosa, puedes llamarme y estaré allí en unas horas. Vosotros sois lo más importante.

—Lo sabemos. Disfruta de Cairns. A los dos nos gusta

más cuando eres tú mismo.

—Deja que me despida de él.

—¡Oliver, ven! ¡Mándale un beso a Ryan, que tenemos que cenar!

—¡Muah! —suelta el pequeño—. Adiós, papá. Te quiero.

—Yo te quiero más.

—¿Qué tal Oli? —pregunta Andrew cuando cuelgo el teléfono—. ¿Y Kylie?

Tardo unos instantes en responder, mientras valoro su expresión. Él y mi hermana tuvieron una historia bastante intensa, más que la que tuvo con Emily. Con nuestra amiga salió durante un año durante la adolescencia. Lo dejaron por mutuo acuerdo. Ambos maduraron de forma distinta y cambiaron demasiado. Aunque el cariño seguía ahí, ya no era amor. Fue una suerte que lo llevaran tan bien, pues no se rompió el grupo. Liam y yo hubiésemos seguido siendo amigos de los dos, pero ya no habríamos hecho tantos planes todos juntos.

Con Kylie salió tres años, desde los veintidós hasta los veinticinco. Fue él quien lo dejó, destrozado y con el corazón roto en mil pedazos. Siempre pensé que era genial que mi mejor amigo y mi melliza estuviesen juntos. Era sencillo verlo así mientras se demostraban su inmenso amor cada día. No se me ocurría nadie que mereciese más a mi hermana de sangre, ni a mi hermano de vida. Fueron dos personas perfectas en un momento erróneo. Nadie podía imaginar que mis padres morirían, que nuestras vidas darían un giro tan brusco, que tendríamos que mudarnos, que tendríamos que madurar tanto de golpe. Yo sacrifiqué mi carrera, mis sueños, mis metas. Perdí mi relación también, aunque eso fue muy distinto. Pero Kylie... Ella sacrificó el amor, la felicidad, las ganas de vivir. Para mí fue fácil mantenerme fuerte. Tenía dos razones enormes para hacerlo. Dos motivos que me recordaban que estaba haciendo lo correcto, que las cosas importantes son a las que no estamos dispuestos a renunciar, y lo único a lo que no renunciaría nunca es a mi familia.

—Están bien —respondo, ni siquiera sé cuánto tiempo después—. Oli está enorme, ya lo verás. Vienen el mes que viene de visita.

—¿Van a venir? ¿Los dos?

Es esa pregunta la que me demuestra que Andrew no lo ha superado del todo. Evidentemente, un niño de cinco años no va a viajar solo. Kylie siempre será su punto débil, por mucho tiempo que pase y muchas mujeres que conozca.

—Andrew, mi hermana está con alguien —digo, con todo el tacto que puedo. No quiero hacerle daño, pero tampoco puede hacérselo él mismo. Prefiero que no albergue esperanzas con ella, sobre todo, porque ya no las tiene—. Llevan juntos unos seis meses. Es un buen chico.

—Oh, bueno. Me alegra que sea feliz.

—¿Crees que estás preparado para verla?

—Te veo a ti cada día y tienes casi la misma cara —trata de bromear—. Podré, en serio. Ha pasado tiempo. Ya no es lo mismo, Ryan.

—¡Servicio a domicilio! —exclama Liam.

Viene cargado con varias bolsas y las deja caer en la arena, en un sitio apartado de la gente que aún queda en la playa. No nos ponemos cerca de la orilla, así que está menos abarrotado.

—¿Todavía estáis así? —pregunta. Entre la conversación por teléfono y la que hemos tenido después, aún no hemos terminado de guardar el equipamiento—. Vamos, iré preparando todo, pero daos prisa.

—Podrías ayudar alguna vez, para variar —suelta Andrew.

—Ya ayudo con esto —responde. Señala las bolsas y el material para preparar nuestra pequeña hoguera.

No da lugar a réplicas. Liam detesta el trabajo físico y a nosotros no nos importa. Apenas media hora más tarde, estamos sentados alrededor de la fogata, con una cerveza en la mano y un atardecer anaranjado.

Las chicas no tardan en llegar. Mis ojos buscan a Valerie

directamente. Lleva su larga melena ondulada suelta y un vestido corto veraniego. Ella también me mira, sin sonreír. Nos saludan con un gesto y toman asiento. Valerie busca el lugar más alejado y con eso tengo la confirmación de que está mosqueada conmigo. La experiencia en el barco fue bastante bien. Vimos cantidad de cosas extraordinarias y parecía encantada. Algo más ha debido de pasar.

—¡Mira lo que he traído! —exclama Emily, entusiasmada.

Estaba tan ensimismado contemplando a Valerie que ni siquiera me había fijado en ella. Observo con horror sus manos, que llevan consigo una guitarra clásica. Miro a Liam y a Andrew, pero los dos se encogen de hombros.

—A mí no me digas nada —suelta el primero—. Yo no he tenido nada que ver. Ha sido ella sola.

—La he visto en el almacén de la tienda y me ha parecido buena idea.

—¿Tocas la guitarra? —pregunta Valerie con curiosidad.

—Y canta —añade Emily.

La morena alza las cejas, sorprendida. Casi parece que su enfado se haya evaporado de golpe.

—Cantaba —aclaro—. Hace tiempo de eso, ya ni siquiera me acordaría de tocar.

—Val nunca te ha visto, podrías hacerlo por ella —insiste Emily.

No tiene nada que ver con su amiga, es a la propia Emily a la que le encanta que cante para ella.

—Otro día, tal vez —lo rechazo. He perdido agilidad en los dedos y la voz hace tiempo que no la entreno. Nunca he cantado de forma espectacular, pero me gustaba hacerlo. Supongo que la muerte de mis padres se llevó más cosas de las que creía.

—¿Y tú eras el que iba a hacer que cada momento fuera una buena experiencia? —inquire Valerie—. Así que lo de atreverse con las cosas solo se aplica a los demás, ¿eh?

No son sus palabras lo que me convence, sino su dichosa sonrisa de medio lado. Esa forma de sonar tan

segura de sí misma, de mirarme tan bravucona, de que sus ojos brillen con picardía. Cojo la guitarra de las manos de Emily y compruebo que esté afinada. Practico un poco, despacio, dejando que mis dedos recuerden lo que tienen que hacer. La música no se olvida. Se pierde habilidad, pero nunca desaparece del todo. Una vez se mete en ti, ya forma parte de tu ser para siempre.

—¿Alguna petición? —pregunto mientras voy recordando acordes.

Es extraño volver a sostener una guitarra entre mis manos. La última vez que lo hice fue en el cumpleaños de mi madre, justo dos semanas antes de que murieran. Ella adoraba escucharme cantar y a veces me acompañaba en los coros. Su voz era mucho más increíble que la mía, aunque nunca quisiera ser la principal. Menos potencia, pero todo dulzura. Mi padre sí que era espectacular.

—Yo me conformo con oírte —responde Emily. Es la única que habla, los demás solo me observan.

No sé muy bien por qué, pero elijo la última canción que le canté a mi madre. No era su favorita, aunque sí estaba entre ellas. También está entre las mías. *Somewhere only we know*, de Keane. Ella siempre decía que iba bien con mi voz, grave y rasgada y, sobre todo, con mi estilo, lento y personal.

Noto los ojos de Valerie como si me contemplaran por primera vez. Alzo la mirada hacia ella. Nunca me ha dado vergüenza cantar ni tocar delante de gente, aunque ella consigue ponerme nervioso.

—*Oh, simple thing, where have you gone? I'm getting old and I need something to rely on. So tell me when, you're gonna let me in. I'm getting tired and I need somewhere to begin.*

No sé por qué he elegido esa parte de la canción para mirarla, pero simplemente ha sido así. La canción termina, y Emily y Liam rompen a aplaudir. Valerie, sin embargo, sigue mirándome de una forma tan intensa que me altera.

—Bueno, ese es todo el concierto que voy a dar hoy —digo, y dejo la guitarra a mi lado, dentro de su funda.

—Deberías cantar más a menudo —comenta Valerie.

—Sí, ¿verdad? Se lo digo siempre —añade Emily—. La traeré más veces. Estos conciertos deberían ser más rutinarios.

—Emily, Liam, me he dejado en el coche unas cosas. ¿Me ayudáis a ir a por ellas? —pregunta Andrew.

—Claro, vamos —se apresura a decir el chico.

Creo que Emily no lo pilla, pero igualmente se levanta y va con ellos. No sé por qué Andrew ha creído que necesitaba quedarme a solas con Valerie, pero no es así.

—Muy sutiles tus amigos —suelta, y sonrío una vez se han ido los tres.

—Ya, no sé por qué han hecho eso. No se lo he pedido —aclaro. Me mira con tanta desconfianza que me hace reír—. Si hubiese sido cosa mía, créeme que habría sido más sutil, tanto que ni te hubieras dado cuenta.

—Entonces, ¿no estaba planeado? La guitarra, la canción...

Esta vez soy yo quien sonrío.

—¿Intentas decirme algo? Solo era yo cantando, Valerie. Lo habéis pedido vosotros, ni siquiera ha salido de mí. Hacía años que no cantaba.

—¿Por qué? Se te da muy bien.

—Cuando murieron mis padres, todo cambió —suelto sin pensar.

Abre los ojos por la sorpresa y caigo en la cuenta de que nunca se lo he contado. Hasta ahora, supongo.

—Fue en un accidente de coche —continúo, para tratar de ahorrarle esa sensación incómoda de no saber qué decir cuando te cuentan algo trágico—, hace tres años. Hay días en los que todavía parece que fuese ayer.

—Lo siento. Debió de ser horrible —dice.

—Lo fue. Es una de las formas más dolorosas de perder a alguien, porque no hay periodo de adaptación. Un día están y al siguiente, no. No había vuelto a cantar desde entonces, aunque no sé por qué lo dejé.

—Hay distintas formas de afrontar el duelo. A mí me

pasó algo parecido —confiesa—. Perdí a mi padre por un cáncer cuando tenía nueve años. También fue repentino, aunque no tanto. Cuando le diagnosticaron, ya era tarde. Solo vivió cinco meses más. Él era artista. Se ganaba el sueldo como abogado, pero su alma era de pintor. Sus cuadros eran únicos. Me enseñó a dibujar, pero, cuando se fue, me cabré tanto que lo dejé para siempre. Aquí me tienes, catorce años después y no he vuelto a coger un pincel en mi vida.

—No nos abandonan del todo, Valerie. Siguen con nosotros, aunque sea de otro modo.

—No sé. A veces me da miedo olvidarme de él, ¿sabes? Fue hace tanto tiempo. Antes era capaz de recordar a qué olía, o cómo se sentían sus abrazos y sus besos de buenas noches. Ahora tengo que ayudarme de fotografías o de vídeos que esconde mi madre. Me sé los diálogos de memoria.

Había imaginado a Valerie con una vida feliz, truncada tan solo por su exnovio. Me equivocaba. Perder a un padre a una edad tan temprana debe de marcarte para siempre. La imagino yendo a escondidas para ver las mismas imágenes una y otra vez, y el corazón se me encoge en el pecho.

—No te preocupes, ahora estoy bien —me asegura—. Fue hace tiempo. Las heridas, por profundas que sean, terminan cicatrizando. Dejan marca, pero ya no duelen. Mi madre es estupenda. Somos un buen equipo.

—No deberías dejar de pintar para siempre si es algo que te gusta. Nunca es tarde para retomar las cosas que nos apasionan.

—Quizá lo haga. Cairns se trata de eso, ¿no? De conocerme a mí misma, de vivir como quiero hacerlo.

—Y de completar tu lista de locuras —le recuerdo.

Creo que los dos agradecemos hablar de algo más ameno y dejar a un lado el recuerdo de la muerte de nuestros padres. Me gusta conocerla más y saber otras partes de su vida, aunque sean más tristes. Todos estamos

hechos de recuerdos. De los buenos, de los malos, de los que creamos nosotros y de los que nos dejan los demás. Valerie confía en mí como para contarme esas cosas, al igual que yo confío en ella. Sin embargo, no quiero ver cómo sus ojos se apagan entre las sombras del pasado.

—Y de las locuras, claro.

—Esta semana nos pondremos con ellas —le aseguro—. Haremos que esa lista se te quede corta.

—¿Por qué me ayudas tanto, Ryan?

—Porque me caes bien. Ya te lo dije, quiero que seamos amigos, y los amigos se ayudan, ¿no?

—Claro —responde.

No tengo tiempo de decir nada más. El resto vuelven, y resulta que sí han ido a por algo al coche. Traen unos botellines de cerveza y ganas de pasárselo bien. La conversación entre Valerie y yo se ha terminado, pero, al menos, nos hemos conocido un poco más.

Capítulo 21

VALERIA

La clase de inglés se me pasa más rápida de lo que esperaba. Es útil, pero estoy aprendiendo más obligándome a hablarlo todo el rato que en el aula en sí. El curso es por la mañana y después me deja el resto del día libre.

—¿Vienes a tomar algo con nosotras? —pregunta Lara, en español.

—Sí, claro.

Me gusta hablar mi idioma materno y he hecho buenas migas con ella. Lara es un año menor que yo y parece una de esas chicas que sabe lo que quiere. Siempre lleva suelta su larga melena pelirroja y adora maquillarse. Yo también lo adoro, aunque desde que estoy en Cairns lo he dejado un poco de lado.

Sus amigas son dos francesas, Nadine y Alessia, que vienen con nosotras a inglés. No sé sus edades, pero Nadine parece más pequeña que yo y Alessia, mayor. Además, son totalmente distintas. La primera es rubia, de piel pálida y ojos claros. La segunda es más alta, morena y de tez oscura.

—Solemos tomar un té o un helado cuando terminamos —me informa Alessia—. Por si quieres unirte otras veces.

—Me parece una buena costumbre.

Vamos a Aqua Lagoon, una cafetería junto a la Esplanade Lagoon. Es algo más cara, pero el café está bueno, las vistas son geniales y el servicio es agradable. Pedimos y tomamos asiento lo más cerca que podemos de la piscina del exterior.

Coloco mi *mu ffñ* y mi taza de café para poder sacar una bonita foto. Me gusta cuando decoran la espuma, y a mí me han dibujado una especie de hoja de árbol. Mi Instagram a veces sobrevive con estas historias. Ryan ya estaría riéndose

de mí y de mi enganche a las redes.

—Este sábado vamos a ir a un *pub* del que nos han hablado y parece estar bien —me informa Lara—. Por si quieres apuntarte.

—Solo hay dos requisitos: nada de llevar chicos y ponerse mona.

—Me gustan los dos —coincido—. ¿Será noche de chicas, entonces?

—Correcto.

Me gustan los planes tranquilos que hago con Emily y los demás, pero echo un poco de menos salir de fiesta. En Valencia me movía mucho con Carol y Eva en ese sentido, y me quedaron muy buenos recuerdos. Con Álvaro no podía salir con mis amigas si él no venía y volver a hacer algo tan simple como eso fue como recuperar una parte de mi libertad.

Continuamos hablando. Del curso, de Australia, de todo un poco. El móvil me vibra y me sorprende al comprobar que es el teléfono australiano. Por un instante creo que se trata de Emily, que quiere que trabaje hoy a pesar de ser uno de mis días libres. Sin embargo, es Ryan.

¿Seguimos con las locuras? Aquí tengo todo tipo de deportes de riesgo.

Adjunta va una foto en la que se ven distintas tablas, kayaks y un sinfín de equipamiento para deportes acuáticos. Pensaba contar el buceo para esa, pero no pienso rechazar la oportunidad de probar algo nuevo. Algo nuevo con Ryan, además. Sigue siendo un amigo. Y, sin embargo, cuando lo escuché cantar, sentí que era distinto.

—Vamos a ir de compras —anuncia Lara, una vez hemos terminado todas de desayunar—. ¿Te apuntas?

—Lo siento, hoy no puedo. Otro día, quizá.

—Te tomo la palabra.

Me despido de ellas y voy a mi zulo. Pronto me tendré que despedir de él para siempre, pero la idea de vivir con Emily cada vez me desagrada menos. De camino, contesto a Ryan para decirle que estaré allí en una hora más o

menos. Tengo que coger un bikini, la cámara acuática, dejar los libros y tomar un autobús hasta Palm Cove.

Aprovecho el trayecto para ponerme con otra de las locuras. Ni siquiera me da vergüenza hacerlo, aunque sé que quedará patético. Todos hacemos el ridículo en alguna ocasión y creo que ha llegado mi momento. No sé quién hizo la sugerencia, imagino que Claudia o Eva, pero voy a declararme a mi amor platónico.

Voy a hacerlo en Instagram, como el resto de las locuras. Lo complicado para mí es que no tengo uno solo, sino varios. No puedo escoger, sería como elegir a cuál de tus hijos quieres más. Abro el directo y decido que salga lo que tenga que salir. Es una locura; no puedo planearla tanto.

—¡Hola a todos! Estoy en un autobús rumbo a Palm Cove para hacer una de las locuras que después descubriréis y voy a ponerme con otra. Mis amigos me propusieron que me declara a mi amor platónico en público. Yo tengo varios, así que dedicaré a cada uno su parte. Empiezo con la primera: Halsey.

»Halsey, te conocí hace unos años y fue un flechazo. Durante años, tuve toda mi habitación empapelada con tus *posters*. Me gustaba tu música, tu cara, tus tatuajes y, sobre todo, tu actitud. La forma que tienes de utilizar tu posición para ayudar a los colectivos vulnerables frente al odio de los demás. Sigo enamorada de ti, aunque he asumido que lo nuestro es imposible. Eres demasiado para mí.

»Vale, estoy pensando que lo voy a hacer en vídeos distintos para no mezclarlos, aunque solo sea porque no parezcan cuernos. Halsey, te quiero.

Mando el vídeo y me preparo para grabar el segundo. Es más sencillo de lo que creía. Ojalá todas las locuras fuesen así, en vez de implicar baños con tiburones y saltos de altura.

—Aquí sigo para mi segundo amor. Chris Evans, a ti te conocí en *No es otra estúpida película americana* y caí rendida a tus pies cuando te convertiste en el *Capitán América*. Sé

que ahora estás soltero, así que, si quieres contactarme, estoy disponible para ti. Me mudo donde sea necesario. Eres mi auténtico amor y me encantaría que fueses mi capitán.

Lo corto antes de que sea peor aún, pero creo que, de los tres, es mi favorito.

—Y por último, aunque no menos importante, está Theo James. Te conocí siendo *Cuatro* y desde entonces te sigo. No literalmente, claro, eso sería acoso. Contigo es todo más físico, así que ya sabes: para cualquier cosa, contáctame también. A menos que vaya a hacerlo Chris. Lo siento, pero él está por encima, no me odies por esto.

Repito los mensajes en inglés y esta vez no es solo para mis seguidores, sino también por si cae y me contesta cualquiera de los tres. Supongo que con esto mis amigos tendrán material suficiente para burlarse de mí. El primero en escribirme es Cristian, y su mensaje me arranca una carcajada.

Cristian:

Qué decepción. Estaba seguro de que estaría entre ellos, pero me conformaré con ser el cuarto.

Claudia:

¿En serio? No está Ian Somerhalder, ni Matt Bomer, ni Henry Cavill, ni Thor. Ni siquiera Jason Momoa. Además, que puestos a poner chicas, hubiese metido a Zendaya. Tú y yo ya no somos amigas.

Noel:

Ahora eres famosa, quizá te responda alguno. Mientras tanto, pásalo bien con Ryan. Él es más real.

Odio a Noel. Guardo el móvil y descanso de las redes y los mensajes durante el resto del camino. No soy famosa, pero es cierto que mi popularidad ha crecido desde que estoy en Cairns. La gente disfruta de mis vídeos y está expectante de la lista de las locuras. Y de Ryan, por supuesto. Que no lo haya mostrado solo genera más misterio a su alrededor y las teorías que crean al respecto son de lo más variadas. Mi favorita es la que dice que Ryan es en realidad un anciano de setenta años y que se niega a salir por si su mujer se entera de que está con una chica que podría ser su nieta.

Llego a Palm Cove y me paso por el establecimiento. Es un local pequeño, aunque el almacén es bastante más grande. Aquí hay apenas una sala con un mostrador para escoger la actividad que quieres realizar. La mayoría de las reservas las hacen *online* y esto hace de punto de reunión. Andrew levanta la vista del ordenador y me mira sorprendido.

—Val, buenos días. ¿Qué haces aquí?

—He venido a probar algún deporte de riesgo. Me ha escrito Ryan.

—Ah, no lo sabía. Está en la playa.

—¿Tenéis mucho trabajo hoy?

—Yo sí. Tengo que organizar varios grupos con distintas actividades y estoy viendo cómo cuadrar a los monitores y los tiempos. Además, el mes que viene tengo una reunión para unas inversiones y me da miedo dejar esto solo porque estos meses hay mucho trabajo.

—¿No puedes posponerlo?

—No. Se trata del barco que quiero comprar. Es posible que haya encontrado uno, pero tengo que ir a Adelaida y está lejos. Necesito dejarlo todo cuadrado antes, pero es imposible porque siempre hay reservas de última hora.

—¿Por qué no contratas un socio? El negocio está creciendo. No puedes hacerte tú solo cargo de todo.

—Estoy buscando uno, pero necesito alguien de confianza. No es tan fácil. Me ha costado años de esfuerzo

levantar esto...

—¿Y Ryan? Trabaja contigo y es de fiar, ¿no?

Andrew me mira serio, como si acabase de decir una tontería, y temo estar metiéndome en un tema que no me concierne.

—Ryan está aquí de forma temporal, pero este no es su trabajo. Algún día se dará cuenta.

—Bueno, tú lo conoces mejor que yo. Te dejo, voy a ver si lo encuentro.

—Disfruta de tu deporte de riesgo.

Voy hacia la playa para buscar a Ryan. Lo encuentro en el agua, subido encima de una tabla de *paddle surf*. Dos chicas van detrás mientras él les enseña cómo hacerlo. No tiene mucho misterio, aunque les cuesta mantenerse de pie encima de la tabla.

Me siento en la orilla y me limito a observarlos para no interferir en su trabajo. He visto a Ryan en bañador varias veces, pero siempre me he obligado a no fijarme demasiado en él. No sé cómo he conseguido mantener los ojos apartados de su cuerpo, porque es increíble. La piel morena, la constitución fibrosa... Todo es llamativo en él. Ese es el problema. Ahora mismo solo siento atracción y es mejor dejar que no crezca antes de que empiece a gustarme.

Dejo de mirarlo cuando comienza a salir del agua y recae en mi presencia. Sonríe nada más verme y le devuelvo el gesto. Me pongo en pie y me acerco.

—Hey —saludo, porque de repente no sé qué más decir.

—¿Dispuesta a realizar otra de tus locuras? —propone él.

—Siempre. ¿Vamos a hacer *paddle surf*? Porque no estoy muy segura de que eso cuente como deporte de riesgo.

—Vas a probar el *flyboard*.

Lo dice tan seguro que no me deja lugar a réplicas, aunque se me ocurren unas cuantas. Nunca he hecho nada parecido y ni siquiera sé cómo funciona.

—*Flyboard* —repito, sin llegar a creérmelo del todo. De repente, el *paddle surf* me parece de lo más emocionante—. ¿Ese es en el que sales disparado por los aires?

—El mismo. No es tan difícil. Si quieres, puedo hacerlo yo antes para que lo veas.

—Pues sí, quiero verlo primero.

—Ven, lo tengo todo preparado. Te lo explicaré. ¿Has traído la cámara?

—Claro, tengo que grabar las locuras de la lista.

—Pues espero que te las apañes bien para hacerlo — dice con una extraña sonrisa.

Lo sigo hasta donde ha preparado el equipamiento. Son una especie de patines, pero con una tabla entre ellos. Es parecido al *snowboard*, pero más pequeño. Lo acompañan dos flotadores y un orificio donde se supone que se conecta una manguera.

—No es tan peligroso como puede parecer y es muy divertido, confía en mí.

—Creo que confío en ti demasiado.

—No te arrepentirás, te lo prometo.

—Bueno, dime, ¿cómo funciona esto?

—No voy a entrar en tecnicismos, te diré lo básico. Para hacerlo se necesitan dos personas: uno que conduzca una moto de agua y el otro para subirse aquí. El agua sale de la moto a gran presión y pasa por la manguera. En tu tabla la expulsa por los dos codos laterales y con eso te propulsarás.

—Vale, no he entendido nada, pero da igual. Vamos a hacerlo.

—Si quieres, puedes llevar tú la moto primero; así me ves a mí.

—Perfecto.

No quiero pensar en lo que estoy a punto de hacer porque, si lo hago, entonces me echaré atrás. No soy un cobarde, quiero atreverme con todo. Solo probando cosas puedo descubrir qué me gusta y qué no, así que no quiero descartar nada.

Ryan me deja un chaleco salvavidas, pero él no se pone

ninguno. Me acompaña hasta la moto de agua sin perder la sonrisa. Coloca sus manos en mi cadera para ayudarme a subir y siento cómo la respiración se me corta un segundo. Tan solo me ha tocado para impulsarme, pero sentir de nuevo el tacto de su piel áspera ha sido extraño.

—¿Sabes llevar la moto?

—Lo he hecho un par de veces.

—No te cortes en velocidad. Sabré manejarla.

—¿Puedo ponerte la cámara en algún sitio? —pregunto con cautela—. No se te verá la cara, pero me gustaría grabar la experiencia desde ahí.

—Puedes grabarla cuando lo hagas tú.

—No se verá bien. Cuando sea mi turno, la cámara la tendrás tú. Quiero que haya un buen ángulo, guardar toda la experiencia.

—Está bien —cede, para mi sorpresa—. Dámela.

Espero a que esté preparado y me dé la señal para arrancar la moto. Le doy velocidad cuando Ryan me lo indica y observo como puedo. Ni de lejos lo había imaginado así. Lo veo propulsarse sobre la tabla varios metros por encima del agua y después sumergirse y bucear otros tantos. Ni de coña voy a ser capaz de hacer algo así. Aprovecha los saltos para hacer piruetas y volver a caer. Trato de mantener la concentración en la moto de agua, porque me quedo tanto tiempo mirando que a veces me acerco demasiado a la orilla o me alejo de más. Parece increíble. No sé por qué Andrew dice que este no es el trabajo de Ryan, porque ahora mismo parece tan feliz que es incluso contagioso. Grita de júbilo cuando se propulsa y me mira. Incluso así puedo notar la sonrisa en su cara.

Creo que lo hace durante apenas cinco minutos, aunque a mí se me hace eterno. Me pide con un gesto que pare y detengo la moto. Ahora se supone que es cuando nos cambiamos. De repente, siento ganas de hacerlo. Me da miedo, pero no es un miedo que me bloquee, sino que me anticipa.

—¿Preparada?

—Siempre.

Ryan se ríe y me dedica una mirada tan intensa que siento cómo me traspasa.

—Siempre dices eso. Me gusta. Eres una chica valiente.

—¿En algún momento lo dudaste?

—No, lo tuve claro desde el principio —admite—. Incluso aunque necesitaras mi mano para el avión.

—Que necesite ayuda para afrontar mis miedos no me convierte en cobarde. Todos la necesitamos.

—No he dicho lo contrario. Tú vuelas, incluso cuando te da miedo hacerlo. Tú brillas, Valerie, incluso aunque creas que estás hecha de sombras. Solo tienes que dejarlas salir.

Me quedo en silencio, pensando en sus palabras. Ryan parece conocerme incluso mejor que yo misma o, al menos, parece saber algo de mí que yo aún no he descubierto. Por eso me gusta estar con él. No creo que me bloquee. Al contrario, creo que me ayuda.

—Bien, pues voy a demostrarte cómo se hace.

Le sonrío de medio lado y él suelta una carcajada. No sé por qué lo he vacilado ahora cuando está claro que no voy a superarlo. Me gusta hacerlo. Siempre se ríe cuando lo hago y esas pequeñas carcajadas son como música para mis oídos.

Cambiamos los papeles y enseguida me arrepiento de haberle dicho eso, porque ahora va a poder reírse de mí durante mucho tiempo. La primera vez que la presión del agua me propulsa hacia arriba, caigo en plancha y me hago daño en el pecho.

—¿Estás bien?! —grita Ryan, preocupado.

—¡Por supuesto! —respondo como puedo.

Centro mi primer objetivo en mantenerme de pie encima del chisme este. Me lleva apenas unos segundos. Vale, esta parte no es tan complicada.

—¡Intenta entrar de cabeza!

Vuelvo a salir disparada y pongo toda mi concentración en no perder el equilibrio. Lo consigo y dejo escapar un

pequeño grito. Cierro la boca de golpe cuando caigo al agua e intento entrar de cabeza, como me ha dicho Ryan. No es tan difícil como parecía.

La sensación es increíble. Ryan varía la velocidad según si me ve más estable o menos, y él se encarga de que esté bien. Noto la adrenalina circulando por cada poro de mi piel y me siento feliz.

—¡Esto es increíble! —grito cuando me vuelve a propulsar. No sé cuántos metros vuelo por encima del agua, pero me siento como un delfín acelerado, con la libertad de los animales que pueden surcar el mar.

Estoy tan emocionada que se me olvida cerrar la boca y, cuando caigo, trago tanta agua que se me revuelve hasta el estómago. Toso en cuanto puedo. Ryan se da cuenta de que algo va mal, detiene la moto y se acerca hasta mí.

— ¡Valerie! ¿Estás bien? —pregunta, preocupado.

Trato de asentir, pero las toses me lo impiden. No sé cómo pasa. De repente estoy en la orilla, sin la tabla de *flyboard* y con Ryan a mi lado. Es posible que haya perdido el conocimiento unos segundos o que haya tosido tanto que me haya mareado. Me coloca de lado, tumbada en la orilla y empiezo a escupir agua. Poco a poco me voy sintiendo mejor, aunque me noto débil.

—Tranquila, Valerie. Tranquila —me repite—. Vas a estar bien. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor —respondo con sinceridad—. Menudo susto.

—Susto el que me he llevado yo. Pensaba que te perdía ahí.

—Me quedan muchas locuras en la lista —trato de bromear—. No te librarás de mí hasta que las cumpla todas.

—Ryan me mira temeroso, como si lo que acaba de pasar lo echase atrás para seguir ayudándome—. Eh, no. Esto ha sido un susto. Mala suerte, ya está. Debería haber cerrado la boca.

—Sí, la verdad es que eso hubiese sido genial —dice, y medio sonrío, tratando de rebajar la tensión también.

—La culpa es tuya —lo acuso sin sonar seria—. Me has

dicho que confiara en ti.

—Bueno, tú me has dicho que me ibas a demostrar cómo se hacía y luego casi te ahogas. Los dos nos equivocamos.

—Buen punto.

—Vamos, deja que recoja todo esto y te llevaré a tu zulo.

—Te ayudo.

—No, descansa. En serio, te hace falta, aunque no lo notes. Seré rápido. Quédate tumbada de lado y, si te vuelves a encontrar mal, dímelo. Pero dímelo de verdad, Valerie. El ahogamiento secundario existe y es muy peligroso.

—Lo sé, he leído sobre ello.

Hay gente que se muere de eso, incluso cuando cree que ya está a salvo. Hago caso de lo que me dice porque tampoco tengo muchas fuerzas para discutir. Me siento débil, pero también feliz. Da igual si ha terminado mal, porque ha sido una de las mejores experiencias que he vivido desde que estoy en Cairns.

Capítulo 22

RYAN

El camino de vuelta a Cairns se me hace más corto que nunca. No dejo de dedicarle miradas fugaces. Sigo preocupado por ella. Me ha dado un susto de muerte y me siento culpable. Cuando la he visto salir del agua, con la cara descompuesta y el pánico en los ojos... No quiero volver a vivir esa experiencia.

—¿Puedes dejar de mirarme así? —pregunta, molesta—. Estoy bien, así que para.

—¿Cómo te miro?

—Como si fuese a morirme aquí mismo y fuese a ser tu culpa.

—Es que es mi...

—No, detente —me interrumpe—. Ha sido un accidente y ni siquiera ha pasado nada.

—Pero...

—No, Ryan. Mira, tú no lo entiendes, pero no me arrepiento. Cuando estaba con Álvaro, esto era impensable. Él nunca me hubiera animado a hacer algo así. Me habría dicho que era estúpido, que a mí no me gustaba y que mejor hacíamos otra cosa, que hubiese sido lo que él quisiera. Álvaro elegía las cosas que me gustaban y las que no. Ahora lo estoy decidiendo yo y para eso tengo que probar.

»Me gusta que estés apoyándome, así que no quiero que dejes de hacerlo, pero seguiré haciendo estas cosas aunque sea sola. Contigo me siento más libre y eso es justo lo que necesito ahora mismo: gente que disfrute conmigo de mi libertad. No me arrepiento de haber practicado *flyboard* porque, incluso aunque haya terminado mal, ha sido de las mejores experiencias de mi vida y te lo debo a ti.

—Vale, te creo. Aunque sé que solo me estás utilizando

para tu dichosa lista —trato de bromear para rebajar la angustia que siento.

—Me has pillado.

Odio cuando habla de su exnovio. No porque no quiera escucharla, sino por haber tenido una relación así. Esa clase de personas no deberían existir. La forma en la que minan la autoestima hasta dejarla por los suelos para después poder manipular a su antojo es repugnante y detestable.

—De todos modos, si quieres compensarme, hay una cosa que puedes hacer por mí. Bueno, dos en realidad.

—Así que ahora tengo que compensarte...

—Nunca dije que no tuvieras que hacerlo.

—Empezaré por la más sencilla —se prueba—. ¿Podemos cambiar la música?

Llevo puesta una de mis listas de reproducción. Suena Green Day y, cuando acabe la canción, empezará una de mis favoritas: *The Diary of Jane*, versión acústica.

—Eso depende, ¿qué tienes pensado?

—Pues no sé, la radio.

—No voy a quitar estas canciones para poner la radio, Valerie.

—Entonces, prepararé mis propias listas y las traeré, y ya no tendrás excusa.

—¿Cuál es la segunda? —pregunto para desviar la atención. Adoro demasiado esta música como para sustituirla por algo al azar. No sé si sus gustos serán mejores, pero si voy a ceder que sea por algo que, al menos, tenga la certeza de que va a gustar a uno de los dos.

—Hoy me mudo a casa de Emily y me ha dado la llave para que vaya instalándome, pero, en lugar de hacer la mudanza, me he ido contigo. Así que, si solo pudieras pasar por el zulo y acercarme... Me harías un favor enorme.

—Un trayecto de coche a cambio de casi ahogarte. Sales barata.

Se encoge de hombros.

—Prefiero decir que soy práctica. Eso es todo lo que necesito ahora mismo.

Es la primera vez que entro en su pequeña habitación de hotel. Ahora entiendo por qué la llama zulo. Es diminuta, aunque tiene ventana y buena iluminación. Ayudo con la maleta más grande y dejo que ella cargue la pequeña. Las dos tienen ruedas, así que no es una tarea difícil. Guardo ambas en el maletero y espero mientras Val entrega las llaves y se despide de su casero.

—Lo siento, John, ha sido por causa mayor —se disculpa con él.

—No te preocupes. Christie y yo sabemos que esto es temporal, que los mochuelos dejan el nido pronto. Lo importante es que disfrutes de Cairns. No es Sídney ni Melbourne, pero tiene su encanto.

—Sí que lo tiene. Gracias por todo. Dale un beso a Christie de mi parte.

—Se lo daré.

No hay besos entre ellos ni abrazos. Solo son casero y cliente, no sé qué esperaba.

—Bueno, preparada para la etapa dos —dice una vez estamos fuera.

—¿Etapa dos?

—Dejo de vivir en mi pequeño y solitario zulo para ir con Emily. Si eso no es empezar otra etapa, ya no sé qué lo será. Un momento, me llaman.

Saca el teléfono móvil de su bolso y contesta. Sé que es el australiano porque es blanco. El otro es azul.

—¡Emily! Justo estaba llevando las cosas a tu casa. ¿Qué? ¿Cómo que no deje la habitación aún? ¡Acabo de hacerlo! ¡No, claro que no puedo volver! Está bien, no pasa nada. ¿Tu casa está bien? ¿Dónde vas a quedarte tú? Vale, no te preocupes, no hace falta. Buscaré algo. Luego nos vemos.

Cuelga y tira el móvil contra el asiento, cabreada.

—Hola de nuevo, etapa uno —comenta con fastidio.

—¿Qué pasa?

—El piso de Emily se ha inundado y tienen que hacer obras. Al parecer, se ha roto una tubería del edificio y ha estropeado la cocina y el baño. Van a tardar una semana

porque hay varias plantas afectadas.

—Vaya mierda.

—Sí, ha sido mala suerte. Lo bueno es que lo cubrirá todo el seguro. Ella va a vivir con Andrew. Se ha ofrecido a buscar juntas algo y pagarlo a medias, pero no hace falta. La pobre bastante tiene con lo que le ha pasado a su casa como para preocuparse por mí también. Buscaré algún otro zulo, porque al otro no puedo volver.

—Puedes quedarte en mi casa, si quieres.

No sé por qué he dicho eso, pero las palabras salen de mi boca antes de que pueda procesarlas. No creo que sea buena idea vivir con Valerie. Como amigo, quiero ayudarla, y ahora mismo lo necesita. Lo que me preocupa es que la atracción que sentí por ella vuelva a surgir. Al conocerla, me he dado cuenta de cuál es mi problema. La única relación estable que he tenido ha sido con Claire y, después de eso, siempre las he buscado con fecha de caducidad. Quizá fuera inconscientemente, pero una y otra vez empezaba relaciones destinadas a acabar. Con Valerie es lo mismo. Va a estar seis meses en Cairns y después se irá para siempre. Empezar una relación con ella sería como darle la vuelta a un reloj de arena y esperar a que todos los granos terminaran de caer. Creo que eso es lo que me gusta de ella, y no ella en sí. No le mentí a Andrew al decirle que, cuando la miro, solo veo a una amiga.

—No quiero molestar... —dice, y parece tener incluso más dudas que yo.

—Mi casa es grande, Valerie, tengo habitaciones de sobra. Va a ser algo temporal. Para eso están los amigos, ¿no? Andrew va a acoger a Emily. Tú serás mi obra de caridad —bromeo.

—Bueno, si es para que te sientas mejor como persona, quizá pueda hacer el sacrificio.

—Tendré que preparar algún dormitorio. La casa ha estado cerrada durante años y aún estoy poniéndola a punto.

—No te preocupes. Puedo ayudarte, aunque soy algo

torpe para todo lo que tiene que ver con reformas y limpieza.

—Pero tú no vivías con tu madre, ¿no?

—Vivía con mi amigo Noel y él se ocupaba de casi todo.

Conduzco hasta mi casa y dudo antes de entrar. En el tiempo que llevo aquí he estado trabajando en ella. El jardín delantero se ve más despejado, más habitable. He arrancado las malas hierbas y he podado el árbol. He dejado la enredadera que rodea la casa, como si formase parte de ella y no como si la dominase por completo. El césped, más corto y cuidado, sale hasta casi la carretera y deja un pequeño camino para aparcar el coche. La vivienda no es moderna ni llamativa, pero para mí es perfecta. Nunca me pareció una casa grande, ni siquiera cuando era niño. Ahora que está vacía me resulta enorme. La percepción quizá no dependa del tamaño, sino de las personas que la ocupan. Antes siempre estaba llena. De gente, de risas, de sueños. Ahora solo estoy yo.

—Eh, ¿estás bien? —me pregunta Valerie, mirándome fijamente.

—Sí. Vamos, te enseñaré el interior.

El piso inferior tiene la cocina, el salón, un baño y un dormitorio. Los muebles, de madera de roble, los escogió mi madre cuando decidió que tenía que darle un cambio de aires. Lo mejor son los grandes ventanales que ocupan casi todas las paredes y la chimenea que corona el salón. Es más decoración que utilidad, pero se le antojó a Kylie y mi padre quiso darle el capricho. Todavía no he podido subir al piso de arriba. Observo la escalera y es como si algo me retuviera abajo.

—Puedo dormir en el sofá —dice Valerie, sin apartar la mirada de mí—. Parece cómodo. Además, es más grande que mi cama del zulo.

—Te dejaré mi cama —respondo. No voy a dejar que duerma en el sofá, pero tampoco puedo subir.

Han pasado tres años y sigo sin estar preparado. Una cosa es saber que mis padres están muertos y otra,

encontrarme con el vacío que han dejado.

—No me vas a dejar tu cama, no me importa dormir ahí, de verdad. Ya me estás haciendo un favor, Ryan. ¿Me enseñas el exterior? Me gusta que haya tantas plantas. En Valencia vivía en un piso pequeño. La idea de estar rodeada de naturaleza es... distinta.

—Claro, vamos a verla. Y después comeremos, estoy muerto de hambre.

La mañana se nos va entre el *tour*, preparar el aperitivo y adecentar el nuevo dormitorio-salón de Valerie. No deshace todo su equipaje. Guarda una parte en el armario de la entrada y el resto lo deja en su maleta. Sonríe cuando veo la hoja con las locuras escritas. La coloca junto al escritorio del salón, pegada con celo en la pared.

—¿Te importa que esté ahí?

—No, así tendremos claro el objetivo.

Me acerco para cotillearla. Aunque la vi hace tiempo, no recordaba todo lo que hay escrito.

—Tus amigos son muy variados —comento. Recuerdo que me dijo que la hicieron entre todos y, desde luego, tener sexo en público y bailar bajo la lluvia tienen que haberlo escrito personas totalmente diferentes.

—Lo son.

Coge un rotulador y comienza a tachar. Solo ha completado tres. Ha hecho un viaje sin pensarlo, ha practicado un deporte de riesgo y se ha declarado a su amor platónico.

—Algunas están bien —digo tras leer la lista completa—. Me gusta la de crear algo propio.

—Sí, aunque no sé qué hacer. Quizá los vídeos de Instagram cuenten. Mi cuenta es algo propio.

—Podrías retomar la pintura —sugiero—. Dijiste que te gustaba.

—No sé, he perdido toda la práctica. Hace muchos años de eso.

—Cairns se trata de descubrirte, ¿no? No pierdes nada por probar.

Valerie sonríe, y es una de esas sonrisas sinceras que esboza en ocasiones contadas.

—Sí, supongo que tienes razón.

Se deja caer en el sofá y me siento a su lado. Sus labios se transforman y dibuja el gesto que ya asocio a ella. Esa sonrisa de medio lado que no augura nada bueno.

—¿Qué?

—¿Te acabas de meter en mi cama sin permiso? Ryan, te tenía como alguien más recatado.

—¿Qué? No, no, no era mi intención —respondo, nervioso por su insinuación—. Voy a poner una película antes de que se te vaya de las manos.

Al final, no pongo una peli, sino que escogemos entre los dos una serie y terminamos viendo *Black Mirror*. La tarde se nos pasa entre un capítulo y otro y, cuando queremos darnos cuenta, hemos visto ya cuatro. Me levanto para preparar algo de picar y Valerie se queda con el móvil en el sofá.

Se pone de rodillas y me mira por encima del respaldo. Tiene un brillo pícaro en los ojos y los labios fruncidos. Apenas la conozco de dos semanas y ya sé que trama algo.

—¿Qué?

—¿Esa comida puede ser para llevar?

—¿Para llevar a dónde?

—He pensado que podíamos hacer otra de mis locuras, así que me he puesto a mirar el tiempo...

—Has mirado el tiempo —repito, sin dar crédito a lo que oigo.

—Está lloviendo no muy lejos de aquí, creo que es una hora en coche, quizá menos.

—Así que quieres que vayamos a buscar la lluvia para que puedas bailar, ¿no?

—Correcto.

—¿Quién te ha dicho a ti que no estabas loca? —pregunto, divertido—. La gente normal no corre hacia la lluvia, sino para resguardarse de ella.

—Yo te estoy proponiendo un plan divertido y tu

opción es quedarnos aquí y seguir matando el tiempo. Pues, ¿sabes qué? Los días pasan y hay que aprovecharlos antes de que se agoten.

Así que aquí estamos, en el coche rumbo a Koah, buscando la lluvia para que Valerie pueda bailar. No sé quién apuntó eso en la lista, pero merece un punto doble. He preparado unos sándwiches que hemos devorado por el camino y he querido ser un poco precavido, así que he cogido un par de toallas para después de la aventura. Valerie ha protestado porque dice que se trata más de ser espontáneo que previsor, pero lo he hecho igual. Después, he puesto la radio. *Californication*, *Boulevard of Broken Dreams*, *Livin' on a Prayer*... Música que adoro. *Chasing Cars* suena de fondo, y me gusta tanto esta canción que me limito a escucharla en silencio. Por suerte, de momento, Valerie no ha vuelto a insistir en elegir.

—Siempre pones música antigua —comenta Valerie.

—Esto no es antiguo, son clásicos.

—Es lo mismo.

—No. Antiguo suena a viejo, pero los clásicos son atemporales. Nunca se olvidan, no pasan de moda. Son buenos, y por eso son recordados. Pasa lo mismo con el cine o con los libros.

—Si tú lo dices...

—¿Qué escuchas tú?

—No creo que los conozcas. Me gusta la música española y la comercial. Mis favoritos siempre fueron Estopa o La Oreja de Van Gogh, pero también otros. No sé, Pablo López, Rozalén, Beret. Coldplay también, e Imagine Dragons. Me los enseñó Noel y los oigo bastante. Mis grandes favoritas internacionales son Halsey, Dua Lipa y Taylor Swift.

—Me gustan algunos, otros no los conozco, lo siento. Pero con Taylor Swift te has pasado.

—A mí me gusta —comenta, y se encoge de hombros.

Por cosas del azar, Imagine Dragons empieza a sonar con *Natural*. Estoy enamorado de esta canción y de este

grupo. Cada vez que sacan un tema nuevo, consigue sorprenderme.

—¡Es la lluvia! —grita Valerie, emocionada—. ¡Para por aquí!

Casi parece maravillada por ver caer agua del cielo. Detengo el coche cuando puedo y contemplo a mi amiga con una sonrisa en los labios. Me encanta cuando está así, tan feliz que es contagioso. Tan emocionada que se refleja en toda su cara.

—¿Vas a bailar esta canción? —pregunto, sorprendido—. No parece la más apropiada.

—La danza hay que sentirla, Ryan. No es solo el ritmo ni la melodía, es lo que transmite. Todas las canciones se pueden bailar mientras las sientas y, en este momento, esta es perfecta.

—Subo el volumen, entonces.

—Toma, tienes que grabarlo. Vas a hacer un directo, así que enfoca bien —me informa, y me tiende el móvil.

—¿La gente lo verá sin más, sin que cuentes lo que es?

—Claro, así funciona.

—Está bien, creo que seré capaz.

Valerie abandona el coche y yo bajo la ventanilla para poder observarla mejor. No empiezo a grabar, porque la imagen que tengo ante mí me hipnotiza del todo. El agua resbala por su cara y su cuerpo, haciendo que el pelo se le pegue a la cara. Se mece al son de la canción, dando saltos de alegría y con el rostro radiante de felicidad. Nunca en mis veintiocho años he visto algo con tanta energía, algo tan puro. Valerie es magia, es vida. Se ríe mientras llueve sobre ella y entonces recuerdo que tengo que grabarlo, pero no puedo hacerlo sin más. La gente tiene que saberlo.

Inicio el vídeo como me ha dicho, olvido mi privacidad y me enfoco. No me importa que me vean. Nunca se ha tratado de esconderme, sino de no gustarme las redes. Ahora, sin embargo, la ocasión merece la pena.

—¡Hola! Soy Ryan, un amigo de Valerie. Ahora mismo, está haciendo una nueva locura, pero quiero contaros cómo

ha sido para que entendáis que está loca de verdad. Estábamos en mi casa viendo una serie y entonces se ha puesto a mirar el tiempo y ha visto que estaba lloviendo a una hora de Cairns. Una hora en coche, quiero decir — puntualizo, para que se entienda bien—. Me ha pedido venir y, obviamente, le he dicho que estaba loca. Entonces se ha puesto seria y me ha dicho algo como que el loco soy yo, porque prefería quedarme haciendo nada a hacer algo, y que la vida no funciona así. Y aquí estamos, bajo la lluvia para que pueda bailar tranquila. Disfrutadla, porque es lo mejor que vais a ver hoy.

Doy la vuelta a la cámara y dejo que todos vean lo que estoy viendo yo, solo que ellos tendrán que conformarse con hacerlo a través de una pantalla. Por eso no me gusta la tecnología, porque le resta importancia a lo real. Valerie gira sobre sí misma, salta, mueve los brazos. No deja de reír en ningún momento. Mira a cámara y me descubre pegado a la ventana. Se acerca corriendo. Parece como si el agua se convirtiera en felicidad y al caer sobre su piel explotara en forma de carcajadas. Siento cómo el corazón se me encoge y se acelera, como si no quisiera estar aquí conmigo, sino allí fuera, con ella. Valerie cuele la cara por el cristal y apoya las manos en la ventanilla.

—¿Vas a quedarte ahí dentro? —me reta.

Corto el vídeo de golpe y salgo. Hacía tiempo que yo mismo no me sentía tan lleno de vida. Tan yo. Tenía razón. Sí se puede bailar, sobre todo el estribillo, cuando toma más fuerza. Saltamos juntos, giramos, gritamos la letra de la canción. No puedo apartar los ojos de ella. Cuando la música cambia y se vuelve más lenta, me quedo totalmente quieto, con la lluvia resbalando sobre mí y empapándome por completo.

Me da igual la fecha de caducidad o si todos los granos de arena van a caer hasta dejar el reloj vacío. No es eso lo que me gusta de ella. Mis ojos bajan hasta sus labios y trago saliva. En lo único que puedo pensar es en recortar la distancia que nos separa y besarla bajo la lluvia. Valerie se

mece lento, mirándome, con la respiración agitada. La atracción entre nosotros es cada vez más intensa y ya ha podido conmigo. Con ella, sin embargo, no.

El estribillo suena y retoma la fuerza de la canción. Valerie vuelve a saltar y me saca del trance. Trato de bailar de nuevo, pero ya no me sale igual.

Estoy perdido. Las ganas de besarla no desaparecen ni van a hacerlo pronto. No solo nos queda el trayecto hasta mi casa, sino que vamos a dormir bajo el mismo techo. Tenía que haberlo cortado cuando aún estaba a tiempo, porque me temo que ya es tarde.

No quiero volver a pasar por esto. Claire se llevó una parte de mí y no estoy preparado para que me arrebaten otra. Solo se me ocurre una cosa y, aunque no es la más valiente, creo que es la mejor. Tengo que poner distancia, que dar-me tiempo.

Es hora de hacer una visita a Oli y a Kylie en Canberra.

Capítulo 23

VALERIA

Hace dos días que no veo a Ryan. Me desperté por la mañana y ya no estaba, pero había una nota explicativa. Se iba a Canberra por motivos familiares y no había problema en que me quedara en su casa. Una maldita nota. Eso es totalmente del siglo pasado. La gente de ahora habla o se manda un mensaje o se llama por teléfono. Supongo que ese fue el comienzo de su idea de ignorarme.

He pasado por distintas fases, pero predomina el cabreo que siento hacia él. Además, puede que no haya hecho nada para merecer eso, pero, desde que se dejó ver en el directo, mis seguidores están revolucionados. Casi todos adoran a Ryan y ahora hacen apuestas de cuándo nos liaremos. Nunca, me gustaría decirles. Lo más divertido es que durante toda una hora Ryan y yo fuimos *trending topic* y ahora me siento casi famosa. Quizá esto se me esté yendo de las manos.

Necesito consejo. Hoy es sábado, voy a salir con Lara y las chicas, y Ryan sigue sin dar señales de vida. No quiero hablar con Noel. Lo conozco y sé qué va a decirme, y no es lo que quiero escuchar. Así que, en lugar de contactar con él, llamo a Claudia.

—¡Eh, australiana! —saluda enseguida—. No sabes la envidia que me das ahora mismo.

—Yo no me doy tanta —comento, dramática—. Necesito ayuda.

—No sé qué vas a decirme, pero mi consejo es fácil. Enróllate con él, Val, está buenísimo. La verdad es que lo había imaginado distinto, no sé. Y más tímido, también, pero el otro día lo vi en el directo y, si no te lo tiras, voy a odiarte siempre.

—Ryan y yo solo somos amigos, no hay más.

—Entonces, ¿qué necesitas? ¿Está todo bien?

—Pues que una parte de mí quiere acostarse con él, pero sé que no sería solo sexo. Con Ryan es distinto, creo que podría gustarme.

—¿Y cuál es el problema en eso?

—Que no quiero que me guste nadie, Claudia. Esto es temporal, solo buscaba diversión, no amor ni nada parecido.

—Pues tírate a otro —dice, como si la solución fuese así de simple—. Un clavo saca otro clavo, ya sabes.

—¿Y si no funciona?

—Hay una forma de saberlo. Sal por ahí, diviértete. Conoce gente. Si llegado el momento te apetece acostarte con alguien, entonces no estás pillada de Ryan, solo te atrae, y eso es normal porque está buenísimo. Si no te apetece y empiezas a pensar en él, entonces estás jodida. Y, en ese caso, mi consejo es que te líes con Ryan, Val. Vas a estar seis meses, disfrútalos y luego preocúpate de lo que te tengas que preocupar.

—Gracias.

Decidido. Esta noche voy a intentar acostarme con un desconocido. Es la locura que más dudas me genera, porque no estoy dispuesta a tener sexo con alguien solo porque esté escrito en una hoja. Lo haré solo si me apetece y con quien me apetezca, claro está. Abro la maleta grande y rebusco entre el contenido. Traje bastante ropa para pasar aquí los seis meses y una parte de ella ni siquiera la he usado aún. Selecciono un vestido azul que adoro. Tiene la espalda descubierta y se ata al cuello con un tirante. La falda es corta y ajustada, pero la parte superior es más holgada. Lo completo con unos tacones plateados, una cola de caballo alta y despeinada y maquillaje oscuro. Termino el *look* con el labial frambuesa, uno de mis favoritos para el verano. Y, como me sobran cinco minutos antes de que Lara venga a por mí, subo una foto a Instagram posando entre las grandes hojas verdes de la entrada.

Preparada para darlo todo.

Un *jeep* negro se detiene en la puerta y veo que es Nadine. Las tres me silban cuando me ven y, con una sonrisa en la cara, subo en la parte trasera.

—Estás buenísima así —comenta Lara—. Aunque hoy todas lo estamos.

—Siempre lo estamos —corrige Alessia—. Solo que hoy nos sentimos así y nos lo creemos, y otros días no.

—¿Dónde vamos a ir?

—A disfrutar —responde Nadine.

Y eso es lo que hacemos. Vamos a Three Wolves, una coctelería del centro, a tomar algo y a hablar entre nosotras. Bailamos, reímos, charlamos. Lara propone hacer una ronda de chupitos y la camarera nos invita a cambio de que le digamos dónde ha comprado Alessia su top de encaje negro. Dejamos el bar un par de horas después para ir a una discoteca cercana. No suelo salir con las chicas, pero es divertido. Distinto.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —grita Nadine por encima de la música.

—Seis meses —aclaro—. Bueno, cinco ya. ¿Y vosotras?

—Un año, pero ya solo nos quedan tres meses.

—Así que brindemos por el tiempo que nos queda, porque lo disfrutemos y porque en el futuro podamos repetir —propone Lara.

Y eso supone la segunda ronda de chupitos. Tomo alguna foto de las cuatro. No para compartirla en redes, sino para conservar estos recuerdos cuando ya no estemos juntas. Me siento feliz mientras bailo con ellas, mientras reímos de nuestras tonterías. Hace dos años no me hubiese sentido capaz de nada de esto. De estar en otro país, salir solo con chicas, beber. Incluso el hecho de llevar un vestido corto y poder sentirme *sexy* con él. No lo llevo para gustar a nadie, solo para gustarme a mí, y esa sensación es tan placentera que me siento eufórica. Álvaro limitaba toda mi vida antes y me encanta poder saborear la libertad.

—¿Sabes, Lara? Ese tío no te quita el ojo de encima —le digo a mi amiga.

Señalo con disimulo y sigue el rumbo de mi mirada. El chico le sonríe y ella le devuelve el gesto. Lara es una mujer llamativa. Tiene un aire a Cheryl Blossom, incluso con esa aura de chica mala y peligrosa. Solo que ella es un encanto de persona.

Lara se acerca a su pretendiente y yo me giro hacia Nadine y Alessia, consciente de que nos hemos quedado solas. Pero entonces veo cómo se besan entre ellas. Me siento estúpida por no haber notado que estaban juntas porque, ahora que veo cómo se miran, es obvio que hay algo más que una amistad.

—Lo siento —se disculpa Nadine—. No más.

— Te est s disculpando en serio? —replico sin entender.

—No por besarla, eso jamás.  bamos a salir las cuatro en plan chicas, Lara ha ligado, no vamos a dejarte sola. Es nuestro código.

—No tengo problema en estar a solas con una pareja —les informo—. No os preocupéis por mí y, si os apetece besaros, hacedlo.

Calvin Harris suena en el local y las tres bailamos a su son. Me sabe mal que no actúen de forma cariñosa porque estoy yo, así que, con la excusa de ir a pedirme otra copa, me alejo de ellas y les doy algo de intimidad.

La barra est  abarrotada de gente. Busco un hueco para pedirle a la camarera, pero es literalmente imposible.

— Necesitas ayuda? —me pregunta un chico con una sonrisa perfecta en los labios.

Es bastante atractivo. Alto, rubio, ojos verdes y profundos.

—S , por favor. P deme un *gin-tonic*.

—Solo si te lo tomas conmigo —propone.

—Trato hecho.

 l tarda apenas un par de minutos. Para que luego digan que las mujeres lo tenemos más fácil. Insiste en invitarme, pero yo insisto más en pagar mi copa, así que no lo hace.

—¿Quieres ir fuera? Necesito fumar —pregunta.

—¿Y la copa?

—No te preocupes, vamos solo a la puerta. El portero es amigo.

Toma mi mano para no perderme entre la gente y lo sigo hacia fuera. Recibo la brisa fresca de la calle con agrado. No me he dado cuenta de lo cargado que estaba el ambiente hasta que he salido. Dentro hay mucha gente, mucho agobio.

—Me llamo Caleb, por cierto.

—Val —me presento. He descubierto que la mayoría de los anglosajones tienen algún tipo de problema para pronunciar Valeria, así que le ahorro el intento.

—Realmente, no te acuerdas de mí, ¿verdad? —pregunta con cierta decepción.

Por un momento, tengo la sensación de que es un truco barato para ligar. Sin embargo, al fijarme mejor en su cara, me doy cuenta de que me resulta familiar. No creo que haya hablado con él, pero sí lo he visto en alguna parte.

—¿Eres cliente de la tienda donde trabajo? —me pruebo. Por probabilidad, lo más lógico es que me suene de eso.

—Buen intento, pero no. Soy monitor de buceo. Coincidimos el otro día en el crucero a Green Island, solo que tú fuiste con mi colega Riley.

—Ah, vale. Pues a él lo recuerdo, pero a ti no mucho —confieso.

—No te preocupes, para eso tenemos tiempo ahora.

Se pone el cigarro en la boca y lo enciende. Llevo cinco meses sin fumar y lo he llevado más o menos bien. Hasta ahora. Observo cómo el humo se escapa entre sus labios y las ganas vuelven. Nunca fui adicta. Fumaba porque me gustaba, porque me relajaba. Podía estar días sin echarlo de menos, pero era una costumbre que no me quería quitar.

—¿Fumas? —pregunta al ver cómo miro su cigarro. Me ofrece otro.

—Solo una calada —le pido—. Necesito saber que no lo

echo tanto de menos.

Me pasa el que tiene entre los labios y doy una calada profunda. Saboreo el tabaco, la nicotina... Todo eso que llevo tanto tiempo sin probar. Le devuelvo el cigarro. Ya no me sabe igual.

—Fue una gran jornada —comenta Caleb—. En el arrecife, quiero decir. Salimos todos los días y no siempre tenemos tanta suerte. Hubo una gran variedad de fauna.

—Me encantó la experiencia.

—Si algún día quieres repetir, puedo llevarte a otros lugares de la Barrera de Coral. Hay excursiones para ver incluso ballenas jorobadas.

—¿Ballenas? ¿En serio? ¡Eso me encantaría! Aunque suena como algo complicado.

—Podemos empezar por algo más sencillo —sugiere. Apaga el cigarrillo, extiende una mano hacia mí y me mira con una sonrisa provocativa—. ¿Bailamos?

Agarro su mano y volvemos dentro del local. Suena música electrónica. No conozco a muchos DJ, pero la canción me resulta familiar, así que debe de ser famosa. Me cruzo con Alessia y Nadine y me dedican una mirada cargada de dobles intenciones. Le pido a Caleb que espere un momento y me giro hacia ellas.

—No pierdes el tiempo —se ríe la primera.

—¿Dónde está Lara? —pregunto.

—Ha desaparecido con su ligue. Se despidió de nosotras, pero a ti no te encontró.

—¿Tienes intención de hacer lo mismo? —sugiere Nadine.

Observo a Caleb. Más bien, le repaso de arriba abajo. Es justamente mi prototipo de hombre. Alto, rubio, fuerte. Álvaro no era para nada así, pero una cosa es el prototipo que nos entra por los ojos y otra, lo que nos termina gustando. El físico no es importante a la larga. Al fin y al cabo, la relación depende de la personalidad y no del color de pelo. Yo no tengo muy buen ojo para lo segundo, a juzgar por cómo han ido mis relaciones. Ryan tampoco es

así. No es rubio ni tan fuerte ni tan alto. Pero sigue siendo guapo y su sonrisa es tan atrayente que... No, tengo que parar. Ryan y yo solo somos amigos, o puede que ni eso, ya que ha desaparecido sin despedirse siquiera.

Él no está, pero Caleb sí. De eso se trata Cairns, de disfrutar el momento. Caleb es guapo, es simpático y agradable y, la forma en la que me está mirando ahora mismo me abrasa por dentro.

—Es posible —termino por decir.

Ambas se ríen, cómplices. Alessia incluso me guiña un ojo.

—Disfrútalo, entonces. Ya nos vemos otro día.

Voy hacia él y, sin mediar palabra, lo beso. Caleb no se hace de rogar. Lleva sus manos a mi espalda y me acaricia mientras le da más profundidad. Me agarra con más fuerza y me acerca más a él. Noto los efectos del alcohol mezclados con sus caricias y pronto quiero más. Es Caleb quien para.

—Eh, morena, si sigues así, voy a tener que preguntarte si quieres venir a mi casa.

—Pregúntamelo, entonces.

Sus ojos se encienden cuando le doy esa respuesta y creo que él pensaba que yo iba a parar. Claudia tenía razón. Esto era lo que necesitaba porque, aunque antes Ryan se me ha pasado por la cabeza, lo cierto es que ahora no lo tengo en mente.

Toma mi mano y me conduce a la salida. No se detiene ahí, sino que continúa hacia su coche. Seguimos besándonos por el camino y, mientras conduce, le doy pequeños besos en el cuello mientras él acaricia mi muslo.

—¿De dónde has salido tú? —susurra con la voz ronca—. No imaginas las ganas que te tengo.

Caleb conduce sin apartar la atención de la carretera. El camino hacia su piso es eterno, aunque realmente no tardamos más de cinco minutos. Cierra la puerta de espaldas, dándole un empujón con el pie. Choco hacia atrás contra la pared y enseguida tengo a Caleb encima. Sus

besos son húmedos, rápidos, pasionales. Llevo tiempo sin sexo y quizá por eso me enciende tan rápido.

No hay palabras románticas ni miradas profundas. No va de eso y no creo que ninguno de los dos lo pretenda. Noto su mano en el muslo, ascendiendo con rapidez. Se cuela bajo mi vestido y me acaricia. Gimo contra su boca y él se escurre bajo mi ropa interior.

—Estás empapada —murmura antes de besarme de nuevo.

Me agarro a su nuca y a su cadera porque, si sigue así, temo que voy a perder el equilibrio en cualquier momento. Ni siquiera hemos pasado del rellano de su casa y ya se ha colado entre mis piernas.

Me siento en desventaja, así que llevo las manos a su cinturón y trato de desvestirlo con urgencia. Él me ayuda con su mano libre, porque la otra no deja de acariciar el interior de mi sexo. El pantalón termina por caer y esta vez soy yo quien se cuela bajo sus calzoncillos. Está tan excitado que, en cuanto nota el tacto de mis dedos, se le escapa un gemido ronco. Lo acaricio arriba y abajo, ejerciendo la presión justa. Noto que le gusta en su respiración agitada, en su cara de placer. Sobre todo, en cómo aumenta el ritmo de su mano. Tiene dos dedos dentro de mí y con el pulgar me acaricia el clítoris.

—Val, espera, para —me pide.

Sin embargo, él no se contiene, así que yo tampoco.

—Si sigues así, voy... —no termina la frase.

Se detiene de forma brusca y se aleja un poco de mí. Sus ojos verdes parecen fuego valyrio y su respiración está tan agitada que tarda varios segundos en volver a hablar.

—¿Qué pasa? —pregunto sin entender.

—Quiero disfrutarlo. Que los dos lo disfrutemos —se corrige—. Pero eres tan intensa que era parar un segundo o terminar ya.

Yo no quiero parar. Lo miro de forma penetrante, dejándolo ver lo mucho que lo deseo ahora mismo. Me muerdo el labio inferior de forma provocativa y, con

lentitud, llevo la mano a mi nuca para desabrocharme el vestido.

La parte de arriba cae hacia abajo, dejando a la vista que no llevo sujetador. Saco una pierna y después otra y, antes de que la prenda caiga al suelo, Caleb vuelve a besarme. Me agarra un pecho con ímpetu y lleva la boca al otro. Otro jadeo se escapa de mis labios, más fuerte que el anterior. Me deshago de su camisa como puedo y acaricio su torso musculado. Mi espalda choca contra su pecho cuando me da la vuelta. Una mano me aparta el pelo del cuello y después posa sus labios. Son besos voraces que me hacen volver a gemir. La otra mano desciende por mi vientre y vuelve a colarse entre mis piernas. Esta vez no entra, solo me acaricia, y eso me hace enloquecer aún más.

Caleb camina hacia la cama, moviéndome con él, hasta que caigo boca abajo contra el colchón. Me quita los tacones con delicadeza y los deja caer al suelo.

—¿Tienes...?

No hace falta que termine la frase. Del cajón de su mesita de noche saca un preservativo y rasga el envoltorio con los dientes. No me da tiempo a darme la vuelta. Se coloca detrás y de una sola embestida se hunde dentro de mí.

Me aparta de nuevo el pelo de la nuca y me besa mientras se mueve, despacio. Poco a poco, acelera el ritmo y lo hace muy intenso. Hasta que lo noto tensarse a mi espalda y parar. No lo esperaba romántico, pero tampoco tan rápido.

Se quita el preservativo y se deja caer a un lado. Aún tiene la respiración agitada cuando gira la cabeza para mirarme.

—Ya te dije que terminaría pronto —me dice.

Bueno, tiene otras formas de hacer que termine yo, pero parece que esa posibilidad no existe en su mente.

—Puedes quedarte aquí si quieres. Mañana te llevaré a tu casa.

Y así, sin más, gira la cabeza hacia el otro lado,

dispuesto a dormir. Miro la hora en el móvil y veo que son las cuatro de la mañana. Tengo algún mensaje de las chicas y de Emily, pero nada de Ryan.

Ni siquiera debería pensar en él ahora mismo. Acabo de tener sexo con un chico, o lo que quiera que haya sido eso. Escucho un leve ronquido de Caleb a mi lado y me digo que no voy a dormir, que voy a descansar media hora, me daré una ducha en su piso y luego volveré sola. No quiero que me lleve él, prefiero coger un taxi o el transporte público.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, son las siete y media. Mierda, mierda, mierda. Ahora no noto los efectos del alcohol, noto los de la resaca, y son mil veces peor. Decido darme una ducha rápida en el baño de Caleb. No me sabe mal tomarme estas libertades, él se tomó las de terminar y olvidarse de mí.

Anoche me sentí muy *sexy* con este vestido. A las ocho de la mañana me siento más bien observada. Debo de tener un aspecto horrible. No me he podido quitar el maquillaje, la ropa no acompaña y me he recogido el pelo como he podido para no llevarlo hecho una maraña.

Estoy demasiado cansada como para darle importancia. Apoyo la cabeza contra el cristal y cierro los ojos. Solo quiero llegar a casa y tener un poco de paz.

Capítulo 24

RYAN

He pasado tanto tiempo cuidando de Oli que separarme de él ha sido duro. Lo extraño demasiado cuando no estamos juntos. Necesitaba pasar tiempo con él y con mi hermana. Estos casi tres días han sido increíbles. Kylie lo lleva bien, pero no le ha importado tener un respiro. Cuidar de un niño pequeño requiere mucho esfuerzo y sacrificio, aunque sea un sacrificio que merece la pena. Yo lo descubrí hace tres años y ella lo está haciendo ahora. Me ha pedido confianza y se la estoy dando. Ella también la merece.

—No quiero que te vayas —me implora el pequeño. Hace un puchero que me derrite el corazón y estoy a punto de ceder y decirle que sí, que me quedará con él.

Sin embargo, no es así como queremos educarlo. Tiene que entender que no siempre tendrá lo que quiera con solo pedirlo.

—Oli, Ryan tiene que irse —explica Kylie—. Tiene que trabajar y arreglar la casa vieja para que nosotros podamos ir más adelante. Y tú tienes aquí el cole y a tus amigos.

Siento una punzada cuando menciona la casa. Ni siquiera he sido capaz de volver a subir al piso de arriba, mucho menos he empezado a acondicionarlo. Tengo que hacerlo. Por ellos, pero también por mí. El tiempo ha pasado y no puedo seguir viviendo en un pasado que no va a volver nunca.

—Pero yo no quiero —vuelve a protestar.

—¿Qué te parece si me acompañas al aeropuerto con Kylie, tomamos un helado y ves cómo despega el avión?

—¿Un avión de verdad? ¿De los grandes?

—Enorme.

—¡Sí!

Oli adora los medios de transporte. Alucina cuando ve un avión despegar o volar por el cielo. Da igual las veces que pase: siempre que ve una estela blanca en el cielo la señala, se asombra y se emociona. Aunque su favorito es el barco. No sé si es por su amor al agua o por el transporte en sí, pero prefiere ir al puerto que al parque.

—Pues ve a por tus cosas —lo insta Kylie—. Nos vamos enseguida.

El niño sale disparado y mi hermana me dedica una mirada de reproche.

—¿Vas a contarme ya qué ha pasado? —inquire.

—Solo quería veros —me excuso—. ¿Tan raro es?

—Ryan, has aparecido aquí sin maleta y sin avisar. Te conozco lo suficiente como para saber que haces esto cuando algo te preocupa. No me lo cuentes si no quieres, pero no me mientas.

—Es que... —Dudo un instante. Se trata de mi hermana, con ella puedo hablar. Es la única persona con la que comparto todo. Incluido el útero en el que surgimos—. Es una chica —confieso finalmente—. La conocí hace poco y creo que me gusta.

—¿Y cuál es el problema?

—Está aquí de forma temporal, Kylie. —Suspiro—. Seis meses y desaparecerá para siempre. No quiero empezar algo con fecha de caducidad, no podría dejar de mirarla. Además, ella tampoco parece dispuesta.

—¿Le gustas?

—No, solo somos amigos.

—Tú siempre has sabido qué hacer, Ryan. Esta vez no será distinto. Solo recuerda lo que nos decía mamá...

—Haz lo que el corazón te dicte y no te arrepentirás —recuerdo.

—Porque siempre se graba más lo que dejas sin hacer que lo que haces y sale mal —termina ella.

Oli llega corriendo con una mochila del Capitán América en su espalda. Se engancha de mi mano y dedica una sonrisa a Kylie.

—Nos vamos a ver aviones —le dice—. Adiós.

—¿Cómo que adiós? Yo voy también.

—¡No! Solo papá y yo.

—¿Y cómo vas a volverte cuando Ryan se vaya?

—Encontraré la forma.

La cara de Kylie se desencaja por la contestación y yo trato de ocultar la carcajada.

—Ella viene con nosotros —informo a Oli—. Y después vas a quedarte solo con ella, así que tendrás que portarte bien con tu hermana.

—Me porto bien, ¿a que sí?

—Sí, Oli. Eres un buen niño.

Kylie conduce hasta el aeropuerto. Oli va detrás, bailando la música que suena en la radio. Yo apoyo la cabeza en el cristal y reflexiono sobre las palabras de mi melliza. Supongo que tiene razón, pero una cosa es verlo en la teoría y otra, en la práctica. Aparca y vamos directos a por el helado del pequeño. Se quedan conmigo hasta que tengo que embarcar. Oli llora cuando se separa de mí y siento ganas de llorar también.

—Ryan, hicimos un trato —me recuerda Kylie con una mirada seria—. Yo también puedo hacerlo, confía en mí. Disfruta de Cairns, en serio, te lo has ganado.

—Sigo estando a una llamada —informo.

—Lo sé —me asegura, y me da un beso en la mejilla.

Oliver se engancha a mi pierna porque quiere venir conmigo. Ni siquiera cuando Kylie le dice de ir a ver despegar los aviones se separa. Le pido a mi hermana que nos deje un instante a solas y me quedo con el pequeño.

—Oli, tengo que irme —le aseguro.

—No quiero.

—Voy a dejarte al mando —digo. El pequeño levanta la cabeza y me mira—. Tienes que cuidar de Kylie y hacer que esté bien. Yo no puedo hacerlo, pero tú sí.

—¿Soy el hombre de la casa? —pregunta, dudoso.

—¿Dónde has aprendido eso?

—En el cole.

—Eso no existe, Oli. En casa todos cuidamos de todos, nos apoyamos y nos queremos. Da igual el género, ¿lo entiendes?

—Sí. Tú te vas y Kylie me cuida a mí, así que yo tengo que cuidarla a ella.

—Muy bien, enano. El avión va a salir en diez minutos, así que, si quieres verlo despegar, vas a tener que correr. Te llamaré en cuanto llegue.

—¡Corre, Kylie, que el avión se va!

No se despide de mí de nuevo. Engancha la mano de mi hermana y tira de ella con rapidez. Kylie me guiña un ojo mientras se aleja y yo me dirijo hacia el control de seguridad.

No vuelvo a verlos. Tomo asiento junto a la ventanilla y miro a la chica que tengo al lado. Recuerdo cuando hice esto con Valerie, cuando me pidió por favor que le diera la mano. Me gustaría que fuese así otra vez. Ella está en Cairns, en mi casa, y ni siquiera me he despedido. Supongo que soy alguien despreciable.

Dejé mi coche en el aeropuerto, así que nada más llegar me subo a él y pongo rumbo a mi hogar. Es tarde, pero quiero disculparme. Para cuando llego a casa, es casi la una de la madrugada. Busco a Valerie, pero no está. Su maleta grande está abierta en medio del salón y hay ropa esparcida en el sofá. Imagino que ha salido de fiesta, así que busco mi teléfono y llamo a Emily.

—¿Ryan? ¿Ha pasado algo? —responde, somnolienta.

—¿No estás con Valerie? —pregunto, porque había dado por hecho que estarían juntas.

—No, estaba durmiendo. Val salía hoy con Lara y sus amigas, las de la clase de inglés.

—Ah, vale. Descansa, Em.

Le escribo para decirle que ya estoy aquí, que lo siento, que espero que pase una gran noche. Dejo el móvil y voy a la cama. Imagino que volverá tarde, así que intento descansar todo lo que no he podido estos últimos días. Apenas lo consigo. Ya ha amanecido cuando oigo la puerta.

Son más de las ocho de la mañana. Me levanto de golpe y voy para ver llegar a Valerie.

Por su aspecto, ha tenido una gran noche. Lleva un vestido corto, los tacones en la mano y el maquillaje un poco corrido. No tiene buena cara. Siento tanto alivio al verla que noto como si algo dentro de mí volviera a su lugar.

—Valerie, pensaba que te había pasado algo —confieso, inquieto.

Vuelvo a observarla y esta vez descubro algo nuevo. Tiene el cuello enrojecido y un pequeño chupetón.

—Te mandé un mensaje.

—No he mirado el móvil —se defiende.

—Ya veo —inquiero molesto. No tengo derecho a reclamarle nada y lo sé, así que me disculpo—. Lo siento. Estoy un poco irascible.

—Ryan, te has largado tres días y ni te has despedido, no vengas ahora a darme sermones que no te he pedido. He salido de fiesta, he pasado la noche fuera y ya estoy aquí. Solo quiero dormir después de una noche de locuras.

—¿De locuras? —repito.

La cara de Valerie se transforma como si se le hubiese escapado sin querer. Después recupera su gesto, segura de sí misma.

—Sí, de locuras. Ya tengo otra que tachar de la lista —espeta.

Está cabreada conmigo, lo noto. Yo no lo estoy, ni siquiera dolido. Lo único que siento hacia ella ahora mismo es decepción.

—Ten. —Cojo su mano y pongo encima un rotulador negro, el mismo que utiliza para quitar las locuras que completa—. No pierdas tiempo.

—¿Qué más te da lo que haga, Ryan? —pregunta, con apenas un hilo de voz—. Tú te fuiste.

—Me da igual lo que hagas, Valerie. No te tenía por el tipo de persona que se acuesta con alguien solo porque lo dice un estúpido papel. Si eso es lo que quieres ser,

adelante, pero no pienso seguir ayudándote. Una cosa es que quieras descubrirte a ti misma y vivir nuevas experiencias y otra, que tengas sexo con alguien que ni conoces solo para poder quitarlo de una lista.

—Soy libre de hacer lo que quiera —se defiende, aunque ni ella parece muy convencida cuando aparta la vista para no mirarme.

—Por supuesto que lo eres. Para hacer lo que tú quieras, Valerie, no lo que diga un papel. Puedes acostarte con cien tíos si es lo que deseas, pero hazlo porque te apetezca. Si así es como pretendes descubrirte a ti misma, haciendo lo que otros te dicen que hagas, no cuentes conmigo.

No responde. Su gesto se transforma cuando se cabrea de nuevo. Coge el rotulador y lo tira con rabia contra el sofá. Mira hacia la puerta y la veo con intención de irse de casa, así que lo hago yo antes sin decir nada. No quiero que salga y no tenga a dónde ir. Puedo estar enfadado, pero sigo preocupándome por ella.

Conduzco hacia Palm Cove. Hoy es mi día libre, pero prefiero mantenerme ocupado para no pensar en nada de lo que ha pasado. Andrew está en la oficina, como siempre. Entra mucho antes de que toque abrir y se va tiempo después. Levanta la cabeza hacia mí cuando me ve entrar y frunce el ceño.

—¿Ha pasado algo? —pregunta, inquieto—. ¿Está bien Oli? ¿Kylie...?

—Están bien —lo tranquilizo.

—¿Entonces...?

—Es Valerie —confieso sin más—. Hemos discutido.

—¿Te apetece hablarlo?

—Me gusta —atajo—. Empiezo a sentir algo por ella, y no quiero, Andrew. Por eso me fui a Canberra, porque me dio miedo. Tenerla en mi casa ahora mismo es demasiado y necesitaba poner distancia de por medio. Reflexionar, no sé.

—Parece buena chica, Ryan. Val no es Claire, no tiene que ser igual.

—Lo sé, no es eso. No vive en Cairns, ni siquiera en Australia.

—No creo que eso sea...

—Ya, no hace falta que lo digas —lo interrumpo—. Lo mismo me ha dicho Kylie. He vuelto a casa y tenía ganas de verla, no sé. Disculparme y decirle que la he echado de menos.

—¿Y por qué estás aquí?

—Ha pasado la noche fuera. Se ha acostado con alguien.

—Así que eso es lo que te pasa...

—Mira, sé que somos amigos, que no tengo derecho a recriminarle y que no ha hecho nada malo, pero eso no quita que me siga jodiendo.

—Si no te molestase que la chica que te gusta tenga sexo con otro, no serías humano, Ryan. Lo que no puedes hacer es comportarte como un capullo, porque que te moleste no es razón para recriminarle nada. Si la has ofendido, deberías pedirle disculpas. Te perdonará.

Me he pasado con ella. No creo que haya tenido sexo con una persona solo para tacharlo. Supongo que le apetecía y para mí ha sido más sencillo echarle la culpa a la lista que aceptarlo. Me he portado fatal y necesito disculparme. Esta noche, cuando Valerie haya descansado lo suficiente. Voy a tener que compensarla.

Capítulo 25

VALERIA

Despierto tarde, más cerca de la noche que de la mañana. Tengo la boca pastosa y un dolor de cabeza importante. Hacía tiempo que no tenía resaca y no la había echado de menos. Supongo que ayer me excedí con los chupitos.

Paso por el aseo y verifico que mi aspecto es horrible. Necesito una ducha, o un cuerpo nuevo. Los recuerdos de la noche anterior vuelven poco a poco. Los bailes con las chicas. Las bromas con Alessia y Nadine. Lara con un chico. Yo con otro. La discusión con Ryan. Decido parar ahí.

Voy a la cocina para beber agua. Estoy tan deshidratada que la necesito para vivir. Sobre la encimera me encuentro una taza con una nota:

Esto te ayudará con la resaca. Está asqueroso, pero te sentará bien. Lo siento.

Supongo que Ryan está arrepentido por cómo actuó ayer y empieza a disculparse, aunque no es suficiente. Doy un pequeño trago y tengo que hacer un esfuerzo por no vomitarlo ahí mismo. Tiene razón: esto es repugnante. Aun así, me lo tomo todo.

Me dejo caer en el sofá de nuevo y cojo el móvil australiano. Tengo mensajes de las chicas de ayer y lo primero que hago es contestar para contar cómo terminé la noche, incluido el fiasco con Caleb, y que estoy sana y a salvo. A salvo, al menos, porque me encuentro tan mal que no sé si sigo sana. También hay un mensaje de Ryan, pero es anterior a nuestra discusión. No me ha escrito desde entonces. En cambio, sí que ha hablado por el grupo que tenemos todos para quedar esta noche. Han hecho un plan para ir a la playa y voy a unirme. Creo que me sentará bien la brisa fresca después de haberme tirado casi todo el día

durmiendo. Emily me ha escrito por privado para pedirme detalles y preguntarme cómo estoy, así que a ella también la informo.

El móvil español me lleva más tiempo, no solo por las conversaciones con mis amigos, sino también por la cantidad de notificaciones que tengo en las redes sociales. Desde que estoy en Cairns mis seguidores crecen casi de forma exponencial.

Cuando termino con él, ya casi es la hora de ir a Palm Cove. Tomo una ducha rápida y espero a que Josh pase a por mí, pues es el único que está en Cairns todavía.

—Hola, morena —saluda desde el coche nada más verme—. ¿Estás viva?

—Más o menos —respondo. Sin embargo, entre el potingue de Ryan y la ducha me encuentro bastante mejor.

—La próxima vez que vayas a pegarte una juerga así, invítame.

—Eso está hecho, aunque creo que estaré un tiempo separada de estas cosas.

—Todo el mundo dice eso cuando tiene resaca. Además, yo solo quiero que me invites a la fiesta, podemos pasar del alcohol.

—Eso suena mejor —comento, y sonrío.

Josh es el único del grupo que tiene más o menos mi edad. No hemos hablado mucho, pero de lo poco que lo conozco me cae bien. Es un chico majo y divertido. Lleva casi tres años saliendo con Liam y se los ve realmente enamorados. Me pregunto cuál será el truco de eso. Quizá no sea complicado y sea solo yo, que no se me da bien. Álvaro siempre me decía que era un desastre, que nadie más me iba a querer aparte de él. Me da miedo pensar que pueda tener razón.

—¿Cómo os conocisteis Liam y tú? —pregunto para cortar mis pensamientos. No quiero que Álvaro vuelva a mi mente, me ha costado mucho tiempo superarlo.

—Fue a cenar al sitio donde estaba trabajando —empieza—. Un cliente me echó en cara que me había

pedido mostaza y no ketchup. Lo dijo gritando, cogió el bote de la mesa, me lo tiró a los pies y me dijo que me diese prisa. Liam encaró al tipo, le dijo que yo era camarero, no su sirviente, y que nunca volviese a faltar al respeto a nadie de esa manera. El encargado iba a echar al maleducado por tirarme la botella, pero Liam se adelantó. Luego le di las gracias, empezamos a hablar, me invitó a cenar... Y aquí vamos para los tres años saliendo.

—Menudo idiota el tipo ese.

—Le estoy agradecido. Gracias a él conocí a Liam, y gracias a Liam conocí a los demás. Los considero mis amigos también. A veces, las cosas malas traen cosas buenas. ¿Nunca te ha pasado?

—A mí las cosas malas me han traído más cosas malas.

—Bueno, esas cosas malas te han traído a Cairns. Sacarás algo bueno de aquí, ya lo verás.

Tiene razón en eso. Ya estoy sacando cosas buenas. No solo experiencias inolvidables, como el buceo por la Barrera de Coral o haber probado el *flyboard*, sino también el haberme dado cuenta de que soy capaz de hacerlo, de que ya no me paralizaba como antes, cuando decidían por mí. También me llevaré conmigo a los amigos que he conocido, ese pequeño grupo que me ha acogido como a una más. Y sobre todo a Ryan, el chico que pasó de darme la mano en el avión a ayudarme con todas mis locuras. Hasta ahora, que ha decidido que no quiere seguir.

—¿Sabes dónde ha estado Ryan estos días? —pregunto entonces.

—Fue a Canberra a ver a su familia, ¿no te lo dijo?

—Ha vuelto un poco... Enfadado.

—Ryan se siente responsable y creo que a veces se autocastiga por estar aquí mientras ellos están en Canberra. Es temporal, después vendrán también. Ella también necesita esto, saber que confía en sus capacidades y que no la ha dado por perdida. ¿Por qué tienes tantas preguntas sobre él? —inquire con el ceño fruncido.

—Es solo curiosidad —me apresuro en contestar, quizá

demasiado rápido. Sé que no debo preguntar más, pero tengo curiosidad y necesito aplacarla. Intento quitarle importancia y hacer como si nada, pero no sé si lo consigo —. ¿Quién es ella?

Josh me mira de reojo, sin quitar la atención del volante. Por un momento creo que he tocado un tema delicado, hasta que responde:

—Su exnovia.

—Ah —consigo decir.

Siento un pequeño pinchazo en el pecho. Esa debe de ser la famosa Claire. Ryan habrá ido a verla y quizá la visita no fue como él esperaba, por eso volvió enfadado y lo terminó pagando conmigo.

Veo que Josh sonríe mientras me mira, pero no presto atención. Ahora mismo, solo puedo pensar en que entre Ryan y Claire pasó algo lo suficientemente grave para que no estén juntos y para que se sienta responsable de ella. Quizá Ryan tenga problemas y lo último que necesite sea lidiar con los míos.

Todos están en la playa cuando llegamos nosotros. Andrew y Emily disfrutan de un baño mientras los otros dos charlan tumbados en la arena. Liam se incorpora en cuanto ve a Josh llegar y se funden un beso tan íntimo que me hace apartar la mirada.

—Llevan días sin verse —aclara Ryan.

—Creo que necesitan un hotel —respondo.

Se pone en pie y me dedica una profunda mirada. Hay arrepentimiento en sus ojos, y dudas, y algo más que no consigo descifrar. Me siento culpable al momento, pero no digo nada.

—¿Quieres dar un paseo? —me propone—. No es un hotel, pero al menos tendrán más intimidad —añade.

—Claro.

Me quito los zapatos y el bolso y los dejas junto a sus cosas. He traído bikini, aunque sé que no voy a bañarme. Sin embargo, no me quito el vestido veraniego. Ryan lleva puesto un bañador azul degradado e intento no mirar lo

bien que le queda.

Caminamos por la orilla, en silencio. Noto el agua fría cuando trata de escapar del mar en forma de ola y me roza los pies. Es una sensación que me gusta, que me llena de vida. Ryan me dedica miradas furtivas. Atrapo sus ojos una de esas veces que se centran en mí y le sonrío. Quiero que sepa que no estoy enfadada por nuestra discusión, que lo sigo considerando un amigo.

—Quiero pedirte perdón —dice entonces—. Por lo de esta mañana. Me he comportado como un capullo.

—Un poco —coincido.

—Puedes acostarte con quien quieras, es solo que...

—Lo sé —lo interrumpo—. Lo hice porque quise, Ryan, no porque estuviera en la lista. Para mí el sexo es una forma de divertirme, no necesito que haya sentimientos, pero tampoco lo haría simplemente porque alguien me lo dijera.

—Sé que no lo hiciste por eso, Valerie. Y, de todos modos, no tienes que darme explicaciones. Es tu vida y puedes disfrutarla como quieras. Quiero que siempre seas libre para hacer lo que tú quieras, porque no hay nada más triste que renunciar a la libertad propia.

—Ni siquiera lo disfruté —admito, y se me escapa una carcajada.

—¿No?

—Fue un desastre —digo. No sé por qué estoy hablando de esto con Ryan, pero no tengo problemas en tocar cualquier tema con mis amigos—. Empezó bien, no sé. Un chico guapo, majo, congeniamos bien. Era totalmente mi tipo, ¿sabes? Rubio, con unos ojazos verdes impresionantes. Nos fuimos a su casa y la cosa se puso... caliente. Hasta que él terminó y se echó a dormir, así, sin más. Como si yo no importase y lo único esencial fuese su satisfacción.

Para mi sorpresa, ahora es Ryan quien suelta una carcajada. Niega con la cabeza, divertido.

—Hay que ser egoísta para hacer eso, pero bueno, siempre puedes escoger mejor a tus parejas sexuales en el futuro.

—Lo intentaré.

—¿Vas a volver a quedar con él?

—Claro que no. Hui de su casa mientras dormía y no intercambiamos teléfonos. La verdad es que la noche al final fue una mierda, y eso sin contar con la discusión que tuvimos nosotros más tarde.

—Lo siento, de verdad.

—No te preocupes —contesto con sinceridad. Me debato entre si seguir o no, porque no quiero entrar en temas delicados, pero decido jugármela—. Sé que tuviste unos días duros en Canberra.

—¿Hum? —pregunta, confundido.

—Josh me contó que estuviste allí, con tu familia. Se lo sonsaqué yo, no te enfades con él. Me dijo que a veces te afecta estar allí.

—¿Crees que actué así esta mañana por algo que pasó en Canberra? —inquire, y parece más perdido aún.

—Bueno, Josh me dijo que fuiste a ver a Claire y que...

—¿Claire?

—Tu exnovia...

Ya no caminamos. No me he dado cuenta, pero hemos llegado a un embarcadero. Estamos bajo la pasarela, entre las columnas de madera que lo soportan. Solo había visto estos sitios en películas y, aunque a simple vista no tienen nada de especial, me encantan.

Ryan parece tan confuso que creo que quizá no sepa ni de qué le estoy hablando. No sé si Josh me ha engañado o es Ryan quien no quiere admitirlo. En cualquier caso, siento que es algo que quizá no me incumba.

—No he ido a ver a mi exnovia, Valerie —suelta—. He ido a visitar a mis hermanos. Hace años que no sé nada de Claire y que no quiero saberlo. No sé por qué Josh te ha dicho eso. Él sabía muy bien dónde estaba y qué hacía. Y, desde luego, no actué así esta mañana por eso.

—Entonces, ¿fuiste a visitar a tus hermanos? ¿Por qué no me dijiste nada? Se supone que somos amigos.

—Lo sé —dice, sin responderme a lo demás. Incluso

parece molesto ahora mismo.

—¿Estamos bien, entonces? —pregunto.

—He sido yo el que se ha portado mal, Valerie, eres tú la que decide eso. Pero, si me dejas, quiero seguir ayudándote con tus locuras y con tus aventuras en Australia.

—Somos amigos, Ryan, ¿cómo no voy a querer estar bien contigo? Además, aún me quedan muchas, no vas a librarte tan fácilmente de mí.

Se sienta en la arena, bajo las tablas de madera del embarcadero, y tira de mi mano para que me ponga a su lado.

—Vamos a quedarnos un rato aquí —dice entonces—. Tú, yo, el mar de fondo. Me da paz.

Capítulo 26

RYAN

Me apetece pasar más tiempo a solas con ella, aunque sea hablando de nimiedades. Quizá sea peor. Valerie parece no darse cuenta de lo que empiezo a sentir por ella y yo no me siento capaz de decírselo. No es solo que no me salga, es algo que me paraliza, que retiene las palabras para que no dejen de ser secretas. Como si liberarlas fuese pecado, como si el hecho de que ella las conociera me fuese a destrozar más. Me conformo con estos pequeños ratos, con poder estar sentado a su lado mientras los dos perdemos la mirada en la infinitud del mar.

—Mi amigo Noel adoraría esto —comenta entonces—. El modo de vida, estas playas... Se volvería loco.

—Hablas mucho de él. ¿Es tu mejor amigo?

—No te pongas celoso —dice con una sonrisa—. Tú eres mi mejor amigo australiano.

—Qué idiota —bromeo. Finjo que no siento el pinchazo que me provocan sus palabras. Amigo a veces no es suficiente—. No lo decía por eso.

—Nos conocemos desde pequeños y siempre hemos estado juntos. Ni siquiera sé que nos unió, pero sí recuerdo los momentos que nos hicieron inseparables.

—¿Cuáles fueron?

—Perdió a su madre cuando tenía diez años. Mi padre murió cuando yo tenía nueve. Los compañeros hablaban, nos miraban con pena. Nosotros nos entendimos. A veces, el dolor es la experiencia que más une. Noel y yo teníamos tanto dentro que necesitábamos compartirlo.

—¿Cómo era tu padre?

—Era el mejor del mundo —comenta con una pequeña sonrisa—. Me leía cuentos, me llevaba al cine, me daba besos de buenas noches. Me motivaba a seguir mis sueños,

a defenderme, a ser libre. A veces me da miedo pensar en él.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Porque tengo la sensación de que ya no lo recuerdo a él. Ahora es como si lo recordase a través de otras cosas. Sé cómo olía, pero porque tengo su perfume. Y huele parecido a mi padre, pero no es mi padre. No sé si tiene sentido.

—Lo tiene —digo, y le dedico una mirada penetrante. Me siento conectado a ella, quizá por lo que dice del dolor—. Siento lo mismo a veces. Recuerdo a mis padres a través de la música. Mi padre siempre escuchaba grandes clásicos de otras épocas. El tocaba la guitarra y cantaba. Mi madre también, aunque menos.

—Lo sacaste de ellos.

—No recordamos a las personas por lo que dicen, Valerie. Ni siquiera por lo que hacen. Permanecen en nuestra memoria por lo que nos hacen sentir, por las emociones que nos dejan. No importa si olvidas a qué olía o el sonido de su voz, siempre recordarás que te hacía feliz, que te cuidaba y te protegía. Mientras tengas eso presente, no desaparecerá del todo.

No dice nada. Su mirada se pierde en el horizonte y ella se pierde en sí misma. Me gustaría poder consolarla, pero no hay alivio posible. Lo sé por experiencia. Se supone que es natural que los hijos entierren a los padres. Lo que no es tan natural es que sea a una edad tan temprana, que se vayan de repente. Dejan un vacío imposible de llenar.

—¿Crees que seríamos como somos si no los hubiéramos perdido? —pregunta entonces, todavía con la mirada ida.

—No lo creo —afirmo—. Las cosas que nos suceden nos marcan, es inevitable. Es lo que forja cómo somos y en qué nos convertimos. La vida no es un plan al que ceñirse, son circunstancias a las que nos adaptamos.

—No más planes —dice, convencida. Se gira para mirarme y, de repente, sonrío. No sé qué la hace sonreír en medio de una conversación así, pero la curvatura de sus

labios y el brillo de sus ojos con el mar y el cielo anaranjado de fondo son lo más bonito que he visto en toda mi vida—. Las mejores experiencias siempre surgen de la improvisación, de la espontaneidad. Además, si no planeas nada, no hay expectativas que luego puedan decepcionarte.

Valerie se incorpora, se sacude la arena de las manos y me tiende una. La acepto y me levanto con ella. No me suelta, sino que entrelaza los dedos con los míos y vuelve a sonreír. Su tacto es tan suave y el contacto tan directo que no puedo evitar acariciarla con el pulgar. Estamos frente a frente, a escasos centímetros de distancia. Es tan preciosa que incluso duele. Siento ganas de besarla, pero las contengo. Me ve como a un amigo, lo ha dejado claro. Sus intenciones en Cairns no pasan por tener pareja, su lista de locuras lo demuestra. Quizá sea mejor así, pues igualmente no tendríamos mucho tiempo. Levanto su brazo y dejo un beso en el dorso de su mano. Lento, cálido. Ese delicado roce es lo máximo que voy a obtener y aun así no he podido evitar hacerlo. No dice nada y yo también callo, no por vergüenza, sino porque tengo que contener los sentimientos para que no escapen y se proclamen solos.

Empezamos a andar, sin soltarnos. Voy sumido en mis pensamientos, aunque mis pensamientos siguen siendo ella. Cada vez me gusta más y no creo que vaya a descubrir nada en su forma de ser que vaya a cambiar eso.

Ya ha empezado a anochecer, así que imagino que hemos estado solos un buen rato. Nuestros amigos se han reunido alrededor de la pequeña fogata y están comiendo unos bocadillos. Valerie aparta su mano cuando nos aproximamos y me mira con una disculpa asomando a sus ojos:

—No quiero que malinterpreten —comenta.

Me hace gracia que sienta que tiene que explicarme por qué me ha soltado la mano, pero solo sonrío.

—No tienes por qué disculparte por todo —le digo.

—Eh, pareja, ¿dónde estabais? —pregunta Emily con curiosidad.

—Hemos ido a pasear —responde Valerie.

—Hemos llegado hasta el embarcadero —informo—. No lo había visto aún.

—¿Y todo bien? —cuestiona Josh. Tiene una mirada divertida y una sonrisa pícara, y recuerdo que tengo una conversación pendiente con él.

—Claro, todo bien.

—Excepto porque tengo hambre —suelta Valerie. Toma asiento junto a Emily y coge uno de los bocadillos—. No he comido nada en todo el día.

—Normal, te lo has pasado entre la resaca y durmiendo —inquire Liam.

—Tengo que recuperar energías.

—¿Te paso una cerveza? —pregunta Andrew.

—No, no volveré a beber nunca —responde. Me hace gracia porque es el típico pensamiento después de excederse un día—. Dame agua o un refresco.

Cojo otro bocadillo y ceno con ellos. Me gustan las noches tranquilas. Estos últimos años me han hecho apreciar la belleza de los pequeños momentos, de la simplicidad de lo cotidiano. Algo tan sencillo como cenar en una playa, rodeado de amigos y de carcajadas, consigue llenarme más que cualquier aventura. Cambiaría años de mi vida por volver a vivir esto con mis padres una última vez.

—Eh, Val, nunca llegaste a hablarme bien de esas locuras de tu lista —comenta Emily cuando termina de cenar—. Las veinte cosas que tachar.

—¿Cuáles son? —curioseas Andrew.

—Tengo una foto en el móvil, dejad que la busque.

Saca su teléfono blanco y lo trastea un poco. Se lo pasa a la rubia, que lo mira con atención.

—Hay diecinueve, no veinte.

—¿En serio? Creo que mi amiga Lucía dijo veinte.

—Pues no, te falta una.

—A ver, quiero ver qué hay ahí apuntado —dice Andrew, y toma el móvil de las manos de Emily.

Pronto todos están cotilleando la lista de Valerie que tantas veces he visto colgada en el espejo de mi salón. Se ríen y las comentan. Creo que coincidimos en que ser feliz no debería contar como locura. Ellos consideran lo mismo de bailar bajo la lluvia, pero si hubiesen visto lo mismo que yo vi ese día, cambiarían de opinión.

—¿Cuáles has completado?

—Estas cinco —comenta mientras las señala.

—¿Te has acostado con un desconocido? ¡No me habías contado nada! —exclama Emily.

—Es lo que te conté antes sobre mi fiesta de anoche. No hay mucho más que añadir, pero mañana si quieres te doy detalles.

—¡Claro que quiero detalles!

—No quiero sonar antipático —interviene Liam, que pasa de la vida sexual de Valerie. Se lo agradezco en silencio, pues no sé si habría podido soportar esos pormenores—, pero hay locuras que son muy simples. No me parecen nada locas.

—Las hicieron mis amigos, por eso hay esa variedad.

—¿Y podemos añadir? —sugiere Josh—. Para llegar a las veinte, aunque sea.

Valerie suelta una carcajada y lo mira, divertida.

—Buen intento.

—No es un intento, es una pregunta seria. Se supone que la cosa va de hacer locuras, ¿no?

—Quizá algún día, pero por ahora no me fío de ti —suelta.

Josh insiste un poco más, pero no consigue nada. Yo me limito a cenar mientras escucho.

—¿Sabes? —pregunta Emily, con una sonrisa divertida—. Podríamos hacer una ahora.

—¿Ahora? —inquiere Valerie, que no parece muy convencida.

Josh mira de nuevo el móvil. Imagino que abre la lista para buscar alguna que le convenza. Desde luego, alguna doble intención tiene en todo esto. Lo noto cuando adopta

un gesto socarrón y me mira a mí, a pesar de que se dirige a Valerie.

—Podemos probar con besar a una chica —sugiere.

Se fija en Emily y después en ella de nuevo.

—A mí no me importa —comenta.

—Estáis locos —suelta Valerie mientras niega con la cabeza.

—Creía que se trataba de eso —la reta Liam.

Lo miro ahora a él, porque no sé de qué va todo esto.

—¿Sabéis? Tenéis razón. Vamos a hacerlo —dice con decisión. Se gira hacia Emily y le dedica una mirada divertida—. ¿O no quieres?

—A mí no me importa.

Valerie se levanta para colocarse frente a Emily que, de repente, no parece tan segura. Me mira, nerviosa, y luego se centra de nuevo en su objetivo.

—¿Alguna vez has besado a una chica? —pregunta la rubia con la voz temblorosa.

—A varias —responde Valerie, y creo que nos sorprende a todos.

—¿En serio? ¿Y estuvo bien?

—Más que bien —comenta con una sonrisa—. No sería bisexual si no me gustase besar a chicas, ¿no crees?

—No sabía que eras bisexual.

—Si quieres cambiar de idea con el beso...

—¿Qué? No. Me da igual que lo seas, Val. Va a ser solo un beso igualmente.

Yo tampoco sabía que lo fuese e imagino que a mis amigos les pasa igual. No solemos dar importancia a los gustos de cada uno. Tenemos suerte de vivir en una sociedad que ha avanzado en ese aspecto, aunque siga quedando mucho trabajo por hacer en otros lugares del mundo y con otras mentalidades.

Valerie se acerca a Emily, despacio. Creo que trata de ver si ella quiere echarse atrás. Parece ilógico, pero es a mí a quien se le disparan las pulsaciones. Sé que es una tontería, que no significará nada para ninguna de las dos, pero, si

alguien tiene que besarla, me gustaría ser yo quien lo hiciera.

Cuando vuelvo a mirarlas, ya están en ello. Y no es un beso tímido ni pequeño, sino todo lo contrario. No me molesta ni siento celos, porque eso no lo es que yo quiero. Si decide besarme, que sea porque lo desea tanto como yo, no por ningún juego.

Después de un beso bastante largo, Valerie se separa y mira a Emily con una sonrisa, aunque esta sigue con los ojos cerrados.

—¿Y bien? —pregunta con curiosidad.

—No ha estado nada mal —responde la rubia—. Creo que yo también podría ser bisexual a partir de ahora.

Todos nos reímos, incluida Emily.

—Yo también quiero —suelta entonces Josh.

Las risas se terminan al momento y el único que parece divertirse ahora es él. Valerie no pierde su sonrisa mientras lo mira.

—Pero si tú eres gay —contesta.

—Eso no quiere decir que no me pueda apetecer un beso.

—Tienes a tu novio detrás.

—A mí no me importa —comenta el aludido—. No es como si se fuese a enamorar de ti.

—¿En serio no te molesta que tu pareja se bese con otra persona?

—Me molestaría si fuese a significar algo para él o si me engañase y, no te ofendas, pero no creo que lo consigas. Lo conozco y sé que solo está probando algo.

—No pasa nada si no te atreves —espeta Josh—. Quiero decir, por mucha lista que hagas, sigues siendo la misma chica aburrida que...

No termina la frase. Valerie se acerca a él y lo besa. No es como antes. Ahora no hay lengua ni tanta intensidad y, sin embargo, tengo que apartar la mirada. No me gusta este juego. Josh está a mi lado, lo que quiere decir que están junto a mí, besándose. Se separan al cabo de unos

segundos. Ella no parece igual que antes, tan solo ha cedido porque se ha picado.

—No besas nada mal —dice Josh y sonríe, provocativo—. Aunque sigo sin estar muy convencido. Emily es una chica hetero, yo soy un chico homosexual, nada arriesgado ahí. ¿Te atreverías con Ryan?

La sonrisa de Valerie desaparece al instante. Clava sus ojos en los míos y la veo dudar. Desvía la mirada hacia mis labios y después vuelve a subirla. Traga saliva, despacio, y creo que se lo está planteando de verdad. No sé si esto es un juego para ella. No parece tan divertida como antes y en su mirada hay algo distinto. Mis ojos me traicionan y bajan hasta sus labios. No vuelven a subir, como ha hecho Valerie, sino que se quedan ahí. Estamos a apenas unos centímetros de distancia, y una parte de mí solo quiere recortarla y hacerlos míos. Se inclina hacia mí, dispuesta a todo. No puedo, no así. Me separo con brusquedad y Valerie frunce el ceño, como si no entendiera nada.

—Tú no te enteras, ¿verdad? —espeto, más rudo de lo que pretendía sonar. Tengo el corazón acelerado y estoy molesto conmigo mismo—. No quiero besarte, joder. Así no —añado con un susurro tan bajo que ni siquiera estoy seguro de que Valerie me haya escuchado.

He imaginado muchas veces cómo sería besarla. En la playa, en casa, en el embarcadero, bajo la lluvia. Todas las opciones me parecían buenas. Hacerlo por un experimento, justo después de que Emily y Josh lo hayan hecho, no me parece tan bien. No quiero ser un juego ni otra locura en su lista que tachar.

—Tampoco hace falta ser tan borde —suelta Emily.

—Da igual, no pasa nada —dice Valerie.

Trata de fingir que no le ha afectado, pero evita mirarme. Debería disculparme por haber sido tan hosco y, sin embargo, las palabras no quieren salir. Al final, ella se levanta y se dirige hacia la orilla.

—¿Por qué te has pasado tanto? —pregunta Emily cuando Valerie ya no puede oírnos.

—¿A qué juegas, Josh? —pregunto en cambio. Fulmino a mi amigo con la mirada. Ya no se divierte tanto como antes.

—¿Yo? —inquieta como si no fuese con él.

—Sí, tú —espeto—. Primero le dices que me he ido a Canberra a ver a mi exnovia, ahora esto. No sé qué pretendes, pero ya no somos críos. No juegues conmigo ni con Valerie. Búscate tus propios entretenimientos.

—Solo quería ver si entre vosotros había algo y ayudaros, pero veo que no ha salido bien. Lo siento.

No digo nada más. Voy hacia la orilla en su búsqueda. No se gira cuando me siente llegar, sino que sigue con la mirada perdida en algún punto del mar.

—Estoy cansada —dice sin mirarme—. ¿Podemos volver ya?

—Valerie, yo... —empiezo a disculparme, pero me interrumpe.

—Solo quiero volver.

No replico más. Nos despedimos del resto y volvemos hacia Cairns. El camino es largo y silencioso. Aparco y vuelvo a girarme hacia ella, decidido a disculparme de nuevo. Valerie sale del coche y entra en la casa sin darme tiempo ni a abrir la boca.

No quiere hablar, ni siquiera para que le diga que lo siento. Quizá esté mal, pero prefiero que se haya cabreado a haberla besado en la playa. Solo tengo que encontrar una forma de que me perdone.

Otra vez.

Capítulo 27

VALERIA

Hoy no trabajo ni tengo clase de inglés, así que aprovecho para descansar. O eso es lo que me digo, porque la realidad es que no quiero salir del sofá cama y encontrarme con Ryan. Si en algún momento he creído que podía gustarle, esa sensación desapareció del todo ayer.

Cuando por fin reúno valor para levantarme, descubro que se ha ido. Es más fácil así y, sin embargo, no puedo evitar sentirme decepcionada. Anoche empezó como un juego, como una locura más de mi lista. Besar a Emily estuvo bien, incluso fue divertido. Con Josh fue distinto. A él solo quería cerrarle la boca. Entonces sugirió el nombre de Ryan. Al principio lo tomé a broma, pero, cuando me fijé en él y sus ojos se encontraron con los míos, el corazón me dio un vuelco y fue como si se convirtiera en necesidad. Me apetecía besar a Ryan, no como parte del juego, sino porque sí. Él dejó bastante claro que no piensa igual, así que tengo que alejar esos pensamientos de mi cabeza. Algo que puede complicarse si tenemos en cuenta que estamos viviendo juntos.

Preparo el desayuno y me siento con tranquilidad para tomármelo. Por muy tarde que sea aquí, en España debe ser de noche aún, así que no puedo hablar con ninguno de mis amigos.

Me sobresalto cuando escucho un ruido en el piso de arriba. Es imposible que sea Ryan. A él le da pánico enfrentarse a eso. Por un momento, creo que me lo he imaginado, pero vuelvo a escuchar otro sonido, más fuerte que el anterior. Como si algo se hubiese caído al suelo y se hubiese hecho añicos.

—¿Ryan? —grito, asustada.

Me siento como en una de esas películas de miedo,

donde el personaje destinado a morir el primero se pone a chillar para anunciar su presencia al asesino. Lo más lógico sería salir de casa y llamar a la policía, pero no funciona con lógica en situaciones de estrés. Así que hago una estupidez. Abro un cajón de la cocina y saco el rodillo de madera. Me siento más protegida con esto que con un cuchillo. Siempre he creído que, en caso de tener que atacar a alguien, se me daría mejor golpear de una forma contundente en vez de hundir un cuchillo en la piel. Cojo también mi móvil y, tan sigilosa como puedo, me encamino al piso de arriba.

Siento el pulso acelerado con cada escalón que asciendo. Contengo el aliento mientras avanzo, como si evitase alertar con mi respiración a quienquiera que haya ahí. Abro la primera puerta y compruebo el interior. No hay nadie. Me dirijo a la segunda. Giro el pomo y siento cómo la madera cruje bajo mis pisadas, cómo la puerta suena mientras se abre. Me quedo quieta, consciente de que estoy haciendo ruido. Voy a morir. A la mierda, me largo de aquí. Comienzo a correr hacia las escaleras. La idea de salir de la casa y llamar a la policía ahora me parece más atractiva que la de explorar por mi cuenta. Sin embargo, en cuanto cambio la dirección, algo pequeño y veloz pasa corriendo por mi lado y me caigo al suelo del sobresalto.

Es un gato.

Un maldito gato.

Chillo por el susto y por la impresión, y entonces escucho un sonido mucho más fuerte en el piso de abajo.

—¡Valerie! —grita Ryan.

Sube las escaleras a toda prisa. Apenas tarda unos segundos en aparecer ante mí. Ni siquiera he tenido tiempo de levantarme. Veo cómo su gesto cambia en cuanto comprueba que estoy bien. La preocupación pasa a sorpresa y es como si se quedase bloqueado. Entonces caigo en la cuenta de dónde estoy: una habitación de matrimonio. Una cama grande, un armario empotrado, una alfombra azul, una cuna blanca. Sobre la cómoda sigue

habiendo perfumes y cremas. Dos marcos de fotos muestran a dos jóvenes enamorados el día de su boda y a una familia feliz con un bebé sobre los brazos de ella.

Estoy en el dormitorio de los padres de Ryan y, por cómo se encuentra todo, nadie diría que murieron hace tres años. Lo único que denota el abandono es la capa de polvo que cubre los muebles.

—Sal de aquí —espetta, serio.

Me apresuro a abandonar la habitación y él me sigue. Cierra la puerta detrás de nosotros y se queda quieto.

—Lo siento, Ryan, yo no...

—No pasa nada —me interrumpe, pero sigue igual de seco.

Ni siquiera sé qué decir. Él no ha querido subir aquí desde que vivo de forma temporal en su casa, pero, por lo que veo, ni siquiera lo ha hecho desde que fallecieron. No soy psicóloga y no sé qué recomendarle en un caso así. Sin embargo, me doy cuenta de que necesita ayuda, de que tiene que afrontarlo y superar la pérdida. Mi padre murió cuando yo era niña y sé por experiencia propia lo que es perder a alguien.

—No quiero hablar del tema —dice antes de que pueda abrir la boca.

—Creo que te vendría bien, aunque solo fuese por desahogarte.

—Lo sé, Valerie, pero no ahora.

—Está bien, como tú quieras.

No presiono más, aunque tampoco pretendo dejarlo pasar. Ryan y yo no nos conocemos de hace mucho. Él me está ayudando en mi estancia en Australia y creo que he encontrado la forma de devolverle el gesto.

Bajamos juntos hasta el salón. Al lado del sofá cama, todavía sin hacer, hay una caja enorme envuelta con papel de regalo. Miro a Ryan sin comprender. Eso no estaba ahí antes, así que ha debido de traerlo él.

—¿Quieres pasear un poco? —me propone.

—Claro, vamos.

Salimos al jardín y caminamos despacio. Pone rumbo hacia el Jardín Botánico y lo sigo. Está a menos de un kilómetro de distancia y ya lo hemos visitado otras veces juntos.

—Es duro para mí todavía —comenta tras un rato de silencio.

—Lo sé, Ryan. Lo respeto.

—A veces, todavía pienso que voy a subir y voy a ver a mi madre acunando a Oliver o a mi padre animando a Kylie después de un mal día en clase. Entonces pongo un pie en la escalera y recuerdo que Oli ya tiene cinco años y mis padres se lo han perdido, que los días malos de Kylie no son como antes y, cuando los ha tenido, ni yo ni nadie ha podido ayudarla. Ellos no están y no van a volver.

—Es normal echarlos de menos, yo también lo hago. Tu herida es más reciente, pero te aseguro que terminará por cicatrizar.

—Creo que les estoy fallando. No a mis padres, sino a mis hermanos. Soy incapaz de pasar página, y ellos lo ven. Debería ser más fuerte para ellos.

—Eres fuerte, Ryan. Lo estás haciendo bien, solo tienes que apoyarte en ellos. ¿Oli es feliz? ¿Y Kylie?

—Sí. Eso creo, al menos. Dentro de poco vendrán y tengo que tener sus habitaciones preparadas.

—¿Quieres que me encargue? —propongo de forma no muy convincente. No me importa hacerlo, pero no creo que sea lo más apropiado.

—No, es algo que debo hacer yo.

—Podemos hacerlo juntos. Ya he pasado por algo parecido, déjame ayudarte.

Siempre he visto a Ryan feliz, pero ahora está tan apagado que mi propio enfado de ayer ha desaparecido. Me duele verlo tan alicaído. Me pregunto cómo será para él vivir en su antigua casa, ahora que está vacía y llena de dolor y soledad. No dice nada. Hemos llegado a una de las orillas del lago del jardín. Permanecemos uno al lado del otro, tan cerca que siento el roce de su mano en la mía. Está

mirando hacia el agua, pero yo me centro en él. Se gira hacia mí y clava sus ojos en los míos. No hay solo tristeza en ellos, sino que descubro algo más. Dolor, decepción. Odio verlo tan apagado. Apoya su frente sobre la mía y se queda así unos segundos. No me doy cuenta de que he estado conteniendo el aliento hasta que me da un beso en la frente y después me abraza.

—Siento lo de anoche —dice entonces, sin soltarme—. Me comporté como un imbécil.

—No te preocupes, eso ahora no importa.

—Sí importa, Valerie. Que ahora mismo esté mal no es motivo para que justifiques que ayer te hablara como te hablé.

—No te justifico. Te comportaste como un capullo, pero ahora mismo hay cosas más importantes. La vida es corta y sé que tú eres buena persona, no gano nada enfadándome contigo para siempre.

Siento cómo sonrío a mi espalda y se separa para mirarme. Al menos, ya no parece tan triste como antes.

—Ojalá pudiera ser un poco más como tú.

—¿Cómo soy yo?

—Valiente. Decidida. Atrevida.

—No soy así, Ryan, créeme. Eso es lo que estoy intentando conseguir.

—Pues se te da francamente bien.

—Ahora vivimos juntos, quizá se te pegue algo —bromeo.

—Volvamos a casa, quiero pedirte perdón —dice.

—¿No puedes pedírmelo aquí?

—Mi madre siempre decía que para pedir perdón no bastaba con palabras, que había que apoyarlo con actos. Así que te he comprado algo.

—No estoy muy segura, pero no creo que se refiriese a que compras la disculpa.

Ryan se ríe y ese sonido se queda grabado a fuego en mi cabeza.

—Te sorprenderías, mi madre a veces era un poco

materialista. Pero no quiero comprarte con el regalo, quiero ayudarte con una nueva locura.

—¿Qué es?

—Estamos llegando, ahora lo verás.

—Quiero saberlo ya —protesto.

—Quedan cinco minutos para llegar a casa.

—Eso es demasiado.

Ryan vuelve a reírse, pero no hace el amago de volver a hablar. Me gusta volver a escuchar ese sonido. No quiero esperar tanto, así que agarro su mano y echo a correr. Los cinco minutos se convierten en menos de dos. Me da la caja que estaba antes en el salón y la abro con prisas. No me esperaba el contenido. En alguna conversación le dije a Ryan que antes solía pintar, pero no sabía que le hubiera dado tanta importancia.

—Ahora puedes crear algo propio —sugiere.

—Hace mucho tiempo que no pinto nada.

—El talento no se olvida, solo necesita esfuerzo para que vuelva a brillar.

—Gracias —murmuro mientras compruebo todo el contenido.

Los lienzos, los pinceles, las pinturas, los lápices. Necesitaré mucha práctica para retomarlo, pero tengo ganas de hacerlo. Creo que será una forma de reencontrarme con una parte de mí misma, una que desapareció hace tiempo, como tantas otras que fui perdiendo en el camino por falta de confianza, de autoestima y de malas compañías.

—¿Me enseñarás tus obras? —indaga.

—Claro, cuando consiga algo decente.

—Prefiero ver el progreso. Lo importante no es el final, sino el recorrido.

—Allá tú, serán tus ojos los que sangren.

Ryan se ríe y luego se pone más serio para volver a hablar:

—Esta semana empezaremos con el piso de arriba. Tengo que preparar las habitaciones para la visita de mis

hermanos. Sacaremos sus cosas, las guardaremos en cajas de momento. Aún no estoy preparado para deshacerme de todo.

—No tienes que deshacerte de todo, Ryan. Se trata de que aceptes su pérdida, no de que los borres de tu vida.

—Creo que Kylie y Oli pueden dormir en la habitación de mis padres. Prepararé la de Kylie para ti.

—No es necesario...

—Sí lo es, Valerie. No vas a seguir durmiendo en el salón cuando hay dormitorios vacíos.

No tengo tiempo para réplicas. Volvemos a escuchar un ruido, esta vez en la cocina. Los dos dirigimos la cabeza hacia allá y vemos al gato que ha irrumpido antes en el piso de arriba. Está encima de la encimera y, ahora que está quieto, puedo mirarlo con más atención. Es un gato negro, delgaducho y con el pelo estropeado. No lleva collar ni parece tener ningún tipo de cuidado.

—Está muerto de hambre —observo mientras lo veo buscar comida desesperadamente por la cocina—. Espera, te pondré algo.

El animal se aleja en cuanto me acerco a los armarios de la despensa. No se va, simplemente, mantiene una distancia prudencial. Imagino que la vida en la calle lo ha hecho temer a los humanos y no puedo culparlo. Saco una lata de atún, la pongo en un pequeño cuenco y la dejo en el suelo. Hago lo mismo con el agua. Me separo para que él pueda acercarse. El gato no tarda en devorarlo todo. Me giro para mirar a Ryan, que tiene una leve sonrisa en la cara.

—No me lo digas. Quieres quedártelo —comenta.

—¿Podemos?

—No creo que él quiera.

Termina de comer y sale disparado de la casa, como si ya hubiese hecho todo lo que tenía que hacer aquí.

—¿Dónde podemos llamar para informar de un gato callejero?

—Te recomiendo que no lo hagas. En Australia hay

muchos gatos, tantos que han llegado a plantearse matar a más de dos millones para controlar la fauna de aquí.

—¡Eso es horrible!

—Son medidas drásticas. Ahora mismo son una plaga y suponen un peligro para otras especies. No te preocupes, algo me dice que Bond volverá.

—¿Bond?

—Bueno, lo has descubierto espiando en mi casa. No se puede negar que tiene talento. El piso de arriba y el de abajo, no ha dejado nada por explorar.

—Pues me ganaré su confianza y luego le enseñaré lo que es tener un hogar. Todo el mundo debería tener uno.

—Dentro de poco, este será un hogar de verdad.

—Ya lo es, Ryan.

—Duermes en el salón, Valerie.

—El hogar no es tener una cama en un dormitorio grande, sino tener un lugar al que volver y sentirte segura. Ya sé que esto es provisional y que volveré con Emily cuando terminen las reformas, pero lo siento como mi hogar.

—Me gusta cómo suena eso.

Ryan sonrío y yo lo imito. Da igual si lo que tenemos es solo una amistad, porque la valoro demasiado como para perderla.

Capítulo 28

RYAN

No sabría describir ahora mismo la situación con Valerie. Por un lado, estamos bien. No hemos vuelto a hablar de lo que sucedió en la playa, cuando ella casi me besó y yo la detuve de forma brusca. Parece como si ese momento nunca hubiese existido entre nosotros. Ella no lo ha vuelto a mencionar, ni siquiera parece haberle dado importancia. Es otra prueba más de que era mejor no hacerlo. Para mí, hubiese significado mucho.

Sin embargo, esta última semana hemos estado *demasiado* bien. Siempre he visto a Valerie atrevida y espontánea, llena de vida y dispuesta a disfrutarla. Eso es lo que más me gustó de ella. Desde que le regalé los lienzos, todo eso ha ido a más. Verla en el salón de mi casa con las manos llenas de pintura mientras dibuja sin cesar hace que me arrepienta de no haber dejado que me besara.

Hoy nos hemos levantado temprano porque nos vamos de excursión. Ya es hora de que visite Daintree River y Cape Tribulation, dos de los grandes atractivos del turismo en Cairns. Tenemos que hacer tiempo hasta que nos avisen Emily y Andrew, así que estamos en el jardín delantero, con ella dibujando de nuevo. Normalmente pinta paisajes. Árboles, amaneceres, la playa de Palm Cove con su embarcadero. A veces son solo colores abstractos que mezcla de tal forma que quedan perfectos. No sé qué está haciendo ahora, pero no me deja mirar.

—Me gusta esa canción —murmura sin levantar la vista de su dibujo—. Te sale bien. Pega con tu voz.

Su sinceridad me hace sonreír. Coldplay es mi grupo favorito. Que mis padres lo adoraran y me lo pusieran desde pequeño tiene mucho que ver.

—*Tell me your secrets, and ask me your questions. Oh, let's go*

back to the start —canto, sin apartar la mirada de ella.

The Scientist es mi favorita, por eso he empezado a interpretarla. Me doy cuenta de que quizá no haya sido azar, que quizá Valerie me haya inspirado algo así. Eso es justo lo que quiero. Deseo aprender sus secretos, que ella aprenda los míos.

El sonido del claxon me saca de mis divagaciones. Emily y Andrew esperan en el coche. Nosotros vamos en el mío, pero hemos querido salir a la vez. Valerie guarda su lienzo con cuidado de que nadie vea nada y yo dejo la guitarra en mi habitación.

—¿Preparada para la aventura? —pregunta Emily, emocionada.

—¡Nací preparada! —exclama Valerie—. Bueno, no nací, pero lo estoy desde que llegué a Cairns.

—Llevo ojos de perros para todos —se burla Emily.

—Genial, porque están buenísimos —respondo.

Nos subimos a mi coche y los sigo por la carretera. Tenemos casi una hora de camino hasta nuestra primera parada, pero todavía no son ni las nueve de la mañana, así que vamos bien de tiempo.

En la radio suena una mezcla extraña. A mi lista de reproducción habitual, Valerie ha añadido algunas canciones. Una pequeña parte es en español y no conozco ni una sola. La ha completado con Halsey y Dua Lipa, sobre todo. Así que entre *Losing my Religion* y *Boulevard of Broken Dreams*, se escucha *Ya no me acuerdo* o *Bad at Love*.

—¿Estás nerviosa? —pregunto cuando estamos cerca de nuestro destino.

—¿Por qué iba a estarlo?

—No todos los días se ven cocodrilos en su hábitat natural.

—Confío en la seguridad del barco.

—Si te gusta la experiencia, hay una mucho más atrevida, pero no es en Cairns.

—¿Cómo de atrevida?

—Para que te hagas una idea, se llama la jaula de la

muerte.

—No creo que yo sea tan atrevida.

—Son como unas jaulas de cristal. Te metes dentro y te sumergen un poco para que bucees con cocodrilos marinos. Son los más grandes, pueden llegar a medir hasta siete metros.

—¿Y dónde está la muerte esa? —pregunta con curiosidad.

Suelto una carcajada por su forma de llamarlo.

—En Darwin, al norte de Australia. Está bastante lejos.

—Igualmente, no creo que sea lo mío. Me conformo con verlos desde un barco seguro. Eh, dale voz a esta canción —suelta entonces.

Vuelve a ser en español y creo que es su favorita, porque a veces la escucho varias veces seguida mientras dibuja en el jardín. No entiendo la letra, pero a mí también me gusta. La melodía, la armonía, la voz... Consigue transmitirme. Valerie canturrea en voz baja y yo dejo de percibir a Beret para escucharla directamente a ella.

—¿Qué es lo que dice? —pregunto con curiosidad.

—Esta letra es pura poesía —responde, emocionada—. Son muchos juegos de palabras, en inglés pierde parte de la gracia, pero puedo traducirte un poco —dice. Hace una pausa y luego canta el trozo de canción que está sonando—. *No luchar por lo que quieres solo tiene un nombre y se llama perder.*

Valerie sigue canturreando, pero yo me quedo sumido en esa frase. Me pregunto cuánto de verdad tiene y cuánto puede afectarme eso a mí. No es por ella, aunque, en cierto modo, es otra cosa por la que no estoy luchando en absoluto. Es sobre todo por mí. Por mi hogar en Cairns, que ni siquiera me atrevo a usar entero porque no lucho por un futuro para mis hermanos y para mí. Por los estudios y los sueños que dejé abandonados cuando mis padres se fueron. Porque la vida que había querido para mí no se parece mucho a la que tengo y, aunque soy feliz así, siento que he fracasado en muchos aspectos y no hago nada por salvar

esos escollos y retomar el timón de mi barco.

Hacemos el resto del camino sin hablar demasiado. Valerie alterna los silencios con tarareos y yo me he perdido tanto en mis pensamientos que me cuesta salir de ellos. Andrew aparca su coche cuando llegamos a nuestro destino y yo lo dejo detrás de él. Emily es la más emocionada con la aventura de hoy. Se engancha del brazo de Valerie y, sin perder la sonrisa, se encamina hacia el barco que tenemos que tomar.

—Ahora sí que estoy nerviosa —admite la morena.

—La última vez que vine no vi ni un solo cocodrilo —afirma la rubia—. Había llovido el día anterior, así que el río había subido mucho de nivel y no se veía nada.

—Con la suerte que tengo yo, seguro que me pasa algo así.

—Qué va, esta semana está haciendo un tiempo estupendo. Además, esta vez me he traído mi talismán para que nos vaya mejor —comenta, y sonrío.

Su talismán es un colgante de sirena que tiene desde pequeña. Se lo regaló su abuela, y el único motivo por el que no lo lleva siempre es porque cree que la buena suerte se puede gastar. A veces me gusta pensar así, aunque solo sea por la creencia de que la mala suerte se gaste también.

Andrew enseña los *tickets* y nos dejan subir a lo que ellos llaman crucero, pero que se trata de un pequeño barco techado para proteger de la lluvia cuando hacen salidas bajo las inclemencias del tiempo. Tiene varias hileras de bancos a cada lado para hacer más cómodo el trayecto. Nos dan unos auriculares para escuchar las explicaciones del guía y nos ponemos los cuatro en dos bancos distintos, para coger sitios más cerca del borde y tener mejores vistas de los cocodrilos en el río.

Zarpamos cuando está lleno. Valerie se sujeta con fuerza a la madera del barco y me hace reír. Quizá su miedo no sea solo con los aviones, sino también con otros transportes. Creo que es valiente. Todos tenemos miedo de algo. De los payasos, de los espacios cerrados, de las arañas,

de las alturas, de la oscuridad. Sin embargo, no todos nos enfrentamos a esos miedos. Valerie lo mira de frente, coge aire y lo combate. No gana, no deja de temerlo, pero tampoco deja que eso la paralice. Ojalá se me pegara eso y consiguiese la valentía de afrontar los míos, aunque solo fuera una ínfima parte de como lo hace ella.

—¡Mira, ahí! —exclama Andrew entonces.

Señala hacia el río, donde sobresalen unos ojos reptilianos. Prácticamente todos los presentes en el barco se abalanzan hacia donde estamos para poder verlos. Se mueven rápido y se camuflan con facilidad. El único motivo por el que los ha localizado es porque ha parpadeado y ha visto su ojo cerrarse justo en el borde de la superficie del río.

—¡Madre mía, madre mía! —suelta Valerie en español—. ¿Sois conscientes de que estamos rodeados de depredadores que podrían matarnos? Si Andrea estuviese aquí, hace tiempo que se habría desmayado.

—¿Quién es Andrea? —pregunta Emily.

—Una amiga y la novia de mi mejor amigo. Tiene pánico al agua, sobre todo, cuando no ve el fondo.

—Los cocodrilos no han matado a tanta gente —informa Andrew—. Creo que el dato es dos personas al año.

—Tres —corrijo—. De todos modos, en la mayoría de las ocasiones es por la estupidez humana. Muchos turistas vienen a Australia creyendo que esto es una especie de zoo. Ven a un cocodrilo y buscan la mejor forma de hacerle una foto. Son depredadores, no modelos.

—Es cierto —añade Emily—. Recuerdo aquel hombre que se metió dentro de una jaula para cocodrilos para poder fotografiarlo mejor. En esas jaulas hay carnaza para ellos, se lo podían haber comido.

—¿Sabéis que todo esto no ayuda? —interrumpe Valerie—. No habléis de muertes hasta que estemos a salvo en tierra.

—Los cocodrilos también atacan en tierra —suelta Andrew—. Y en algunas playas, pueden salir al mar.

Emily se ríe, pero a Valerie no le hace tanta gracia.

—¡Ahí hay otro! —grita alguien en el otro lado del barco.

Se trata de un ejemplar pequeño, pero está a un lado del río, descansando fuera del agua, así que se aprecia mejor. La española coge su móvil e imagino que va a sacar su faceta *instagrammer*. Se coloca de forma que los cocodrilos le queden a la espalda y se enfoca con la cámara delantera. Comienza a hablar en español y los tres entendemos que la hemos perdido durante un rato.

—Vive enganchada al móvil —comenta Andrew—. Lo suyo es casi enfermizo.

—Tiene muchos seguidores —dice Emily—. Está guay lo que hace. Documenta todo el viaje y la gente lo vive con ella.

—¿Está grabando sus locuras?

—Sí, las que puede, porque algunas son privadas —contesto.

—¿Tú las has visto? —indaga la chica—. Me haría Instagram solo para verlo.

—Supongo que entonces es que lo hace bien en su canal —digo.

—Quizá sus seguidores hablen de nosotros —comenta Emily.

—Pues... No lo sé, puede. De mí sí hablan.

—¿En serio? ¿Y qué dicen?

—Valerie me contó que nos *shippean*.

—¿Qué es eso?

—Que nos quieren juntos, como pareja, no como amigos.

Andrew clava su mirada en mí, pero no dice nada. Emily, en cambio, se ríe. Valerie lo dice con tanta naturalidad, como si fuese un dato más y no algo que le gustaría que pasase.

—¡Es Scarface! —grita entonces el capitán.

Es el cocodrilo más famoso de aquí, además del más grande. Todas las cámaras se vuelven hacia el enorme

espécimen de casi seis metros de longitud. Recuerdo el motivo por el que no tengo redes ni utilizo mucho el móvil o los aparatos electrónicos. Prefiero disfrutar del momento. Ver a Scarface en directo me parece mucho más atractivo que estar buscando el mejor ángulo para fotografiarlo y que salga bien.

Valerie se queda junto a su cámara casi todo el crucero. No vemos solo cocodrilos, sino también serpientes y multitud de aves. El paseo se hace tan entretenido que incluso se olvida del miedo y de los nervios. Vuelve con nosotros con una sonrisa radiante cuando el barco va a llegar al embarcadero. Caminamos juntos hasta el siguiente destino.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta Emily.

—¡Me ha encantado! —exclama—. No tengo la sensación de haber estado tan cerca de la muerte como habéis sugerido.

—Solo dijimos que los cocodrilos son depredadores, no que fueses a morir —especifica Andrew.

—Todavía no hemos terminado —comento—. Ahora vamos a la selva.

—¿Esto es en serio? —pregunta Valerie.

Se ha detenido delante de unos carteles de precaución. En esta playa hay medusas y cocodrilos, así que se avisa para que lo tengan en cuenta. Imagino que en las costas del Mediterráneo no tienen estos peligros y por eso le sorprende.

—Cada día alucino más —confiesa—. Australia es genial.

La playa no le gusta tanto como el crucero en el Daintree River, pero, aun así, se hace varias fotos con el mar de fondo. Incluso nos hacemos una los cuatro juntos, como recuerdo de este día.

—Vamos. Tenemos que comer algo antes de poner rumbo a la selva —nos apremia Emily.

Tomamos el almuerzo en una zona habilitada para ello. Dispone de unas largas mesas de madera, con sus bancos

para sentarse. Sacamos los pasteles de carne que ha preparado Emily, las botellas de agua y nos sentamos para comer. La excursión nos incluye la comida tipo *buffet*, esto solo es un añadido más.

—Val, hay algo que quiero decirte —suelta Andrew.

—Adelante.

—¿No crees que, si vienes de excursión con nosotros, deberías estar más tiempo con nosotros que con el móvil?

—comenta. No lo dice a malas, sino que expresa cómo se siente. Andrew es así—. Quiero decir. Nos hemos tomado las molestias de organizar esto para que vieras algo famoso de aquí, que es el Daintree River. Podrías vivirlo a nuestro lado, no sé. Hablarnos y todo eso. No mordemos.

—Tienes razón —admite ella—. Quería hacer el vídeo para enseñárselo a mis seguidores, pero se me ha ido de las manos y ha sido muy largo. Prometo que nada de móvil en lo que queda de día.

—¿No había una locura que era no utilizar las redes durante una semana entera? —comenta Emily.

Valerie la fulmina con la mirada y tanto Andrew como yo reímos.

—Sí, la hay, pero no estoy preparada todavía. Esa la dejaré más para el final. De momento es un día, dadme tiempo.

—Todo el que necesites.

Terminamos de comer, recogemos y nos ponemos de nuevo en marcha. Hace tiempo que no voy a la selva, pero me gusta estar aquí. La naturaleza verde y salvaje invade todo y tan solo se puede caminar por unas pasarelas de madera preparadas para ello. Hay algunos animales, aunque no tenemos tanta suerte como en el río. Lo único llamativo es el casuario que vemos de lejos, corriendo para ocultarse de nuevo.

La visita es rápida. Apenas llevamos media hora cuando, de repente, empieza a diluviar y tenemos que correr de vuelta. Valerie ha conocido varias cosas de Cairns, pero aún no ha visto el clima australiano. Las chicas gritan

por la sorpresa y tratan de taparse como pueden, pero es totalmente inútil. Llegamos empapados al coche. Por suerte, Andrew y yo hemos metido un par de toallas grandes en el maletero.

Valerie se enrolla con ella y se resguarda bajo el techado de una parada de autobús. Emily la imita y nosotros, aunque sin toalla, nos cobijamos también.

—A veces no está mal ser precavido —digo con una sonrisa.

Valerie me mira y veo la sonrisa en sus ojos, pero no le llega a los labios. Creo que es lo más cerca que va a estar de reconocerlo.

—¿Os parece si volvemos a casa? —sugiere Andrew—. Seguramente deje pronto de llover, pero creo que la excursión se ha terminado.

—Por mí genial —admite Emily—. No quiero ponerme enferma.

—Como con todas las cosas buenas, buscaremos una excusa para poder volver —dice Andrew—. Por ahora, creo que es mejor que nos sequemos un poco y regresemos.

—Vale —acepta Valerie sin poner más pegos.

Nos despedimos y cada uno se sube a su coche. Sigue envuelta en la toalla, así que pongo la calefacción para que entre en calor. Miro el reloj. Apenas son las dos de la tarde, mucho más temprano de lo que pensaba que terminaríamos este día.

—¿Has disfrutado? —pregunto con curiosidad.

No ha sido lo que esperaba, pero espero que igualmente lo haya pasado bien. No sé por qué estoy tan empeñado en que conozca Cairns y le guste. Se ha convertido casi en algo personal.

—Sí, ha estado bien. Todas estas cosas no se tienen en España, me gusta conocer lo diferente.

—¿Como cocodrilos y casuarios?

—Sí, aunque eso no es lo único —dice. Me dedica una de esas medias sonrisas tuyas que tanto me gustan y, antes de que pueda replicar algo, continúa hablando—: Quién

sabe, quizá incluso me anime a ir a Darwin.

—Hay otros sitios donde, en lugar de bucear con cocodrilos, lo haces con tiburones. Está al sur, en Port Lincoln, cerca de Adelaida.

—Hum, difícil decisión. Morir devorada por uno o por otro.

—¿No estaba en tus locuras bañarte con tiburones? Piénsalo.

—¿Vendrías conmigo?

—Claro que iría contigo —respondo, demasiado rápido. Centro la vista en la carretera para obviarlo y trato de desviar la atención—. Te dije que te ayudaría con las locuras, tanto las de tu lista como otras nuevas, y eso haré.

—Cierto, solo me ayudas con mi lista —dice.

No puedo estar seguro, pero me parece ver cierta decepción en sus palabras.

Valerie sube un poco el volumen de la radio. Vuelve a sonar la canción que tanto le gusta de Beret y recuerdo la frase que me cantó antes.

—Hablando de eso... ¿Tienes prisa por volver? —pregunto.

Capítulo 29

VALERIA

Alzo las cejas y lo miro con interés. Este chico es más atrevido de lo que quiere hacer creer.

—¿Qué tienes en mente, Sutter? —lo llamo por su apellido.

—Locura número ocho: lanzarse desde un sitio muy alto.

—¿Te sabes los números?

—He visto tu dichosa lista mil veces y no tengo mala memoria.

—¿Y qué tienes pensado? ¿*Puenting*? ¿Paracaidismo?

—No exactamente. Aquí cerca hay una playa rocosa. He venido varias veces. Con mis padres, con mis amigos, con...

—Se detiene a medias.

—¿Claire? Puedes decirlo, Ryan, no pasa nada —digo. Es su exnovia, no tiene que temer nombrarla.

—No me gusta hablar de ella.

—Así que quieres darte un baño... —suelto para cambiar de tema. A mí también me costó al principio hablar sobre Álvaro, así que es algo que respeto—. ¿No has tenido suficiente con el diluvio que nos ha caído?

—Solo te propongo seguir con tus locuras.

—¿Has traído bañador, señor previsor?

—Me temo que no lo soy tanto.

—Entonces, tendré que saltar en ropa interior —comento.

Siento la mirada de Ryan clavada en mí de nuevo, pero no comenta nada al respecto.

—Imagino que querrás que te grabe.

—Veo que me conoces bien.

—¿Quieres que tus seguidores te vean en ropa interior?

—No es más que un sujetador y un *culotte*, Ryan. No se

van a asustar y, si lo hacen, allá ellos.

Aparca el coche cuando llegamos a nuestro destino y nos bajamos. Hace rato que dejó de llover y ha vuelto a salir el sol. Tenemos que andar un rato hasta que llegamos al desfiladero que indica Ryan. Ni siquiera es una playa al uso, aunque él dice que se han bañado varias veces aquí. Miro hacia abajo para valorar la caída. No hay miedo en mis ojos, solo decisión.

—Deben de ser unos cuarenta metros —digo.

—No sé qué concepto tienes de la medida, pero son dieciocho.

—¿Me puedo hacer daño?

—Yo he saltado varias veces. Solo tienes que caer bien.

—¿A qué te refieres con caer bien?

—Pues que, si caes en plancha, te harás daño. El reto de Red Bull son veintisiete y lo hacen sin problemas, Valerie. No te diría que lo hicieras si creyese que puede ser peligroso, pero, si no quieres, no pasa nada. Podemos buscar una alternativa que te convenza.

—Esta me convence —aseguro.

Empiezo a desvestirme. Ryan aparta la mirada, incómodo. Si estuviese con mis amigos de Valencia, seguramente Cristian aprovecharía para mirar, Leo fingiría que no está pasando nada y a Noel le sería indiferente porque me ha visto infinidad de veces en ropa interior en el tiempo que vivimos juntos en nuestro piso de estudiantes. Ryan, sin embargo, parece que vea en mí a Medusa y que vaya a petrificarse en cualquier momento.

—Vale, quiero que empieces a grabar cuando me aleje un poco y me prepare para saltar. ¿Puedes explicar tú lo que estoy a punto de hacer?

—Vale, sin problemas.

—Genial, pues vamos a ello.

—¿Estás segura? —pregunta, preocupado.

—Estoy nerviosa, pero no de miedo, sino de ganas.

—Está bien —concede, aunque sigo viendo la duda en sus ojos.

—De verdad, Ryan, quiero hacer esto. Me da un poco de miedo, pero miedo en el buen sentido.

—¿Existen miedos buenos y miedos malos?

—Claro que existen. Los miedos buenos son los que te llenan de adrenalina, de anticipación, de deseo. Como cuando sueñas con conseguir algo y, de repente, lo tienes ahí, al alcance de tus dedos, y por un lado lo quieres agarrar, pero por otro sabes que eso cambiará tu vida. O como cuando te lanzas a besar a la persona que te gusta sin estar segura de sus sentimientos y, de repente, te devuelve el beso.

»Los miedos malos son los que te destruyen desde dentro y te cuesta más combatir. Como cuando temes tanto al fracaso que ni lo intentas o te da miedo no ser lo bastante buena para alguien y te saboteas a ti misma. O como cuando temes que tu pareja cualquier día deje de agredirte con palabras y empiece a hacerlo con las manos.

Me callo de golpe, porque sé que he hablado de más. Ryan se ha quedado clavado en el sitio, mirándome. Está tan preocupado que ni siquiera se da cuenta del hecho de que estoy en ropa interior. Abre la boca para decir algo, pero no le dejo. No quiero hablar de ese tema, no cuando estoy a punto de hacer algo que quiero de verdad, que será emocionante para mí. Sonríó para que vea que no estoy mal y me preparo para saltar.

—¿Listo para grabar? —pregunto tras tender mi móvil hacia él.

Asiente, sin decir nada. Veo cómo lo trastea. Se enfoca y comienza a explicarlo todo. Aprovecho para mirar abajo. Siento vértigo al asomarme. No me gustan las alturas. Se me remueve el estómago cada vez que me siento tan lejos del suelo y pienso en la caída. Es un miedo que no puedo controlar, pero que trato de apartar de mi mente. No sé cómo pueden ser solo dieciocho metros, a mí me parecen más de cincuenta.

Cojo aire, levanto la vista y vuelvo a retroceder. No quiero acobardarme.

No escucho a Ryan hablar. Espero a que me dé la señal, tomo carrerilla y salto. El corazón se me acelera cuando dejo de notar la piedra bajo mis pies. Percibo cómo los nervios y la adrenalina se funden y me convierto en un terremoto, en un remolino de sensaciones. No siento miedo, solo emoción. Grito para dejarla salir, para hacerle saber a Ryan cómo le agradezco que me haya traído aquí. Apenas son unos segundos de caída, y entonces cierro la boca y entro en el agua. Me sumerjo varios metros por la altura del salto, pero estoy preparada para nadar hacia arriba. Estoy tan enérgica y agitada que no puedo quedarme quieta. Me siento agradecida, feliz. Adoro estas experiencias y no quiero pensar en cuántas me habré perdido estos años, sino tan solo poder recuperarlas.

Escucho a Ryan gritar desde arriba y miro hacia él para alzar el pulgar y dejarlo ver que está todo bien. Sin embargo, cuando entiendo lo que grita, me doy cuenta de que no lo está:

—¡Tiburón! ¡Hay un tiburón!

Me giro sin saber muy bien por qué. A apenas unos metros de donde estoy, veo una aleta moverse sobre la superficie del agua. Toda la adrenalina se transforma en pánico y empiezo a nadar hacia las rocas más cercanas de la orilla. En algún sitio he leído que la mejor táctica cuando estás en el mar con un tiburón es quedarse completamente quieto. Admiro que haya alguien capaz de permanecer inmóvil con semejante depredador acuático, pero mi instinto de supervivencia me lleva a nadar tan rápido como puedo. Si antes sentía el pulso acelerado, ahora parece que el corazón se me vaya a salir del pecho. Noto los latidos en todas las partes de mi cuerpo. No vuelvo la cabeza; no puedo perder tiempo. Solo doy una brazada, y otra, y otra. En algún momento empiezo a llorar, pero eso no me impide seguir avanzando. Las lágrimas son fruto de la impotencia, del terror. Nunca he sentido tanto miedo como ahora mismo ni he estado tan cerca de la muerte. Si no es devorada, podría ser de un ataque. Mi cabeza vuela de

vuelta a Valencia mientras sigo avanzando. Pienso en mi madre, en Noel, en Claudia, en Andrea. Incluso en Cristian. No se detiene ahí, porque otros rostros van apareciendo ante mis ojos: Ryan, Emily, Andrew, Lara, Josh, Liam, Nadine, Alessia. Me pregunto si a esto se refieren cuando dicen que tu vida pasa por delante de tus ojos cuando vas a morir. En mi caso no es mi vida, sino las personas que la conforman.

Mi mano golpea contra la roca. Ni me he dado cuenta de que he llegado a la meta. Subo con tanta prisa que me arañan las piernas y las manos, pero no me importa. Son rasguños superficiales, nada grave. El corazón no se calma todavía, la respiración se me agita. Me alejo tanto como puedo del borde y solo entonces, cuando ya me siento a salvo en tierra firme, me giro para mirar al tiburón.

Ni siquiera me ha seguido.

Mi potencial asesino está lejos, a lo suyo. Todo mi pánico ha sido por nada. Siento tanto alivio que me da por reír. El corazón se me relaja un poco, aunque la adrenalina no desaparece del todo. Que no me haya seguido no hace que las sensaciones que he sentido sean menos reales. He creído que moriría devorada, y eso todavía no se me olvida. Salgo de las rocas con dificultad. Mis pies agradecen pisar por fin la arena. Ryan ha bajado corriendo y se dirige hacia mí con la preocupación asomando a los ojos. Me abraza nada más llegar y me dejo envolver por sus brazos. Su corazón también late de forma apresurada y sé que ha sentido miedo por mí.

Tengo tantas emociones dentro que no soy capaz de controlarlas. La adrenalina por el salto, los nervios y la energía por mi huida del tiburón, el alivio de sentir cómo he burlado a la muerte. El calor de los brazos de Ryan. La preocupación en su mirada. La fuerza con la que me sostiene contra él, como si también hubiese temido perderme.

Me separo un poco, pero no me suelta del todo. Mis ojos se encuentran con los suyos y de repente soy

consciente de que estoy empapada, en ropa interior y bajo el refugio de sus brazos. Y entonces me lanzo hacia él y lo beso. Es un impulso que nace de lo más profundo de mi ser, de donde se desprenden los actos que no pueden ser contenidos y luchan hasta que terminan por salir.

Ryan entreabre los labios y me recibe con ganas. Siento sus manos en mi espalda, acercándose más a él. Las mías están en su nuca, atrayéndolo también. Se mueve y me mueve con él, hasta que choco contra la pared de piedra y se detiene. No deja de besarme, de devorarme con sus labios. Nuestras lenguas se enredan con ansia, con ganas. Noto de nuevo la adrenalina, pero es muy distinta ahora. El beso de Ryan es adictivo. Sube una mano hacia mi cabeza y la enreda entre mi pelo. Dejo un pequeño mordisco en su labio inferior cuando se separa de mí, como protesta para decirle que no quiero que pare, que quiero seguir besándolo, que quiero seguir, sin más.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunta entonces, con apenas un susurro.

Sus ojos siguen incendiados, hambrientos de mí. Soy incapaz de pensar. Tan solo quiero que vuelva a besarme como antes, sin importar las consecuencias.

—Una locura, parece —respondo.

Me acerco de nuevo a él con la intención de atrapar de nuevo sus labios, pero coloca las manos entre ambos y me mira. Noto el cambio en su rostro. Ya no está encendido ni hay deseo en sus ojos. Está cabreado.

—No voy a ser otro tachón más en tu lista, Valerie —espeta.

—¿Lo dices en serio? —inquiero.

Yo también estoy cabreada ahora. No sé si lo he entendido bien, pero Ryan parece estar insinuando que voy a liarme con él tan solo por completar una locura más. No he dicho esas palabras pensando en mi lista, sino como algo diferente. Me duele tanto el concepto que tiene de mí que todas las ganas de besarlo desaparecen.

—Será mejor que volvamos ya —suelta como toda

respuesta.

Subimos en el coche sin decir nada. El ambiente está enrarecido todo el trayecto de vuelta. Apoyo la cabeza en el cristal de la ventanilla y pierdo la mirada en el exterior. Vuelve a llover.

La mayoría del tiempo finjo que todo está bien, que mi autoestima funciona, que no me la arrebató Álvaro cuando sembraba todo tipo de dudas en mí. Sobre mi forma de vestir, sobre mi forma de pensar, sobre mi forma de ser. El año pasado utilicé una coraza de chica dura y borde que no me fue mal del todo. Mantenía a la gente de fuera de mi círculo lejos de mí y, si no pueden acercarse, no pueden dañarte ni hundirte más. Tan solo Blanca consiguió colarse por ella y todavía no he decidido si fue mejor o peor conocerla. El problema era que la gente que estaba dentro también lo pagaba. No podía arriesgarme a hacer daño a mi madre o a Noel.

Ahora estaba probando una nueva táctica. No detenerme demasiado a pensar las cosas, conseguir todo aquello que un día soñé cuando era pequeña y todavía no me habían dañado. Sin embargo, no debo estar haciéndolo bien. Ryan es mi mejor amigo aquí. Lo conozco desde el principio de esta aventura. Me he abierto, estamos viviendo juntos. Y, después de todo eso, está convencido de que me acostaría con él solo por completar la locura de tener sexo en un lugar público. Como si no me importasen los sentimientos de las personas, ni siquiera los de mis amigos. Como si fuese capaz de todo por conseguir una dichosa apuesta.

Supongo que son efectos colaterales de no ser yo misma. De forzarme a ser otra persona para así no avergonzarme de mí, para gustarme. No me gusta la Valeria que creó Álvaro. La que no salía si a su pareja no le parecía bien, la que dejó de lado a sus amigas porque a él no le gustaban, la que se encogía ante sus desplantes y humillaciones. Sin embargo, me doy cuenta de que también soy esa Valeria, igual que soy todas las demás.

Las personas estamos hechas de experiencias, de instantes, de sensaciones. De aciertos, pero también de errores. De todas esas vivencias que nos hacen crecer y madurar. No puedo pretender eliminarlas ni reemplazarlas por otras más felices. Es todo eso lo que nos hace más fuertes, lo que nos da la sabiduría para no repetir las mismas caídas, para valorar lo que tenemos. No elegimos las circunstancias que nos hacen ser así. Yo no pedí perder a mi padre cuando era demasiado joven como para entenderlo siquiera. No pedí que una relación que empezó tan bien terminara volviéndose tan tóxica. No lo pedí, pero lo tuve y negarlo no va a cambiarlo.

No sé quién soy ahora. ¿Realmente soy alguien que se atreve, que lucha contra el miedo para vivir una experiencia nueva, algo digno de recordar? ¿Sigo siendo una cobarde que hace lo que los demás le dicen? ¿Soy alguien que juega con los demás porque no valora los sentimientos?

Beret empieza a sonar en la radio, con su *Lo siento*. Ryan sube un poco el volumen, pero no dice nada. Quizá sea la música o todo lo que se ha abierto en mi interior, pero siento cómo mis ojos se acompañan a la lluvia de fuera y unas silenciosas lágrimas buscan libertad.

Me limpio con disimulo y me recuerdo a mí misma que no quiero volver a caer. Soy feliz aquí. Estoy consiguiendo lo que me propuse, he conocido gente nueva y me gusta cómo soy ahora. Porque sé que soy todas esas Valeria y, a la vez, ninguna. La personalidad no es algo que te den y tengas que mantener igual para siempre, sino que se forja con cada escollo que salvas, con cada meta que logras, con cada persona importante que se cuelga en tu camino. Me gusta la Valeria que se está formando ahora. La que se sobrepone al miedo y al dolor y sigue viviendo.

No voy a renunciar a ello por un hombre.

Otra vez no.

Capítulo 30

RYAN

Apenas he dormido nada esta noche. Ayer traté de hablar con Valerie cuando llegamos a casa, pero se fue directamente al sofá, sin dirigirme ni una sola palabra. No estaba solo enfadada, sino que parecía también dolida y decepcionada.

Supongo que le hice daño, pero creo que es mejor así. Conozco la lista de locuras de memoria y la única a la que podía referirse ayer cuando respondió a mi pregunta era una. Valerie me gusta, me gusta mucho. Más de lo que ella cree y más de lo que me admito a mí mismo. Ayer estaba empapada por el baño, en ropa interior, acelerada después de estar tan cerca de un tiburón. Ya era complicado verla así, y entonces me besó. No un beso tímido ni lento, sino pura hambre y necesidad. Si la única finalidad es que tache tener sexo en un lugar público, no soy el indicado.

Valerie no ha venido aquí a enamorarse. Está de paso, divirtiéndose estos meses. Es totalmente normal y comprensible, pero no quiero quedar destrozado cuando se vaya para siempre. No quiero ser una línea tachada, quiero ser una locura completa. Una que no planee y no pueda parar.

Me cuesta tanto dormirme que me despierto tarde. La busco por toda la casa hasta que la encuentro en el jardín. Vuelve a estar pintando, aunque no es su lienzo secreto. Es un cuadro abstracto, donde mezcla colores de distintas tonalidades. Los negros y grises predominan, pero hay un dorado brillante que lucha por abrirse camino entre ellos. No entiendo mucho de arte, pero creo que Valerie es realmente buena.

—Hola —saludo al llegar a ella.

—Hola —responde sin levantar la vista siquiera.

El beso de ayer ha abierto una distancia entre nosotros que antes no existía. Me siento incómodo, con la perpetua sensación de que lo he estropeado de lleno. No sé si el error estuvo en detenerla o en mis palabras, pero Valerie no es la misma desde entonces y quiero disculparme por ello.

Cojo el pincel y la paleta que sostiene en las manos y los dejo sobre la mesa. No opone resistencia, aunque tampoco nace de ella.

—Creo que tenemos que hablar —empiezo de la forma más básica y cutre posible.

—¿Hablar de qué?

—Pues de lo que pasó ayer, Valerie.

—Creo que ya quedó bastante claro, no hay nada más que hablar —responde a la defensiva.

—Pues yo creo que sí tenemos que hacerlo, ¿o prefieres que estemos así? La sinceridad es difícil, pero es lo mejor. Los problemas se hablan, Valerie, para tratar de ponerles solución.

—Bien, habla entonces.

—Quiero disculparme por lo de ayer —digo con sinceridad—. Siento si te hice daño, en ningún momento fue mi intención. No me gusta verte mal ni distante conmigo. Prefiero que sigamos siendo amigos —termino. La palabra *amigos* no parece suficiente, pero eso es mejor que nada.

—Amigos —repite ella y, por primera vez, se gira para mirarme—. Yo también siento lo de ayer, Ryan.

—¿Qué sientes, exactamente?

—Haberte besado —suelta. Siento cómo mi corazón se salta un latido y luego regresa, pero no igual de fuerte. He sido yo quien ha pedido sinceridad, así que lo acepto—. No sé qué me pasó, pero fue un error. Un error enorme.

—Ya veo.

—No te preocupes más por eso. De todos modos, tengo una buena noticia para ti —comenta mientras vuelve a girarse para mirar su lienzo—. He hablado con Emily. Ya le han entregado la casa, así que puedo volver.

—¿Te vas? —se me escapa, casi con urgencia.

Me he acostumbrado a vivir con ella. Apenas han sido un par de semanas porque las reparaciones se alargaron, pero me gusta tenerla aquí. Desayunar juntos, que pinte en el jardín mientras yo canto y toco la guitarra, la idea de que me ayude a reformar el piso de arriba. Sé que era provisional, pero no estoy preparado para que acabe tan pronto ni para que acabe de esta manera, cuando más distancia hay entre nosotros.

—Esto era temporal, Ryan. Además, creo que es mejor así, ¿no?

No.

—Sí, supongo. Voy dentro a desayunar, aún no he comido.

—Claro, yo me quedaré por aquí, pintando un poco más.

No voy a desayunar. Tengo el estómago cerrado y no me entraría nada. No entiendo lo que nos está pasando, casi parece como una ruptura, aunque no hay nada que romper. Me doy cuenta de que Valerie ya ha empezado a recoger sus cosas, y la ropa que antes tenía desperdigada por el salón ahora está en su maleta. Sobre el espejo sigue su lista de locuras, donde cada vez hay más tachadas. Ha eliminado la del salto y supongo que podría haber quitado la de bañarse con tiburones, pero esa está intacta.

Nunca he sentido esta casa como menos hogar que ahora mismo. En el piso de abajo noto la ausencia de Valerie y en el de arriba, la de mi familia. Creo que tengo que afrontarlas una a una, así que subo las escaleras y empiezo por la que debería haber puesto en orden hace años.

Entro en la habitación de mis padres y me pierdo entre sus objetos personales. Cojo una fotografía de los cinco y me tumbo en la cama para contemplarla. Fue tomada el día que Oli hacía seis meses. Siempre fue un bebé adorable, con sus mejillas rosas y rechonchas y su mirada cristalina de ojos azules. Kylie tiene la cara desencajada por la risa.

Creo que nunca la he vuelto a ver reír así. Mi vida cambió tras la muerte de nuestros padres, pero la de ella se desmoronó de una forma que nos destruyó un poquito más a los dos. A los tres, si contamos a Andrew.

Mis padres también están radiantes de felicidad, ajenos al hecho de que apenas un año después desaparecerían de nuestro mundo para siempre. Me incorporo y dejo el marco en la cómoda de nuevo. No puedo perderme con cada recuerdo que encuentre o no terminaré nunca.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta Valerie desde el umbral.

La miro sin decir nada, porque ni siquiera sé qué decir. No atravesamos nuestro mejor momento y no sé si quiero hacer esto con ella.

—Seguimos siendo amigos, ¿no? —continúa—. Te prometí que te ayudaría con esto y voy a hacerlo, Ryan. Si todavía quieres mi ayuda.

—Claro que la quiero.

—Pues dime, ¿por dónde empezamos?

—Vamos a organizar la ropa. Guardaré aparte lo que Kylie y yo queremos quedarnos y el resto lo donaremos. Todas las cremas, lociones y demás las tiraremos, pero no toques los perfumes, quiero revisarlos yo. No tienen muchas joyas ni relojes, pero eso lo guardaremos todo.

—Vale, me parece perfecto. ¿Puedo poner música?

—¿Halsey de nuevo? —pregunto. Al final va a conseguir incluso que me guste.

—Taylor Swift —responde con una sonrisa.

Suena *Blank Space*. Pongo los ojos en blanco, pero ella solo se ríe.

No hablamos mucho entre nosotros, pero agradezco que esté aquí conmigo mientras guardo en cajas la vida de mis padres. No estoy preparado todavía; no creo que nunca vaya a estarlo. Nadie te enseña a ser fuerte, a enfrentarte a situaciones difíciles. Es la vida la que te obliga. Ya he dejado pasar tiempo suficiente. Ya es hora de retomar una parte de mi futuro desde el punto donde se quedó atascado hace tres

años.

Pasamos la mañana embalando y, para cuando llega la hora de comer, la habitación está decente. No, decente no es la palabra. Está vacía. Sigue teniendo la cama, la cómoda y un armario enorme. Lo que ha perdido ha sido su esencia. Ya no es la habitación de mis padres, ahora es un dormitorio desconocido que ocupa un espacio en lo que un día fue mi hogar.

—¿Estás bien? —me pregunta Valerie.

Lleva un rato mirándome, pero no me he dado cuenta hasta ahora. Imagino que no tengo buena cara. No ha sido tan buena idea desalojar el piso de arriba cuando ella va a desalojar el de abajo.

—Si te pidiera que te quedaras hasta que terminase con la reforma, ¿lo harías? —pregunto de vuelta.

La veo dudar unos instantes hasta que aparta la mirada.

—Puedo seguir ayudándote, pero creo que lo mejor es que me vaya.

Asiento sin añadir nada más.

—Vamos a comer —digo entonces.

La tarde vuelve a ser rara entre nosotros. Silenciosa. Distante. Por eso, cuando al final del día coge su maleta y parte hacia casa de Emily, no sé cómo sentirme.

Me convengo de que es lo mejor para mí. Si soy incapaz de ver a Valerie como una amiga y no como algo más, cuanta más distancia haya entre nosotros, mejor.

Sin embargo, por mucho que trate de autoengañarme, sé que preferiría mil veces volver a escuchar a Halsey o a Taylor en mi salón con tal de que ella estuviese conmigo.

Capítulo 31

VALERIA

Ha sido fácil adaptarme en casa de Emily. Debe de ser la persona más amable que existe, más incluso que Lucía. Trata de que me sienta cómoda con todo, desde las comidas hasta las toallas que hay en el baño. El pero podría ser que se pasa el día cantando. Siempre. Desde que se levanta hasta que se acuesta. Ryan cantaba bien, pero Emily tiene una voz aguda y desafinada que no es tan agradable.

Sin embargo, no es el único pero. Echo de menos estar con él. Nuestras pequeñas cosas, como la pintura o escucharlo cantar en el jardín. No nos hemos visto desde que me fui de su casa. No ha sido intencionado. Al menos, no del todo. Hemos tenido un curso intensivo en clase de inglés porque vienen los primeros exámenes. Además, he estado trabajando más en la tienda porque vuelve a haber más clientes. Emily me da tiempo libre, pero muchas veces soy yo la que lo rechaza. Otros días me he quedado en casa y me he limitado a hacer videollamadas a mi madre, a Noel o a mis amigas.

Ahora estoy sentada en el suelo, apoyada contra la cama de Emily mientras me hace un recogido. Adoro que me toque el cabello y, además, es una peluquera estupenda. No lo sabía, pero es ella misma quien se corta y se tiñe. Yo las tijeras no las cojo ni para las manualidades.

—¿Nunca has pensado en dedicarte a esto? —pregunto cuando veo el resultado de las ondas.

—Esto es un *hobby*. Aunque parezca mentira, la tienda es mi sueño. Siempre he querido tener algún comercio pequeño y mono. Un espacio que fuese mío, que lo decorase como yo quisiese, que me permitiese tratar con gente de todo el mundo. Los *souvenirs* son lo mejor para eso. Ya estás lista —comenta.

Me incorporo para mirarme en el espejo. Me ha ondulado el pelo y lo ha recogido en un peinado casual, descuidado. Algunos mechones parecen haberse salido, pero Emily los ha sacado estratégicamente para darles ese aspecto informal que tanto adoro.

—¿Te gusta? —pregunta.

—Me encanta —admito con una sonrisa radiante.

—Bueno, pues voy a prepararme y me voy.

Por fin es sábado y, aunque ellos han quedado para ir a la playa en Palm Cove, yo he hecho planes con Lara, Nadine y Alessia. Durante las jornadas intensivas he cogido más confianza con ellas y me apetece verlas. Me he puesto un vestido verde y unos tacones plateados. He dejado que Emily me peine y me he maquillado. Me siento bien conmigo misma. A veces, verme guapa por fuera me ayuda a sentirme igual por dentro. Lara aparece poco después. He quedado con ella aquí para salir juntas. Saluda a Emily y se queda con la boca abierta, mirando el salón. Las pinturas que hay en él, más bien.

—¡Me encantan! —exclama mientras las contempla—. No me habías dicho que tu compañera dibujase así.

—En realidad, es Val la que dibuja así —confiesa Emily.

—¿En serio? ¿Y por qué nunca has dicho nada?

—No es gran cosa, no sé, solo una afición.

—¡Esto no es una afición, es talento!

—No sabía que te gustase tanto...

—¿Tanto? Matt, mi mejor amigo aquí, tiene una galería de arte. Voy a hablar con él para que haga una exhibición con tus obras. En serio, esto le va a encantar. Deja que haga un par de fotos, va a flipar. Bueno, si quieres, claro.

—¡Sí!

Emily y yo intercambiamos una mirada sin entender muy bien lo que está pasando. Lara está tan emocionada que no digo nada, solo la dejo hacer.

—Te iré contando más, pero no puedes tener estos secretos, Val.

—Ni siquiera sabía que fuese un secreto.

Me despido de Emily y vamos hacia donde hemos quedado. Lara sigue hablando sobre arte un rato más. Me hace ilusión la idea de poder mostrar mis cuadros, aunque sean un pequeño desastre. No lo veo como un futuro, pero sí como una pasión, y poder compartirla me emociona tanto como me aterra. No sé si va en serio o no, pero prefiero dejar esa información aparcada por ahora.

Nos dirigimos al mismo *pub* que la otra vez. Esta vez no me apetece conocer a nadie, sino pasar una noche de risas, de bailes. Hay bastante gente, pero nunca me han molestado las multitudes. Nosotras estamos a lo nuestro y echaba de menos estos ratos de solo chicas.

—¡Es casi imposible verte el pelo! —exclama Nadine por encima de la música—. Nunca vienes con nosotras.

—Me uniré más a partir de ahora —aseguro—. También a planes más tranquilos. Ir a tomar un batido, a hacer turismo... Que no todo sea salir por ahí.

—Bueno, pero ahora es justo lo que estamos haciendo, así que brindemos por nosotras y por una noche inolvidable —dice Alessia. Alza su cubata y la imitamos.

Me gusta el ambiente que tenemos. Alessia y Nadine son más divertidas de lo que parecen en clase. Las bromas son constantes, incluso cuando se acerca algún chico para tratar de ligar con nosotras y lo despachamos pronto.

—Ni loca haría un crucero por un río infestado de cocodrilos —comenta Lara después de que les cuente mi pequeña aventura.

—A mí me hubiera dado un infarto si me hubiese pasado lo mismo que a ti con el tiburón —dice Alessia.

—¡Es verdad! Lo vimos en el directo que hiciste desde tu Instagram. Justo después de que Ryan gritara tiburón, la cámara enfocó al suelo mientras corría y luego se cortó la grabación —interviene Nadine.

—Pasé miedo de verdad —confiesa la pelirroja—. No quiero ni imaginar lo que fue para ti.

—Pensé que iba a morir ahí, pero no sé, fue extraño. Solo sabía que tenía que nadar y salir del agua, y eso hice.

Lo gracioso es que, cuando me giré, el tiburón ni siquiera había venido a por mí.

—Que una situación no sea real no hace que el miedo se sienta menos auténtico. Basta con que tu cerebro lo crea —explica Alessia.

—Cierto —añade Nadine—. Por eso tememos cosas por desconocimiento, como la oscuridad. Nuestros miedos no siempre son racionales, a menudo están injustificados, pero eso no quiere decir que dejemos de temer o de sentirnos así.

—Chicas, no quiero ser una cortarrollos, pero no me apetece que nos pongamos tan profundas —comenta Lara—. O sea, me gusta hablar de miedos y tal, pero creo que hay una pregunta que tenemos todas en la cabeza y es más importante. ¿Hay algo entre ese tal Ryan y tú? Si no es así, ¿me lo puedes presentar?

Las tres se ríen, aunque a mí no me sale. El recuerdo del beso en la playa vuelve a mí con fuerza, y todo lo que dijo después hace que se evapore y lo sustituya por la rabia y la decepción.

—No hay nada entre nosotros —aseguro, y no podría ser más cierto—. Somos buenos amigos y me está ayudando con el tema de las locuras. Además, me está mostrando Cairns y los rincones de aquí. Trabajo con Emily, una de sus mejores amigas, y todo el grupo me parece muy majo.

—¿Y tú? ¿Le gustas a él? —inquire Alessia.

—No —afirmo al recordar lo que piensa de mí—. De verdad, solo somos amigos.

—Nadine y yo también empezamos siendo solo amigas —comenta con una sonrisa. Después, se gira hacia su novia para darle un beso tan intenso que incluso se ruboriza.

No sé qué ha querido decir con eso, pero en mi caso no será así. Lara no vuelve a decir nada. Ponen una canción de algún DJ que no conozco y que a ella le encanta y lo da todo bailando. Nos movemos al son de la música durante más de una hora, hasta que empiezo a sentirme acalorada y

tengo que salir fuera para que me dé un poco el aire. Insisten en acompañarme, pero nunca he sido de esas chicas que se mueven con las amigas porque no pueden hacerlo solas. Las dejo bailando y salgo. Recibo la brisa en la cara como si fuese una bocanada después de estar ahogándome bajo el agua. Saco mi móvil australiano para ver si me han hablado, pero lo único que tengo es una foto en el WhatsApp de grupo donde salen todos alrededor de una pequeña fogata. Ryan está con la guitarra, seguramente, cantando alguna canción de antes de que yo naciera. Lo estoy pasando bien, pero no me importaría estar en la playa, escuchando su voz rasgada y charlando de cualquier cosa insustancial, aunque fuesen zombis.

—Eh, guapa —dice alguien a mi lado—. ¿Qué haces aquí sola? ¿Quieres compañía?

Me giro para descubrir a un hombre de unos treinta y tantos. Viste con pantalón negro y camisa y tiene una cuidada barba espesa. Además, va visiblemente borracho.

—No, gracias —respondo de forma educada—. Estoy bien.

—Pero podrías estar mejor, ¿eh?

Me guiña un ojo y se acerca un poco a mí. Yo retrocedo y coloco una mano en su pecho para que no se aproxime más.

—Podría, sí, aunque no contigo, así que déjame en paz.

—Cómo sabes que conmigo no, ¿eh? —insiste con lo que debe de creer que es una voz *sexy*, pero solo arrastra las palabras, incapaz de vocalizar bien.

Me sujeta la mano que he apoyado en él y tira de mí para pegarme a su cuerpo. Suelto un pequeño grito por la impresión y miro alrededor, asustada. Hay varias personas en la puerta, ajenas a lo que pasa o que, simplemente, no tienen la intención de intervenir.

—Venga, guapa, que vamos a pasarlo bien.

—Suéltame —digo, tan firme como puedo sonar.

—¿O qué? ¿Vas a castigarme? Porque eso me gustaría.

Me aprieta más contra él. Noto su asquerosa mano en

mi trasero, su aliento en mi oído. Algo se me remueve por dentro. Levanto la rodilla con fuerza y la hundo directamente en sus partes nobles. Viendo lo visto, tampoco son tan nobles. Grita por el dolor y yo aprovecho para volver dentro del local a buscar a mis amigas.

—Voy a joderte pero bien. —Lo escucho decir a mis espaldas, y acelero el paso.

Me pongo nerviosa cuando no las veo, aunque quizá ya lo estaba de antes. Voy hacia dentro y me muevo por el local, pero no están. Saco de nuevo el móvil para llamarlas. Ninguna contesta. Entonces veo al hombre en la pista de baile. Sus ojos se encuentran con los míos y hay en ellos una mezcla de enfado y deseo. Me quedo paralizada un instante. La sala está llena de gente, y aun así siento miedo. Noto como si hubiese vuelto al mar y tuviese a un tiburón a unos escasos metros de mí. Solo que esta vez sí es un depredador y no me ignora, sino que viene a por mí.

Salgo disparada hacia el baño de mujeres y me encierro en uno de ellos. Aquí no podrá entrar. Sin embargo, tampoco sé qué hacer ahora. Me dejo caer un poco y, sin darme cuenta, empiezo a llorar. Mis lágrimas son fruto de la impotencia, del miedo. De repente, me arrepiento de no haber dejado que me acompañasen. A veces me olvido de que el mundo todavía no es del todo seguro para las mujeres que se mueven solas por la noche. Me limpio las lágrimas y me incorporo. No necesito llorar, sino pensar.

Saco de nuevo el móvil y llamo a Lara, a Nadine, a Alessia. Una y otra vez. Imagino que siguen de fiesta y no lo escuchan. Supongo que puedo salir y pedir ayuda a alguna de las chicas que están en el lavabo, pero no me atrevo. Solo quiero volver a casa. Llamo a Emily, pero ella tampoco contesta. Pruebo con Ryan y responde al segundo tono.

—Hey, Valerie —saluda—. ¿Pasa algo?

—No —respondo, tan firme como puedo sonar. No quiero preocuparlo, pero entiendo que pregunte. Llevamos sin vernos casi un par de semanas y lo estoy llamando a las dos y media de la madrugada—. ¿Puedes venir a por mí?

—¿Estás bien?

—Sí, sí. No encuentro a mis amigas y quiero volver a casa. Eso es todo.

—Voy a por ti. No te muevas de donde estás.

Le digo el nombre del local y cuelga sin despedirse. Imagino que no he sonado tan convencida como he intentado. Salgo del aseo y voy a los lavabos. Me adecento un poco el pelo y trato de eliminar los restos de las lágrimas de antes.

—¿Estás bien? —pregunta una chica a mi lado.

—No —confieso por fin—. ¿Puedes hacerme un favor? Necesito que mires si hay ahí fuera un hombre.

—Dime cómo es.

Sale cuando le doy la descripción. Me siento un poco más aliviada, aunque no sé por qué. Quizá sea la sensación de saber que alguien se preocupa, que nos apoyamos entre nosotras, que, después de todo, no estamos tan solas.

Vuelve al cabo de unos segundos y asiente.

—Está ahí, apoyado en la puerta. ¿Lo conoces? ¿Qué ha pasado?

—No sé quién es. Ha empezado a acosarme y me he encerrado aquí.

—¿Estás sola?

—Mis amigas están por aquí, pero no las veo. He llamado a un amigo para que venga a recogerme. Está de camino.

—Soy Hailey, por cierto. Nos vamos a quedar contigo hasta entonces —asegura. Se gira hacia su amiga y la llama —: Iraia, ven. Vamos a acompañarla a la puerta.

—Vale —acepta.

—Yo soy Val.

—Vamos a hablar con el portero para que lo echen —dice Hailey—. ¿Te parece bien?

—Sí —respondo.

—Ponte en medio de nosotras y no te separes.

Hailey se pone delante y me da la mano. Iraia va detrás, sujeta también a mí. Pocas veces me he sentido tan asustada

como ahora y casi no me reconozco. Vamos juntas hacia la salida y ellas se encargan de dar las explicaciones. El hombre es tan tonto que nos ha seguido, así que no tardan en interceptarlo. El portero llama a la policía para que se lo lleven. Deben de estar cerca, porque aparecen enseguida y nos toman declaración. Va tan borracho que se encara incluso con los guardias. Seguramente mañana esté libre, pero al menos hoy pasará la noche en una celda.

—Gracias por todo, chicas —digo con sinceridad. Siento que la presión del pecho se suaviza un poco y me limpio las manos sudadas en el vestido.

—Las mujeres nos tenemos que ayudar entre nosotras —responde Hailey.

El coche de Ryan no tarda en aparecer delante de la puerta del local. Me pregunto a qué velocidad habrá venido para llegar tan pronto, pero agradezco tanto que esté aquí que no digo nada. Me despido de mis salvadoras después de agradecerles de nuevo lo que han hecho por mí y subo al asiento del copiloto.

—¿Estás bien? —pregunta en cuanto cierro la puerta.

—Sí, ya te lo he dicho. Solo quiero irme de aquí —respondo. Soy incapaz de mirarlo a la cara, y eso creo que lo hace sospechar aún más.

—Llevas más de una semana evitándome y, de repente, me llamas a las tantas de la madrugada para que venga a por ti, cuando sabes que estoy en Palm Cove —suelta. No puedo distinguir si está enfadado o preocupado por su tono de voz—. He venido, ¿no? Estoy aquí. Todavía se te nota en la cara que has estado llorando. ¿Ni siquiera vas a decirme qué te ha pasado?

Estoy más susceptible y no me apetece escuchar las réplicas de Ryan. No pensé bien cuando lo llamé por teléfono, fue el miedo lo que me llevó a eso. Ahora, sin embargo, no lo tengo. Por eso entiendo que ha sido una equivocación. Aprovecho que se ha detenido en un semáforo y me bajo del coche, cabreada. No me apetece hablar ahora y lo último que necesito es que me juzgue.

Deja el coche mal aparcado a un lado y se baja para seguirme. Viene hasta mí y, sin decir nada, me abraza. Apoya la barbilla sobre mi cabeza y me aferra con fuerza.

—Lo siento —se disculpa, y puedo notar la angustia en su voz—. No tienes que contarme qué ha pasado si no quieres. Soy un idiota. Solo estaba preocupado, Valerie. Está todo bien, estás conmigo. No voy a dejar que te pase nada.

—Lo siento —me disculpo también por haber reaccionado así. Ryan no tiene la culpa de lo que ha pasado esta noche. Ha venido a por mí y ya me siento segura. No es justo que lo pague con él—. No quería volver sola.

—No voy a dejarte sola.

—Un hombre ha intentado propasarse conmigo —cuento entonces. Noto cómo me aprieta más contra él—. Me he encerrado en el baño, te he llamado y un par de chicas me han ayudado a salir.

—¿Dónde estaban tus amigas?

—Salí a tomar el aire y a la vuelta no las encontré. Ahora les escribiré para decirles que me he ido, que estoy bien.

—¿Qué te ha hecho?

—Me ha hecho desaparecer otra vez —respondo sin dar más detalles—. Como si yo ya no fuese importante y pudiesen volver a hacer conmigo lo que quieran.

—Eres importante, Valerie, siempre lo eres. Nada ni nadie va a cambiar eso, no dejes que se te olvide. Pero quiero que sepas que, si se te olvida, si tienes días en los que sientes que eres poca cosa y no aprecias lo maravillosa que eres, voy a estar contigo para recordártelo hasta que se te grabe de nuevo.

Esta vez soy yo quien lo abraza con más fuerza. No sé cuánto tiempo estamos así, sumidos en un silencio que reconforta tanto como su abrazo. Ryan me da un beso en la cabeza y termina por separarse.

—Te llevaré a casa de Emily.

—No quiero volver aún —casi suplico—. ¿Podemos ir a algún sitio? —propongo.

No quiero separarme todavía de él. No me había dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos. Tampoco quiero volver y pensar en lo que ha pasado esta noche. No ha sido solo el acoso que he sufrido, eso solo lo ha propiciado. Me da miedo pensar que no he cambiado después de todo lo que pasé con Álvaro. Y, aunque sé que no debo culparme por cómo reacciono o por sentirme débil, tampoco puedo evitarlo.

—¿Dónde quieres ir?

—No sé. A cualquier parte. A pasear, sin más. A algún sitio que me relaje.

—Conozco el lugar perfecto.

Subimos al coche y me sorprendo cuando pone rumbo hacia Palm Cove. Por el camino, informo a mis amigas de que me he ido porque no las encontraba, sin entrar en más detalles. También pongo un mensaje por el otro grupo por si se han quedado preocupados por cómo ha salido Ryan de allí.

Son más de las tres de la mañana cuando aparca su *pick-up*. La playa ya está desierta, pero eso no lo detiene. Me quito los tacones y los dejo en el coche. Caminamos juntos hasta el embarcadero de madera que me enseñó hace ya un tiempo. Esta vez no nos quedamos bajo los tablones, sino que subimos por ellos y paseamos por la pasarela que forman por encima del mar.

Me detengo al llegar al final, apoyo los brazos en la valla de madera y miro hacia el infinito, al punto donde el mar y la noche se mezclan y se confunden, al limbo que separa la certeza de lo que somos de los sueños de lo que queremos llegar a ser. Ryan se coloca a mi lado, pero él no mira hacia delante, sino que clava sus ojos en mí.

—¿Por qué me has estado evitando? ¿Fue por nuestro beso?

—No sé. Quizá —admito. Permanezco callada unos instantes, hasta que me atrevo a continuar—. ¿De verdad crees que te besé solo por tacharlo en una lista, Ryan? ¿Crees que soy de las que juegan con las personas, sin

importar nada más?

—No, sé que no eres así, Valerie.

Abro los ojos y me giro para mirarlo, anonadada.

—Es la primera vez que dices bien mi nombre.

—He estado practicando. Es complicado de pronunciar
—dice con una sonrisa.

—Gracias por venir esta noche, Ryan.

—Para eso estamos los amigos. No importa las peleas que tengamos o si estamos enfadados, si me necesitas, siempre voy a estar.

—Entonces, háblame. Cuéntame algo, cualquier cosa. Quiero ver amanecer desde aquí.

Capítulo 32

RYAN

—Ya casi he preparado todos los dormitorios para cuando vengan mis hermanos la semana que viene —digo, porque no se me ocurre qué más comentar.

Me he quedado sin palabras. Nunca he visto a Valerie tan vulnerable y no sé qué le ha pasado exactamente, pero no me gusta que esté tan afectada. Parece como si tuviese un botón que de repente le dijese que no es tan fuerte como se cree. Pero sí que es fuerte, aunque no termine de darse cuenta.

—Lo siento —se disculpa—. Te prometí que te ayudaría y no he hecho nada.

—No te preocupes, esta semana he tenido tiempo y me he mantenido entretenido. Andrew también me ha echado una mano. Además, todavía queda trabajo que hacer.

—¿Tienes ganas de ver a tus hermanos?

—Claro que tengo ganas. Sobre todo, a Oli. Echo mucho de menos a ese pequeñajo.

—Tengo ganas de conocerlos.

—Y yo de que los conozcas. Kylie tiene sus cosas, pero es buena chica. Oli es un pequeño amor. Ese niño se gana a cualquiera.

—¿Se parece a ti?

—No mucho. Kylie y yo salimos a mi madre, pero él es un calco de mi padre. Bueno, eso físicamente.

—¿Y en personalidades?

—Ahí creo que el único que salió a mi padre fui yo.

—¿La música?

—Todo en general, pero sí, eso también. Mi madre cantaba y componía, pero el músico de mi casa era él.

—¿Me cantas algo? —pregunta entonces.

Apoya solo un codo en la valla y se gira para quedar de

frente a mí. Muestra una pequeña sonrisa, algo tímida quizá, y no sé cómo negarme a eso. A veces creo que sabe qué gesto poner en cada ocasión para conseguir lo que quiere. Quizá sea solo yo, que me convence con poco.

—¿Sin guitarra ni nada? Me cuesta más cuando no voy acompañado.

—Solo tu voz.

Nunca me ha dado vergüenza cantar, aunque es cierto que me siento un poco más intimidado al hacerlo sin mi instrumento. Si a eso le sumo la mirada penetrante de Valerie, empiezo a creer que no me saldrá la voz. Pero sale, y ni siquiera estoy desafinando.

—*So close no matter how far. Couldn't be much more from the heart. Forever trusting who we are, and nothing else matters...*

No me interrumpe hasta que acabo y, cuando lo hago, solo cierra los ojos y sonrío aún más.

—Me encanta tu voz. ¿Alguna vez pensaste en ser cantante?

—No. Es algo que me gusta, pero no tenía esa vocación.

—¿Compones?

—He compuesto alguna canción, pero nada bueno.

—Seguro que no son tan malas.

—Créeme, lo son —le aseguro. No es falsa modestia, de verdad lo veo así—. En mi casa componía mi madre y después mi padre creaba sus canciones.

—¿En serio?

—Sí, ella era una maga de las palabras. Creaba pura poesía y, aunque no tenía tan buena voz como él, cuando las cantaba ella sonaban mejor. Sus metáforas eran preciosas, su forma de unir las palabras para darles un significado nuevo.

—¿Sobre qué escribía?

—Sobre cualquier cosa. El amor, el hogar, la amistad, los sueños, la familia. Hizo una canción para este lugar también, o sobre cómo era su vida de pequeña. A veces, cogía sus palabras favoritas y hacía canciones con ellas.

—¿Tenía palabras favoritas?

—Varias, sí. Olvido, distancia, inefable, sempiterno.

—No te rías, pero no sé qué significan las dos últimas.

—Sempiterno es que durará siempre. Que, aunque haya tenido principio, no tendrá fin. Inefable era su favorita. Significa que algo es tan increíble que ni siquiera lo puedes explicar con palabras.

—Me gusta esa —confiesa—. Son palabras bonitas.

—Ojalá es la preferida de Kylie. Le gusta lo que implica, la capacidad de desear algo tan profundamente. Ella tiene muchos ojalás, algunos de ellos imposibles, y creo que es eso lo que le hace amar tanto la palabra.

—Nunca lo había pensado así, pero quizá sea también la que más me gusta a mí.

—Serendipia era la favorita de mi padre —continúa—.

—Eso sí sé lo que es —apunta ella—. Hallazgo afortunado e inesperado que encuentras cuando estabas buscando otra cosa. Vi la película.

—Mis padres se conocieron por casualidad. Mi madre siempre dijo que era una serendipia.

—¿Crees que cuando nosotros nos conocimos fue eso, una serendipia?

No contesto enseguida. Me quedo pensativo, tratando de asimilar el porqué de su pregunta. Todavía tengo sus ojos clavados en mí, y su mirada es tan profunda que siento como si estuviese dentro de mí, o yo dentro de ella.

—Fui a España para hablar con mi abuela porque necesitaba que nos dejase vivir en su casa de Canberra y a la vuelta te encontré a ti. Supongo que sí, que podría serlo.

—¿Y cuál es la tuya? ¿Cuál es tu palabra favorita?

—*Mamihlapinatapai*.

—¿Mami qué?

—*Mamihlapinatapai* —repito, más despacio—. Describe una mirada entre dos personas, cada una de las cuales espera que la otra comience una acción que ambas desean pero que ninguna se atreve a iniciar.

No le digo que también he percibido esto con ella. Ahora mismo, sin ir más lejos, cuando siento su cara tan

cerca, su mirada abrasándome, sus labios a escasos centímetros de los míos. Y no es la primera vez. He tenido ganas de besarla desde aquella noche en la que bailó *Natural* bajo la lluvia.

Sus ojos son hipnóticos. Toda ella lo es. Valerie es preciosa de por sí, pero hoy, con ese recogido de mechones sueltos, ese vestido verde que le resalta la figura y ese brillo en su mirada, está espectacular. Veo cómo baja los ojos hacia mis labios y trago saliva. Tengo la necesidad de tocarla, de sentirla bajo el tacto de mis dedos. No me atrevo del todo, así que utilizo la excusa de los mechones que se han desprendido de su peinado para colocárselos detrás de la oreja.

Valerie cierra los ojos y yo no retiro la mano. Al contrario, llevo la izquierda a su otra mejilla y siento cómo se acaricia contra mi piel. No puedo contenerlo más y me lanzo a besarla. Entreabre la boca y me devuelve el beso. No es como el otro, el que nos dimos en la playa. Este es mucho más lento, más sentido. Pone sus brazos alrededor de mi espalda y deja que su lengua baile con la mía. Se entremezclan en una suave danza al ritmo de un *ballet* que no suena, de un fuego que no arde.

Se separa despacio, aún con los ojos cerrados. Cuando los abre y me mira, siento una explosión en mi interior. Sentir algo por Valerie no entraba en mis planes, pero tampoco encuentro la forma de pararlo.

—¿Qué hacemos, Ryan? —pregunta, al igual que cuestioné yo cuando nos besamos en la playa.

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Solo sé que me gustas, que me gustas mucho y no puedo seguir fingiendo que solo eres mi amiga.

—En unos meses me iré —dice—. ¿Qué haremos entonces?

—Lo sé. Sé que te irás al otro lado del mundo y que es poco probable que nos volvamos a ver, pero quizá sea mejor haberlo vivido que haberse quedado con las ganas.

—Eso no funciona como dicen. A veces es mejor

arrepentirse de las locuras que no cometes que de las que sí, porque los recuerdos reales duelen más que los imaginarios. No es lo mismo pensar en ti sabiendo que me he perdido el estar contigo a sufrir sabiendo que lo tuvimos y se rompió.

—No puedo decirte nada; puede que tengas razón en eso. Yo estoy dispuesto a arriesgarme, a vivir lo que quiera que sea esto y exponerme a lo que venga después. Pero te entiendo y puedes decidir lo que quieras.

—¿Por qué estás tan convencido?

—Porque sé lo que siento cuando estoy contigo y, por mucho que he tratado de ignorarlo, no he podido hacerlo. No consigo sacarte de mi cabeza.

No esperaba abrirme esta noche. Ni siquiera esperaba que estuviésemos juntos después de tanto tiempo evitándome. Puede que haya sido estar en mi lugar especial o, simplemente, que las conversaciones nos han guiado hasta aquí, pero me siento mejor ahora que lo he sacado todo. Se queda un rato en silencio, pensativa. Después se acerca para besarme de nuevo, aunque es un beso muy diferente. Como de despedida.

—Lo siento, pero aun así no puedo. Necesito demostrarme que sé estar sola, que no dependo de una relación para poder ser feliz. Quiero que sigamos siendo amigos, y ya veremos cómo sale esto.

—Amigos —repito despacio. No era lo que esperaba, pero es su deseo y lo respeto—. Está bien, Valerie.

—Solo necesito tiempo —puntualiza—. Y Ryan, llámame Valeria.

—¿Por qué? ¿No te gusta tu nombre?

—No es eso. Todos me llaman Valeria o Val. Valerie es una cosa solo tuya, me gusta cómo suena cuando lo dices. No quiero que eso cambie.

—Valeria, entonces —digo tras recuperar la sonrisa.

Me ha costado aprender a pronunciarlo, pero no importa. Si prefiere que la llame así porque es algo solo mío, eso es mil veces mejor.

Capítulo 33

VALERIA

El día se aprovecha mucho más cuando madrugas tanto como lo he hecho yo hoy. He salido a correr, he ido a clase de inglés y después he desayunado con las chicas. Emily ha venido con nosotras y por fin se han conocido todas. Han hecho buenas migas, así que es probable que repita.

Me ducho y, cuando termino de vestirme, llamo a Noel para hablar un rato con él. Allí es tarde, pero me ha avisado de que está despierto. Contesta a mi videollamada enseguida y, para mi sorpresa, veo que está todo el grupo en pantalla.

—¡Hola! —exclaman al unísono.

—¡Hola! —saludo también, sin poder ocultar la sonrisa.

Parece que han quedado a cenar y se han extendido con la sobremesa, porque aún quedan los platos del postre y el café. Contemplo a todos, uno por uno. Leo, Lucía, Cristian, Andrea, Claudia y Noel. No me he dado cuenta de lo mucho que los echo de menos hasta este instante, que por fin los estoy viendo. Apenas llevo dos meses en Cairns, pero mi concepto del tiempo aquí no es como el de allí.

—¡Hola! —saluda también Emily a mi lado.

Hago las presentaciones, aunque mis amigos españoles ya la conocen por los vídeos.

—Qué bien te sientan esas trencitas, Val —suelta Cristian. Claudia le da un codazo y lo fulmina con la mirada, pero después ríen los dos—. No le tiraba los trastos, solo era un apunte —protesta él.

—¿Qué tal por allí? —interviene Andrea—. ¡Cuéntanos cositas!

—¿Cómo llevas las locuras? —pregunta Lucía.

—Sí, ¿has hecho ya las mías? —quiere saber Leo.

—¿Y las mías? —inquiere Cristian, divertido.

Pronto se convierte en un caos con todos hablando a la vez, Emily incluida. Ni siquiera me importa no estar enterándome de nada, porque volver a hablar con todos me hace más feliz de lo que podría imaginar, aunque eso no pienso decírselo a ellos.

—¿Qué tal tu experiencia con el tiburón? —pregunta Noel, y se hace un silencio.

Ya hablé con él después de que me llamase tras ver el vídeo, pero imagino que hubo una preocupación generalizada.

—No hubo ningún problema —repito por millonésima vez la misma historia—. Me puse a salvo enseguida.

—Solo tú puedes contar de forma tan aburrida un ataque de tiburón —protesta Claudia.

—No fue un ataque.

—Pues háblanos un poco de Ryan, a ver si ahí le pones más interés.

—Os daré detalles en unos días —digo sin más.

Siento todas las miradas clavadas en mí a través de la pantalla.

—¿Qué, qué ha pasado? —indaga Emily. Estamos hablando en español y ella no lo entiende, pero no todos mis amigos hablan inglés con fluidez.

—Le han preguntado por Ryan y ha dicho que informará en unos días —suelta Noel.

Emily suelta un grito de asombro y emoción y se lleva la mano a la boca.

—No voy a dar más detalles por ahora —anuncio—. Es mi última palabra.

—Entonces, deja que te digamos que tenemos una sorpresa para ti —empieza mi mejor amigo, con ese brillo tan suyo asomando en sus ojos.

—¿Qué sorpresa?

—No tan fácil, vas a tener que adivinarlo... —informa.

—¡Vamos a volar a Sídney! —exclama Andrea.

—¡Se supone que íbamos a darle emoción!

—Lo siento, no podía esperar para decírselo.

—¿En serio vais a venir? ¿Quiénes? ¿Cuándo? ¡Tengo que coger el vuelo!

—La semana que viene, estaremos ocho días. Solo vamos Andrea y yo.

—Sí, los demás tenemos trabajo —anuncia Leo.

—O no somos tan ricos como para poder ir a Australia —interviene Lucía—. Mi economía se puede permitir más bien Toledo o Asturias.

—Son grandes destinos también —digo.

—Todos los destinos son buenos, siempre y cuando se viaje —suelta Noel.

Terminamos de concertar todo para su estancia en Australia y charlamos un rato más, hasta que finalmente tenemos que colgar. La noticia me ha dejado con el corazón acelerado y la cara radiante de felicidad y eso, sumado a que por fin voy a conocer a Oli y a Kylie, me dejará de buen humor para todo el día.

Capítulo 34

RYAN

Me muevo inquieto de un lado a otro, mirando el reloj cada pocos minutos. Estoy en el aeropuerto para recoger a mis hermanos y tengo tantas ganas de volver a verlos que los segundos me parecen eternos.

Los busco cuando empiezan a salir los primeros pasajeros. Veo a Kylie, que empuja dos maletas de cabina. Oli va a su lado, con una pequeña mochila del Capitán América en su espalda.

—¡Papá! —grita nada más verme.

Sale corriendo hacia mí y me agacho para cogerlo cuando me abraza. Lo estrecho con fuerza, como si pretendiese darle en ese abrazo todos los que no nos hemos dado en todo este tiempo. Kylie no tarda en llegar a nosotros y la acerco también. Paso un brazo por su espalda y la beso en la mejilla. He extrañado más a mi hermano pequeño, pero ella también me hace falta.

—¿Qué tal ha ido el vuelo?

—Bien, se ha portado muy bien —responde ella—. Hemos desayunado en el avión.

—¡Sí! —exclama Oli—. Me he tomado todo todo.

—¿Sí? ¿Qué has tomado?

—Un zumo, un cruasán de chocolate y un yogur.

—¿Todo eso?

—¡Sí! Kylie dice que voy a ponerme fuerte y a crecer más si me como todo, y yo quiero ser grande como tú.

—Tiempo al tiempo, aún eres pequeño. No quieras crecer tan rápido —digo.

Aunque, en realidad, soy yo quien no quiere que crezca rápido. Estos tres años parece que han pasado volando y Oli ha dejado de ser un bebé para convertirse en un pequeño hombrecito que ya no me necesita para todo. Sé

que es ley de vida, pero eso no lo hace menos duro.

—¿Vamos a casa? —propone Kylie—. Quiero dejar las cosas.

—Claro, vamos. He aparcado cerca.

Oliver no deja de hablar durante todo el trayecto, contándome todas las anécdotas que tiene desde que no nos vemos. Algunas ya las sé porque me las dijo por teléfono, pero no lo interrumpo. Dejo que hable sin parar. Me encanta escuchar esa vocecilla dulce que tiene y ese entusiasmo que lo caracteriza.

—¿Tienes ganas de ver dónde vas a dormir? —pregunto cuando aparco el coche.

Kylie se queda paralizada, mirando hacia nuestro hogar. Hace años que no viene, desde poco después de que murieran nuestros padres y nos tuviéramos que trasladar a Canberra. Por fuera, la casa está casi como estaba entonces. La hierba del jardín delantero, el pequeño porche de madera, con su mesa y sus sillas alrededor. He restaurado el columpio y vuelve a colgar de una de las ramas del árbol. Ya no hay plantas ni ningún tipo de decoración, pero, por fuera, sigue siendo lo mismo. Le falta ese toque de vida que le ponía mi madre. Le falta su esencia, eso que diferencia una vivienda de un hogar.

—¡Quiero ver mi cuarto, quiero verlo! —chilla Oli.

Está inquieto y nervioso, pero mi hermana ahora me necesita más.

—Espera en el columpio. Lo he puesto para ti, ya verás qué chulo es —le digo, y obedece enseguida—. ¿Estás bien, Ky? Sé que es duro, pero sigue siendo nuestra casa.

—Lo sé. Es solo que... parece distinta.

—Está distinta —confirmo—. No quiero hacer que sea igual, porque no lo es.

—Lo sé —repite, y no dice nada más.

—He reformado las habitaciones para que podáis instalaros. Arreglé tu antiguo dormitorio porque pensé que preferirías ese antes que el de papá y mamá.

Mi idea original fue otra, pero terminé por hacerlo así.

Creo que es lo mejor para todos.

—Gracias —responde sin apartar la mirada todavía de la casa—. Será mejor que entremos. No creo que nunca esté preparada, así que vamos a dejar las maletas, a terminar con esto cuanto antes y a pasar el día fuera de esta casa.

—Me parece bien. Iremos donde queráis.

—Me apetece pasear por Palm Cove. Ver donde trabajas, la tienda de Emily. El mar.

—¿Estás segura...?

—Sí.

No digo nada más. No sé si Kylie está preparada para ver a Andrew, pero tengo que confiar en ella. Hace más de dos años que se lo ha vuelto a ganar. Tengo que valorar su sacrificio y esfuerzo y demostrarle que estoy para ella, que todo fue una mala racha y no algo permanente, que no voy a dejar de estar a su lado porque se quebrara una vez.

Dejo que se pierda en el interior de la casa y yo voy con Oli, que sigue en el columpio. Jugué tantas veces de pequeño con mi padre empujándome detrás que todavía siento cómo se me encoge el corazón cuando lo miro. Me gustaría que Oli hubiese podido tener lo mismo, pero no puede ser.

—¿Qué te parece si vamos a ver dónde vas a dormir tú?

—¡Sí, vamos!

Resulta extraño que un niño de cinco años vaya a dormir en el dormitorio más grande de toda la casa, pero es lo más sencillo. No va a sentirse extraño ni triste, porque él ni siquiera recuerda a nuestros padres. Sé que es un recuerdo doloroso, de esos que se aferran en lo más profundo de tu alma y se quedan contigo para siempre. Que te cambian desde dentro, se retuercen en tus entrañas y modifican tu futuro, tu presente e incluso tus sueños. Y, sin embargo, no me cambiaría por Oli. No olvidaría a mis padres con tal de ahorrarme este sentimiento.

Subimos juntos al piso de arriba y le muestro su nueva habitación. Las paredes ahora son blancas con franjas azules y la lámpara tiene un dibujo infantil. En una de las

paredes, Valerie ha dibujado unas pequeñas tortugas bobas sobre un fondo marino. Yo las tuve de pequeño y quería que él también pudiera verlas. Tengo que admitir que las de Valerie son infinitamente mejores que las que me dibujaron a mí.

Hay una cama pequeña de madera, con un armario grande y una mesa con dos sillas de niño. He puesto algunos peluches y juguetes para que tenga con qué entretenerse, y le he dejado folios y colores para que pueda dibujar. Aún se ve un poco vacía porque la mayoría de sus juguetes están en Canberra, pero eso cambiará cuando se mude aquí definitivamente antes de empezar el curso que viene.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! —exclama, y viene a darme un abrazo.

—Cuando te vengas a vivir aquí, traeremos todas tus cosas. La ropa, los juguetes..., todo.

—¿Voy a vivir aquí?

—Los dos juntos, sí. ¿No te gusta esta casa?

—No sé —responde, y veo la duda en su cara—. La casa nueva me gusta también.

—Lo mejor de esta no es lo que hay dentro, sino lo que hay fuera.

—¿Qué hay fuera?! —exclama, lleno de curiosidad.

—¿Te acuerdas de cuando vimos la película *Buscando a Nemo*? —pregunto. Oli asiente con la misma sonrisa que ponía mientras repetíamos una y otra vez la cinta durante una semana—. Pues todos esos peces están aquí.

—¿Tienes a Nemo en la casa?

—No, en la casa no. —Se me escapa una carcajada—. Están en el mar. En Cairns está la Barrera de Coral. También hay cocodrilos, y muchas cosas más que irás descubriendo cuando te mudes aquí.

—¿Hay dinosaurios?

—No, Oli. Eso hablamos que ya no existen.

—Jo, yo quiero ver dinosaurios —protesta. Hace una pausa y luego me mira, más serio—. ¿Kylie vendrá también?

—Eso tendrá que decidirlo ella.

—Entonces, ¿ya no viviremos los tres juntos?

—Depende de dónde quiera trabajar. Tanto si viene con nosotros como si no, tú y yo vamos a pasarlo muy bien aquí. Ahora trabajo en el mar y voy a llevarte conmigo para que aprendas el deporte acuático que quieras.

—¡Bien! —exclama, emocionado. Al menos, se ha olvidado de momento del tema de Kylie—. ¿Y Marshall puede venir? —Pregunta por su pequeño peluche de cangrejo.

—Marshall el primero.

—No, yo el primero. Marshall después.

—Vale, pues tú primero y él segundo.

—¡Bien!

—Ya estoy lista —anuncia Kylie desde la puerta.

Se ha cambiado y se ha hecho una coleta. No me pasa por alto que no entra en la habitación, pero sus ojos se abren por la sorpresa cuando descubre que ahora es un dormitorio infantil.

—Pues entonces, nos vamos.

Coloco a Oliver en la silla del coche y Kylie y yo nos ponemos delante. Mi melliza va muy callada y no sé si es por Andrew, por cansancio o por el impacto de haber visto tan cambiada nuestra casa de toda la vida. Trato de darle conversación preguntándole por la carrera, por sus amigas, por su pareja y por su vida. Me responde sin explayarse, así que al final le concedo el silencio que tanto quiere y solo escuchamos a Oli canturrear en el asiento de atrás.

Bajo del coche cuando llegamos a Palm Cove y cojo al pequeño para ir a la playa. Aún queda un rato para la hora de comer y voy a enseñarle en qué trabajo aquí. Kylie se queda en el coche, quieta y en silencio.

—¿Vienes? —pregunto.

—Antes voy a hacer otra cosa, ahora nos vemos.

Dejo que se marche y yo me voy hacia la playa. Ponemos las cosas en la arena, nos desvestimos y lo llevo hacia Adam, el monitor que está trabajando ahora mismo.

—Hola, Ryan —saluda. Después se agacha y le pone la mano a mi hermano para que le choque los cinco—. Hola, Oli. Vaya, Ryan, me dijiste que era más pequeño pero es enorme. ¿Seguro que es un niño?

—Soy un niño, pero soy el más alto de mi clase junto con Mark, pero yo soy más rápido —añade, como si fuese un dato relacionado. En la vida de los pequeños seguro que lo es.

—Y, además de rápido, ¿eres valiente?

—Sí.

—Entonces, ¿quieres probar algo muy divertido en el agua? Te tiene que dejar Ryan.

—¿Puedo, puedo, puedo?

—Claro, pero lo haremos juntos.

—¡Bien! Papá siempre dice que es más divertido si lo hacemos juntos —dice con una sonrisa de oreja a oreja.

Adam me mira sorprendido. Él sabe que Oli no tiene padre, lo que no sabe es que se refiere a mí.

—Oli, ya te he dicho que yo no soy tu padre, soy tu hermano —lo reprendo—. Venga, vamos a coger la tabla.

Cojo una de *paddle surf*, que creo que es lo más seguro y sencillo para él. El mar hoy está tranquilo, sin demasiadas olas ni corrientes. Le coloco unos manguitos para que flote con más facilidad y nos vamos al agua.

—Vas a hacerlo como los mayores —le digo—. ¿Quieres?

—¡Sí! —exclama.

Sí que es valiente. Me recuerda un poco a Valerie, que se atreve con todo. Nos quedamos cerca de la orilla, donde cubre poco. Se pone de pie sobre la tabla y yo me coloco a su lado, en el agua. Lo sujeto de la cintura para ayudarlo a mantenerse porque, por muy valiente que sea él, a mí me da miedo que le pase algo. Nos movemos juntos, despacio. Oli cree que está avanzando solo, pero soy yo quien empuja la tabla.

—¿Cómo lo haces tan bien? ¡Pareces un campeón! —lo animo.

—Mira, es fácil. Solo tienes que ponerte de pie así y aguantar. Lo más difícil es cuando viene la ola, pero entonces te agachas un poquito y ya no te caes.

—¿Me enseñarás?

—Sí, claro, y así lo haremos juntos.

Las risas de Oli cada vez que una ola lo mueve o que está cerca de irse al agua me llenan el alma. Quizá él necesite que lo sujete para no caerse, pero yo lo necesito feliz para mantenerme en pie. No sé cuánto tiempo estamos así, hasta que alguien me sorprende a mi espalda. Me giro para ver a Valerie, con un bikini azul y una sonrisa impresionante. Sin soltar a mi hermano, saludo con la cabeza y sonrío también.

—No sabía que llegarías tan pronto —comento.

—He terminado antes, pero no quiero molestar. Me quedaré fuera mientras.

—No molestas —contesto en el acto.

—¿Eres una amiga de papá? —pregunta Oli.

Da igual las veces que lo corrija, él sigue empeñado en llamarme así.

—Sí, lo soy.

—¿Tú también quieres que te enseñe a ponerte de pie en la tabla?

—A mí eso me da miedo —dice Valerie—. Hay que ser muy valiente para subirse ahí. Además, parece muy difícil, ¿no te caes?

—Nunca me he caído —asegura con una sonrisa—. No pasa nada si te da miedo, es normal.

—No le hagas caso —le digo a Oli—. Valerie es muy valiente también, es la única persona que conozco capaz de hacer cualquier cosa sin pensárselo siquiera.

—Hay cosas que me dan miedo, y mucho. Quizá no subirme a una tabla o saltar al mar, pero las importantes, las que de verdad pueden herirme, esas sí las pienso. Demasiado, incluso.

Sé perfectamente a qué se refiere y no se lo discuto. Eso es precisamente lo que nos pasa a los dos. No es solo el

miedo de lo que pueda pasar entre nosotros, está más allá del amor. Es el miedo de no saber cómo afrontar nuestro futuro, de no saber qué hacer con nuestras vidas. De perdernos y encontrarnos cuando ya sea demasiado tarde.

—A mí no me da miedo nada —dice Oli, ajeno a lo que realmente ha querido decir.

Valerie se ríe y le revuelve el pelo.

—Luego me enseñas a hacerlo, ahora disfruta de tu hermano —se despide del pequeño—. ¿Os parece si comemos aquí en la playa?

—¡Sí! ¿Podemos, papá, podemos?

—Si Kylie dice que sí, entonces podemos.

—Pues voy a preguntarle y a prepararlo todo —comenta. Hace un amago de irse, pero se gira de nuevo con una sonrisa en los labios.

—¿Y esa cara de felicidad? —indago.

—He hablado con Noel. ¡Van a venir a Sídney! Van a ser solo unos días, pero ¡tengo tantas ganas de verlos! —exclama.

—¡Qué buena noticia! —me contagio de su alegría—. ¿Cuándo vienen?

—La próxima semana. Me da miedo el avión, pero el destino merecerá la pena. Ojalá pudieras venir conmigo —suspira.

—Si quieres que vaya, puedo intentarlo.

—No hace falta, Ryan. No quiero ponerte en un compromiso solo porque yo necesite que alguien me dé la mano en el avión —suelta, y se ríe.

—No es eso, aunque ya sabes que mi mano está siempre disponible para ti. Andrew tiene que hacer varias gestiones, una de ellas es en Sídney. Me pidió que me encargara yo. Solo tenemos que hacer que coincidan en el tiempo. Después yo tengo otros compromisos en Adelaida, pero puedo salir desde allí.

—¿En serio? ¡Eso es genial!

—Lo intentaré, pero aún no puedo prometer nada.

—Andrew es fácil de convencer —comenta y vuelve a

poner su sonrisa de medio lado—. Voy a hablar con Kylie y a gestionar la comida.

Sé que intenta dejarnos tiempo a solas para que disfrute de él, pero no me hubiese importado que se quedase con nosotros. La posibilidad de viajar juntos a Sídney hace que solo pueda pensar en eso. Oli le da un beso antes de que se vaya y ella se sorprende. Aún no lo conoce, pero es el niño más cariñoso de toda Australia.

Nos quedamos un rato más, hasta que a los dos nos da hambre y decidimos salir para secarnos. Le enseño que tenemos que limpiar la tabla y dejarla recogida, porque no todo es la diversión, sino que también están el cuidado y la responsabilidad.

—Vamos a comer dentro de poco —nos informa Kylie.

No tiene buena cara y no sé si será por Andrew, pero decido no preguntar. Hace tiempo que aprendí, por las malas, que no debía meterme en esa relación.

—Vale —responde Oli—. Tengo hambre.

—Tu amiga Val y Emily han preparado todo.

—Nosotros ya estamos listos. ¿Viene Andrew?

—Tiene trabajo —comenta sin más—. No me has hablado casi de ella —dice entonces y, por primera vez desde que llegamos a Palm Cove, sonrío.

—Pensaba hacerlo hoy, cuando la conocieras.

—¿Y para ti es solo una amiga?

—No.

—¿Es tu novia?

—Tampoco.

—¿Entonces?

—Es demasiado complicado —respondo—. Vamos a comer, ya me dirás qué te parece cuando la conozcas un poco más.

—Es guapa —opina Oli.

—Lo sé.

—Y guay —añade—. A mí me gusta.

—Pues ese es el primer paso, pequeña tortuguilla.

—Y ahora voy a conocerla yo, que será el segundo —

suelta Kylie.

Somos mellizos, eso crea una conexión entre nosotros difícil de explicar. Es más que ser hermanos normales, es como compartirlo todo. Me pone nervioso la opinión que pueda tener de ella porque mis hermanos son lo más importante y *necesito* que se lleven bien. Valerie se gana con facilidad a la gente. Lo hizo con Emily, con mis amigos y también conmigo. Kylie es un hueso duro de roer, pero sabe que esto es importante para mí. Quiero disfrutar de todos juntos y que se conozcan, así que tomo en brazos a Oli y sigo a mi hermana hasta nuestro destino.

Capítulo 35

VALERIA

Me han bastado dos horas para enamorarme profundamente del pequeño Oli. Es un niño adorable, lleno de imaginación y de vida, que idolatra a sus hermanos mayores. Me resulta curioso que llame papá a Ryan, sobre todo porque a Kylie no le dice mamá, pero no quiero meterme ahí.

—¿Quieres dar un paseo conmigo? —me pregunta la hermana de Ryan.

Intercambian una mirada y después se centra en mí. Creo que está preocupado, pero no hay motivo. Le muestro una pequeña sonrisa y asiento.

—Claro, eso suena genial.

—En un rato volvemos —informa al resto—. Oli, pórtate bien.

—Siempre.

—¡Vamos a jugar! —propone Emily.

Kylie y yo nos alejamos rumbo al embarcadero, y me sorprende cuando nos paramos justo ahí, debajo de la estructura de madera. Se sienta en la arena, tan cerca de la orilla que los pies se le mojan cuando se acercan las olas más temerarias. Miro hacia arriba, hacia la esquina donde hace apenas tres noches Ryan y yo nos besamos, y el corazón se me acelera. Después, me siento a su lado.

—No quería pasear, sólo conocerte mejor —confiesa de forma directa.

Sonrío. Me gusta su sinceridad y su forma de ser tan decidida.

—Me parece bien.

—Me gusta este sitio —dice. Echa la cabeza hacia atrás y respira, como si tratase de robar la tranquilidad que da este rincón de la playa e inhalarla solo para ella.

—A tu hermano también.

—Lo sé. Nuestros padres nos traían aquí cuando éramos pequeños. Quizá por eso nos guste tanto.

—Los lugares especiales son aquellos que nos traen buenos recuerdos.

—¿Qué hay entre tú y Ryan? —pregunta sin rodeos—. No quiero sonar a entrometida, pero sí quiero saberlo y, aunque no te conozca todavía, algo me dice que será más fácil contigo que con mi hermano.

—Fue la primera persona que conocí en Australia. De hecho, nos conocimos en el avión —empiezo—. Somos buenos amigos.

—A él le gustas, Val.

—Lo sé —afirmo, y no quiero sonar soberbia, pero no deja de ser verdad.

Frunce el ceño y gira la cabeza para poder mirarme.

—Me refiero a que le gustas mucho —añade—. Él no va a decírtelo, no va a...

—Me lo ha dicho, Kylie —la interrumpo—. El otro día, justo aquí, en este embarcadero.

—Eso sí que me sorprende.

—¿Por qué?

—Ryan es muy cerrado. Mucho. Le cuesta abrirse, expresar sus sentimientos. Ni siquiera conmigo lo hace, no desde hace tres años.

—Desde que murieron vuestros padres —adivino.

—Sí. Eso fue el principio de todo. El principio del fin — repite con una sonrisa tan triste que, a pesar de que no la conozco, a pesar de que no sé por lo que ha pasado, consigue transmitirme su dolor—. Fue el desencadenante, pero no lo único.

—¿Claire? —pregunto casi con miedo.

—¿Te lo ha contado?

—No —respondo con sinceridad—, pero sí me ha hablado de ella.

—Creo que es algo que debería decirte él, pero no va a hacerlo. Ryan es de las personas que se guardan todo

dentro. Lo malo de no dejar salir los sentimientos es que terminan por asfixiarte. Ven, vamos a pasear de verdad. Es una larga y triste historia.

Kylie se pone en pie y se encamina hacia la parte de arriba. La sigo en silencio, dejando que empiece cuando esté preparada y sin poder ocultar que siento curiosidad por saber lo que tiene que contarme.

—Ryan y Claire se conocieron en la carrera. Los dos estudiaban Biología Marina de una forma tan apasionada que creo que eso fue lo que los unió.

—No sabía que Ryan estudiara eso —confieso.

Nunca me ha dicho siquiera que fuese a la universidad. De hecho, ahora que lo pienso, sé muy poco acerca de él. Le he hablado sobre Álvaro, sobre Noel, sobre mis padres y sobre toda mi vida. Intento recordar algún momento donde haya sido él quien se haya abierto, pero no lo consigo. Ni siquiera algo tan simple como sus estudios. Me siento un poco decepcionada al darme cuenta. No parece que confíe en mí. Trato de desechar la idea. Ryan es tímido, cerrado. Le cuesta abrirse y hablar sobre sí mismo. Incluso su hermana lo dice.

Ahora entiendo todo lo que sabe sobre biología. Me ha hablado de las tortugas, de los tiburones y de un sinfín de cosas más. Nunca lo relacioné, pero tiene sentido.

—Lo dejó a falta de dos asignaturas, cuando nuestros padres murieron —continúa Kylie—. Él y Claire llevaban cinco años, desde primero. Tenían muchos planes de futuro. Muchos —añade, y me dedica una significativa mirada.

—¿Qué planes?

—¿Te ha hablado Ryan de su barco? —pregunta en cambio.

—¿Ryan tiene un barco? —indago, y siento un pequeño pinchazo. Desde luego, no lo conozco para nada.

—Algo así. Nuestros abuelos tuvieron un catamarán en su juventud, pero lo guardaron y estuvo mucho tiempo sin utilizarse. Necesitaba reformas grandes. Ryan lo empezó a

reparar, pero tuvo que venderlo cuando empezamos a necesitar dinero.

—No sabía nada.

—Claire es de esas personas que lo planifica absolutamente todo. Todo. Hasta las comidas del mes.

Me siento un poco identificada porque, hasta hace bien poco, yo también era así. Ahora estoy intentando cambiarlo, pero entiendo esa sensación de querer manejar todo lo que va a suceder en tu vida. Lo bueno de poder controlar todo es que nada puede herirte. O, al menos, esa es la teoría.

—Con Ryan no iba a ser distinto —explica—. Tenían su plan de vida, punto por punto. Iban a terminar la carrera, reparar el barco y dedicarse a salvar a animales heridos para curarlos y devolverlos al mar. Incluso estaban prometidos. La boda iba a ser un año después de la graduación.

Ryan estuvo prometido. Ahora sí siento rabia. No por el hecho de que estuviera cerca del matrimonio, sino porque de verdad no sé nada sobre él. No me ha hablado de sus antiguas parejas, de sus estudios ni de sus sueños. No me ha hablado de nada importante.

—Y entonces murieron tus padres —trato de adivinar.

—Sí —asiente, y guarda silencio. Hemos llegado al borde de la parte superior del embarcadero. Kylie pierde la mirada en el mar y tengo la sensación de que ella misma se ha perdido en sus recuerdos—. Todo se fue al traste en ese momento.

—Lo imagino.

—Es una mierda que se vayan tan pronto —suelta—. A mí me afectó más, por eso Ryan tuvo que hacerse cargo de todo. De un día para otro se vio sin padres, con un bebé de un año y medio, una hermana problemática y sin ayuda para hacer frente a todo.

—Te tenía a ti —trato de ayudar—. A Claire, a sus amigos.

—Yo solo fui una carga más, te lo aseguro. Andrew sí

estuvo con él. La que se marchó fue Claire.

—¿Se fue? —pregunto sin entender.

—Eso no formaba parte de su plan —responde como si eso lo explicara todo—. Se lo dijo a Ryan, que ella no estaba preparada para tener que hacer de madre tan pronto, que lo que quería era irse en su barco con él, no quedarse en tierra para cuidar una familia que no era la suya.

Lo que antes he sentido no era rabia, sino decepción. Ahora sí que la siento. No entiendo cómo después de cinco años lo pudo dejar en su peor momento, cuando más la necesitaba. No entiendo cómo se puede ser tan egoísta, tan mala persona. Imagino a Ryan, con toda su vida destrozada en pedazos y sin nadie a su lado para poder enfrentarla, y siento lástima por él.

—Así que, en menos de un mes, mi hermano perdió a sus padres, sus sueños, su compromiso y su vida. Nadie te prepara para afrontar algo así, tienes que obligarte a sobrellevarlo como sea. No puedes imaginar lo increíble que es mi hermano. Por más que yo te cuente, es imposible. No sé de dónde sacó las fuerzas, pero las sacó. De verdad, Val, fue maravilloso. Dejó la carrera, buscó trabajo aquí con Andrew y al poco tiempo nos mudamos a Canberra para que yo lo tuviera más fácil. Se hizo cargo de Oli y lo convirtió en un niño adorable.

Me doy cuenta de que lo admiro. No todo el mundo tiene la capacidad de hacer algo así, de renunciar a todo para sacar adelante a tu familia sin ningún tipo de ayuda ni apoyo. No quiero ni imaginar lo que habrá sufrido Ryan, pero empiezo a entender un poco su forma de ser.

—Quiero que Ryan retome su vida, que entienda que lo suyo fue una coma, no un punto final. Yo voy a terminar la carrera este año y puedo hacerme cargo de Oli. Le quedan dos asignaturas solo, el barco sigue ahí. Claire no, pero no la necesita. El mar siempre ha sido su pasión y quiero que la recupere, Val. Por eso te cuento todo esto.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Hacerlo ver que no es tarde, que aún está a tiempo.

Las cosas no siempre salen como nosotros queremos, pero eso no quiere decir que tengamos que rendirnos. Quiero que Ryan viva. Sé que él te está ayudando a ti; ayúdalo tú también. Te aseguro que nadie lo merece más.

Capítulo 36

RYAN

Salgo al jardín cuando termino de organizarlo todo. Valerie está ahí, junto a Oli. El pequeño está subido en el columpio y ella lo empuja con suavidad desde atrás. Me quedo lejos, observando sin intervenir mientras ambos ríen. Siento una extraña paz. Supongo que esto es lo que imaginé que tendría con Claire. Excepto porque ella me dejó para no tener cargas y que Valerie y yo solo somos amigos.

—Entonces, ¿por qué llamas papá a Ryan y no a Kylie?
—pregunta.

—Todos mis amigos tienen papás —responde él, con total inocencia—. Mi amigo Will solo tiene mamá y Sarah tiene dos mamás, pero todos tienen uno por lo menos. Por eso Ryan es mi papá, porque yo también tengo que tener uno.

Me quedo paralizado, con el corazón encogido y el gesto descompuesto. Es tan injusto que Oli se haya perdido algo tan simple y natural como tener padres que ni siquiera puedo explicárselo para que lo entienda.

Valerie deja de empujar y se coloca delante de él. Se agacha para quedar a su altura y lo mira.

—Tú ya tienes papás, Oli. Que no puedas verlos y no estén aquí contigo no quiere decir que no existan. Ellos están en el cielo, cuidándote desde allí.

—¿Y no puedo tener papás en el cielo y a Ryan de papá aquí?

—Ryan es tu hermano, como Kylie, y a ella no le dices mamá.

—Will dice que papá y mamá son quienes cuidan de ti, y Ryan siempre cuida de mí, más que Kylie.

—Los hermanos también se cuidan entre ellos, toda la

gente que se quiere lo hace. No tienen que ser tus papás.

—Entonces, ¿no tengo que tener papá?

—Ya los tienes, Oli. ¿Quieres que te cuente un secreto? Pero me tienes que prometer que no se lo dirás a nadie.

—¡Sí!

—Mi papá también se fue cuando yo era pequeña. Ahora está en el cielo.

—Anda, como el mío.

—Sí, pero yo no tengo hermanos ni hermanas. Siempre quise tener alguno que cuidara de mí, como Kylie y Ryan cuidan de ti.

—¿No tienes a nadie?

—Sí, claro. A mi madre y a mis amigos.

—Yo también tengo muchos amigos, pero no creo que sea lo mismo.

—A veces, cuando la amistad es muy muy fuerte, esos amigos se convierten también en hermanos.

Oli coloca una mano en el hombro de Valerie y no puedo ver su cara porque él está de espaldas a mí, pero tengo la sensación de que sonrío.

—Yo puedo ser tu hermano si quieres, cuando seamos muy muy amigos. Así Ryan y Kylie también lo serán.

—Eso suena muy bien.

—Podemos hacer un trato —propone—. Al final del curso tengo una obra de teatro y yo soy un canguro. Tú ven a verme y entonces serás mi hermana.

—Acepto el trato.

Ahora soy yo quien sonrío. No solo porque sea la primera vez que Oli ha hablado de mí como un hermano en lugar de un padre, sino por la relación que están forjando. Quizá sea egoísta. Después de todo, ella terminará por desaparecer de nuestras vidas cuando su aventura termine y regrese a España. Y, sin embargo, no puedo sentir más que ternura de ver cómo lo que más quiero en el mundo se ofrece a ser la familia de Valerie para que no esté sola.

La chica se gira para mirarme, como si de repente

cayera en mi presencia. Me acerco de forma natural, simulando que acabo de salir de la casa. Oli salta del columpio y viene corriendo para abrazarme.

—¡Ryan! —exclama al verme.

No puedo ocultar la cara de sorpresa cuando lo escucho llamarme así. Miro a Valerie, agradecido, y ella solo sonríe. Adoro esa media sonrisa suya que siempre me dedica, pícara y bravucona. Nunca es más ella que en ese instante. Pero, cuando me sonríe como ahora, cuando las dos comisuras de sus labios se estiran un poco, sin llegar a enseñar los dientes, pero con el rostro radiante de felicidad... Esas sí que no las cambiaba por nada.

—¿Qué tal lo has pasado con Valerie?

—¿Puede venir al aeropuerto? —pregunta de vuelta—. Ahora somos mejores amigos, y los mejores amigos tienen que pasar mucho tiempo juntos y cuidarse los unos a los otros, como los hermanos y los papás.

—No sé, Oli, es un viaje largo y Valerie trabaja...

—No pasa nada, iré con vosotros a despediros —me interrumpe ella—. De verdad, no me importa —añade mientras me mira.

—Entonces, será mejor que nos pongamos en camino. Aún tenemos que pasar a por Kylie. ¿Sabes? —pregunto, y hago una pausa para tratar de darle emoción.

—¿Qué? —inquieta Valerie, nerviosa.

—He hablado con Andrew y... la semana que viene podemos ir juntos a Sídney.

Capítulo 37

VALERIA

Estoy nerviosa, pero esta vez no es solo por el avión, sino también por lo que me espera a la llegada. Noel y Andrea estarán allí y tengo tantas ganas de volver a verlos que el corazón me late a mil por hora.

Miro a Ryan, sentado a mi lado. La primera vez que volamos juntos, éramos perfectos desconocidos. Recuerdo que me dio vergüenza cogerle la mano, a pesar de que mis temores entonces eran mayores de lo que lo son en este momento. Ahora nos conocemos, debería ser algo más natural y, sin embargo, siento algo extraño ante la idea de volver a estrechar su mano. Supongo que lo de ser solo amigos después de los besos que hemos compartido tiene sus consecuencias.

Me remuevo inquieta en el asiento cuando los motores empiezan a ponerse en marcha. Me digo a mí misma que son ruidos normales, que no voy a morir de un momento a otro. He sobrevivido al no-ataque de un tiburón y a un río repleto de cocodrilos; un vuelo comercial tiene que ser pan comido.

Ryan se mueve a mi lado y, al final, es él quien coge mi mano y entrelaza sus dedos con los míos. El corazón deja de latirme de golpe y, después, vuelve a hacerlo a un ritmo más normal. Siento una repentina calma y no creo que haya sido solo porque alguien me ha dado la mano, sino porque ha sido *él*.

—Gracias —medio susurro mientras dejo que la tranquilidad me invada de nuevo.

—No voy a dejarte sola en esto, Valerie —asegura—. Mi mano está a tu servicio, no dudes en pedírmela cuando te haga falta.

—Me la pido para la vuelta —me anticipo—. Y para

todos los vuelos que hagamos juntos.

Ryan sonríe, pero no vuelve a decir nada hasta el despegue. Hubiese preferido que me hablase, que me distrajesen. Una vez estamos en el aire, me doy cuenta de que no he pasado tanto miedo como las veces anteriores. De nuevo, no sé si es porque me voy acostumbrando a la sensación de volar o porque está a mi lado.

—Los echas mucho de menos, ¿verdad? —me pregunta.

—Sí —contesto en el acto—. Estuve un tiempo separada de Noel, cuando se fue a Nueva York. Después de haber vivido juntos es diferente, no sé. Creo que me acostumbré a tenerlo cerca para siempre.

—Los amigos no se distancian porque se vean menos. Las verdaderas amistades sobreviven a los kilómetros, a los meses sin verse e incluso a no hablar a menudo. Lo que mata las relaciones son la dejadez y las traiciones, y no creo que eso vaya a pasar por ninguna de las dos partes.

—Lo sé, no temo perderlo como amigo. Es solo que me gustaría verlo más.

—Ahora tenéis toda una semana para estar juntos. Yo tengo que hacer negocios para Andrew, no os molestaré mucho.

—No seas idiota, tú no molestas nunca, Ryan. Quiero que los conozcas, que salgas con nosotros. Te gustarán.

—Está bien.

Me mira y me sonríe. No sé por qué piensa que puede ser una molestia, me gusta la idea de que venga con nosotros. Ryan me suelta la mano y, de repente, soy consciente de que continuábamos unidos. Hubiese preferido que no lo hiciera, pero no tiene sentido que sigamos así, con nuestros dedos entrelazados sobre mis piernas.

Al igual que hicimos en el otro viaje, no paramos de hablar durante las tres horas de vuelo. Siempre me sorprenderá que en estos aviones te pongan comida a pesar de que el trayecto sea corto. En Ryanair te cobran casi por respirar. Recogemos las maletas al aterrizar y nos dirigimos

a la salida. Noel y Andrea llegaron ayer, y hemos quedado en el apartamento que hemos alquilado. Ya no estoy solo nerviosa, ahora es una especie de histerismo el que se apodera de mí.

Por eso, cuando salimos de la zona de embarque y veo a mi mejor amigo ahí plantado con una sonrisa de oreja a oreja, salgo corriendo hacia él y me lanzo a abrazarlo. Me separa del suelo y da un par de vueltas conmigo. Me siento como una de esas parejas sacadas de una película navideña. Nosotros solo somos amigos, pero eso no quiere decir que nos queramos menos porque, aunque sean distintos, los sentimientos en la amistad son igual de fuertes que en el amor.

Abrazo también a Andrea, de forma menos efusiva, pero también cariñosa.

—¡Qué morena estás! —exclama ella.

—Paso bastante tiempo en la playa, aunque casi que voy más de noche.

—Tú debes de ser Ryan —dice Noel en inglés. No me he dado cuenta, pero estábamos usando mi idioma natal.

Ryan ha permanecido un poco alejado para darme intimidad en el saludo. Se acerca cuando mi amigo lo llama y saluda.

—Y tú debes de ser Noel. Valerie nunca deja de hablar de ti —comenta con una sonrisa.

—Bueno, yo también he escuchado hablar de ti —suelta de vuelta.

Ryan me mira un instante e intuyo que se estará preguntando qué le he contado.

—Le dije cómo me estabas ayudando con las locuras y, además, te ha visto en los vídeos —informo.

—Ah, las locuras, claro —comenta el australiano.

Es Noel quien me mira ahora, con su cara de «ya hablaremos luego». Los dos sabemos que le he contado mucho más que eso.

—Vamos a que dejéis las maletas, y después hemos pensado que podemos dar una vuelta por la bahía —dice

Andrea—. Ver la ópera, el puerto y todo eso.

—Por mí, perfecto —respondo.

Nuestro alojamiento está en el centro de la ciudad. Era más caro así, pero más barato y cómodo a la hora de movernos. Noel ha insistido en pagar mi parte. Al principio me opuse, pero lo cierto es que no puedo ir derrochando el dinero. Lo que para mí supone un gran esfuerzo, para él no es más que una pequeña cantidad.

Se trata de un pequeño piso con dos dormitorios y un sofá cama. La pareja se ha quedado la habitación con la cama doble y Ryan y yo vamos a compartir la otra, con dos camas individuales y una decoración un tanto infantil. Dejamos las maletas en nuestros respectivos lugares de descanso y nos preparamos para salir.

Solo tenemos tres días en Sídney y algo me dice que serán ajetreados. Después, vamos a un destino que ha escogido Ryan y que mantiene en secreto. Noel es de los que no paran. Él dice que si viaja es para ver todo lo que pueda, no para descansar. Opino igual, pero lo temo por el ritmo que pueda llevar.

Nada más salir, me engancho a Noel. Llevo tanto tiempo sin verlo que ahora me cuesta creer que por fin esté a mi lado. Enseguida empezamos a hablar y a contárnoslo todo.

—Te aviso que hoy tengo uno de esos días en los que estoy más cariñosa —suelto tras darle el tercer abrazo consecutivo.

El sonido de su risa me transporta de nuevo a Valencia, al piso que compartíamos.

—¿Cariñosa conmigo o en general? —pregunta una vez termina de reír.

Ryan y Andrea caminan adelantados. Me siento un poco mal por haberlo dejado solo tan pronto, pero sé que lo entiende. Noel es mi mejor amigo y hace meses que no lo veo. Además, vamos a pasar varios días juntos. Tiene que integrarse.

Lo que no esperaba tan pronto era el cuestionario.

Pensaba que primero tendríamos una conversación sobre nosotros, nos pondríamos al día y nos contaríamos nuestras últimas aventuras. Pasadas unas horas, cuando ya hubiese valorado lo que hubiese visto con sus propios ojos, entonces habría sido el momento para saber más. Noel se ha saltado todo eso para ir a lo que realmente le interesa.

—Contigo, sobre todo —respondo con evasivas.

—Entonces, entre tú y Ryan, ¿no hay nada?

—Somos solo amigos, de verdad.

—¿Por parte de los dos?

—Australia y España están muy lejos, canijo. Hay cosas que es mejor no intentar. No he venido aquí buscando amor, sino tratando de encontrarme a mí misma.

Me dedica una mirada profunda y no dice nada. Noel ya me conoce. Él piensa que no hacía falta venir tan lejos para encontrarme, pero me apoya igualmente. Siempre lo hace.

—Sé que te encontrarás —contesta al final—. Pero quiero decirte una cosa. El amor no es algo que se busque. No te levantas un día y piensas «voy a enamorarme» y sucede. No funciona así. Es el amor el que te encuentra a ti y, cuando llega, puedes estar más preparado para recibirlo o menos, pero te arrastra a su paso.

—¿Eso fue lo que te pasó a ti con Andrea?

—Yo estaba más que preparado para enamorarme, créeme. No porque lo estuviese buscando, sino porque ella es... Ella. ¿La has visto? ¿Cómo iba a poder evitarlo? Fue Andrea la que tuvo más dudas, y míranos ahora. No digo que Ryan sea para ti, tampoco lo sé. Lo que digo es que el amor aparece solo. Se cuela bajo tu piel y te hace reír, llorar, suspirar, enfadarte, soñar. Nos descoloca del todo, nos remueve tanto que nos cambia. El amor es como un tren que te arrolla a su paso. No puedes rechazarlo cuando aparece. Aunque lo intentes, solo acaba doliendo más.

Miro a Ryan, que se ríe unos metros más adelante, junto a Andrea. Me gusta, es algo que no puedo evitar. Sin embargo, no estoy de acuerdo con mi amigo. El amor

puede aparecer solo, puede ser como un tren, pero tú decides si lo tomas o no. Yo prefiero dejar pasar el mío.

—Solo somos amigos —repito, aunque ya no sé si se lo digo a mi amigo o si trato de convencerme a mí misma—. Vamos a disfrutar de este viaje, canijo.

—No me meteré más —responde, y alza las manos en son de paz.

Aceleramos para caminar a su lado y juntos vamos hacia la Opera House. Ryan se coloca a mi lado y me sonrío.

—Me caen bien tus amigos —me dice—. Son simpáticos.

—Claro, ¿por qué iba a tener unos amigos que no lo fuesen?

—No es eso, solo digo que...

—Tranquilo, Ryan, solo te tomaba el pelo. Me alegro de que te gusten, vamos a pasar unos días juntos y estoy segura de que Noel tiene planeadas muchas cosas.

—Pensaba que la de los planes eras tú.

—Ella es la que organiza todos los puntos de su vida —suelta Noel—, pero el que prepara los viajes siempre he sido yo.

—Además, a conciencia —interviene Andrea—. Lleva semanas con esto.

—¿Llevas semanas para organizar siete días? —me burlo de él.

—Australia está bastante lejos de España. No me culpes si para una vez que vengo quiero aprovechar el tiempo y ver todo lo que pueda.

—Yo haría lo mismo —comenta Ryan.

—Bueno, pues dinos, ¿qué tienes en mente?

—Ahora, vamos a dar un paseo y comeremos por la bahía. Después, vamos a pasar por encima el puente. Y, Val, ya sé que te da miedo, pero no es tan alto, es seguro y va a ser una gran experiencia.

—Cuando dices por encima, ¿por dónde te refieres, exactamente? —pregunto, temerosa.

—Por arriba del todo.

—No hablas en serio.

—¿Por qué lo has cogido si sabes que le da miedo? — quiere saber Andrea.

—No tiene que hacerlo si no quiere. Pensé que, después de saltar al agua, se te había ido un poco el terror a las alturas o que no te importaría probarlo, pero, de verdad, es reembolsable, así que lo que tú quieras.

—Bueno, después de eso, a lo único que le tendrá miedo es a los tiburones —comenta Andrea.

—Yo puedo darte la mano —susurra Ryan por lo bajo, para que solo yo pueda escucharlo.

—Lo probaré —consiento—. Espero que las vistas merezcan la pena.

—¡Lo sabía! —exclama Noel, victorioso—. Me encanta que seas tan decidida —añade a la vez que me guiña un ojo.

—Valerie es de las que se lanzan —dice Ryan.

—Sí —coincide mi amigo—. Val es de esas.

—Por la noche tenemos un plan más tranquilo —continúa Andrea—, haremos un crucero por la bahía para verlo todo iluminado. Mañana, iremos a las Blue Mountains y a una reserva natural, a ver animales. ¡Tengo tantas ganas de ver un koala! Noel prefiere los canguros, aunque eso también me vale.

—Para eso, es mejor Cairns —informa Ryan—. Aquí están más protegidos y no te dejan cogerlos. Los koalas son muy delicados, así que solo puedes tocarlos bajo las indicaciones de sus cuidadores. De todos modos, la gente suele terminar decepcionada. Los koalas solo duermen, comen y duermen. No tienen una gran actividad.

—Eso es básicamente lo mismo que hacen los bebés y todo el mundo los adora —comento.

—Pero son tan bonitos que me quiero morir —los defiende Andrea.

Me río, porque me acaba de recordar a Agnes en *Gru, mi villano favorito*.

—¿Cuáles son tus favoritos? Además de las tortugas

bobas, claro —pregunto a Ryan.

Me enseña una pequeña sonrisa antes de contestar:

—Los pingüinos azules. Son bastante más pequeños que el resto de su especie y me parecen adorables.

Me pongo seria al instante. No por su respuesta, pues no tiene nada de malo. Acabo de recordar todo lo que me dijo Kylie. Sus estudios, sus sueños frustrados, todo. Y, con eso, he recordado que Ryan nunca me lo ha contado por sí mismo, que todo lo que sé sobre él es a través de su hermana, no por sus labios.

—¿Estás bien? —pregunta, y creo que ha notado el cambio en mi rostro.

—Sí, claro. Eh, Noel, cuéntame más de todo lo que tienes preparado. No quiero más sorpresas como la del puente —le pido.

Vuelvo a colocarme al lado de mi amigo y dejo a Ryan con Andrea de nuevo. Quizá esté siendo injusta o egoísta, pero ahora mismo no me apetece mucho estar con él. No quiero que me cambie el ánimo. Da igual si tengo que pasar por lo alto de un puente o si Ryan no se abre a mí y la confianza en nuestra relación es unidireccional. Noel y Andrea están aquí, y pienso disfrutar estos días con ellos.

Capítulo 38

RYAN

Hace rato que noto a Valerie más distante conmigo. Concretamente, desde que le dije que me gustaban los pingüinos azules. No sé qué tiene de malo, pero es evidente que algo le ha molestado. No está mal o, de estarlo, lo esconde bastante bien. La he visto emocionarse cuando ha visto la Opera House y les ha hablado a sus seguidores para contarles que está en Sídney con sus mejores amigos. En el vídeo ha enseñado a Noel y a Andrea. A mí me ha dejado atrás. Después hemos tomado barramundi, un pez típico de aquí, pulpo y langosta, que puede parecer muy cara, pero no lo ha sido.

Ahora Valerie se está quejando por haber comido tanto. El momento de atravesar el puente ha llegado y cree que va a vomitarlo todo.

—Podemos dejarlo, Val —insiste Noel—. En serio, no pasa nada por no hacerlo. Todos tenemos nuestros miedos, y eso no nos hace más cobardes, solo humanos.

—Voy a cruzarlo —asegura—. Solo me arrepiento de no haberme tomado dos copas más de vino.

—Podemos hacerlo juntas —sugiere Andrea—. No te soltaré la mano.

—Gracias.

Su amiga acaba de robarme mi plan, pero, dado que Valerie no parece muy cercana ahora mismo, tampoco me atrevo a poner objeciones. Me siento como si me hubiese acoplado a un grupo de gente que no me quiere con ellos y, de repente, me lamento de haber venido a este viaje. Quizá no soy bienvenido. Quizá sobro aquí. Desecho la idea. Fue ella quien me pidió que viniera y, además, se lo debo a Andrew. Pienso conseguir el dinero para las inversiones y las embarcaciones que necesita a un precio mucho más

rebajado.

Nos vestimos con todo lo que nos dan. Desde monos de nuestras tallas hasta unos arneses de máxima seguridad. Completamos nuestro atuendo con una gorra que promociona a la compañía y unos auriculares para escuchar a la guía. No vamos los cuatro solos, sino que somos un grupo de dieciocho personas. Tras las presentaciones, una demostración de cómo tenemos que movernos por el puente y un par de bromas de Jenn, la chica que nos va a conducir en esta aventura, salimos al exterior.

He venido a Sídney varias veces, pero nunca he hecho esto. Me gusta cómo se siente. Subimos por los arcos exteriores del puente, de forma que vemos toda la construcción. El metal, los remaches... Todo. Nosotros vamos a hacer el recorrido largo, el que llega hasta la parte más alta para después bajarlo de nuevo. Estoy impaciente por disfrutar de las vistas desde lo alto, con una panorámica de 360 ° de la ciudad. El suelo es de chapa metálica y no se ve lo que hay debajo. Mejor así, o Valerie lo pasaría aún peor. Me fijo en ella, que avanza despacio, pegada a Andrea.

—Estará bien —asegura Noel a mi lado.

—Lo sé —respondo, y aparto la vista. No he notado que la estaba mirando tanto, pero, al parecer, su amigo sí lo ha hecho—. Se las ve buenas amigas —comento para desviar el tema.

—Ahora lo son, pero les llevó tiempo.

—Que tu mejor amiga y tu novia no se llevaran bien tuvo que ser horrible.

—No tanto. Val no se metía demasiado, solo pasaba.

—Me ha hablado de cómo era ella antes, pero no lo imagino —confieso—. Es decir, la veo tan llena de vida, tan llena de ganas que no la visualizo de otro modo.

—Ha habido épocas. La peor fue cuando su padre falleció, ahí se apagó del todo. Se llevó algunas partes de ella, como su amor por la pintura, pero se recuperó.

—Ha vuelto a pintar —digo sin pensar.

—¿En serio? —pregunta Noel, y veo cómo sus ojos se iluminan—. No me ha dicho nada.

—No fue hace mucho, pero lo ha retomado. Es muy buena, como si nunca hubiese perdido la práctica.

—Val tiene mucho dentro, por eso siempre se le dio bien. Vaya, no sabía que estaba volviendo a dibujar. Australia le está sentando bien.

—¿Tan malo era antes de esto?

—No sabría decirte. Yo creía que no, pero Álvaro hizo mucha mella. ¿Te habló de él?

—Sí, su ex.

—No era bueno para ella. Ni para ella ni para ninguna, en realidad. El caso es que le costó darse cuenta. Yo sabía que después de la ruptura estaba mal, como más apática y cabreada con el mundo. Pensaba que había mejorado en el último año, pero una persona que cruza el planeta para encontrarse a sí misma guarda dentro más de lo que expresa.

—Sobre Álvaro, me ha hablado bastante. A Blanca la menciona menos.

—¿Blanca? No creo que fuese muy importante. Me parece que con ella intentó lo de un clavo saca a otro clavo, pero solo lo clavó más —responde.

—¿Cómo la ves ahora? —quiero saber.

—¿Ahora? Bastante acojonada, la verdad.

Se ríe y me río con él. Valerie avanza despacio, sujetándose con las dos manos a la barandilla mientras Andrea la anima a continuar. Los dos nos hemos reído, pero en realidad la admiramos. Ojalá pudiera reaccionar yo así ante el miedo, avanzando, por despacio que fuese.

—No me refiero a eso —termino por decir.

—Lo sé —comenta, y suspira sin apartar la mirada de su amiga—. La veo bien, la verdad. Mejor de lo que la veía en España, aunque me duela decirlo.

—¿Te duele que sea feliz aquí?

—No, claro que no. Lo que me molesta es no haber notado que mi mejor amiga estaba tan mal. Valeria merece

ser feliz, sea donde sea.

—Sí que lo merece —comento.

Siento cómo Noel me clava la mirada, pero yo no puedo apartarla de ella. Necesito que hablemos, que me diga qué le pasa para estar así conmigo. Respeto su decisión de ser solo amigos pero, si vamos a ser solo eso, al menos nos debemos hacerlo bien.

La guía se detiene varias veces a lo largo de nuestro ascenso por las barras del puente para dar explicaciones. Noel y yo aprovechamos esas paradas para contemplar las vistas. Son las mejores de toda la ciudad.

—Valerie me contó que eres piloto —comento para entablar conversación—. Suena increíble.

—Lo es. Para mí es un sueño hecho realidad, una parte fundamental de mi vida —dice con convicción. Siento un pequeño pinchazo de celos. No por él, no soy de esas personas a las que le afecta el bien ajeno. Es por mí. Noel habla con tanta pasión de su profesión que lamento haber dejado abandonada la mía.

—¿Es compatible con el trabajo de Andrea?

—Ella está estudiando aún. También da conferencias de ayuda y hace terapias grupales para personas que lo necesitan. Es fácil compaginar una cosa con la otra, pero, aunque no lo fuera, haríamos lo imposible para conseguirlo. Los dos somos personas ambiciosas, lo queremos todo. No estoy dispuesto a renunciar ni a mi sueño ni a ella.

—A veces es imposible, por mucho que lo luches —suelto sin pensar. No sé si hablo de Valerie, de mis padres o del mar. Quizá un poco de las tres cosas.

—Puede, pero eso no lo sabes hasta que peleas. Sin rendirse, solo hasta que la realidad te lo muestre.

—Creo que le haces mucho bien a Valerie —digo entonces. No lo conozco mucho, pero me gusta la filosofía de este chico.

—Ella me hace más bien a mí que al revés, te lo aseguro. Por eso voy a cuidarla. No a cuidarla en plan

posesivo, sino que voy a procurar lo mejor para ella. Siempre. ¿Me entiendes?

—Creo que sí —respondo, sin saber muy bien si me está diciendo algo entre líneas.

No sé si Valerie le ha contado lo que ha pasado entre nosotros. Imagino que sí, son mejores amigos. Pero, si es así, Noel debe de saber que no hay nada más, que fue ella quien lo decidió así y que no voy a presionarla.

—¡Llegamos! —exclama Andrea una vez estamos en lo más alto.

Lo hace con tanta euforia que todo el grupo se gira para mirarla, incluida la guía. Noel sonríe mientras la mira y vuelvo a sentir esa envidia. Eso es lo que yo quiero: alguien que me contemple con una sonrisa en los labios, que no pueda evitar mirarme, que sea feliz con mi felicidad.

—Es increíble —comenta Valerie mientras observa la ciudad.

Se ha soltado de la barandilla por primera vez desde que empezamos esta aventura. Se acerca al borde y, aunque evita mirar abajo, se centra justo donde está el emblemático edificio de la Opera House.

—Sabía que podrías —dice Andrea a su lado, y le da un apretón en la mano.

—Siempre puedo —responde Valerie.

No suena tan convencida como sus palabras quieren hacer creer, pero nadie dice nada.

—Es el turno de las fotos —anuncia la guía—. Poneos como queráis salir. Estas imágenes serán únicas, ya lo veréis.

—¿Nos ponemos los cuatro juntos? —propone Valerie—. Quiero una de todos aquí arriba.

—Vale —responde Noel.

—Yo quiero también una en pareja —dice Andrea—. Luego no tenemos ninguna juntos.

—Bueno, pues una en grupo y otra en pareja —dice el piloto—. Así os podéis hacer una vosotros, de recuerdo de vuestro viaje a Sídney.

Miro a Valerie y ella a mí. Parece incómoda con la idea. No quiero ponerla en ese compromiso, así que me apresuro a negar.

—No pasa nada. Nosotros podemos hacérsola individual, así la podrá subir a las redes para sus locuras.

—No seáis tontos —protesta Andrea—. Solo es una foto. Sonreíd y saludad.

Empuja a Valerie para que tome posición y obedece. Se coloca de espaldas a la Opera House y pone su mejor sonrisa para inmortalizar. Me pongo a su lado y la imito, aunque mi sonrisa no es tan buena como la de ella. Dejo mi mano en su hombro para que al menos parezca que vamos juntos. Se convierte en un minuto muy largo y lo peor de todo es que ni siquiera sé por qué Valerie se comporta así. Todo es distinto cuando estamos los cuatro. Se sitúa al lado de Noel y decide inmortalizar el momento con un beso en la mejilla.

—Muy bien, ¡siguiente!

Noel y Andrea se quedan para hacerse alguna ellos solos y nosotros cruzamos hacia el otro lado del puente.

—Eh —la llamo cuando consigo reunir el valor—. ¿Vas a decirme qué te pasa conmigo?

—Ahora no es el momento —responde, aceptando que sí que pasa algo.

—Si os molesto, puedo volver al hotel. No quiero ser una carga, no era esa mi intención cuando acepté venir con vosotros a este viaje.

Valerie suspira y me mira apenada.

—No es eso —comenta, y noto en sus ojos que parece menos molesta conmigo—. Ya hablaremos más tarde, cuando estemos solos. Te prometo que seré más simpática.

—¿Tiene algo que ver con...? —pregunto con un poco de miedo.

Quizá lo he estropeado al confesar mis sentimientos y por eso está tan distante.

—No, de verdad, no es eso.

No tenemos tiempo para hablar nada más. La pareja se

acerca a nosotros con una sonrisa y nos mira a ambos.

—¡Sídney empieza por todo lo alto! —exclama su amiga —. Me está encantando este viaje y solo llevamos un día.

Y Sídney sigue así.

Seguimos los planes de Noel y vemos todo lo que quieren. Yo me pierdo cosas porque tengo que encargarme de los negocios de Andrew. Durante los días que pasamos aquí me conformo con una Valerie a medias entre cumplir su promesa y sentirla lejana. Imagino que tendré que esperar a regresar a Cairns para tener esa conversación con ella.

Capítulo 39

VALERIA

Nunca he aterrizado en un aeropuerto tan pequeño como el de Ayers Rock. Apenas tiene unas pocas pistas de despegue y otras de aterrizaje. Supongo que es normal, ya que estamos en mitad del desierto. Es nuestra última parada juntos. Ellos pasarán unos días en Melbourne antes de irse, pero ya no puedo ir con ellos. Este es el destino secreto de Ryan. Él asegura que va a ser increíble, sobre todo para mi mejor amigo, aunque de momento tengo mis dudas. No ha querido decirme qué guarda este rincón recóndito para que pueda gustarle tanto, pero tengo muchas ganas de descubrirlo.

Sídney ha dejado el listón muy alto. Las Blue Mountains con la leyenda de las tres hermanas me encantó y la visita a la reserva natural terminó de enamorarme. Andrea y yo tuvimos que hacer cola durante una hora para poder hacernos una foto con el koala, pero mereció la pena. También vimos a los pingüinos favoritos de Ryan, y ahora también son de mis favoritos.

Un autobús nos recoge en el aeropuerto a todos los pasajeros y nos distribuye por nuestros diferentes hoteles. Estamos en medio de la nada y pronto me doy cuenta de ello. Es un terreno árido, sin apenas vegetación. Solo hay un pequeño pueblo cercano, si se le puede llamar así. En él solo hay un supermercado, un bar y un par de tiendas de regalos. Tampoco hay viviendas. Imagino que nadie vive por aquí, tan solo los turistas que venimos para pasar unos pocos días y volver a nuestra vida normal.

El resort, sin embargo, es otra cosa. Tiene varios bungalós que por fuera se ven de carácter rústico y por dentro tienen todas las comodidades de un hotel ostentoso. Hubiese preferido que fuese de otra forma. Todo el

entorno acompaña a otra cosa, pero supongo que los turistas quieren lujo incluso aunque estén en medio de un desierto.

Andrea y yo nos instalamos juntas, mientras que Ryan y Noel lo hacen en otro, más apartado. Ha sido el piloto quien ha planificado el viaje, pero, a partir de aquí, es el turno del australiano.

—La verdad es que no sé muy bien qué hacemos aquí —comenta mi amiga cuando estamos solas en la habitación—. Quiero decir, Australia parece tener mejores cosas que ver que el desierto, ¿no?

—Es una experiencia distinta. Además, confío en Ryan. Conoce Australia; si nos ha traído aquí, debe de ser por algo.

—Solo van a ser un par de días, así que vamos a aprovecharlos al máximo.

Salimos juntas a la piscina, que es donde hemos quedado con los chicos. No vamos a tomar un baño, sino a dar un paseo por el pueblo y a comer. Nuestra primera excursión empieza en unas tres horas y queremos tener el estómago lleno para entonces.

Ellos aún no están, así que aprovechamos para seguir poniéndonos al día. Andrea me cuenta cómo es la convivencia con Noel, me habla sobre sus trabajos, sobre los amigos comunes. Claudia y Cristian siguen juntos e igual de locos. Leo y Lucía parecen más formales, como que van más en serio. Hace menos de dos años éramos un grupo de cuatro amigos solteros y ahora todos han encontrado a la persona con la que quieren compartir su tiempo. No me agobia ni me hace sentir mal. No creo que necesitemos una pareja para sentirnos completos o realizados. Me gusta estar soltera, descubriéndome a mí misma y probándome a distintos niveles. Sin embargo, cuando Ryan aparece en mi campo de visión riéndose junto a Noel, siento un pequeño pinchazo. Estar sola está bien, pero no creo que estar con él fuese a ser tan malo como me quiero hacer creer.

—Así miraba yo a Noel antes de empezar —susurra Andrea.

—¿Qué dices? Lo miro normal.

—Si normal es que quieras desnudarlo cada vez que lo ves, entonces sí, supongo que lo miras normal.

—¿Listas? —pregunta Ryan al llegar.

Desvió la mirada hacia otro lado porque siento que me he ruborizado. Andrea se ríe y asiente. Maldita sea. Seguro que ahora se convence más de que existe algo entre nosotros.

—¿Cuál es el plan? —pregunta mi amiga.

—Estamos en Ayers Rock. Aquí se encuentra el Uluru, uno de los lugares más sagrados para los aborígenes australianos. Es una formación rocosa rojiza y es de los principales atractivos del país. Según como le dé la luz, puede verse de otros colores, incluso azul. Los momentos más increíbles son al amanecer y el atardecer. El plan de hoy será dar una vuelta por el pueblo, comer aquí en el hotel y después iremos al Uluru. Vamos a hacer una excursión para que nos cuenten todo lo fundamental mientras la vemos desde allí. No se puede subir hasta la cima porque sigue siendo un lugar sagrado para los anangu, pero sí podemos movernos dentro del perímetro. Después tenemos contratada una barbacoa donde, además de poder comer carnes típicas de aquí, disfrutaremos del cielo nocturno. Mañana iremos a ver el amanecer y después, de regreso a casa.

—Suena bien —comenta Noel.

—Sí, diferente —coincido—. Hemos estado en Sídney y ahora, en un desierto. Me gusta que sean cosas tan distintas, conocer mejor el corazón de Australia.

—Es un país muy completo —opina Ryan—. Tenemos costa, naturaleza, grandes ciudades. Hay desiertos y junglas, una fauna y una flora diversa y fantástica... Lo único malo de Australia es que está lejos de todo y, aun así, creo que eso también es un punto positivo.

—España también te gustaría —dice el piloto—. Es

bastante variada, la gente suele ser muy simpática y, además, se come muy bien.

—Quién sabe, quizá vaya alguna vez —deja caer—. Tengo una especie de abuela allí. Podría hacerle una visita y que Kylie y Oli la conozcan.

Me mira cuando lo dice y yo no comento nada. Nos subimos en el autobús y ponemos rumbo al Uluru.

Supongo que tiene algún significado místico y especial para la gente de aquí, pero lo cierto es que a mí no me parece más que una roca. Nos dividen en dos grupos para que no seamos demasiados y Jeff, nuestro guía, empieza el recorrido con nosotros. Nos deja un tiempo para fotografías delante de la enorme formación rocosa mientras empieza la explicación.

—El Uluru o Ayers Rock está compuesto por arenisca —comienza Jeff—. Está en el centro del país, a poco más de cuatrocientos cincuenta kilómetros de Alice Springs, la civilización más cercana. Antiguamente, multitud de tribus venían aquí para venerar esta roca sagrada. Todavía algunas de esas tribus aborígenes siguen por aquí, así que tratad este monumento con el respeto que merece. —Hace una pausa antes de continuar. Me pregunto qué barbaridades habrá hecho la gente para que tenga que pedir respeto, pero luego recuerdo que he visto pintadas en campos de exterminio nazi y lo entiendo perfectamente—. Además, es uno de los monolitos más grandes del mundo. Son casi trescientos cincuenta metros de altura y nueve kilómetros de contorno, pero lo más curioso de todo no es lo que se ve, sino lo que no se ve. ¿Alguien ha hecho los deberes y sabe de qué hablo?

—Es como un iceberg —interviene Ryan—. La formación sigue por debajo de la tierra. No se sabe con exactitud, pero se cree que casi tres kilómetros.

—¡Hala! —exclamo, sin poder evitarlo. Casi tres mil metros bajo tierra son muchos metros.

—Exacto —suelta el guía.

Continúa las explicaciones, pero me pierdo un poco. Mi

mente empieza a divagar porque, de repente, soy consciente de que en medio de la nada hay una roca enorme, con una profundidad impresionante y que está aquí desde el principio de los tiempos. ¿Qué demonios hace aquí? La respuesta es obvia: extraterrestres. Si la gente que habla sobre las pirámides conociera esto, las conspiraciones serían aún mayores.

—¿Qué te parece? —pregunta Ryan.

Hemos empezado a avanzar por el interior. Hay una especie de sendero de madera y no podemos salir de ahí. Jeff continúa hablando. Ahora lo hace sobre las escasas plantas que nos rodean, que resulta que son venenosas si las comes. Me interesa lo que pueda contar sobre este sitio, pero puedo perderme sus divagaciones.

—¿Crees que esto es cosas de extraterrestres? —pregunto.

Él se ríe en respuesta.

—Quién sabe, es un sitio increíble. Cambia de color con la luz e incluso tiene algunas pinturas rupestres. Puede que fueran ellos. O, quizá, solo sea una maravilla de la naturaleza.

—Sí, también puede que sea eso.

—¿Te gusta el sitio, entonces?

—De momento, está bastante bien.

—Pues aún queda lo mejor.

—¿Sí? ¿El atardecer?

—No, después. A ti creo que te gustará, pero a Noel le va a encantar.

—¿A Noel? ¿Por qué?

—Recuerdo lo que me contaste de él y solo puedo decir que no has visto las estrellas hasta que las has mirado desde aquí.

—Oye, Ryan, una pregunta —empieza Noel. La pareja se acaba de acercar a nosotros y, por sus sonrisas, creo que también están disfrutando de este lugar—. Cuando has dicho carnes típicas de aquí, ¿a qué te referías exactamente?

—Pues ya sabéis. Cocodrilo, canguro, emú...

—¿Emú? ¿Qué es eso? —indaga Andrea.

—Pues... es como una especie de avestruz. Está bueno, ya veréis.

—Y este suele ser el sitio favorito de todos cuando visitamos el Uluru —anuncia Jeff en voz alta—. Parada de nuevo para fotos.

Me quedo impresionada. Justo ahí, en medio de la nada, dentro de una montaña de arenisca en el centro de un desierto, hay un pequeño arroyo que parece nacer en la cima y muere en un manantial. Nos detenemos justo sobre la plataforma metálica que lo cruza y desecho la idea de los extraterrestres. Ryan tenía razón: es una maravilla de la naturaleza. Andrea y Noel aprovechan para hacerse más fotos de pareja, así que cojo mi móvil para hacer un vídeo que muestre lo que estoy viendo.

—¡Hola a todos! —saludo a la cámara—. Esto no tiene nada que ver con mis locuras, pero estamos de turismo por el corazón de Australia y os tengo que enseñar este pequeño rincón. Bueno, antes de nada, os cuento. Estoy de viaje con mis amigos Andrea y Noel y, por supuesto, Ryan está con nosotros. Él ha sido quien nos ha traído aquí, y ha sido todo un acierto. Estamos en el Uluru, una roca roja enorme que es sagrada para los aborígenes australianos y que está aquí desde el principio de los tiempos. Eh, chicos, ¡salud!

Los tres se acercan para dedicar un saludo a cámara. Noel frunce el ceño y después exclama, sorprendido:

—¿Te están viendo más de veinte mil personas? No sabía que fueras tan famosa.

—Ni yo —añade Andrea—. Ahora quiero un autógrafo o algo. Me siento extraña.

—¿Qué, qué pasa? —pregunta Ryan.

Estamos hablando en español, así que no se está enterando de nada.

—Os dejo una anécdota antes de cortar la conexión —informo—. Cuenta una leyenda muy extendida en Australia que, cuando llegó el explorador James Cook, se quedó

sorprendido al ver un canguro. Preguntó el nombre del animal y los aborígenes respondieron «*Kan Ghu Ru*». Los occidentales creyeron que así se llamaba ese extraño animal, pero lo cierto es que «*Kan Ghu Ru*» significa «no le entiendo». Con este dato, os dejo. ¡Ya os enseñaré más!

Corto el directo mientras mis amigos le explican al australiano lo que comentaban antes. El resto de la excursión se me pasa volando. Vemos varias pinturas rupestres, el museo del lugar y nos alejamos para contemplar cómo cambia la roca al atardecer. Me llevo un chasco grande porque el rojo se convierte en marrón, pero estoy bastante segura de que eso se debe a la falta de luz.

—No hemos tenido suerte —dice Ryan—. Se aprecia más con la humedad y con otras luces.

La decepción me dura poco. Enseguida nos conducen hacia un lugar un poco más apartado, donde han dispuesto la barbacoa de la que nos habló el australiano. Unos camareros están esperando con bandejas preparadas con distintas bebidas. Tomo una copa de vino blanco y me dirijo con Andrea a donde está la comida. No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que empiezo a notar el aroma a brasa.

—Los canapés pequeños son de cocodrilo, por si queréis probarlos —informa Ryan—. Tienen un sabor fuerte, pero están buenos.

—No me da mucha confianza eso... —digo. No tienen mala pinta. Es el hecho de que sea cocodrilo, que me resulta extraño.

—¿Una de tus locuras no era probar cosas que no probarías? —comenta Noel.

—Es cierto —añade Ryan—. Está en tu lista.

—Mierda —suelto.

—¿Cómo las llevas? No hemos hablado mucho de eso —interviene Andrea.

—Espera, las llevo en el móvil y las voy tachando. Te lo enseño.

Saco mi teléfono y abro el documento. Quito la que

estoy a punto de realizar para no tener que hacerlo luego.

—Voy a sumar las otras dos carnes, así ya las pruebas todas —comenta el australiano.

—Vamos, que no quiero ni pensarlo.

—En realidad, es como comer cerdo o vaca, solo que aquí se llevan también estas.

—Necesito que alguien me grabe en vídeo para mis seguidores.

—¡Yo misma!

—Vale. Canijo, tú ten preparadas varias copas por si tengo que beber mucho para quitarme el sabor.

—No seas exagerada —dice mi amigo, y se ríe—. Venga, si lo vamos a probar todos.

Ryan vuelve con una bandeja entera de canapés para que podamos hacer la cata. Andrea coge el móvil y empieza a grabar.

—¡Hola de nuevo! Ahora sí que vamos con una nueva locura, que además vamos a realizar todos a la vez —improvisado. Prefiero eso a tener que hacerla sola—. Vamos a tomar cosas que nunca hubiésemos probado. Ryan, explica qué es.

—Eh... Hola —saluda de forma tímida mientras Andrea lo enfoca—. Pues son unos canapés de cocodrilo, unas brochetas de canguro a la parrilla y unas minihamburguesas de emú. Están buenas, de verdad.

—Vamos, todos a la vez —propone Noel—. A la de una, a la de dos ¡y a la de tres!

Todos nos metemos el primero en la boca. Los chicos lo muerden despacio y lo saborean, pero Andrea y yo lo hacemos rápido, como si nos diera miedo. Tiene un gusto demasiado fuerte, distinto a lo que estoy acostumbrada. Me resulta desagradable.

—¡Vino, vino! —exclamo. Saco la lengua, como si así pudiera conseguir que el sabor se quedara fuera de mi boca. Cojo la copa que me tiende Ryan entre risas y me la bebo de un trago.

—Exagerada —protesta tras dármela.

—No está tan malo —opina Andrea.

Claro, seguro que ni lo ha saboreado.

—Es como una mezcla entre un pollo y una dorada — comenta Noel.

Lo fulmino con la mirada porque, si ese es su concepto de que algo sea sabroso, difiere bastante del mío.

—Venga, sigamos. Creo que el canguro os gustará más.

Tengo que darle la razón. Lo cierto es que se me hace un poco extraño estar comiéndolo, pero tiene un sabor más agradable. Quizá sea una carne más dura, pero está buena. El emú es mi favorita. La hamburguesa lleva brotes de lechuga y alguna especia que le da un toque especial. Al final, catalogamos la cata como decente, despedimos el vídeo y nos quedamos charlando entre nosotros.

—La verdad es que no tenía muchas expectativas con el sitio, pero no está nada mal —comenta Andrea—. Tiene su encanto. Estamos casi en medio de la nada, al lado de una roca mágica y, aunque está a punto de hacerse de noche, ni siquiera hace frío.

—Lo mejor viene ahora, cuando oscurezca del todo — dice Ryan.

—¿Por qué? ¿Hay algún espectáculo?

—Algo así —responde el australiano con misterio.

—Tiene que ver con las estrellas —informo yo. Me hago la entendida, pero en realidad no tengo ni idea de lo que va a pasar.

—Es noche de Leónidas.

—¿Leónidas? ¿El de 300? —suelta Andrea.

—Es una lluvia de meteoros. Parecen como estrellas fugaces.

La noche termina de caer sobre el desierto y los guías apagan las escasas luces que iluminaban la zona. El efecto es inmediato. Todos miramos al cielo y entiendo lo que decía Ryan. No has visto las estrellas hasta que las has mirado desde aquí. Parece como si estuviesen más cerca, a unos metros de nuestras cabezas y no a millones de años luz.

Miro a Noel; está embobado, con la mirada perdida en

el cielo. Estrecha a Andrea contra él y con su otra mano busca la mía. La aprieto en respuesta y apoyo la cabeza en su hombro. Ryan permanece cerca, aunque un poco apartado de nosotros.

—Hoy Nico está espectacular —comento, y les saco una sonrisa a mis dos amigos españoles.

—Gracias por esto. De verdad —dice al australiano, sin apartar la mirada del cielo.

—No hay de qué.

Siento que se ha creado un momento íntimo entre los dos. Le doy un último apretón a Noel en la mano y me alejo para dejarlos solos. Ryan ya se ha ido, aunque no he notado cuándo. Lo veo en una zona de penumbra en el otro extremo, más solitario. Me acerco sin poder disimular la sonrisa en mis labios. Quiero tanto a Noel que su cara de felicidad al ver las estrellas se ha grabado a fuego en mi corazón y nunca voy a olvidarla. Siempre dicen que la amistad verdadera es un sentimiento fuerte. Yo lo veo más irrompible, eterno. Como si una fuerza te conectara a esas personas y las emociones se compartieran.

—Gracias —digo al llegar hasta él—. Sé que Noel no olvidará esto nunca. Ni Andrea.

—No es nada.

Ryan se gira con una pequeña sonrisa en los labios y es como si ese simple gesto se colara también en mí, como si de repente también notara esa conexión con él. Igual, pero a la vez muy diferente.

Capítulo 40

RYAN

—Es muy especial para él.

—Me lo dijiste.

—Me sorprende que lo recuerdes. Lo mencioné una vez de pasada.

—Presto atención cuando hablas, Valerie.

Sonríe y se acerca un poco más a mí. Está especialmente guapa esta noche. No es por sus vaqueros cortos ni su blusa azul, sino por su mirada brillante y su sonrisa perpetua. No es su ropa lo que la hace resplandecer, sino que cuanto brilla por dentro se le nota por fuera. Ha estado tan distante conmigo estos últimos días que el simple hecho de quedarnos a solas ya marca una diferencia.

—Noel cree que las personas que nos abandonan se convierten en estrellas y nos cuidan desde el cielo. Perdió a su hermano pequeño hace un par de años. Estaban muy unidos y, para él, ver esto... No puedo explicarte lo increíble que es.

—Lo siento, no tenía ni idea.

—No tienes que sentirlo. Todos hemos perdido algo o a alguien. Andrea se perdió a sí misma, aunque ella consiguió encontrarse, no como yo. Noel perdió a su hermano; tú, a tus padres; yo, al mío... Supongo que a mí también me gustaría mirar al cielo y creer que sigue ahí, velando por mí, aunque soy más escéptica. Me resultan raras las cosas que extrañamos luego, cuando ya no las tenemos. Mi padre tenía la costumbre de alborotarme el pelo y a mí me cabreaba mucho porque siempre he sido muy especial con mi cabello. Ahora, es lo que más echo de menos.

No me mira cuando habla, sino que sigue con la vista clavada en el cielo. No solo se ven infinidad de puntos luminosos, sino que las Leónidas los acompañan. Como

estrellas fugaces que cruzan el cielo, veloces, y son tantas que ni el más avaro de todos los hombres tendría tantas ambiciones.

—Son como estrellas fugaces. Puedes pedir un deseo — digo.

—Las cosas que yo deseo no son fáciles de conseguir. Algunas incluso son imposibles.

—Entonces, más motivo para que se las pidas a las estrellas.

Cierra los ojos y, por un instante, se queda seria mientras hace su petición. No tengo ni idea de lo que anhela, pero gasto mi deseo en pedir que ella cumpla el suyo, porque ahora mismo es lo que más feliz me haría.

—¿Tú crees también que tus padres están ahí, en el cielo? —pregunta cuando vuelve a abrir los ojos.

—No —respondo de forma rotunda.

—Vaya.

—No, no es eso. Noel es piloto. Él ama el cielo, las estrellas y todo lo que esté relacionado, imagino. Mi pasión no está en el aire, sino en el mar. Es lo que me da tranquilidad, lo que me da paz. Cuando mis padres murieron, seguí punto por punto sus deseos. Los incineraron, mezclaron sus cenizas y las dejé libres en la Gran Barrera de Coral. Me gusta creer que su esencia sigue viva en los corales, en los peces o en las tortugas marinas.

—Es un pensamiento bonito también —comenta. Se queda más seria y sé que está dando vueltas a algo. Estoy a punto de preguntar, pero es ella la que se lanza a hablar—: Ryan, ¿confías en mí?

—Claro.

—¿Me consideras tu amiga?

—Sabes que sí —respondo en el acto, sin saber muy bien a dónde quiere llegar—. ¿Por qué me haces estas preguntas, Valerie?

—Porque a veces tengo la sensación de que nuestra relación es unidireccional. No me malinterpretes, sé que me apoyas y me ayudas, pero en otros temas, como la

confianza, no lo aprecio igual.

—¿Es por algo que te dijo Kylie aquel día en la playa? — Dejo salir mis temores. He estado pensando y creo que fue el día en el que empezó a actuar de forma diferente—. Es buena persona, pero a veces...

—No es lo que crees, Ryan —me interrumpe—. Tu hermana no me habló mal de ti, al contrario. Me dijo cosas que tú nunca me has contado.

—¿Qué cosas?

—Me habló de ti. Me dijo que empezaste a estudiar Biología Marina y que la dejaste al morir tus padres. Me habló de tu barco, de tus sueños. Me hizo darme cuenta de que yo te he contado casi todo sobre mí, pero que tú apenas me has contado nada.

—Sí me conoces, Valerie. Sabes muchas cosas sobre mí.

—Pero me escondes otras tantas.

—No es que lo esconda —trato de explicarme—, es solo que no me sale. Me cuesta hablar de mí, de esa época de mi vida. Sabes cómo soy, lo demás no es importante.

—Me importa a mí —espetta—. Ryan, eran tus sueños, ¿cómo puedes decir que no eran importantes?

—Ya no lo son. Todo ha cambiado. Soy feliz ahora, no necesito retomar nada. Mi vida es distinta a lo que había esperado, pero me gusta.

—Acabas de decirme que adoras el mar. ¿De verdad no te gustaría tener tu propio barco, salvar animales como querías?

—No lo sé, puede —respondo, ofuscado. Me cuesta explicarme, pero de verdad quiero que Valerie me entienda—. Esos eran los sueños del Ryan de veinte años, cuando estaba estudiando y tenía padres. Ahora soy otro Ryan.

—No, no lo eres. Eres el mismo. Siempre eres el mismo Ryan. Cuando vas al colegio y estás aprendiendo, cuando comienzas a planear tu vida y a forjar tus sueños, incluso cuando se destrozan y tienes que empezar de cero. No te reseteas, solo cambias. Sigues siendo tú.

—Lo sé. Hace tiempo que aprendí que la vida no es un

plan al que ceñirse. Quizá no sea perfecto, pero lo hago lo mejor que puedo.

—No critico eso, Ryan, de verdad. Sé por qué lo hiciste. Sé que tuviste que dejar todo para sacar adelante a tu familia y te admiro por eso, pero ahora puedes retomarlo.

—La cosa es que no sé si quiero —respondo—. Entiendo lo que dices, de verdad que lo hago, pero soy feliz así, Valerie. Me gusta mi trabajo de monitor, mi casa en Cairns, y quiero cuidar de Oli cuando termine el año escolar y pueda trasladarlo aquí.

—Está bien, te creo —dice con un suspiro—. Aun así, me gustaría que confiases en mí para hablarme sobre ti.

—No es por falta de confianza, Valerie. Me cuesta, es todo. Puedes preguntarme lo que quieras y te responderé con toda la sinceridad de la que sea capaz. Quizá no me nazcan esas cosas, pero sí puedo contestar a tus dudas.

Hace una pausa y se queda pensativa, como si debatiera consigo misma. Al final, me mira seria y creo que ha ganado su duelo mental.

—Kylie también me habló de Claire.

Me tenso en el acto. No sé qué le ha contado mi hermana y tampoco sé si quiero que Valerie lo sepa. Mi historia con ella fue demasiado intensa, pero hace tiempo que no queda nada, ni siquiera cenizas. No quiero que Kylie le haya hecho creer otra cosa.

—¿Y qué quieres saber? —pregunto con cautela.

—Lo que tú quieras contarme. No sé si necesitas desahogarte, si has hablado de ese tema con alguien. No tienes por qué decir nada.

—Claire y yo salimos durante cinco años —empiezo. Es extraño hablar de ella, una muestra de algo que solo la vida puede conseguir. Un día, una persona es el centro de tu universo y, a los pocos, se convierte en una mera desconocida más—. Compartíamos muchas cosas. La carrera, sueños, aficiones. No sé si mi hermana te lo dijo, pero íbamos a casarnos.

No se sorprende. Imagino que sí lo sabía. Hago una

pausa para ver si dice algo. No sé qué espero, en realidad. Quizá que le moleste la idea o que se ponga celosa. No sucede ninguna de las dos cosas, así que continúo:

—No sé, en ese momento, me pareció buena idea. Estábamos enamorados y nos iba bien. Después murieron mis padres, y todo se fue al garete.

—Lo siento —dice ella esta vez—. No imagino lo duro que debió de ser para ti, lo mucho que cambiaría tu vida.

—Fue como perderlo todo —confieso—. Pero no pude caer. Cuando las dos personas que más te importan te necesitan tanto, sacas las fuerzas de donde sea para mantenerlas, para conservar aunque sea un pequeño resquicio de su felicidad. Oli lloraba todas las noches hasta que, poco a poco, se fue calmando. Eso fue peor, porque significaba que había dejado de echar de menos a sus padres. La historia de Kylie... Bueno, eso es un tema aparte. Mucho más duro, no me apetece hablar de ello.

—Los dos te quieren muchísimo. Oli te admira, para él eres como un héroe.

—Lo sé, aunque confío en que se quite esa idea. No quiero ser el héroe de nadie.

—No es malo que te vea así.

—Tampoco es justo. No es bueno que nadie se cree un concepto de otra persona de esa manera, porque solo somos eso: personas. No quiero que nadie me vea como su héroe, su salvador o su milagro. Pone unas expectativas que luego no tienen por qué cumplirse y después la decepción es mayor.

—¿Eso fue lo que te pasó con Claire? —pregunta con cuidado.

—No. Bueno, la parte de la decepción sí, pero solo esa. No sé cómo explicarlo, pero me alegro de lo que pasó con ella. Es decir, nosotros estábamos bien, pero porque nuestra vida iba bien. Creo que las personas somos como baúles llenos de compartimentos. Se van abriendo poco a poco, conforme maduramos, nos equivocamos y crecemos. Algunos se quedan cerrados para siempre y otros solo se

abren con sucesos fuertes, de esos que te marcan a fuego y te dejan en carne viva.

»Cuando murieron mis padres, se abrió uno de esos. A Claire se le abrió otro. Del interior del mío salieron las fuerzas para cuidar de los míos, pero del de ella solo salió su egoísmo. Es fácil estar con una persona cuando todo es sencillo y bonito, pero también hay que quedarse en los momentos difíciles, cuando más te necesitan.

»Claire ya era así, solo que aún no había tenido la oportunidad de verlo. Dudo siquiera que ella misma se conociera en ese sentido. Sin embargo, prefiero que pasara antes. Ese compartimento podía haberse abierto diez años más tarde, porque un hijo nuestro hubiese enfermado o por cualquier tipo de problema entre nosotros.

»Es imposible conocer al cien por cien a otra persona, incluso a nosotros mismos, pero lo que conocí de Claire en ese momento me desenamoró por completo.

Valerie no dice nada, sino que se queda pensativa. Me dedico a contemplarla, a tratar de averiguar dónde ha ido su mente. Algo me dice que está perdida en los compartimentos, en lo que suponen para ella. Guardo silencio y vuelvo a mirar las estrellas. Hace tiempo que no pienso en Claire. Ya no supone nada para mí. No hay amor, rencor, rabia ni cariño. Es como si el tiempo hubiese borrado todo lo que una vez fuimos para convertirnos en nada.

—Yo intento abrir mis compartimentos, pero no sé hacerlo —dice entonces Valerie.

Sonrío un poco al escucharla.

—No funciona así. Se abren solos con las experiencias que vivimos, no podemos forzarlos. ¿No has conocido nada de ti en el tiempo que llevas en Australia?

—No demasiado.

—No digas eso, seguro que sí. Yo he visto que te atreves con todo, incluso con las cosas que te dan miedo. Que no te importa decir lo que piensas y que haces lo que quieres, sin preocuparte de agradar a todo el mundo. Que eres sociable

y haces amigos con facilidad, que tus seguidores de redes sociales te adoran y que la gente que te conoce te quiere y te respeta. Que eres mejor artista de lo que esperabas y que ojalá no debería ser tu palabra favorita, porque ya eres perfecta tal y como eres.

Esta vez es ella quien sonrío y prefiero perderme en su sonrisa que en la infinidad de las estrellas que hay sobre nosotros. Quizá nunca se llegue a conocer del todo a alguien, pero sé bastante sobre Valerie. Mi madre siempre decía que sabías lo suficiente de una persona por la cantidad de sonrisas que reconocías en ella. Reconozco nueve sonrisas en Valerie. Ese gesto tímido que pone solo cuando le dices algo bonito y no se lo termina de creer. La que muestra todos sus dientes, que suele usar para hablar con sus seguidores o para posar en fotografías. Cómo aprieta los labios cuando cree que ha dicho algo inapropiado pero divertido... Y luego está mi favorita: esa sonrisa de medio lado, pícara y decidida, con los ojos brillantes y la mirada retadora.

—Creo que mi nueva palabra favorita es inefable —confiesa—. Todo esto lo es. Fue un acierto venir a Australia. Me está gustando la experiencia, y sé que aún queda mucho más por venir.

—Inefable es una buena opción. Casi todas lo son, en realidad. Mi madre tenía buen ojo para eso. Encontraba las mejores palabras.

—Y hacía canciones con ellas.

—¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo, Ryan. Presto atención cuando hablas, sobre todo cuando son cosas importantes.

—Mi madre creía que esas palabras, las que ella llamaba bonitas, eran las más importantes en una relación. Sempiterno, inefable, ojalá, serendipia... Decía que, si sentías una sola de ellas con una persona, entonces era la adecuada.

—¿Las sentiste con Claire?

—No, con ella no sentí ni una —suelto, e incluso yo me

sorprendo al descubrir tanta sinceridad brotando de mi garganta—. Pero he sentido todas contigo.

Las palabras salen de mis labios antes de que pueda procesarlas. Lo siento así de verdad. Lo siento tanto que es como si quemasen por dentro y me desgarrara cada segundo que trato de reprimirlas. Son palabras enjauladas que han escapado. Lo que pasa es que no tiene sentido que vuelen libres. Valerie conoce mis sentimientos y repetírselos solo puede conseguir incomodarla. Es lo último que deseo.

Sin embargo, cuando Valerie me mira, hace que todo se paralice. No me muestra su sonrisa pícara ni la tímida. No sonrío. Creo que está impactada, pero también creo que alguno de sus compartimentos se está abriendo. Dudo si será para bien o para mal. Sus ojos se deslizan desde los míos hasta mis labios y entonces se acerca para besarme.

Entreabro la boca para recibirla porque, aunque prefiero no pensar en lo que estamos haciendo, tampoco puedo evitarlo. Llevo las manos a su cintura y ella las cruza detrás de mi nuca. Siento su lengua jugar con la mía, despacio, y me acompaño a su ritmo. Los besos de Valerie son adictivos, diferentes. No hay uno igual que otro y no creo que pueda olvidar lo que me provoca con cada uno de ellos. Son frescos y suaves, intensos y profundos. Es casi como si el mar me acariciara, como si me llevara de vuelta al hogar. Se separa con los ojos aún cerrados. Yo los abro, solo porque necesito verla.

—Seguimos siendo solo amigos —dice con apenas un hilo de voz y sin levantar los párpados.

—¿Amigos de los que se besan?

—Sí, amigos de los que se besan.

Vuelve a acercarse para repetir el gesto. Nos separamos cuando vuelven a encender las luces y dejamos de estar en una cómoda penumbra. Ambos miramos hacia Noel y Andrea. No estoy preocupado porque nos hayan podido ver, sino que llaman la atención aun desde lejos. Están uno frente a otro, cogidos de las manos y mirándose con el

amor que solo se tienen las parejas más consagradas. Andrea tiene los ojos llorosos. Soy partidario de darles intimidad, pero, al parecer, Valerie no. Avanza hacia ellos y, como no me ha soltado la mano, me arrastra con ella.

—...Y que quiero pasar junto a ti todos los días de mi vida. —Escuchamos que termina Noel.

—¿Te acaba de pedir matrimonio?! —exclama Valerie de repente.

Tampoco espera respuesta. Se lanza a abrazar a su amiga y Andrea rompe a reír.

—¡Espera, espera! ¡No es eso!

—¿Entonces?

—Solo llevamos un año, es pronto, pero tengo claro que quiero pasar el resto de mi vida con ella —dice Noel.

—Es un romántico —explica Andrea—. Esta es la segunda vez que lo hace. Le gusta declararse cuando el momento es tan especial. Hemos hablado de casarnos más adelante, pero todavía no. Él cuenta que nuestra historia empezó la noche de San Juan, aunque fue más adelante. Dice que se declarará veintitrés veces y que, cuando sea la de verdad, lo sabré.

—No lo entiendo —admite Valerie.

Tengo que reconocer que yo tampoco.

—Creo que es importante dejar salir los sentimientos —explica Noel—. Sobre todo, a las personas a las que queremos. A veces nosotros sabemos lo que sentimos, pero eso no quiere decir que la otra persona también sea consciente de ello. Quiero que Andrea sepa eso y no me importa decírselo, sobre todo cuando la ocasión acompaña tanto. Hoy, bajo una increíble lluvia de estrellas, me ha parecido un buen momento.

—Eres demasiado romántico —suelta Valerie. Después se gira para mirarme—. Están asquerosamente enamorados. Dan hasta grima a veces.

—¿Cuándo fue la primera vez? —pregunto lleno de curiosidad.

—En Islandia. Estábamos dentro de un iglú con el techo

de cristal y entonces vimos una aurora boreal.

—Creo que te estás complicando la vida —digo tras dejar salir una carcajada—. A saber cómo vas superando estas cosas.

—Me gustan los retos —responde con una sonrisa.

—¡Todos al autobús de regreso! —grita entonces uno de los guías.

—Pues no ha estado nada mal esta excursión —confiesa Andrea—. Me gusta esto de encontrar las cosas más maravillosas donde menos lo esperas.

—Y que lo digas —comento.

Dedico a Valerie una mirada de reojo y ella sonríe en respuesta. Descubro su sonrisa número diez. Una mezcla entre ese gesto tímido cuando le dices algo bonito y algo más. Algo como que le gusta recibirlo, como que esta vez sí se lo cree.

Capítulo 41

VALERIA

En el camino de regreso, Noel me ha pedido que me lleve a Ryan a mi habitación para pasar la noche con Andrea. Después de lo que ha ocurrido entre ellos no he podido negarme. Sin embargo, no sé si estoy preparada para dormir con Ryan. La idea de ser solo amigos sigue en mi cabeza, aunque mi cuerpo prefiera ir por libre.

—¿Te apetece dar un paseo para ver los jardines del hotel? —propongo.

Hace rato que nos quedamos a solas, pero no quiero volver aún a la habitación. Mañana madrugamos para ver el amanecer en el Uluru y volar. Ryan saldrá hacia Adelaida y yo, hacia Cairns. Van a ser unos días separados que espero que me ayuden a volver a colocar mis prioridades en orden.

—Claro, aunque dudo que haya mucho para ver — responde.

Tiene razón. Todo el recinto está delimitado con un muro y las habitaciones se reparten de manera irregular. Hay algunos caminos de piedra y el resto son explanadas de hierba y árboles. Lo único diferente es la piscina, pero es de noche y hace frío, y no me apetece darme un baño.

—Me caen bien —comenta Ryan—. Entiendo por qué Noel es tu mejor amigo.

—Es increíble —admito.

—Sí que lo es. Me gusta su filosofía de vida, no sé. Hacen buena pareja, se los ve muy bien juntos.

—Sí. Conozco a Noel desde siempre y nunca lo había visto tan enamorado. Odio un poco a Andrea porque me robó a mi compañero de piso, pero no podrían estar separados.

—No la odies. Sin ella, no estarías aquí en Australia.

—Cierto —concedo—. Quiero mucho a Andrea por eso, entonces.

Ryan se ríe. Señala unos metros más allá, donde una especie de paloma se ha parado junto a uno de los farolillos que alumbran el camino.

—Parece una paloma chungu —comento.

Vuelve a reírse, esta vez más fuerte. No lo digo de broma. Es muy similar a ese pájaro tan común de España, pero tiene una cresta en la parte superior de la cabeza, como si se hubieran peinado las plumas hacia arriba con demasiada gomina.

—Es una paloma bronce crestada o paloma de cresta. Aquí en Australia son muy comunes.

—En Cairns no las he visto.

—Allí lo que más hay son murciélagos.

—Lo sé.

Me he llevado varios sustos, aunque ya me he acostumbrado a ellos. Creo que preferiría las palomas chungas. Me froto los hombros con los brazos cuando empiezo a notar aún más el frío.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Pensaba que el desierto sería más caluroso.

—No por la noche, y menos con esa blusa de tirantes. Anda, ven. Volvamos a la habitación.

Me echa el brazo por encima del hombro y me acerca a él. Su cuerpo está tan caliente que ni siquiera protesto. Se supone que el desierto siempre es caluroso, no me esperaba estar tan helada. Se separa de mí cuando entramos y no lo admito en voz alta, pero hubiese preferido que se quedara.

—¿Te apetece ver una película? —propongo.

—Son las doce de la noche y nos tenemos que despertar a las tres —responde.

—Bueno, podemos dormir en los aviones.

—En ese caso, ¿cuál quieres ver?

—Veamos qué dan. Antes me pondré el pijama.

Me cambio en el baño y Ryan lo hace en el dormitorio. Mi pijama consiste en una camiseta vieja y larga que me

llega hasta la mitad del muslo. El de Ryan es una camiseta de tirantes anchos y un pantalón deportivo corto. Me quedo mirándolo más tiempo del que debo, pero no lo puedo evitar. Termino por desviar la vista y centrarla en la pantalla. Película. Eso es lo que tengo que pensar, y no en Ryan y en la cama.

—¿Cómo vamos a dormir? —pregunto entonces.

Solo hay una cama porque a Andrea y a mí no nos importaba compartirla y la habitación salía más barata así. En el otro cuarto hay dos individuales, pero no he caído hasta ahora. Imagino que mis queridos amigos me la han jugado bien.

—Puedo dormir en el suelo si quieres, pero espero que no me lo pidas. El colchón es de dos metros, Valerie.

—Tienes razón.

Se tumba en un extremo y yo en el otro. Hace un rato que nos estábamos besando, pero esto es distinto. Me tapo hasta la barbilla con el nórdico blanco que cubre la cama. Las sábanas están frías, así que no entro en calor. Ryan vuelve a acercarse a mí y me acurruco en su abrazo. Huele a su perfume, a Rochas para hombre, ese bote cónico que tantas veces he visto en su casa. Ahora, después de este tiempo, huele a Ryan.

Aspiro su aroma y mi mente se vuelve turbia al instante. Ya no recuerdo por qué tengo que mantenerme lejos de él. No parece tan mala idea. Me giro para quedar de lado. No le doy tiempo a reaccionar. Acerco la boca a su cuello y lo beso. No han pasado ni cinco minutos y ya me he abalanzado.

Deja escapar un gruñido y me aprieta más contra él. Subo desde el cuello por la mandíbula y se gira para atrapar mis labios. El beso se vuelve más intenso, más profundo. Nuestras lenguas se enredan en un salvaje juego que ninguno de los dos parece dispuesto a perder. Soy yo la que gime cuando me sube encima. Sus manos se cuelan bajo mi camiseta y bajan por mi espalda, despacio, con una caricia que me estremece todo el cuerpo. La piel se me eriza bajo

su tacto. Sus dedos siguen calientes, pero ya no noto tanta diferencia. Termina su recorrido donde la espalda pierde su nombre y me aprieta contra él. Las respiraciones de ambos se aceleran y nuestros gemidos se disipan en el oído del otro.

—Espera, espera —digo entonces.

Me separo de golpe y pongo algo de distancia entre nosotros. Ryan me mira sin comprender, pero no trata de acercarme de nuevo.

—¿Qué pasa?

—No podemos seguir —respondo—. Si lo hacemos, me va a costar más parar.

—Yo no quiero parar —confiesa.

Puedo notar las ganas de mí en su tono y en su mirada.

—No es eso, Ryan. Tengo la regla.

—Oh —se le escapa.

Me bajo de encima de él y me coloco al lado. Mantengo las distancias. Aún tengo la respiración y el pulso acelerados, y necesito serenarme. No tenía que haberlo besado, pero se me ha ido de las manos. No es que la menstruación sea un problema. Podríamos hacerlo igual, u otras cosas. Es solo que no me siento cómoda si va a ser la primera vez. Ryan está a mi lado, calmando también la respiración.

—Ahora ya sí que no voy a poder dormir —declara.

—Bueno, podemos hablar. Sé que no es lo mismo, pero...

—Hablar también es genial, Valerie. Cuéntame más de ti. Quiero conocerte mejor.

Guardo silencio. Me gusta esto. Su reacción, su forma de mirarme. Mi vida sentimental hasta ahora ha sido un desastre y no todas mis exparejas hubiesen reaccionado igual. Álvaro no lo hubiese aceptado. Nunca lo hacía.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —pregunta entonces.

—Claro, dime.

—Siempre hablas de Álvaro e imagino que ha sido la pareja que más te ha marcado, pero a Blanca la mencionas

menos. ¿Qué pasó con ella?

—Blanca... —empiezo. No tengo muy claro cómo continuar, pero lo intento—: No sabría definirlo muy bien. Hacía poco que lo había dejado con Álvaro y todavía estaba en una fase en la que lo echaba de menos y justificaba su comportamiento. Yo ni siquiera sabía que era bisexual entonces. O sea, sí veía chicas que me parecían guapas y me llamaban la atención, pero nunca me había planteado la idea de estar con una mujer. Hasta que la conocí. Congeniamos enseguida y consiguió romper todos mis esquemas. Apenas habían pasado dos meses cuando nos enrollamos por primera vez.

—¿Y qué pasó entonces? ¿Por qué dices que no tienes claro lo que supuso?

—Creo que nos utilizamos mutuamente, solo que ella era más consciente que yo. Blanca es una persona muy... competitiva. Le gusta conseguir todo lo que se propone. En cuanto se encaprichó de mí, no paró hasta que me acabé enganchando. Después, perdió el interés.

—¿Tú también la usaste?

—Creo que sí —admito—. Aún pensaba en Álvaro, demasiado, y Blanca me ayudó a empezar a olvidarlo. O esa era la idea, porque no funcionó del todo. En aquel momento, todavía me martirizaba la idea de haber podido hacer algo malo para cabrear a Álvaro y, desde luego, liarme con una chica entraba entre esas cosas malas. Ahora, cuando lo pienso con perspectiva, a él le pueden dar mucho por saco y a ella le estoy agradecida.

—¿Por qué?

—Porque me hizo darme cuenta de que también me gustaba estar con mujeres y he disfrutado mucho esas experiencias.

—Me parece un buen punto.

—Sigo extrañando mucho a mi padre —confieso, en mi línea de hablar para que me conozca más y porque no me apetece pensar más ni en Álvaro ni en Blanca—. He olvidado muchas cosas, pero recuerdo el día que me

enseñó a pintar. Yo tenía apenas cuatro años y en el colegio nos preguntaron qué queríamos ser de mayores. Algunos de mis amigos ya lo tenían claro, aunque su futuro no terminó siendo ese.

»La cosa es que yo no lo sabía en ese momento y ellos ya habían decidido si serían bomberos, abogados o veterinarios. Fui la única que no supo responder. Ahora lo veo y sé que es una estupidez. Nadie sabe qué quiere hacer con tan poca edad, pero a mí me agobió la idea y llegué a casa llorando. Mi padre me preguntó qué había pasado y le conté mis preocupaciones. Yo no quería ser profesora, abogada ni princesa.

»Dijo que podía ser lo que yo quisiera, solo tenía que hacerme feliz y poner mi mejor esfuerzo. Y entonces, cuando me preguntó qué me hacía feliz, le respondí que pintar. Nunca lo había hecho, no más allá de los dibujos que hacemos todos de pequeños. Ni siquiera sé por qué contesté eso. Yo no pintaba, pero mi padre sí. Supongo que me hacía feliz verlo, que me gustaba cómo me explicaba el uso de los colores y de los materiales cuando era él quien lo hacía y yo quien observaba.

»Al día siguiente, me trajo mis primeros pinceles y un lienzo. Y descubrí que sí me gustaba, que me relajaba, que me evadía. A veces pintábamos juntos, cada uno en un lado de la habitación, con alguna canción de fondo y su voz tarareando todo. Todavía conservo esos pinceles, aunque ya no los uso. No quiero perderlos nunca.

—Tu padre fue una gran persona —responde—. No siempre animan a sus hijos a perseguir sus sueños ni apostar por lo que les gusta hacer. A veces solo buscan que se labren el futuro que creen mejor para ellos, sin importar el que elijan.

—No le salió muy bien.

—¿Por qué estudiaste Ciencias del Deporte? ¿Por qué no probaste con nada relacionado con el arte?

—Si he hecho tantos planes desde pequeña, es para tratar de ocultar que siempre he andado un poco perdida.

Nunca he encajado del todo bien. Ni con las chicas ni con los chicos. Durante años, mi único amigo fue Noel. Tampoco lo tenía muy claro en la vida. No estudié arte porque hacía años que no pintaba, ni siquiera lo barajé. Me gustaba el deporte, así que tiré por ahí.

»En el primer año me di cuenta de que no era lo mío, de que no tenía vocación, que no quería dedicarme a ello. Ahí fue cuando conocí a Alvaro y ya conoces esa historia, él me convenció para terminar la carrera e intentar ser profesora después. Ahora tengo veintitrés años, no tengo ni idea de lo que haré con mi vida, estoy en el otro lado del mundo tratando de descubrir quién soy e incluso en eso soy un desastre.

—No lo eres, Valerie. Si te decepcionas continuamente, no es porque falles, porque no lo haces, sino porque siempre te pides más. No es una derrota que no consigas todo lo que te propones y tienes que aprender a aceptarlo. A veces no es un problema de rendirse, sino de exigirse demasiado.

—No creo que me exija demasiado.

—Que a los cuatro años te martirizaras porque no tenías claro qué hacer con tu vida es un claro ejemplo de ello. No tienes por qué saberlo tan pequeña, ni siquiera a los dieciocho ni a los veintitrés. A veces lo tienes claro y a veces no, y eso no es malo. A veces, incluso aunque creas que lo tienes claro, no se dan las condiciones o la vida te las arrebató. Y eso no te hace peor persona ni un desastre.

»Nuestra existencia no consiste en elegir lo que está socialmente aceptado y dedicarnos a ello. La vida no es un plan que tengamos que detallar punto por punto. Nadie te puede decir qué tienes que hacer o cómo tienes que vivir. Si tú eres feliz, si no haces daño a nadie, ¿qué más le da al resto? ¿Qué te convierte en un desastre?

No sé qué responder a eso. Siempre me he considerado inferior por esas cosas, excepto por el hecho de no tener pareja. Ver cómo todos a mi alrededor han ido cumpliendo sus sueños mientras yo me estancaba en una vida que no

me complacía ha ayudado a arraigar esa decepción casi continua. De repente, me doy cuenta de que no me busco a mí misma porque no sepa quién soy, sino porque no me gusta la persona en la que me he convertido. Ahora, sin embargo, no sé responder a una pregunta tan simple como la que ha formulado Ryan.

—¿Lo ves? —dice él—. No eres un desastre, Valerie. Lo único que tienes que aprender es que nunca es tarde para retomar el rumbo de tu vida. Solo tú puedes reconducirla hacia donde quieres, y algo me dice que ya lo sabes.

—¿Cómo?

—Lo que quieres, lo que te hace feliz, lo que te llena el alma y te da paz... es pintar.

—No se puede vivir de eso.

—No lo sabrás si nunca lo intentas.

Pienso en sus palabras y en la oferta de Lara. Me ilusionó la idea de exhibir mis cuadros en una galería, aunque lo vi más como una afición que como un empleo y tampoco le di más importancia. De hecho, no me he puesto en serio con la pintura, a pesar de que la exposición sería dentro de apenas tres meses. Quizá no le gusten a nadie, pero está la posibilidad de que sí. Puede que me considere un desastre. Sin embargo, no soy de las que no se esfuerzan por conseguir las cosas. Voy a aprovechar la oportunidad que me ha dado Lara para dar lo mejor de mí. Consiga un futuro o no, al menos estaré haciendo lo que me gusta.

—Gracias, Ryan —digo al final.

Me muestra una sonrisa que sería capaz de deslumbrarme en una noche de invierno y yo la atrapo con los labios.

—Vente conmigo —me pide cuando nos separamos.

—¿Contigo?

—Sí, a Adelaida. Son tres días, y yo solo tengo un par de compromisos con las reuniones. El resto del tiempo podemos ver la ciudad. Es un buen sitio para completar un par de locuras.

No contesto enseguida, sino que barajo la idea. No sé

muy bien lo que hay entre Ryan y yo, lo que sí sé es que durará este viaje. Es como una especie de burbuja que hemos creado, y más tarde o más temprano tendremos que explotarla y volver a la realidad. Ahora, si tengo que elegir, prefiero que sea más tarde.

—Sería una buena forma de alargar esto un poco más —respondo al final—. ¿No te parece mal? —pregunto, porque quiero estar segura de que él lo ve como yo.

—¿El qué?

—Pues esto —digo, y nos señalo—. Nosotros en este viaje.

—Claro que no me parece mal —comenta en el acto, y me da un pequeño beso—. ¿Eso es un sí, entonces?

—Tengo que ver cuánto me costaría el billete, y perdería el mío a Cairns. Y luego la vuelta...

—Lo solucionaremos. Tengo dietas de la empresa, podemos verlo así.

—¿Se lo vas a cobrar a Andrew?

—No, a él no. Este es un viaje comercial, lo subvenciona la cooperativa. Y créeme que tienen dinero de sobra.

—Pensaba que Andrew tenía su propio negocio.

—Es su propio negocio —explica—. Pertenece a una cooperativa que tiene su sede en Sídney. Fue él quien la montó en Cairns y ahora la gestiona, pero, cuando las inversiones son grandes, los miembros valoran si merece la pena. Por eso voy a comprar la embarcación en Adelaida y no en otro sitio más cercano.

—Ahora sí deberíamos dormir. Mañana va a ser un día largo.

Capítulo 42

RYAN

El amanecer en el Uluru es similar al atardecer que vimos ayer. La roca no cambia de color y hoy no encierra nada espectacular, pero pasamos un buen rato antes de que llegue el momento de despedida.

Vamos los cuatro juntos al aeropuerto en el mismo autobús que utilizamos a la ida. Nuestro vuelo sale dos horas más tarde. Mataremos el tiempo aquí. De todos modos, en el pueblo tampoco hay mucho que hacer.

—¿Os ha gustado, entonces? —pregunto por curiosidad.

—¡Sí! —exclama Andrea en el acto—. Ha sido increíble.

—Ha sido como ver magia —coincide Noel—. Ya te lo dije, pero gracias por esto. No creo que nunca olvidemos la noche que pasamos ayer.

—Nunca —repite Andrea.

—Val, ¿podemos hablar un momento a solas? —pide el piloto—. Hay algo que quiero comentarte.

Ambos me miran un instante antes de que ella asienta y se alejen de nosotros.

—No te preocupes, no estará hablando mal de ti —informa Andrea.

—Pues no había pensado eso, pero ahora ya no lo puedo evitar.

—A Noel le has gustado. No solo para Valeria, sino también por ti mismo.

—Es un buen tipo.

—Es el mejor —dice con un suspiro.

Sonríe de forma afable y solo puedo sonreír con ella.

Me hace feliz que sus amigos apoyen lo nuestro, aunque ni siquiera hayamos hablado de lo que es. Valerie dijo que éramos solo amigos. Amigos de los que se besan, pero ya está. Para mí anoche cambió algo más. Casi somos

amigos de los que se acuestan. Ha aceptado venir conmigo a Adelaida y no quiero perder lo que tenemos.

—Imagino que le estará preguntando por el cambio de planes. Algo pasaría anoche para que vaya a Adelaida... —deja caer.

Imagino que intenta sonsacarme información.

—Vamos a tachar dos locuras nuevas de la lista —digo. No voy a hablar demasiado. En todo caso, eso es cosa de Valerie.

—¡Qué bien! Me muero por verlas en sus vídeos.

Charlamos un rato más sobre la lista, las aventuras que ha vivido Valerie y sobre ella en general. Tardan un rato en aparecer, pero ambos sonríen cuando vuelven. Van abrazados y me gusta la amistad que tienen. Se parece a la que tenemos los chicos del grupo con Emily.

—Toda tuya —dice Noel.

No sé exactamente a qué se refiere, pero me gusta cómo suenan sus palabras. No en un sentido literal, sino en el de aceptación.

—¿Listos para la vuelta?

—Bueno, nos queda un avión a Sídney, luego a Dubái, Madrid y Valencia. Van a ser dos días largos, pero ha merecido la pena. Sobre todo por verte —dice, y sonrío a su amiga.

—Ya te dije que no aguantarías sin mí —responde la aludida—. La próxima vez iré yo.

—Lo sé. Sea cuando sea, dudo que podamos escaparnos otra vez para cruzar el mundo. Si vienes antes de octubre, incluso te invitaré a una horchata.

—Eso está hecho.

—Vamos, tenemos que embarcar ya —apremia Andrea—. Es la hora.

Noel y Valerie se abrazan y después hacen lo mismo entre ellas. La chica me da un abrazo y, cuando voy a darle la mano a Noel, me acerca hacia él y me da otro.

—No la cagues —susurra en mi oído.

Asiento despacio. Desconozco lo que ha hablado con

Valerie, pero quizá Andrea tenía razón y sí era sobre mí. Nos quedamos hasta que los perdemos de vista y después nos dejamos caer en las sillas de la sala de espera de nuestra puerta de embarque.

Sacamos comida y bebida de las máquinas y nos limitamos a esperar nuestro vuelo mientras saciamos el hambre. Lo único destacable del trayecto es el momento en el que Valerie me sujeta la mano para sobrellevar el miedo. Adoro esos minutos. Sé que lo pasa mal y no me gusta esa parte, pero la otra, la parte en la que se apoya en mí, en la que se aferra a mi mano como si fuese su refugio, su hogar, su lugar seguro... Esa es la que adoro.

Un taxi privado nos lleva al hotel. Ni siquiera he mirado cuál es hasta que tengo que dar la dirección. Se trata de un Hilton y solo en la recepción me queda claro que ha debido de costar una fortuna. Me acerco a Valerie antes de ir al mostrador a hablar con la chica que me espera tras él.

—Antes de pedir la habitación, quiero consultarlo contigo.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos la posibilidad de escoger una de las habitaciones *deluxe* del hotel. Dormiríamos en uno de los pisos superiores y sé que eso te da pánico. Implicaría cumplir tu locura de realizar algo que te da miedo, pero solo si tú quieres.

—Quiero —contesta, decidida.

—Genial, entonces vamos allá.

Pido la habitación mientras ella espera con las maletas. En el ascensor me aprieta la mano conforme vamos subiendo.

—Si quieres cambiar de opinión... —sugiero cuando empieza a hacerme daño.

—No, no. Es solo que está subiendo mucho.

—Tranquila, después no notarás la sensación. Además, yo nunca te dejaría caer, lo sabes, ¿no?

—Lo sé.

La puerta del ascensor se abre en nuestro destino y

Valerie sale con prisa, como si el suelo fuese tierra firme y le proporcionase seguridad. Me gustaría que sintiera esa sensación conmigo. No quiero que tenga miedo del mundo exterior, pero sí que encuentre un refugio a mi lado donde sentirse protegida y feliz cuando lo necesite.

La habitación es bastante grande. Una cama de matrimonio de más de dos metros, una pequeña sala de estar con un sofá y una mesa de café, un baño completo con bañera y placa de ducha con chorros de lluvia en el techo... Me da igual todo ese lujo. Lo mejor es el gran ventanal del fondo, con vistas a toda la ciudad y a la Plaza Victoria. Sin duda, a la cooperativa debe de irle muy bien.

—¿Quieres disfrutar del paisaje? —pregunto, y extendiendo un brazo hacia ella.

—Vale —responde despacio, tras pensárselo unos segundos.

Se agarra a mi mano con fuerza y se pega a mí. Se le escapa un pequeño grito de sorpresa cuando las descubre. Se pierde en la ciudad y yo vuelvo a perderme con ella, como siempre. A veces, las personas crecemos y perdemos la esencia que tenemos de niños. Esa ilusión al descubrir algo nuevo, la felicidad de las pequeñas cosas, la emoción de lo fantástico antes de que nos acostumbremos a ello y se vuelva cotidiano. Es como si lo encerráramos en alguno de nuestros compartimentos, tiráramos la llave y nos olvidáramos de que alguna vez existió. Madurar no tiene por qué llevarnos a perder eso, pero se desvanece por el camino como se desvanece la fe en las criaturas mágicas y en las leyendas infantiles. Valerie no ha perdido eso. Lo noto cada vez que se sumerge en un nuevo lugar. Se sigue sorprendiendo ante una vista nueva, una tortuga en el mar o una noche estrellada en el cielo. Me apodero de la palabra de Kylie durante unos instantes y pienso que ojalá nunca lo pierda.

—Me encanta.

—Lo sé —respondo—. Te lo veo en la cara. ¿No te da miedo?

—No. Sé que no dejarás que me caiga —dice con una pequeña sonrisa.

Atrapo sus labios y me devuelve el beso con ganas. La sonrisa no ha desaparecido de su cara cuando nos separamos.

—¿Cuáles son nuestros planes?

—Mañana tengo un par de reuniones, una a primera hora y otra a media tarde. Puedes quedarte durmiendo para recuperar sueño y, cuando termine, pasaré a recogerte para completar la segunda locura.

—No sé si estoy preparada para eso, no me quedan tantas. ¿Cuál será la elegida?

—Adelaida está cerca de Port Lincoln. ¿Recuerdas lo que había allí?

—¿Tiburones? —pregunta con cautela.

—Tiburones —coincido—. Blancos y enormes, además. Se pueden ver desde las jaulas. No creo que sientas lo mismo que en aquel acantilado, pero sigue impresionando verlos.

—A decir verdad, ese día ni siquiera lo vi, así que me apunto.

Y con esa facilidad, una persona como Valerie acepta meterse en una jaula bajo el agua y rodearse de los tiburones blancos más grandes del mundo.

Capítulo 43

VALERIA

Amanezco tarde, pasadas las diez de la mañana. En la mesa de café hay una bandeja con comida variada y una nota. Dónuts, zumo de naranja, unas rodajas de embutido y queso fresco. Doy un trago y cojo el sobre. Reconozco la caligrafía rápida de Ryan:

El desayuno caliente terminaba a las 10:00 y no sabía cuándo despertaría, así que no quise arriesgar. Te prometo que el almuerzo estará mejor.

Para mí, esto no está mal. Supongo que, si no hay Vegemite o huevos fritos, para él no merece la categoría de desayuno perfecto.

Me tomo mi tiempo en comérmelo todo y, cuando he saciado el apetito, voy a la ducha. No tengo mucha idea de lo que vamos a hacer a lo largo de todo el día. Lo único que sé es que iremos a ver los tiburones. Me pongo un bikini y ropa cómoda. Además, meto otro en la mochila por si tuviera que cambiarme y algo de abrigo por si regresamos tarde. No hace demasiado frío, pero por las noches refresca un poco y un jersey fino no ocupa casi espacio. Pongo un mensaje a Ryan y decido empezar la exploración de la ciudad por mí misma.

No me siento sola. Además, desde que utilizo Instagram para retransmitir mi vida prácticamente en directo, estoy más rodeada. Es como si siempre me acompañase una multitud de personas. Yo no puedo verlos, pero comentan conmigo las experiencias que les muestro. Juntos paseamos por la Plaza Victoria, el mercado central y el puerto histórico. No me considero una lectora asidua. De hecho, no suelo leer más de dos o tres libros al año. Sin embargo, cuando paso por delante de la biblioteca estatal, siento el impulso de entrar para verla. Andrea y Leo adorarían un

sitio así, con hileras e hileras de estanterías que se pierden a la vista. Si la vida en el mundo desapareciese algún día, bastaría guardar unos libros para conservar la esencia del mismo.

Estoy sumida entre ese olor a páginas usadas, a sueños cumplidos y a historias de amor rotas cuando el móvil me vibra en el bolsillo. Es un mensaje de Ryan para informarme de que ya ha terminado y podemos quedar. Vamos a ir ya a ver tiburones. El corazón se me dispara al pensarlo, como si de repente fuese consciente de lo que estoy cerca de hacer. Voy a meterme voluntariamente en una jaula que van a sumergir en alta mar cerca de unos escuálidos que podrían matarme con la misma facilidad con la que el ser humano destruye lo que se propone a su alrededor.

No estoy lejos del punto de encuentro, así que apenas tardo unos minutos en llegar.

—¿Qué tal ha ido tu reunión? —pregunto con curiosidad.

—Bien, bastante bien, de hecho. Creo que dentro de poco Andrew ampliará su negocio por menos de lo que había pensado en principio.

—Eso es genial.

—Además, he descubierto una cosa que me ha sorprendido bastante. Creo que Andrew tiene algo que ver y por eso me ha enviado aquí.

—¿A qué te refieres?

—Esta noche te lo enseñaré. Lo primero es lo primero: los tiburones.

—Pero ¿no fuiste tú quien se ofreció?

—El viaje era solo a Sídney, luego me pidió que viniera también aquí.

—Aún no me puedo creer que vaya a hacer esto.

—Todavía tienes tiempo para mentalizarte. Tenemos que llegar a Port Lincoln antes.

Resulta que para llegar hasta allí incluso tenemos que coger un avión. El vuelo dura menos de una hora y luego

son veinte minutos más hasta nuestro destino final.

El barco es más pequeño de lo que esperaba, pero también es cierto que aguardaba encontrarme con un mini-Titanic preparado para resistir el embate de doscientos tiburones blancos. Me tranquiliza ver que otros grupos van a hacer la misma locura que nos disponemos a realizar. Vamos a entrar por turnos, así que, si alguno de los que pruebe antes que yo muere devorado, me abstendré de intentarlo. Será mi método para comprobar la seguridad de la actividad.

Nos vestimos con los trajes de neopreno que nos dejan y alquilamos las cámaras acuáticas para poder fotografiar lo que sea que vayamos a ver bajo el agua. Todavía tenemos que llegar a la isla Neptuno y, a medida que nos acercamos, siento cómo el corazón se me acelera un poco más.

—¿Estás nerviosa?

—Mucho.

—¿Más que cuando vuelas?

—Bueno, imagino que, si en el aire hubiese tiburones con alas que atacasen el avión, eso me pondría más nerviosa. Pero no es el caso, así que sí, más que cuando vuelo.

—Ven, vamos a despejarnos.

Me coge la mano y se dirige hacia la proa del barco. Aún se me hace extraño el contacto de su piel contra la mía. Siento cómo el vello se me eriza y el cuerpo se me estremece. Sé que esta sensación terminará por desaparecer. Noel es muy amante de las primeras veces. Mantiene que son algo único. La magia desaparece poco a poco, como si fuese un simple utensilio que se desgasta con el uso. Tengo que reconocer que en su caso desapareció, pero quedó un sentimiento más fuerte e intenso. Más real. A todos nos gusta la magia, esos hechizos que nos hacen suspirar y nos mantienen el corazón enredado. Lo complicado es que te guste lo real, lo que forja la relación y la hace sólida y estable.

Mi magia con Ryan no desaparecerá por eso, sin

embargo. En dos días estaremos de vuelta en Cairns y todo terminará. No tiene por qué hacerlo ahora, pero eso solo sería alargarlo un poco más. No voy a quedarme en Australia y él no va a venir a España. Son demasiados kilómetros para poder mantener una relación. No es como si viviese en Madrid, ni siquiera en Londres. Es la otra maldita punta del mundo. Por eso disfruto de mi *Felix Felicis* mientras dura y trato de no pensar en cuánto dolerá la realidad cuando el efecto de la magia se desvanezca.

Desecho todas esas ideas de mi cabeza. No quiero pensar en eso ahora. Estoy en medio del azul más intenso, a punto de sumergirme con tiburones y con un hombre que hace que se me dispare el corazón con solo sonreírme.

Nos colocamos juntos en la proa y dejamos que el agua nos moje cada vez que una ola rompe contra la madera. Está más fría que en Cairns, pero hace tanto calor que lo agradezco. Observo cómo, a mi lado, dos de los tripulantes del barco lanzan carnaza al agua. Veo más sangre que carne y no sé si preocuparme por eso.

—Así es como acercan a los tiburones —me informa Ryan—. Mira el lado positivo. Ya han comido y no tendrán hambre.

—Eso espero.

—¡Ahí se ven! —grita una chica en algún lugar del barco.

Miro hacia donde señala y, efectivamente, veo un enorme escuálido a lo lejos devorar el trozo de pescado que han tirado al mar. Y todo lo que me podría haber tranquilizado el hecho de que ya hayan comido desaparece con la misma facilidad que la carnaza en la boca del tiburón.

No puedo hacerlo. Ni de coña.

El barco se detiene y creo que mi corazón también. Inspiro y expiro varias veces para tratar de calmarme. Es algo seguro. Mucha gente lo lleva a cabo y no pasa nada malo. Imagino que, si hubiese habido muchos accidentes, no sería una actividad turística tan famosa. Alejo de mi

mente películas como *Tiburón*, *Inferno azul*, *A 47 metros* e incluso *Sharknado*. Recordar esas escenas es lo último que necesito ahora mismo.

—¿Todos listos? —medio grita uno de los monitores—. Los tiburones sí, así que ya podemos empezar. ¿Alguien quiere ser el primero?

Un grupo de tres chicos se ofrece en el acto y el resto dejamos que hagan de valientes. Les dan las botellas de aire y todo el equipamiento y les explican lo que tienen que hacer. Cosas obvias como que no saquen ninguna extremidad de la jaula de metal o que no se quiten la boquilla por la que van a respirar.

—¿Crees que alguien habrá hecho alguna de esas cosas y por eso tienen que avisarlo? —pregunto a Ryan en voz baja.

—Imagino que estarán obligados a dar unas normas mínimas de seguridad.

Sumergen la jaula y ayudan a los chicos a entrar por una puerta superior. Después la bajan un poco más, apenas unos dos o tres metros. Con mi capacidad para traspasar los metros a la realidad, quizá incluso sean siete. Algunas personas aquí arriba gritan. Yo estoy demasiado centrada como para reaccionar siquiera. Observo cómo se acercan los tiburones mientras ellos están ahí, protegidos tan solo por unos barrotes de metal. Sin embargo, no parecen preocupados. Hacen distintas fotos, se mueven, tratan de verlos más de cerca. De momento solo hay dos, pero hay otros tres un poco más alejados.

—No tenemos que entrar si no quieres, Valerie —me asegura Ryan.

—Me da miedo, pero también creo que puede ser una experiencia inolvidable.

—¿Estás segura?

—Sí, de verdad. En eso consiste, ¿no? Hay muchas cosas que nos dan miedo, que nos paralizan. No está mal si a veces nos ganan esos temores. He pasado mucho tiempo perdiendo y culpándome por ello, y ahora veo que no eran

derrotas, que no siempre tenemos que atrevernos, que no siempre tenemos fuerzas para luchar o para arriesgar. Ahora quiero hacerlo, Ryan. Ahora estoy decidida y quiero demostrarme que puedo.

—Nos pedimos el siguiente turno —dice al monitor.

Solo están ahí abajo diez minutos. Diez minutos que a mí se me hacen eternos. Nos equipamos nosotros ahora y una de las monitoras trata de relajarme para que controle la respiración y disfrute. Le doy la mano a Ryan para entrar juntos cuando nos toca y me sumerjo dentro de la jaula. Es más pequeña de lo que parecía. De repente, recuerdo que Ryan tiene miedo de los espacios cerrados y pequeños y no sé cómo se sentirá aquí dentro. Parte de mi miedo desaparece y lo reemplaza la preocupación que siento por él. Parece estar bien a mi lado, nervioso por mí. Me hace gracia la situación. Hasta que me aprieta con fuerza la mano para que vea uno de los tiburones que se ha acercado a nosotros y deja de hacérmela. Está a unos pocos metros, pero se ve tan enorme e imponente. Es curioso, pero ahora que lo veo aquí lo siento de otra manera. El peligro es mayor y la sensación no podría ser más diferente. No me da miedo estar en el agua con ellos. Al contrario, quiero que se aproximen más, vivirlos más de cerca. Supongo que es normal. Es lo desconocido lo que nos genera miedo y ansiedad. Una vez cruzamos esa línea y vemos que es seguro, ese miedo no tiene sentido. Y queda una sensación increíble.

Ryan y yo nos acercamos más a los barrotes sin pegarnos demasiado. Que no lo tema no quiere decir que sea insensata. Hago algún *selfe* con los dos cuando los escuálidos se acercan lo suficiente y después los miro. Son enormes y tienen una cara tan feroz que entiendo que se les tema tanto. Sin embargo, también son impresionantes. El tiempo que han estado los otros chicos ha pasado muy lento, pero mis diez minutos siento que vuelan. Cuando nos sacan de la jaula, me quedo con las ganas de más, de mucho más. Nos quitamos los equipos y los dejamos caer.

Estoy tan eufórica que abrazo a Ryan mientras río. El sonido de sus carcajadas es como una melodía para mis oídos. Nos apartamos para que disfruten la experiencia los siguientes y volvemos a la proa.

—Veo que te ha gustado —comenta.

—Me pregunto cuántas experiencias me he perdido por miedo —digo, pensativa—. Cuántas cosas he dejado de hacer por preocuparme de qué pensaría Álvaro, incluso de qué pensaría yo de mí misma.

—Algunas oportunidades pasan, eso es inevitable. Pero otras, la gran mayoría, las puedes seguir haciendo más tarde. A todos nos ha pasado eso alguna vez. Todos hemos tenido miedo en algún momento. No tienes que machacarte tanto por ello.

—Ya, no sé. Supongo que a veces me da por pensar eso.

—Sé que es algo que te aterroriza y no soy nadie para decirte esto, pero creo que deberías dejarlo atrás. Quiero decir, no merece la pena que vivas en el pasado, castigándote por lo que no hiciste o lo que no fuiste. Todo eso es lo que te ha llevado aquí, a ser como eres. Si te gustas, si eres feliz, quédate con eso.

Ryan lo hace tan fácil. Quizá él pasara por lo mismo cuando perdió a sus padres. Supongo que todos tenemos momentos de odiarnos a nosotros mismos. Lo importante es salir de ahí y no olvidarnos de volver a querernos cuando la oscuridad cesa y la bruma que nos nubla la visión se desvanece.

—Tengo hambre —es todo lo que digo.

—¿Qué te apetece comer?

—Sé que estoy en Australia y debería aprovechar y todo eso, pero lo cierto es que me apetece pasta.

Ryan se ríe y es tan contagioso que termino imitándolo.

—Pasta, entonces.

—¿Cuál es el plan?

—¿Estás cansada?

—¡Qué va! Después de esto, estoy eufórica.

—Pues iremos a comer pasta y, después, si no te

importa, quiero enseñarte una cosa.

—¿Qué?

—Es una cosa muy importante para mí, pero quiero que sea sorpresa. Saldremos después de comer.

—¿Se trata de alguna locura?

—No, no, esto es solo mío.

—Confiaré en ti.

Pasamos el resto del trayecto hablando. Lo único que nos interrumpe es el pequeño vídeo que grabo para contar la experiencia a mis seguidores. Ni siquiera lo alargo mucho porque no quiero perderme nada.

Ryan cumple su palabra y comemos juntos en un restaurante italiano después de regresar de nuevo a Adelaida. Echaba de menos la lasaña, la *pizza* y todos esos productos de los que suelo atiborrarme en España.

Después, paseamos por el puerto con tranquilidad. Parece nervioso e imagino que tiene que ver con la sorpresa, aunque no me dice nada al respecto. Llegamos casi al final, donde hay unos pequeños garajes a un lado del muelle.

—¿Dónde vamos? —investigo cuando ya no puedo esperar más.

—¿Te acuerdas de que te dije que intuía que Andrew no me había mandado aquí solo por trabajo? —pregunta, y yo asiento—. Pues estaba en lo cierto. Lo he descubierto hoy durante la reunión con los clientes.

—¿Y por qué más te ha mandado?

—Hace tiempo, cuando todavía quería ser biólogo, empecé a restaurar un barco. Fue eso de lo que te habló Kylie. El catamarán había sido de mis abuelos. Un día, sufrieron un accidente y el barco quedó bastante destrozado. Años más tarde, mi padre y mi abuelo se propusieron restaurarlo juntos. Lo fueron posponiendo, por los mismos motivos que dejamos para más adelante las cosas sin saber que, a veces, ese más adelante nunca llegará a existir. Trabajo, hijos, falta de ganas. No se trata de eso, sino de tener otras prioridades.

»Tuve que venderlo para poder afrontar gastos. Andrew es como un hermano para mí y me ayudó con todo. Él se encargó del traspaso y, en lugar de dejarlo en manos de cualquier desconocido, se lo vendió a la cooperativa. No he venido aquí solo a comprar un par de embarcaciones para Adventure of the Seas, he venido a recuperar mi antiguo catamarán.

Para acompañar sus palabras, abre uno de los garajes y me enseña la embarcación que guarda en su interior. Debe de tener unos doce metros, pero lo cierto es que soy horrible midiendo a ojo, así que podría estar entre los cinco y los veinte. En la parte trasera tiene una especie de red que une los dos cascos. Está rota a trozos, pero parece ideal para broncearse o, simplemente, para relajarse en medio del mar con el sol de fondo. No es tan grande ni espacioso como los que he visto durante el paseo, aunque calculo que cabrán unas treinta o cuarenta personas. Hay una parte techada, donde imagino que en su día tendría algún camarote, cocina o baño. La sala de mandos, o como quiera que se llame desde donde tripulan el barco, está un piso por encima y es lo que peor aspecto presenta. Ni siquiera tiene timón.

—¿Esto es tuyo? —pregunto, impresionada.

—Sí, lo es —responde—. La cooperativa quiso repararlo durante este tiempo, pero Andrew los convenció para que aguantaran. Esto era mi proyecto. Era mi sueño. ¿Te apetece dar una vuelta?

—¿En serio? ¿Esto flota?

Ryan se ríe.

—No, este no. Tengo otro más pequeño. Andrew ha comprado al final cuatro embarcaciones. Dos cruceros para poder programar visitas turísticas a la Gran Barrera de Coral, pues aún no tenía esa actividad entre sus ofertas y es una de las más demandadas. Otra es un pequeño barco para su uso y disfrute. Ese no es de la cooperativa, pero también lo quería a un mejor precio y hacen descuentos. Es legal, no te preocupes. Y, por último, el mío, el que quiere que

restaure. Vamos a ir en el suyo.

—¿Y puedes llevarlo tú solo?

—Claro. Tiene motor, no es tan complicado. De todos modos, si necesito tu ayuda, te diré cómo hacerlo.

—Pues vamos allá.

Deja cerrado de nuevo el almacén y volvemos a la zona de los muelles. El barco de Andrew no es tan grande como el catamarán de Ryan, pero está mucho mejor para el ocio. Sube primero y me ayuda a hacerlo. Sigo sus pasos sin saber muy bien qué hacer. Nos quedamos en ropa de baño y deja nuestras cosas abajo, lejos del sol. Ryan se pone al frente de los mandos y me pide que me siente a su lado. Mi único cometido consiste en darle conversación y no pongo ninguna objeción. Y así, en apenas una hora, hemos llegado a nuestro destino. Echa el ancla en una bahía, cerca de la costa.

—No pienso bañarme —anuncio—. He visto los tiburones que hay por estas aguas y no me atrevería.

—Tranquila, no tienes que bañarte. Solo vamos a quedarnos aquí, relajados.

En la parte delantera del barco ha preparado un par esterillas con sus toallas para tomar el sol. Nos tumbamos, uno cerca del otro. Él se pone boca arriba, pero yo me giro para mirarlo. Nos sumimos en uno de esos silencios que no molestan, sino que se convierten en placenteros. Hasta que decido romperlo:

—Se te ve tan relajado.

—Lo estoy —responde. Tiene los ojos cerrados y el mejor filtro que existe para embellecer un rostro: los rayos de sol iluminándole la cara—. Nada me da tanta paz como estar aquí, en medio del océano, sin más preocupaciones.

Nunca he visto a Ryan tan tranquilo como cuando está en el agua. Estoy convencida de que lo mejor para él sería retomar su antiguo sueño. Reparar su barco, buscar algún compañero que tuviese la misma vocación y dedicarse a salvar animales heridos, a hacer de nuestras aguas un lugar más limpio, más seguro. Sin embargo, sé que él no lo ve así.

Quizá esté equivocada, quizá lo esté él, pero es Ryan quien tiene que darse cuenta de lo que realmente quiere en su vida, así que no digo nada al respecto.

—¿Por qué? —pregunto en cambio—. ¿Por qué adoras tanto el mar?

—Porque aquí es como si el tiempo no existiera, como si todo el ruido del mundo cesase y te dejase pensar, creer. Soñar. Los minutos se convierten en horas y la mente se vacía de preocupaciones, de miedos y obligaciones. Los años que pasé en Canberra no fui feliz del todo porque me faltaba esto. Creo que es una parte importante de mí. Forma parte de mi hogar.

—¿Con qué sueñas?

—Ahora mismo, contigo.

Se gira para mirarme por primera vez desde que empezamos a hablar. Los latidos se aceleran y tengo que recordarme que esto es temporal. Algo inefable y a la vez efímero, casi etéreo. Algo que, aunque ojalá fuese sempiterno, está condenado a la distancia y, al final, al olvido.

Todos esos pensamientos desaparecen cuando Ryan se acerca para besarme. Hay algo mágico en sus labios y, en el momento en el que me rozan, me atrapan sin remedio. Me pierdo en ellos como si fuesen mi propio mar, como si fuesen mi propio hogar.

Baja la mano por mi espalda, regalándome una caricia que me eriza por completo. Lo hace despacio, como si quisiese deleitarse con cada parte del recorrido. La deja sobre mi cadera y me acerca un poco más a él. Sus labios abandonan los míos y recorren mi mandíbula hasta acabar en el cuello, con la misma lentitud que antes. Eso me enloquece. Mi cuerpo reacciona solo ante esos estímulos. Como si fuese una avenida eterna y todos los semáforos de repente se pusiesen en verde.

Soy yo quien se acerca ahora. Cualquier distancia que ponga Ryan entre nosotros me va a parecer demasiada, así que lo empujo hacia atrás y me coloco sobre él. No opone

ninguna resistencia. Apoya la espalda en la toalla de nuevo y lleva ambas manos a mi cintura. Me reclino hacia delante para besarlo y dejo un pequeño mordisco en su labio inferior cuando me separo.

—¿Ya no tienes la regla? —pregunta, excitado. Sonríe de medio lado y niego despacio—. Adoro eso.

—¿El qué?

—Esa sonrisa tuya que me desarma cada vez que me la dedicas.

No espera respuesta esta vez. Lleva una mano a mi nuca y acerca nuestras bocas para apoderarse de ella de nuevo. Se me escapa un gemido cuando noto su lengua abriéndose paso. Siento un hormigueo que me recorre desde los pies hasta la cabeza.

Este último año he tenido sexo con distintas personas, más que en toda mi vida. Con ninguna he sentido la excitación que siento ahora, ese deseo incontrolable de que no acabe este momento. Con Álvaro, aunque de eso hace ya más, era rutinario y monótono. Con Blanca fue más atrevido, más satisfactorio. Sabía cómo activarme y cómo moverse, pero le faltaba emoción. Otros han sido como Caleb, que han pasado con más pena que gloria. Pero Ryan... Ryan puede estremecerme con tan solo el roce de sus dedos. No sé si debería darme miedo o si debería rendirme a él. Cuando sube las caderas y siento algo más que el roce de sus dedos me decanto por lo segundo.

Rendirme del todo.

Siempre se define como una persona tímida, cerrada. No me lo parece cuando me desata la parte superior de bikini y la deja caer, ni cuando atrapa un pecho entre sus manos sin dejar de besarme.

Nos separamos solo cuando necesito ir a por un preservativo. Ryan no lleva ninguno, pero yo siempre voy preparada. Al regresar, tira de mí para volver a colocarme sobre él, con los ojos encendidos y las ganas preparadas en los labios. Me aparta el pelo de la cara, me mira un instante y vuelve a besarme de forma más lenta, más intensa. Sonríe

cuando me ve rasgar el envoltorio del preservativo, pero borra ese gesto de su cara cuando bajo las manos para colocárselo.

—¿Estás seguro? —pregunto antes.

—¿Estás de broma? Claro que estoy seguro.

Se me escapa un gemido cuando siento por fin a Ryan.

Me olvido de todo. De lo que nos espera cuando regresemos a Cairns o cuando yo regrese a España, de que nuestra burbuja solo existe aquí y nuestro futuro es tan corto que es casi un presente, de que seguimos siendo amigos y nada más. Solo existimos Ryan, yo y este instante entre nosotros.

Y, durante ese instante, siento que mi vida es realmente inefable.

Capítulo 44

RYAN

Mi casa aparece a lo lejos mucho antes de lo esperado. El regreso ha sido rápido. Los dos estábamos tan cansados que hemos dormido casi todo el rato. Valerie ha seguido haciéndolo después, en el asiento del copiloto.

Apago el motor y la observo en silencio. Tiene el pelo revuelto, unas pequeñas ojeras bajo los párpados cerrados y los síntomas de la fatiga en el rostro y, aun así, a pesar de todo eso, sigue siendo preciosa.

Todavía no puedo creerme todo lo que ha cambiado este viaje entre nosotros. Las semillas que plantó aquella noche bajo la lluvia han crecido para poblar un bosque entero y ahora, cada vez que la miro, una sonrisa rebelde se dibuja en mi cara para disimular un corazón acelerado.

—Eh, despierta, dormilona —la llamo con cariño.

Abre los ojos poco a poco y mira hacia los lados. Despietada, sin saber siquiera dónde está.

—Hemos llegado —anuncio—. Voy a descargar las maletas, tú puedes descansar si quieres.

—Voy —responde, todavía adormilada.

Abro la casa y veo cómo se dirige al baño. Bajo las maletas y las dejo en el interior de mi dormitorio. Tengo que dar dos viajes y, cuando vuelvo del segundo, la encuentro en la barra de la cocina, comiendo una manzana.

—¿Qué hora es? —pregunta.

—Casi la una de la madrugada. Se ha hecho bastante tarde al final. Puedo prepararte algo si tienes hambre.

Observo cómo muerde la pieza de fruta y me acerco con la intención de besarla de nuevo. Valerie se echa hacia atrás y me pone la mano en el pecho para mantener espacio. Deja la manzana y me mira, con una mezcla entre incomprensión y pena.

—Ryan... ¿Qué haces?

—¿Besarte?

Frunzo el ceño, sin entender nada.

—Ryan... —empieza. No me gusta cómo suena mi nombre entre sus labios. No ahora. No así—. Te dije que éramos solo amigos.

—Amigos de los que se besan —repito sus palabras.

—Eso fue durante el viaje. Unos días de debilidad antes de volver a la realidad.

—¿De debilidad?

—Ya lo hablamos y creía que estábamos de acuerdo. Quiero demostrarme que puedo estar sola, que no necesito a nadie para ser feliz. Además, no voy a quedarme aquí y tú no vas a venir a España. Empezar algo entre nosotros ahora... no sería buena idea.

—Bueno, quizá tenías que haberlo pensado antes, ¿no? —espeto, enfadado.

No estoy entendiendo nada. Ayer tuvimos sexo tres veces. Una en el barco y dos en la habitación. Esta mañana hemos estado bien. Incluso nos hemos besado varias veces en el avión. No comprendo su cambio de actitud, tan distante, tan fría.

—No te engañé en ningún momento, te dije que éramos solo amigos, Ryan. Ir a Adelaida solo era una forma de alargar esto, lo que quiera que sea que hemos tenido. Te pregunté si te parecía bien y me dijiste que sí.

—Lo que quiera que sea —repito sin dar crédito—. Sé que dijiste que solo seríamos amigos, pero eso fue antes de que pasara todo lo demás. ¿Haces con tus amigos todo lo que hemos hecho nosotros?

—No, claro que no, pero...

—¿Entonces? No lo entiendo, Valerie —confieso. Uso su auténtico nombre porque ahora mismo no se parece a la Valerie que he conocido este tiempo—. No lo entiendo.

—¿Qué no entiendes? —pregunta, y noto que ahora es ella quien está cabreada—. ¿De verdad crees que podemos tener una relación? ¿En serio no ves los inconvenientes?

—Claro que los veo, pero no es más fácil hacer como que nunca ha pasado nada entre nosotros.

Me mira sin decir nada. Veo el dolor en su cara, pero eso solo me enfada más. Si de verdad le doliera, si le importara, no actuaría así. Quizá no tengamos un futuro a largo plazo, pero lo tenemos ahora. Quiero apostar por eso. Quiero disfrutarlo mientras dure.

—Lo siento, Ryan —dice, y aparta la mirada—. Es mi última palabra. No vamos a tener futuro, así que no hace falta que improvisemos un presente.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo, entonces? ¿No cuenta lo que piense yo? —pregunto, nervioso. No responde, sino que se limita a contemplar el suelo—. Todo este tiempo he estado admirándote, creyendo que eras atrevida, lanzada, valiente. Que nada podía contigo, que peleabas por todo. Ahora me doy cuenta de que estaba equivocado —espeto.

—Yo no tengo la culpa de la idea que te hayas formado de mí —suelta. Levanta la cabeza para mirarme y veo la rabia en sus ojos, mezclados con la pena y la decepción. Creo que le he dado justo donde más le duele—. Nunca te he engañado. Te dije que era cobarde, que me daban miedo muchas cosas, que me paralizaba ante lo realmente importante. No soy tu proyecto ni tengo que ser tu milagro. Si te has equivocado conmigo, ha sido solo cosa tuya.

—¿Por qué estás en Cairns, entonces?

—Porque quería viajar, quería estar sola, conocerme a mí misma. Sigo queriendo hacerlo.

—No, tú no te estás conociendo. Nunca haces nada por ti misma. Siempre necesitas un plan, alguien que te diga qué hacer, incluso cómo debes ser. —Sé que estoy siendo cruel, pero las palabras salen disparadas de mi boca sin que pueda detenerlas ni procesarlas—. Incluso ahora. Tú misma lo has dicho. No te atrevas a improvisar un presente, así que desechas la idea aunque pueda hacerte feliz.

»Primero fue Álvaro y te conformaste con vivir a su sombra porque era cómodo, era fácil. Ahora crees que estás por tu cuenta, pero tampoco es así. No haces lo que quieres

ni te estás conociendo a ti misma. Vas con tu lista, haciendo lo que tus amigos te dijeron que hicieras. Nunca es lo que tú quieres ni lo que tú decides. Sigues siendo una cobarde.

Me siento peor en el momento en el que pronuncio el nombre de su exnovio. Valerie no se merece esto, por muy cabreado que esté. Quizá no sea tan valiente como creía que era, quizá me equivocara en otros aspectos. Sin embargo, nombrar a Álvaro, recordarle una relación tan tóxica e incluso culpabilizarla por ello es demasiado mezquino. El mal humor se esfuma de golpe para dejar paso a la decepción. No con ella, sino conmigo mismo. Se acaba de abrir uno de mis compartimentos y no me gusta nada lo que ha salido de ahí. Me odio mucho ahora mismo.

—Valerie, yo... —empiezo a disculparme.

No llego a hacerlo, porque me interrumpe antes:

—Quizá sea una cobarde, pero ¿y tú qué? No eres mejor que yo, Ryan. Tienes tu vida en *stand by* desde hace tres años. ¡Tres malditos años! Dejaste tus sueños, tus estudios. Lo dejaste todo. Y lo malo no es eso, sino que te dé tanto miedo recuperarlo. Son dos asignaturas. Ojalá todos los sueños estuviesen al alcance de tan poco en lugar de parecer tan imposibles. Tú lo tienes ahí, entre tus manos, y no quieres agarrarlo porque te da miedo descubrir que puedes volver a ser feliz. ¿Me hablas a mí de ser cobarde? Ni siquiera eras capaz de subir al piso de arriba de tu propia casa porque no aceptas que tus padres están muertos. Eso tampoco es de ser tan valientes.

Esta vez soy yo quien no dice nada. Tiene razón. No soy nadie para hablar de cobardía cuando soy el primero que peca de ello. La diferencia radica en que, por mucho que Valerie insista en lo contrario, yo soy feliz con mi vida y ella no.

Tiene los ojos llorosos cuando vuelvo a mirarla. No sé qué reflejan los míos, imagino que un dolor parecido al que encierra ella.

—Ryan, lo siento —se disculpa enseguida—. No debí haber nombrado a tus padres, no...

—Déjalo, tienes razón —la interrumpo—. Te llevaré a casa.

No quiero que sigamos hablando. No tiene sentido ahora, cuando ambos estamos así. Valerie baja la cabeza y se dirige hacia el coche. Cojo su equipaje y lo guardo en el maletero. El sonido de la puerta al cerrarse es todo lo que se escucha.

No enciendo la radio. Adoro la música y no quiero que exista una canción que se mezcle con lo que estoy sintiendo ahora mismo. Una banda sonora para la decepción, para el dolor. Se gira en el asiento de al lado para mirarme. Sigue pareciendo triste, pero ya no hay rastro de lágrimas.

—Sé que me has dicho que lo deje, pero no quiero hacerlo. Siento lo que te he dicho, de verdad. No lo pienso así.

—Sé que no lo piensas. Yo tampoco pienso lo que te dije. Ese no es el punto.

—¿Y cuál es?

—¿No lo ves? Nos hemos dicho a propósito cosas para hacernos daño. Te he atacado con Álvaro y con tus mayores temores, y tú has hecho lo mismo con la muerte de mis padres. No quiero esto entre nosotros, no es sano.

—Pero...

—Lo sientes, lo sé. Yo también lo siento. Y da igual sentirlo, Valerie. No quiero que nos hagamos daño de esta forma, no a propósito. No me gusta. No me gusto así.

La gente discute, lo sé. Lo que me preocupa es que, si esta es la primera vez que lo hacemos y ya nos hemos atacado de forma tan cruel, no quiero descubrir cómo serían las siguientes.

—¿Entonces? —pregunta, con apenas un hilo de voz.

—Tú quieres que seamos amigos y yo no quiero serlo. Ahora mismo no puedo, no después de estos días. Como has dicho, no tenemos futuro. No hace falta improvisar un presente.

—¿Estamos rompiendo, entonces?

—¿Rompiendo? —repito, y suelto una pequeña risa

amarga—. No hay nada que romper, Valerie. No somos nada. Nunca lo hemos sido y ya nunca lo seremos.

Acabo de llegar al portal de su casa. Como si fuese una señal del destino, una prueba más de que este es el fin de nuestro camino. Ha sido bastante corto y ha terminado en un pequeño precipicio. Y yo me quedaré ahí, en el borde, decidiendo si es mejor saltar o volver sobre mis pasos. Supongo que es mejor ahora que dentro de unos meses.

Valerie me mira a punto de decir algo, pero sin llegar a hacerlo. No creo que haya nada más que añadir, no después de todo lo que nos hemos dicho ya. Abre la puerta del copiloto y se queda un instante quieta. Salir es la despedida. El punto final. Lo triste es que ni siquiera hemos tenido una historia, sino que parece más bien un pequeño párrafo en el libro de nuestra vida.

—Adiós, Ryan.

Sale y cierra tras de sí. El tiempo se detiene entonces y empieza a pasar a cámara lenta. Cada paso que da en dirección a su casa es como una pequeña puñalada. Lenta y certera. No entra en el portal, sino que viene hacia mi ventanilla. El cristal está ya abajo cuando su cara aparece ante mí. Me giro para mirarla sin darme cuenta de que, al hacerlo, nuestros rostros iban a quedar a escasos centímetros de distancia. Contengo el aliento porque sé que si respiro, si la respiro a ella, me costará más hacer lo que sé que es mejor. Pero entonces es Valerie quien se acerca para besarme. Una ligera presión de sus labios contra los míos. Nunca un contacto tan rápido y superficial ha sido a la vez tan lento y profundo. Tan valioso. Tan definitivo.

—Puede que no tengamos un futuro juntos, pero espero que tengas el que deseas, Ryan. Te lo mereces. Solo tienes que luchar por conseguirlo.

Esta vez sí entra. Y vuelve a ser Valerie. Me quedo mirando la puerta mucho tiempo después de que ya no esté. Incluso cuando su luz se apaga y todo queda sombrío. No es solo su casa. Parece como si el mundo también estuviese un poco más oscuro. Quizá solo sea el mío, que

ha perdido parte de su luz.

Sigo enfadado con los dos por todo lo que ha pasado hoy. Por todo lo que nos hemos dicho. Aún tengo que ordenar mis sentimientos y valorar mis ideas. Ha sido un día demasiado largo, demasiado duro. Arranco el motor y pongo rumbo a mi casa. Enciendo la radio. No me apetece rodearme de un silencio en el que tan solo escuche mis pensamientos. Suena *Don't Speak*, de No Doubt.

Si tenía que elegir una banda sonora para definir la noche, al menos me alegro de que haya estado a la altura.

Capítulo 45

VALERIA

Noel siempre habla de lo especiales que son las primeras veces. Los nervios la primera vez que las manos, sin querer, se rozan. Las mariposas cuando sientes que el tonto es real. El cosquilleo con el primer beso. El momento en el que te encuentras contando las horas que quedan para volver a verlo. Son bonitas. Asombrosas. Únicas.

Son magia.

Sin embargo, no son tan intensas ni tan profundas como las últimas veces. Esas se te clavan, te desgarran, te dejan en carne viva. Se graban a fuego en tus retinas para que no solo lo puedas recordar, sino que las veas con total claridad una y otra y otra vez. Como castigo, como muestra de que el sufrimiento es real. De que el dolor que te atraviesa el pecho existe, aunque ya no exista nada más.

Hace dos semanas que no veo a Ryan, que ni hablamos siquiera. Que nos dimos nuestro último beso. Y ahora, mientras desayuno, me ha dado por pensar en las últimas veces. Sé cuál ha sido la peor de mi vida. No fue un beso, sino un abrazo. Después, mi padre entró en el hospital por enésima vez y no volvió a salir jamás.

Las últimas veces son más poderosas porque son inolvidables. En un mundo feliz ni siquiera deberían existir. No debería haber un último abrazo, ni un último beso, ni una última mirada, ni una última carcajada compartida. Porque, cuando sucede, cuando es el último, se apaga una parte de ti. Una que nunca regresa. Y da igual que no sepas que no habrá otra oportunidad, como me pasó con mi padre, o que sí lo sepas, como me pasó con Ryan. Te arranca un pequeño pedacito de tu alma y se lo queda la persona con la que lo compartes. A cambio, tú te quedas

otro pedacito de su alma. Ojalá el pedacito de mi padre fuese más grande de lo que es y no sintiese cómo se va desvaneciendo con el tiempo. Ojalá el pedacito que se llevó Ryan lo ayude a luchar por su futuro.

De momento, yo estoy improvisando con el mío. Nunca se me ha dado bien lo de ser espontánea, pero imagino que Cairns me está cambiando. Puede que haya abierto un compartimento que ni siquiera imaginaba que existiera.

Emily me ha dado unos días libres y he decidido aprovecharlos. He cogido todo lo que me compró Ryan, he añadido material nuevo y me he entregado a la pintura. En cuerpo y alma, sobre todo en alma. La exposición del amigo de Lara es el mes que viene y quiero tomarlo en serio. Dedico doce horas diarias. Incluso me he puesto alarmas en el móvil para hacerlo si estoy distraída. El lado positivo es que me inspiro sola. Las pinceladas, los colores, la esencia... Todo surge ante mí con tanta fluidez que a veces tengo que contenerla. El lado negativo es que todavía tengo que perfeccionar la técnica. No puedo pretender estar más de diez años sin pintar y que quede perfecto a la primera. El talento sin esfuerzo no es nada.

—Ese me gusta —comenta Emily. No me he dado cuenta de que estaba aquí, con un bote de helado entre las manos. Últimamente, estoy tan sumida en el arte que me evado de todo lo demás—. Tiene fuerza.

—Gracias —respondo sin apartar el pincel del lienzo.

—¿Ya tiene título tu exposición?

—No, todavía no.

—Algo se te ocurrirá, no te preocupes. ¿Sabes al menos de qué va a tratar?

—Había pensado en hacerla de mi experiencia en Australia. Lo que he visto, lo que me ha hecho sentir.

—¡Eso es genial! Me gusta mucho la idea.

—¿De verdad? Aún no lo he comentado con Matt, pero tengo que quedar con él para que empiece a valorar los cuadros y escojamos juntos los que vamos a exponer.

—Te lo prometo —comenta con una sonrisa—. Estás creando algo propio, como en tu locura. ¿Saldré yo? Soy una parte grande de tu vida en Cairns.

—Saldrás —le aseguro.

—¿Y Ryan?

Siento el pinchazo que acompaña siempre a ese nombre. Aún no me he acostumbrado a él, pero sé que acabaré por hacerlo. No puede ser eterno. Si algo me ha enseñado la vida, es que nada lo es.

No sé qué le habrá contado Ryan al grupo. Tienen que saber lo que ha habido entre nosotros. Nos fuimos a Sídney siendo amigos y hemos vuelto sin hablarnos. Resulta obvio. Yo solo se lo he contado a Emily. Lo cierto es que al resto ni siquiera los he visto. Josh fue el único que vino un día. Hablamos lo justo y después se fue. Creo que solo quería comprobar cómo estaba, pero no fui demasiado amable y lo espanté.

No me estoy portando bien con ellos. Se supone que somos amigos, aunque no tenga relación con Ryan. He preferido ahorrarles una mala situación. Andrew es su mejor amigo, Liam también. No puedo estropear eso.

—Aún no lo he decidido —contesto con sinceridad.

—Bueno, yo no quiero meterme ahí. Ya sabes que, si quieres hablar, también soy tu amiga.

Se sienta en la cama, helado y cuchara en mano, y me observa mientras come. Lo cierto es que sí está demostrando ser una gran amiga. Quiero decir, ya lo había hecho tratándome tan bien en la tienda y ofreciéndome su casa. Ha sido una persona increíble desde que llegué a Cairns y nada hubiese sido igual sin ella. Con Ryan ha vuelto a hacerlo. No me presiona para hablar ni me cuenta sobre él si no pregunto.

—Ya te detallé todo lo que pasó entre nosotros, no hay mucho más. No somos amigos y no pasa nada.

—¿No lo echas de menos?

—Claro que sí —contesto en el acto—. Pero lo hice mal. Nunca debí besarlo ni hacerlo creer que teníamos algo más

que una amistad. No valoré los riesgos y ahora pago las consecuencias.

—La verdad es que no, no debiste hacerlo —suelta con sinceridad. Sus palabras a veces son tan directas como dolorosas, pero lo prefiero así. Nunca me han gustado esas amigas que suavizan las cosas y les quitan importancia. Prefiero el tipo que no teme decirte que lo has hecho mal y, aun así, a pesar de que conoce tus defectos, te sigue ofreciendo su amistad—. Pero bueno, no seríamos humanos si no cometiésemos errores. Lo que sí creo que deberías hacer es hablar con los chicos. Ellos no tienen la culpa de lo que pasara entre vosotros.

—Lo hago por ellos. No quiero ponerlos en una situación incómoda.

—Lo que es incómodo es que no quieras quedar con nosotros porque también queremos verte.

—No es que no quiera.

—Pues entonces, un día tendrás que venir a Palm Cove y, bueno, si está Ryan, lo saludas y ya está. Como personas, no como amigos ni nada más. No te queda mucho tiempo aquí y queremos aprovecharlo contigo.

—Te prometo que lo haré, pero más adelante. Ahora estoy centrada en esto. La exposición es importante para mí y quiero dedicarme a ella.

—Lo sé, por eso no te presiono. Eso sí, este fin de semana saldremos solo las chicas. Habla con Lara, Alessia y Nadine.

—Eso suena genial —admito.

Adoro pintar. Llevaba tantos años sin hacerlo que había olvidado lo que sentía al tener un pincel entre los dedos. La emoción que me embriagaba ante un lienzo en blanco, los nervios de la primera pincelada, esa sensación de felicidad por la simple idea de saber que soy libre de poder plasmar lo que quiera, lo que tengo dentro. Y tengo tanto dentro que necesito dejarlo salir. Darle vida. Compartirlo con el mundo.

Me he sumido tanto en todo esto que mi vida social ha

caído en picado. Casi no salgo ni me relaciono. Incluso he dejado las redes sociales después de anunciar mi desconexión. No se trata solo de tachar algo nuevo de la lista. Me apetecía. Lo necesitaba. Tener tiempo para mí y solo para mí, sin compartirlo con nada ni con nadie. Creo que he hecho más por conocerme a mí misma en estos días encerrada que en todas las locuras que he realizado en Cairns. Sigo pensando que tengo que probarlo todo para descubrir lo que me gusta, pero ya sabía lo que me apasionaba y lo tenía tan oculto que no le daba salida.

—Quizá podríamos hacer alguna de tus locuras — comenta.

Tiene su propia lista en su móvil porque fotografió la mía. Supongo que es algo que es dominio de todos. Quedan pocas sin completar y algunas de ellas son casi imposibles, como la de salir en televisión.

—¿Qué tienes en mente? —indago.

—Pues he visto dos —sugiere. Noto sus ojos clavados en mi nuca e imagino que algo trama.

—¿Y son...?

—Aún tienes que salir disfrazada de princesa Disney. Y, además, te queda el cambio de *look*.

Mi mano se detiene con el pincel en el aire y me giro, despacio, para observarla. De toda la lista, que incluía cosas como bañarme con tiburones, saltar desde muy alto y probar comida que nunca probaría, había dos que temía más: dejar las redes sociales y cambiar de *look*. He tenido el cabello largo y moreno desde pequeña.

—No sé —respondo con sinceridad mientras me paso la mano por la melena—. Esto es parte de mí. Me vería muy rara.

—Solo es probar, Val. No pasa nada si no quieres, pero tengo la idea de lo que te haría y creo que te quedaría muy bien. Además, el pelo crece.

—¿Sabes? Creo que tienes razón. Termino lo que estaba haciendo y me pongo en tus manos.

—¡Genial! Voy a hablar con Lara mientras para ver

cuándo quedamos. Y qué disfraz te ponemos —añade entre risas.

—*Nos* —la corrijo—. Somos amigas y voy a ponerme en tus manos, así que tú no vas a dejar que sea la única princesa Disney. Vamos a salir las cinco disfrazadas.

—Me gusta más esa idea. ¡Qué guay!

Emily se sumerge en su teléfono y yo, en mi lienzo. No me gusta la realidad, prefiero hacerlo un poco abstracto. Mezclar lo que veo con lo que siento. He pintado el mar, la jaula, el tiburón. La libertad, la sensación que te embriaga cuando sabes que eres libre, cuando eres feliz. Fui todo eso en aquel momento.

Ahora, ya no sé qué sentir. Lo noto tan lejano que parece que lo he perdido para siempre. Tan cercano que todavía duele. Y, aunque sé que es lo correcto y lo mejor a largo plazo, este castigo que me he autoimpuesto alejando de mí a la persona a la que quiero tener al lado me está destrozando desde dentro.

Capítulo 46

RYAN

Hoy hace tres semanas y dos días que no sé nada de Valerie. Nos estamos evitando y supongo que es mejor así. Ella solo puede darme su amistad y, después de haberlo tenido todo, quedarme tan solo con una pequeña parte es poco para mí. Sería como conformarme con una ola cuando necesito el mar entero. Quedan menos de tres meses para que se vaya a España y espero que, cuando eso pase, todo mejore. Por mucho que duela pensar en que ya no estará, es un dolor al que tengo que dejar ir.

—¿Dónde vamos? —pregunta Oli.

Él y Kylie están haciendo todo más llevadero. Vinieron hace unos días para pasar unas cortas vacaciones y están siendo todo el apoyo que necesito. También tengo a mis amigos, pero mi compañía favorita siempre ha sido la de Oliver.

—Voy a enseñarte el proyecto en el que estoy trabajando.

—¿Es un barco? —comenta, emocionado.

Siempre hace la misma apuesta, con la diferencia de que esta vez ha acertado. Grita de alegría cuando asiento y tira de mi brazo para que nos demos prisa.

Está en el almacén de Andrew, junto con otras embarcaciones y tablas. Me deja guardarlo aquí hasta que lo termine. Ni siquiera me cobra por ello, aunque ocupe bastante espacio. Andrew es otro hermano para mí. Siempre hemos estado juntos. En ocasiones, los amigos son como extraños. Extraños que, pese a haber compartido una vida, no saben cómo es la persona de al lado ni tienen confianza con ella. Ese tipo de extraños con los que se forman silencios incómodos, se esconden secretos y se miente a veces. Yo lo hago. Con Josh, con Liam, con Emily.

Incluso con Kylie. Con Andrew y Oli sería imposible, aunque lo intentara. El primero me conoce incluso mejor que yo mismo y al segundo sería incapaz de engañarlo.

—¡Qué viejo! —exclama cuando ve el barco.

—Eso es porque aún tengo que arreglarlo.

—¿Se ha roto?

—No está roto, solo está un poco estropeado. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Tú y yo vamos a repararlo. Lo pintaremos, le pondremos un motor nuevo y haremos todo posible porque pueda volver al mar. Tú podrás elegir la parte más importante.

—¿Cuál, cuál?

Me agacho a su lado para darle emoción y no contesto enseguida, sino que me tomo mi tiempo para que su nerviosismo crezca. Me gustaría poder darle al *pause* en este momento y que Oli no creciese nunca. Que fuese siempre niño y se quedase con esa ilusión y felicidad con las pequeñas cosas. Poder ahorrarle todo el sufrimiento que acompaña mientras creces, como si te fuese alcanzando a cada año que cumples. Sin embargo, eso es lo que conlleva madurar. No te instruyes si no te equivocas. No aprendes a levantarte si antes no te has caído. No amas de verdad si antes no te ha dolido.

No puedo impedir que crezca ni que sufra en el proceso. Lo que sí puedo intentar es que merezca la pena. Que las cosas buenas superen las negativas, que las heridas se conviertan en cicatrices y las penas, en cenizas.

—¿Cuál? —repite, y me devuelve a la realidad.

—Tú elegirás el nombre —informo—. Es una labor muy importante, porque este barco llevará siempre el que elijas y todo el mundo lo verá en el mar.

—¿Y se llamará como yo quiera?

—Claro. Puedes ponerle como más te guste.

—¿Se puede llamar Galleta? —sugiere.

—Si quieres que se llame Galleta, así se llamará. Pero no

me lo digas hoy ni mañana. Cuando terminemos de trabajar aquí y esté listo, será tu momento. Si te sigue gustando Galleta, entonces no habrá más discusión.

—Vale.

—Pues empecemos. Vas a ser mi ayudante oficial y tienes que hacer todo lo que te diga. ¿Estás preparado?

—¡Sí!

—¿Tienes ganas?

—¡Sí!

—¡Pues allá vamos!

Le pongo la mano para que me choque los cinco y juntos empezamos la reforma. En realidad, me puse con ella nada más llegar a Cairns. Valerie se equivoca en muchas cosas, pero también tiene razón en otras.

Igual que no puedo evitar que Oli crezca, tampoco puedo poner mi vida en *pause*. Soy feliz con lo que tengo. Me gusta mi trabajo con Andrew, mi casa, mi vida. Sin embargo, también siento que me falta algo. Que mis padres ya no estén no es razón para sacrificar mis sueños. Si siempre regresamos a lo que nos hace felices, quiero regresar al mar. Quizá me haya perdido en estos tres años, pero aún no me he dado por vencido. No solo estoy decidido a reparar el antiguo barco de mis abuelos, también me he matriculado en las dos asignaturas que tenía pendientes para finalizar la carrera.

Puede que fuese yo quien empezara ayudando a Valerie cuando vino a Cairns, pero estoy seguro de que, al final, ella me ha ayudado mucho más a mí. No podía encontrarme si ni siquiera sabía que estaba perdido. Ahora por fin tengo rumbo y, por lo demás, dejaré que el viento me lleve. El mar sigue siendo mi hogar y estoy decidido a vivirlo.

—¿Va a venir Val? —pregunta al cabo de un rato.

No es la primera vez que quiere saber de ella y aún no me he atrevido a decirle que ya no somos amigos. No suelo mentirle, pero sí evitar información innecesaria que crea que le puede hacer daño.

—Hoy no puede, está trabajando. ¿Tan bien te cayó?

—Me dijo que si nos hacíamos muy amigos seríamos como hermanos, y yo quiero hacerlo porque ella no tiene hermanos y tampoco tiene papá.

Siento un nudo en la garganta, piedras en el estómago. Oli siempre ha sido adorable, pero no quiero pensar en Valerie de esa manera. No ahora. No aún.

—Pero no te preocupes, no pasa nada —comenta y, aprovechando que estoy agachado para poder lijar la cubierta, pone su pequeña mano en mi mejilla—. Me dijo que vendría a la función de fin de curso. Nos haremos amigos allí. Vais a venir, ¿no? Mi amigo Will también quiere conocerla y verte a ti. Le he hablado un montón de vosotros.

—Claro que iremos —digo, porque no sé cómo negarme a eso.

—¡Bien! Voy a darle mi última galleta. Así nunca estará triste.

Ahora mismo tengo dos opciones. Puedo decepcionar a Oli e ir allí solo. Todavía es un niño pequeño, no creo que le afecte demasiado. Casi no conoce a Valerie, se le acabará olvidando. O, por otro lado, puedo hablar con ella y pedirle que venga. No por nosotros, sino por mi hermano. Hemos sido amigos. Quizá todavía podamos seguir siéndolo. Y, a pesar de esto, a pesar de que me digo que se lo puedo pedir como amigo, de que no quiero decepcionar a Oli, de que me trato de engañar justificando lo que hago, en el fondo sé que lo que quiero es tener una excusa para volver a hablar con ella.

Capítulo 47

VALERIA

Ha llegado uno de los momentos que tanto he temido desde que pasó lo de Ryan. Hoy, por fin, voy a hablar con Noel.

No hemos conseguido cuadrarnos antes. La diferencia horaria se nota y, además, él no para de trabajar últimamente. Por fin está cumpliendo su sueño y eso me hace casi igual de feliz que al piloto, aunque en ocasiones como esta lo echo de menos. Solo temo sus consejos porque sé que me va a decir la verdad y no lo que quiero escuchar. Y no sé si estoy preparada para escuchar su verdad.

—¡Hola, canijo! —exclamo en cuanto veo aparecer su cara en la pantalla.

Andrea no está. Eso puede ser mala señal.

—Soy casi una cabeza más alto que tú, algún día tendrás que dejar de llamarme así.

—No por el momento. ¿Qué tal estás, desaparecido? —me lanzo antes de que empiece él.

—Buen intento —comenta, y se ríe—. Estoy bien, mucho trabajo. Andrea bien también y todos genial. No vamos a hablar de mí y lo sabes.

—Tenía que probarme —me justifico—. No sé ni por dónde empezar.

—¿Qué tal por todo lo que pasó después de Ayers Rock, por qué has dejado las redes, qué ha pasado con Ryan? Y, lo más importante, ¿qué te has hecho?

Aún no me he acostumbrado al corte de pelo que llevó a cabo Emily. He pasado de llevar el cabello a media espalda a tenerlo por los hombros. Además, me puso unos reflejos color caramelo y me aclaró las puntas y, por mucho que ella diga que se ven naturales, lo noto mucho. Me veo

rara, como si no fuese yo. Supongo que necesitareé acostumbrarme.

—Esto es el cambio de *look* —aclaro—. Y no pienso hacerlo más radical.

—Demasiado has cambiado para ser tú. Pensaba que te cortarías las puntas y poco más.

—Eso tendría que haber hecho —gimoteo. Ya casi ni puedo recogérmelo, apenas me llega para hacerme una coleta.

—No digas tonterías, te queda muy bien. Pero bueno, si ya hemos hablado de lo guapa que estás, ahora dime, ¿qué ha pasado con Ryan?

—Será mejor que te sientes. Esto va para largo.

Durante una larga media hora, le cuento todo lo que hemos vivido y lo que hemos dejado de vivir desde que estamos en Cairns de regreso. Noel no me interrumpe, salvo para hacer alguna pregunta puntual.

—Entonces, ¿no lo has vuelto a ver?

—No desde que llegamos. Ni siquiera hemos hablado. Le dije que podíamos ser amigos, pero no quiso, así que ya no somos nada.

—¿Lo echas de menos?

—Claro que lo echo de menos —respondo en el acto—. Ryan ha sido de mis mayores apoyos desde que llegué a Cairns. Y no solo eso. Me gusta estar con él. Me gusta él. Pero ese no es el caso. ¿Qué sentido tiene?

—Yo pasé por algo parecido con Andrea, tú lo sabes, te quedaste ahí conmigo. Estuvimos varios meses evitándonos. Bueno, yo estuve evitándola. No podía ni verla porque, cuando lo hacía, mi determinación flaqueaba. Estuve luchando contra mí mismo hasta que me di cuenta de que no tenía sentido, de que lo que quería lo tenía ahí y era por eso por lo que tenía que pelear. Me arrepiento de esos meses, Val. Los pude haber pasado con Andrea y, en cambio, los pasé sufriendo. No deseo eso para ti. Sé lo mal que se lleva.

—No es lo mismo, Noel. Tú estuviste así por todo lo

que pasó con Barce y, aunque terminaras con Andrea, creo que fue un tiempo que necesitabas para ordenar tus ideas y tus sentimientos. Yo no estoy ordenando nada, sé muy bien lo que siento. Ese es el problema. Ryan vive en el otro lado del mundo. Literalmente. En enero vuelvo a España. ¿Qué pasará luego?

—¿Por qué vuelves?

—¿Cómo que por qué vuelvo? Pues porque se cumplen los seis meses, canijo. ¿Tan poco me echas de menos que ya ni lo recuerdas? Porque antes contabas los días.

—No es eso. ¿Por qué quieres volver ya? ¿Por qué no puedes quedarte más tiempo? —pregunta. Frunzo el ceño, sin saber muy bien a dónde quiere llegar—. Te fuiste porque querías encontrarte, conocerte mejor a ti misma. Allí tienes un trabajo que te gusta, un sueño que quizá se cumpla, unos amigos que te cuidan y una persona a la que quieres. Aquí nos tienes a nosotros, y nos vas a tener siempre.

»No digo que te quedes allí toda la vida, solo digo que no tienes por qué regresar cuando se cumpla el plazo que te diste. Si te gusta, si te apetece quedarte, improvisa, Val. Amplía el visado. Quédate. Prueba suerte con las exposiciones. Inténtalo con Ryan. Descubre lo que de verdad te hace feliz y no lo dejes a medias. La vida no son plazos de seis meses en los que tengas que decidir para siempre, sino mirar las oportunidades que nos ofrece y saber cuándo aprovecharlas. No necesitas planes ni listas de locuras. Piensa qué es lo que quieres y ve a por ello.

Ahí está de nuevo, trastocando tanto mi mundo que consigue dejarme sin habla. Noel es para mí como una de esas potentes lentes que, cuando tú no ves nada, te la colocas y de repente todo se vuelve nítido. Su opción es tan clara que no sé por qué no se me ha ocurrido a mí.

—Veo en tu expresión que estás sopesando la idea. Y para bien.

—Es que ni siquiera me lo había planteado —confieso—. Me siento idiota.

—Los amigos estamos para darnos más opciones cuando nosotros solo vemos una.

—Pero mi madre... —empiezo.

Pero Noel me interrumpe:

—Tu madre va a seguir aquí cuando tú vuelvas. Seguramente, nos odie un poco a los dos si amplías tu viaje, pero ella estará feliz de verte feliz a ti. No la pongas de excusa.

—Gracias, canijo. Eres el mejor.

Hablamos un rato más, de cualquier tema. Me siento extrañamente bien ahora, como si hubiese estado sosteniendo un gran peso sobre mis hombros y, de repente, pudiera relajarlos de nuevo. No es como si me hubiese solucionado la vida. Sin embargo, me ha dado más opciones, algo con lo que no creía contar. La posibilidad de regresar va a estar ahí siempre. Es la de quedarme la que tengo que investigar.

Necesito comprobar que mi visado es ampliable. Concluyo con que no voy a decir nada a nadie hasta que me decida, ni siquiera a Ryan. Si me quedo no será por él, o no solo por él. Soy feliz aquí y quiero darme más tiempo para descubrir todo lo que me ofrece. No quiero quedarme a mitad de la experiencia, sino que quiero disfrutarla entera.

Emily entra en casa un rato después de que nos hayamos despedido. Sigo eufórica, con una alegría desmedida que intento controlar porque, en realidad, no ha pasado nada extraordinario. La abrazo nada más verla y me devuelve el gesto.

—¿Es otro de esos días en los que estás más cariñosa?

—Algo así —respondo—. Venga, vamos a prepararnos para salir con las chicas.

—Aún tenemos que alquilar los disfraces en la tienda.

—Lo importante es que vamos a pasarlo bien. Hoy tenemos mucho que celebrar.

—¿En serio? ¿Qué celebramos?

—Que la vida no es un camino con una meta. Es más

bien como un viaje. Tú decides por dónde vas, cómo te mueves, qué atajos tomas y dónde te entretienes. Escoges quién te acompaña siempre y quién, solo unos tramos; con qué lugares te quedas y de qué experiencias aprendes. A veces el tiempo es malo y necesitas refugiarte, o simplemente te cansas y quieres esconderte. Y lo mejor de todo es que no termina. No hay una meta al final, sino más y más camino. Y yo ahora tengo ganas de ver a dónde me va a llevar el mío.

Emily me está mirando como si estuviera loca e imagino que no puedo reprochárselo. Nunca había divagado tanto como en este momento. Al final, deja de mirarme seria y, simplemente, se ríe.

—El camino nos lleva de fiesta, así que vamos, prepárate, que esta noche las princesas Disney van a disfrutar de una buena juerga.

Son casi las once de la noche cuando por fin salimos de casa de Emily. Hemos venido aquí las cinco a prepararnos para aprovechar sus dotes para la peluquería. Unas similares a las que posee Lara con el maquillaje. A mí se me da bien, pero lo suyo es nivel profesional. Después de una sesión de dos horas, nos hemos convertido en las mejores princesas Disney de toda la historia.

Alessia ha escogido Blancanieves y no me podría parecer mejor opción. Su tez oscura hace de su disfraz todo un acierto. Es como un ejemplo de que puedes ser quien tú quieras sin que tu color de piel, tu sexo o tu físico te lo impida. Nadine ha optado por ser el Capitán Garfio, porque prefiere llevar pantalón que un vestido. Lara no podría ser otra que Ariel, con su larga melena rojiza y su pasión por las conchas marinas. Emily es la mejor Rapunzel que he visto. Lleva hasta la sartén. Ambas adoramos la película *Enredados*. La hemos visto juntas dos veces, y eso que apenas llevo unas semanas viviendo con ella. Yo iba a decantarme por Bella. Siempre ha sido mi princesa

favorita, desde pequeña. Creo que le tengo un cariño especial por mi padre. *La Bella y la Bestia* y *El Rey León* son las primeras películas que recuerdo haber visto con él. De niña, las ponía una y otra vez hasta que quemé la cinta. Literalmente.

Sin embargo, he optado por convertirme en Mulán. Hoy me siento más guerrera que princesa, así que ha sido mi elección.

—Qué divinas vamos todas —comenta Alessia.

—A todo el mundo le sienta bien Disney —declara Emily.

—Y a nosotras, mejor que a nadie —asegura Lara, mientras se ajusta el sujetador para realzar más sus pechos.

Entre bromas y risas, llegamos al *pub* que supone nuestro destino. No buscamos una noche loca, sino estar todas juntas, sin necesidad de hombres ni de drama. Echo de menos estos planes. Mis mejores amigos siempre han sido chicos, pero para salir de fiesta, para despreocuparme y pasar un buen rato sin más, prefiero la compañía femenina. En Valencia la tenía con Eva, Carol y Claudia y, a veces, también con Andrea y Lucía. Desde mi llegada me he relacionado más con hombres, aunque últimamente le estoy poniendo remedio a eso.

Pedimos unas cervezas y ocupamos una mesa alta. Nos quedamos de pie, hablando en voz alta para hacernos oír por encima de la música que llena la sala.

—Tenemos que animar a Nadine, que hoy está de bajón —informa su novia.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —indago.

—Dentro de justamente un mes volvemos a Lyon —protesta la aludida—. Me pasé las primeras semanas quejándome de que echaba de menos a mi familia y a mis amigos y, ahora que siento que el momento está cerca, me quejo de lo contrario. No tengo lógica.

—Eso es porque sabes que la experiencia se acaba, es normal estar triste —dice Lara—. Cuando estés de nuevo con los tuyos, lo verás de otra forma y, al final, verás que ha

merecido la pena. Además, vosotras volvéis juntas, no es como si dejaras algo aquí.

—Os dejamos a vosotras, tonta —recrimina—. Tenemos que seguir en contacto. No sé, hacer una quedada anual y vernos.

—A mí me pilla un poco lejos... —comenta Emily. Da un trago al botellín de cerveza, incómoda.

Estos últimos días ha hecho buenas migas con las chicas, pero creo que se siente un poco fuera en estas conversaciones. Es normal, supongo. Francia y España están cerca, pero ¿Australia? Queda demasiado retirado para ese tipo de reuniones.

Eso es precisamente lo que me pasa con Ryan. Dicen que la distancia no es un problema, pero a mí quince mil kilómetros me parecen demasiados. Me quedo pensando en las palabras de Lara. Alessia y Nadine se tienen la una a la otra. Vinieron juntas y se van juntas, puede que incluso más enamoradas que entonces. Yo sí dejo algo aquí. No solo a Emily y al resto del grupo, sino también una parte de mí misma.

La culpa es mía, por no haber sido más fuerte. Sabía que estar con Ryan, aunque solo fuesen unos días, sería peor a la larga. Y vaya si lo ha sido. Todavía no me lo he podido quitar de la cabeza, pero sé que terminará por salir. Nada es eterno. Ni el amor, ni el dolor, ni la sensación de haber perdido algo que formaba parte de tu ser.

—Eh, ¿estás aquí, con nosotras? —pregunta Lara.

—¿Cómo? Sí, sí. Solo estaba pensando —respondo sin saber muy bien de qué estaban hablando mientras estaba perdida en mis pensamientos.

—Me parece que alguien sigue teniendo a cierto monitor de deportes acuáticos en la cabeza —sugiere Nadine.

—Y todas sabemos cómo se cura eso —proclama Ariel—. ¡Hora de chupitos!

Empezamos con uno, pero en algún momento todo se descontrola y le sigue otro, y otro, y otro. La noche se

alarga entre alcohol, risas y bromas.

—¿Te ha escrito Ryan desde que volvisteis de Adelaida?

—pregunta Lara un rato después, bajo los efectos del tequila.

—No. No hemos vuelto a hablar —admito, igual de perjudicada que ella.

—¿Lo ves? Si es que hasta los que parecen buenos son unos capullos. Es mejor pasar de los tíos, siempre.

—Bueno, ella tampoco le ha hablado —interviene Emily.

—¿Tú de qué lado estás? —protesta la Sirenita—. Se suponía que era Ryan el que estaba más pillado y mira cómo pasa de ella. Van todos de buenos, pero luego no merecen la pena.

—La vida debería ser siempre así —comenta Alessia en algún momento—. Sin hombres que nos compliquen. Solo mujeres, amigas y fiesta entre nosotras. Todo es más sencillo.

Una parte de mí sabe que quizá no está siendo justa ni coherente, pero otra, más grande y descontrolada, odia a Ryan ahora mismo. Lara tiene razón. Él ni siquiera me ha escrito ni ha intentado volver a saber de mí. Sé que me dijo que no quería que fuésemos amigos, pero no entiendo cómo ha podido cortar todo de un día a otro, cómo puede ser tan sencillo para él mientras que para mí está removiendo toda mi vida. Cojo el móvil, decidida a ponerle un mensaje para explicarle todo lo que pienso sobre él.

—¿Qué haces? —pregunta Emily cuando me ve.

—Voy a escribirle a Ryan.

Me quita el móvil de las manos y me mira seria.

—¡Devuélvemelo! —espeto, y trato de cogerlo sin éxito.

—Nunca se debe escribir a un ex bajo los efectos del alcohol, Val. Mañana me lo agradecerás —comenta, y se lo guarda.

No peleo más por el móvil porque no voy a poder quitárselo. Solo consigo que me enfade todavía más con Ryan. Por eso, cuando llego a casa tres chupitos y dos horas

después, estoy tan cabreada que solo quiero regresar a España.

Saco mis maletas y las abro. Las lleno con toda mi ropa, mis pulseras, mis zapatos, mis perfumes. Intento meter hasta un par de cuadros, pero no caben. Dejo las maletas debajo de la cama y me fijo en lo vacía que parece la habitación. Al final, me dejo caer sobre el colchón con el traje de Mulán aún puesto.

Ahora mismo, todo lo que necesito es que el mundo deje de darme vueltas.

Capítulo 48

RYAN

Llevo tres días tratando de ir a hablar con Valerie. Se supone que es algo sencillo. Solo tengo que visitarla en su trabajo. Emily se ha encargado de que conozca bien sus turnos. No es esa la parte complicada, sino la propia Valerie.

Hace un mes que no sé nada de ella y, seamos sinceros, presentarme en la tienda no es la forma más sutil. No es como si nos encontrásemos por casualidad. Tampoco tendría por qué ser así. Se supone que soy un hombre maduro. Si quiero hablar con ella, debería hacerlo sin más. Dado que las dos primeras veces que lo he intentado me he dado la vuelta antes de llegar, imagino que tan maduro no soy. En mi vida solo he tenido una relación y no salió especialmente bien. Valerie es la primera persona que me interesa desde entonces y no sé cómo comportarme.

Obligo a mis pies a dar un paso, y otro, y otro. Solo quiero hablar con ella. Ver cómo le va. Verla, sin más. Llego a las escaleras que llegan hacia la calle donde está su tienda y me detengo. No tiene sentido que siga. No tiene sentido lo nuestro. Doy media vuelta y me encamino hacia la playa.

El mar es lo único que puede calmar mi corazón desbocado. Ni siquiera sé por qué estoy nervioso. ¿Es por lo cerca que he estado de ella? ¿Por no atreverme? A veces no sé si la alejo por cobarde o por usar la razón. Lo primero, es obvio que lo primero. La razón hace tiempo que la perdí.

Pongo rumbo hacia el embarcadero. Camino por la orilla, dejando que el agua me moje los pies descalzos. Me centro en el tacto de la arena entre mis dedos, en la suavidad de la espuma de las olas cuando rozan mi piel. Quiero alejar los pensamientos y esas constantes ganas de huir que me invaden. A veces siento que el mundo tiene demasiado ruido para mí y solo deseo desconectar.

Es un ruido el que me conecta de nuevo, precisamente al mundo del que he estado intentando alejarme.

—¿Ryan?

Me paro en seco y levanto la mirada hacia esa voz que podría reconocer en cualquier parte. Está sentada bajo el embarcadero, con un sándwich en una mano y el móvil en la otra. No presta atención a ninguno de los dos, pues solo tiene ojos para mí. Me contempla entre sorprendida y asustada y, por un momento, me digo que el mismo miedo que tengo yo quizá también exista en ella.

Me fijo en lo diferente que está. Se ha cortado el pelo y se ha aclarado las puntas. Su cara parece más redonda, más madura. Tiene los mechones del lado derecho detrás de la oreja y sus numerosos pendientes resaltan todavía más. Luce diferente, pero sigue igual de llamativa para mí.

—Buenas —saludo cuando consigo reaccionar. Carraspeo un poco para aclararme la garganta y que mi voz suene firme, en lugar de temblorosa.

—No esperaba verte aquí —comenta.

—Estaba paseando, pero puedo irme si te molesta.

—No, no es eso. ¿Qué tal estás? Te veo bastante bien.

—Lo estoy —consigo responder. Muestra una pequeña sonrisa. Me relaja ese gesto. Sobre todo, cuando descubro que es una nueva sonrisa, una que no me ha enseñado hasta ahora—. ¿Y tú? Te veo muy cambiada.

—¿Esto? —pregunta, y se acaricia el pelo—. Fue idea de Emily. La locura del cambio de *look* radical. Esto es todo lo radical que voy a ser con mi *look*.

—Te queda bien. Bueno, largo también estaba bien. Te quedan bien los dos pelos.

Decido cerrar la boca hasta que encuentre algo coherente que decir. Valerie se ríe y deja a un lado su bocadillo. Tomo asiento a su lado, con las rodillas flexionadas y a una distancia prudencial. Aún estoy asimilando que está aquí. He venido a la playa para huir de ella, pero no quiero huir ahora.

—¿Qué tal tus hermanos?

—Bien, estuvieron de visita, pero se fueron hace unos días. Al final será en febrero cuando se vengán aquí a vivir. Oli, para siempre y Kylie tiene que decidirlo aún.

—Qué bien, me alegro mucho por ti, Ryan. Sé lo importante que es Oli y las ganas que tienes de tenerlo contigo.

—Sí, estoy deseando que llegue ese momento. Han estado una semana y ha pasado volando. Casi ni hemos avanzado con el barco —digo sin pensar.

—¿Estás reparando tu barco? Eso es genial.

—No tanto. Le dije a Oli que podría escoger el nombre y, por el momento, me parece que se va a llamar Galleta —comento. Valerie se ríe, y eso hace que todo lo demás merezca la pena—. También he retomado los estudios —informo sin saber tampoco por qué. Quiero que sepa que, al menos, lo estoy intentando—. Quizá los termine este año si me aplico.

—¿En serio? —pregunta con una sonrisa—. Me alegro, de verdad.

—No es gran cosa, en realidad. Ni siquiera sé si haré algo luego con la carrera —comento. Dejo de mirarla para centrarme en el horizonte y junto las manos sobre mis rodillas.

—Pues yo creo que es un gran paso.

—Es solo que no sé si quiero dedicarme a eso. Quiero terminarla porque son solo dos asignaturas y siento como si hubiera abandonado una maratón a diez metros de cruzar la línea de meta. Quiero poder decidir si hacer una cosa o la otra, no que la falta de un título escoja por mí.

—Me parece una buena decisión.

—¿De verdad?

—Claro. ¿Por qué me preguntas?

—Sé que tú esperas más de la vida. Eres ambiciosa, inconformista. Siempre quieres más. Eso no es malo, al contrario, creo que las personas que más destacan tienen esas cualidades. También eres generosa y, lo que quieres para ti, lo quieres para los demás. Creo que por eso me has

intentado animar a que termine los estudios, a que retome mis sueños. Te lo agradezco, de verdad, pero yo no soy así.

»Quizá me consideres simple o mediocre, pero soy feliz con esas pequeñas cosas. Hace cuatro años estaba totalmente decidido a que mi vida fuese según la tenía trazada y no resultó. Ahora, aunque es distinta a lo que había esperado, me gusta igual. Soy feliz con nuestras noches en la playa entre bromas y canciones, siendo monitor en la empresa de mi mejor amigo, durmiendo en la casa de mi infancia.

»Mi vida es tranquila y, aunque te suene raro, estoy bien así. Me gusta tener los mismos amigos que tenía hace quince años, las mismas costumbres. Disfruto más de las cosas simples que de las extraordinarias porque, aunque estas puedan resultar más llamativas, no son eternas. Son las primeras las que prevalecen, las que echas de menos cuando faltan.

—Supongo que yo he sido unas de esas cosas extraordinarias —comenta, pensativa. No parece dolida ni llena de rencor. Es solo una sensación que comparte en voz alta antes de esbozar una sonrisa triste.

—Aún no sé lo que has sido —respondo con sinceridad.

—Nunca esperé eso sobre ti —dice antes de clavar sus ojos en mí—. No me gustan las expectativas sobre las personas, nos obligan a esforzarnos por ser algo que en realidad no somos. Hace años me pasó con Álvaro. Quería que fuese profesora, que me comportara delante de sus amigos, que me vistiera de forma adecuada, que fuese divertida, pero no más que él.

»Yo quería ser todo eso, estar a la altura de sus expectativas. Sé que fue una relación tóxica, que es un extremo, pero todo el mundo espera siempre algo de ti. Mi madre se preocupaba porque tuviera una carrera, como si no tenerla te hiciese peor. Noel a veces me insistía para que buscase una pareja con la que salir, como si estar soltera fuese malo.

»Ellos me quieren, solo buscaban lo mejor para mí,

pero eso termina por generarnos una presión que no necesitamos. No tienes que ser nada más ni nadie especial. Solo tienes que ser tú mismo. —Hace una pausa y vuelve a mirar hacia el mar. Me quedo pensando en sus palabras sin poder estar más de acuerdo con ellas—. Tampoco sabía que tuvieras ese concepto de mí. El de ambiciosa, digo.

»Nunca me lo habían dicho. Ni lo he tenido sobre mí misma. O sea, he terminado una carrera que no me gusta, no sé qué quiero hacer con mi vida. Tengo casi veinticuatro años y estoy decidiendo ahora. Soy tan desastre que he tenido que venir a Cairns para recordar que lo que adoro, lo que de verdad me hace feliz, es el arte.

—¿Sigues pintando? —pregunto, curioso.

—Estoy preparando la exposición que me ofreció Lara. Dedico casi todo mi tiempo a eso. Me siento tan inspirada. Es como si me hubiera estado reprimiendo estos años y ahora necesitase dejar salir todo. A veces pinto un cuadro entero en apenas unas horas. No todos serán para la exposición, pero necesito dejarlos salir.

—Me gusta verte así —suelto sin pensar—. Tan feliz. Creo que te sienta bien.

—A todos nos sienta bien ser felices, Ryan. Siento una mezcla de emoción y nervios. Tengo ganas de compartir con el mundo todo lo que tengo dentro, pero también tengo un miedo atroz. Me estoy desnudando en cada lienzo y no sé si estoy preparada para que no guste, porque me siento más vulnerable.

—Seguro que enamorarás a todos, Valerie. No hay posibilidad de fracaso si lo que vas a mostrar es cómo eres.

Me detengo, aunque creo que es demasiado tarde. No he pensado las palabras, las he soltado sin más. La conversación distendida, el embarcadero... Me he dejado llevar y ahora ya no puedo decir nada que lo arregle. Se remueve un poco, nerviosa, y evita mirarme. Cuando habla, ni siquiera me responde:

—¿Y qué tal estaba Oli? Me hubiese gustado verlo, congeniamos bien.

—Lo sé. De hecho, preguntó por ti.

—¿Ah, sí?

—Quizá no debería decírtelo, no quiero ponerte en un compromiso. Me recordó su función. Me dijo que irías a verlo. Tendría que habérselo explicado, pero no quería decepcionarlo.

—Iré —me asegura sin dudarle ni un instante.

—No tienes por qué ir, Valerie —digo, aunque el corazón se me acelera ante la idea de que lo haga.

—Cumpliré mi palabra.

—¿Estás segura? Esto es importante para Oli y para mí. Si te comprometes, no quiero que te arrepientas luego.

—No voy a arrepentirme. Oli y yo somos amigos, y le prometí que estaría con él.

—Gracias —digo de corazón—. No quería tener que decirle que no.

Se crea un silencio entre nosotros, pero no es incómodo. Al contrario. Creo que ambos procesamos lo que está pasando, sea lo que sea. El hecho de que estemos hablando, contándonos nuestras cosas, como si nunca hubiese pasado nada entre nosotros y nuestra amistad siguiese intacta.

Apoyo la mano en la arena y, sin pretenderlo, mis dedos rozan los de Valerie. Un simple contacto que hace que un hormigueo me recorra entero. Hemos compartido caricias más intensas, momentos más íntimos. Y, sin embargo, sentir su piel después de todo lo que se ha roto entre nosotros me remueve más por dentro que cualquier gesto anterior. No perdemos a las personas cuando se van, sino cuando las dejamos ir. Y, ahora mismo, no quiero dejar ir a Valerie.

—Ryan —me llama. No ha apartado la mano y, por leve que sea el roce de nuestras manos, sé que también lo ha notado—. Quiero volver a pedirte perdón. Nunca quise hacerte daño, dijera lo que dijera. Estaba enfadada, no lo pensaba realmente. Y, aunque a veces he pensado que fue un error todo lo que pasó entre nosotros porque nos costó

nuestra amistad, no me arrepiento de nada.

—Yo tampoco me arrepiento —confieso—. Estuvo bien mientras duró.

—¿Los pocos días que duró, quieres decir? —bromea.

—No fueron pocos para mí. No empezó en Ayers Rock, sino mucho antes.

—El día que hui de un tiburón que, probablemente, ni me había visto —recuerda.

—Antes —declaro—. Recuerdo el momento exacto en el que te miré de ese modo. Te acababas de volver loca, pero loca del todo. Nos subimos en un coche en busca de una lluvia casi torrencial y bailaste bajo el agua.

—Dicho así, sí que parece algo extraordinario.

—Debí haber notado antes que muy normal no eras —bromeo.

Valerie se ríe y yo me río con ella. No hay tensión entre nosotros ni mal rollo. Es extraño estar así, pero me gusta. Hasta que separa su mano de la mía, se levanta y se sacude la arena del vestido verde que lleva puesto.

—Mi descanso para comer terminó hace rato y ni siquiera he comido —comenta—. Creo que debería volver a la tienda antes de que Emily me despida, pero ha estado bien verte. Me alegro de que sigas persiguiendo tus sueños, o de que abras las posibilidades para que puedas soñar lo que quieras.

—Suerte con tu exposición. Seguro que será perfecta.

Echa a andar hacia la tienda y me limito a mirar cómo se aleja. Apenas ha caminado unos metros cuando la llamo de nuevo:

—Valerie —digo. Después, las palabras se me atropellan y casi las escupo sin pensarlas—. Podríamos vernos de nuevo. Hablar, sin más. Como ahora. Como amigos.

—Amigos —repite, y dibuja una pequeña sonrisa. Esa tímida que muestra cuando siente una mezcla de alegría y pena—. Suena bien. Nos vemos, pronto. Amigo.

Capítulo 49

VALERIA

Termino de guardar la ropa en la maleta de mano y miro mi dormitorio. Está tan vacío que siento un pequeño pinchazo en el pecho. No me voy, no para siempre. Sin embargo, parece una muestra de lo que pasará en el futuro.

Nunca he deshecho del todo la maleta grande. En parte por pereza, en parte por falta de espacio. El otro día, cuando salí con las chicas, volví borracha y enfadada con Ryan. Recogí todas mis cosas, dispuesta a volverme a España. Después, me eché a dormir. No recordaba los detalles cuando me desperté. No tenía ganas de regresar, pero tampoco de deshacer las maletas, así que simplemente las metí debajo de la cama a la espera de tener más tiempo. Ahora, mientras observo la habitación casi vacía y siento como si nunca hubiese pasado por aquí, me digo que tengo que cambiar eso. En cuanto regrese de Canberra, haré mío este dormitorio.

Por suerte, el salón tiene mi huella. Mis cuadros están por todas partes, ocupando casi todo el espacio libre. En el caballete está el último que estoy dibujando. Lo empecé hace tiempo, cuando todavía vivía con Ryan y pintaba a escondidas porque no quería que lo viese. Lo dejé a medias, sin inspiración para continuarlo. La conversación que tuvimos en el embarcadero me ha devuelto esas ganas, aunque aún no se entienda bien lo que va a ser.

Creo que es mi favorito. Refleja todo lo que quería reflejar. La mirada de Ryan, su cara, un atardecer anaranjado de fondo. Nada de eso es mérito mío, sino de él. Su rostro es perfecto para ser inmortalizado. Mi sello está en su sonrisa. La parte inferior de su cara no es un retrato, ni real. Muestra lo que veo yo ahí, lo que me infunde. Su sonrisa se difumina con la espuma del mar, con pequeñas

olas que van a morir a sus labios.

Sonrío al echarle un último vistazo y me preparo para salir. Emily está trabajando, ya me despedí de ella anoche. Ryan se fue hace un par de días, así que vuelvo a volar sola. No me importa, a pesar de que no haya nadie para darme la mano.

Llego con tiempo porque no me fío de mí misma. El aeropuerto es pequeño y está bastante automatizado, pero me conozco lo suficiente como para saber que podría perderme. Me saco una Coca-Cola y busco mi móvil para avisar a Ryan de que ya salgo de camino. Puede que solo seamos amigos, pero me hace ilusión ir a Canberra y estar un par de días allí con él y su familia. Descubro que mi otro teléfono, el de España, está vibrando. Compruebo en la pantalla que es Claudia. Hago un cálculo mental rápido para saber que allí deben de ser sobre las cinco de la madrugada y contesto enseguida.

—Claudia. ¿Va todo bien?

La mano comienza a temblarme sola, fruto de los nervios. Mi amiga no habla. Solo la escucho llorar. Eso contribuye a que me altere aún más.

—Claudia —repito—. ¿Qué pasa? Me estás asustando.

Su llanto suena un poco más lejos e imagino que alguien le ha quitado el teléfono. No me importa estar en mitad de un aeropuerto abarrotado de gente y empiezo a llamarla a gritos.

—Valeria —dice Cristian. Ha sido él quien ha cogido el móvil. No está llorando, pero su voz tampoco suena firme—. Se trata de Noel y Andrea. Han tenido un accidente con el coche. Ahora mismo están los dos ingresados. Andrea está fuera de peligro, pero él... —se interrumpe.

—¿Qué? —suelto, sin procesar nada.

—Valeria, tienes que venir —casi ordena Cris—. Noel está muy grave. Los médicos han dicho que quizá no pase de esta noche. Lo siento, no puedo hablar. Estamos en el hospital. Te iremos contando.

—Cogeré el primer vuelo —aseguro.

Las lágrimas empiezan a brotar antes de que llegue a colgar.

No puede ser real. Siento una presión en el pecho comparable tan solo a la que sentí una vez de niña, cuando mi padre se fue.

Noel no puede irse. Después de todo por lo que ha pasado, de todo lo que ha sufrido, sigue siendo el ser más lleno de luz y de vida que he conocido. No puede apagarse. No puede dejarme. Noto cómo se me encoge el corazón por el dolor. No, no es eso, no se encoge. Más bien, es como si alguien lo sujetase entre sus manos y lo apretase con fuerza. Y entonces se queda así, oprimiendo hasta que el nudo se hace tan grande que parece que me vaya a romper en pedazos.

Reacciono entonces. Corro hacia el mostrador para comprar un nuevo billete. Necesito llegar a Valencia. Canberra no tiene vuelos a Dubái para que me lleven, así que tengo que pasar por Sídney. No me puedo creer que me queden dos días de viaje, porque en ese tiempo Noel podría dejar de existir para siempre.

El llanto ha cesado un poco, aunque las lágrimas siguen saliendo, silenciosas. Creo que aún no lo he asimilado, que aún no termino de creerme lo que me han dicho. No puede ser real.

—¿Se encuentra bien, señorita? —me pregunta la azafata antes de tenderme el billete.

—No —respondo con sinceridad. La voz se me quiebra. Me dice algo más, pero ya no la escucho—. ¿Cuándo sale el vuelo?

—Pues va a tener que darse prisa. En media hora cierran las puertas. Si no, tendrá que esperar a mañana.

—Gracias.

Corro hacia allá. Aún tengo tiempo, pero necesito tanto llegar a España que siento que, si yo voy de prisa, el tiempo también lo hará y pasará antes.

De repente, recuerdo a Ryan. Tengo que avisarlo de que no voy a poder ir. Le prometí que lo haría, pero esto lo

cambia todo y sé que lo entenderá. Me detengo cuando termino de subir la escalera mecánica para no entorpecer el camino.

Estoy tan alterada que la mano me tiembla mientras saco el teléfono. No atino bien y encuentro el azul. Busco el otro y, justo cuando lo encuentro, empieza a vibrar el primero. Los nervios me vencen sin que pueda templarlos. Tengo el corazón tan acelerado que siento los latidos golpeando mi pecho, intensos, insistentes. Me recuerdan que, por muy fuerte que lata mi corazón, el de Noel podría dejar de hacerlo para siempre. Mil ideas cruzan mi mente en el instante que pasa desde que vibra el móvil hasta que miro en pantalla quién puede ser. Porque una llamada ahora mismo puede significar el fin. No, no puede serlo. Se van a poner bien.

Nadie me está llamando. Es la maldita alarma que suena cada día para que empiece a pintar si no lo estoy haciendo ya. Suspiro de puro alivio y vuelvo a respirar, algo más tranquila. Hasta que escucho el sonido de algo impactar contra el suelo. Miro dos pisos más abajo y veo mi móvil, el blanco, hecho trizas en el suelo.

—Última llamada para el vuelo con destino a Sídney —
anuncia una voz por megafonía.

Sigo con la mirada clavada en mi teléfono, aunque no es en el teléfono en lo que estoy pensando. Ahí está toda mi vida de Australia. Mis amigos, mis amigas. Ryan. Todos mis contactos, mis fotografías, mis vídeos. Todo lo que he vivido en Cairns y vive fuera de mi memoria y de mis redes.

El corazón se me encoge todavía un poco más cuando doy media vuelta y corro hacia la puerta de embarque. Nunca he memorizado sus números porque no lo consideré importante. Ahora que los he perdido me reprendo por ello. No tienen redes ni hay forma de volver a contactar con ellos. No puedo decirle a Ryan que no voy a ir. No puedo pedirle perdón por perderme la función de Oli. No puedo agradecerle a Emily todo lo que ha hecho

por mí, ni a Lara por darme la oportunidad de la exposición.

Y, aun así, todo eso me importa menos. Andrea es mi amiga, Noel es como mi hermano. Todo lo que tengo dentro me lleva hacia ellos, aunque tenga que dejar detrás una importante parte de mí.

Ahora mismo me siento como si fuese flotando entre una niebla espesa que me mueve, ya que por mí misma no puedo hacerlo. Como si todo a mi alrededor fuese irreal. Como si todo se hubiese detenido y ya nada más tuviera sentido.

Vuelvo a llorar en el avión. He derramado más lágrimas hoy que en toda mi vida. Y sé que seguiré llorando durante los vuelos, durante los dos días más largos de mi existencia. Nadie se sienta a mi lado. Nadie me da la mano en el despegue. Ni siquiera me importa. Todo el miedo que soy capaz de sentir está ahora enfocado en Noel y en Andrea, no en mí.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza contra la ventanilla. Tuve un último abrazo con mi padre. He tenido un último beso con Ryan. Sin embargo, no estoy preparada para que haya una última vez con Noel. Es parte de mí y no soy capaz de imaginar un mundo en el que ya no esté. Siempre ha estado conmigo, desde pequeños.

Cuando mi padre aún vivía, me llevaba al colegio los viernes. El resto de la semana entraba antes al trabajo y no podía. Recuerdo que parábamos en una tienda y siempre, cada viernes, me compraba un pastelito de Pantera Rosa para que me tomase en el descanso. A mí no me gustaban demasiado, pero me hacía tan feliz ese momento que no quería romperlo. Nunca le decía que prefería otro, que me gustaba más el chocolate.

Esperaba al recreo, y entonces Noel me daba su Bollycao y yo le daba mi Pantera Rosa. Lo hacíamos en secreto, escondidos de los compañeros. Él no quería que lo vieran devorar un pastel rosa y yo no quería que la maestra se lo dijera a mi padre y él se pusiera triste. Cada viernes

era nuestra rutina. Intercambiábamos nuestros dulces y nos los comíamos mientras nos íbamos haciendo amigos.

Un día, las panteras rosas desaparecieron. Mi padre había muerto y ya no había viernes de pasteles. Supongo que fue otra última vez, igual de dolorosa que todas. Tampoco pasé el rato con Noel en el recreo. Durante un tiempo, me encerraba en el baño y lloraba hasta que el timbre sonaba de nuevo y tenía que volver a clase. Uno de esos días que mi madre me llevó al colegio, me dejó escoger un pastel y elegí ese dulce rosa que tan poco me gustaba.

Noel, fiel a nuestro ritual, me pidió intercambiarlo en el patio. Solo que esa vez no quise. Me lo comí pensando en todas esas veces que mi padre me lo había comprado lleno de ilusión y yo lo había cambiado por otro con más chocolate. En todas las oportunidades que había tenido de decirle que no me gustaba, que prefería otro pastel diferente. Mi padre me lo hubiese comprado. Me hubiese comprado lo que yo quisiera, porque a él no le importaba el pastel, sino compartir ese momento de felicidad conmigo. A veces los detalles se vuelven rutinas, y las rutinas se convierten en los mejores recuerdos que conservamos.

El detalle de mi madre fue un día puntual, no se volvió rutina. Ella no sabía cómo de importante era para mí tener mi pastel rosa los viernes, porque no era por el pastel: era porque, si seguía llegando el recreo y yo seguía comiendo mi Pantera Rosa, entonces mi padre no se iría del todo, entonces mi padre seguiría conmigo.

Noel sí sabía lo que suponía para mí. Cada viernes, en vez de traerse un Bollycao, traía una Pantera Rosa que compartíamos sin hablar. Lo estuvo haciendo durante todo el año hasta que, al final, le dije que ya no lo necesitaba más. Acepté que mi padre ya no estaba y que un pastel no iba a devolvérmelo.

No hubo otro pastel compartido hasta tiempo después, cuando la madre de Noel lo abandonó y decidí que sería

buena idea llevarle un Bollycao. Él se rio, me dio un abrazo y consagramos nuestra amistad para toda la vida.

O eso pensé. Toda la vida es algo relativo. A veces la vida dura hasta la vejez, hasta que el cuerpo o la mente se marchitan y te preparas para decir el final. A veces, las peores, la vida es más corta, más efímera. Nada ni nadie te prepara para decir adiós de forma repentina, para dejar ir a las personas que queremos. Y, aun así, es posible que ese momento llegue, esté o no preparada.

Y, de repente, entiendo lo que me decía siempre Noel. Nadie nos abandona del todo, se quedan velando por nosotros. Brillan en el cielo en forma de estrella para hacer de nuestra guía mientras nosotros seguimos luchando en el mundo de los vivos.

Yo siempre había creído que no había nada más allá de la muerte, que nos convertíamos en polvo y desaparecíamos, sin más. Ahora, mientras veo mi vida con Noel pasar frente a mis ojos y siento que es posible deshacerse por sufrimiento, me convengo de que no es así. La estrella de Nico es real. La estrella de mi padre es real.

La estrella de Noel... No. Esa no puede ser real.

Capítulo 50

RYAN

Vuelvo a mirar el móvil, pero sigo sin noticias de Valerie. Le he mandado mil mensajes y la he llamado otras tantas veces. Su móvil está apagado.

—¿Dónde está Val? —pregunta Oli por enésima vez.

Ya no puedo mentirle más. La función está a punto de empezar y es evidente que no va a venir. Estoy nervioso, preocupado. No es normal que no dé señales de vida y tengo la sensación de que algo malo le puede haber pasado.

—¿Dónde? —repite.

—No va a poder venir, Oli. Se ha puesto malita —miento.

—Pero ¿se va a poner bien?

—Sí, claro. Me ha dicho que te diga que lo siente, que otro día os haréis hermanos. Corre con tus amigos, está a punto de empezar. Seguro que lo haces genial.

—¿Ha pasado algo con Val? —pregunta Kylie.

Ha venido sola, sin su novio, y eso hace que esté más pendiente de mí.

—No lo sé. Tengo que llamar a Emily, estoy preocupado.

Me alejo un poco de ella para tener más intimidad. Mi amiga responde a la primera y me saluda emocionada.

—Emily, ¿está Valerie contigo? —digo, serio, sin saludar siquiera.

—No —responde, más seria—. Pensaba que estaría contigo.

—No está aquí y no la localizo.

—Estoy llegando a casa. Ahora te digo algo.

Cuelga el teléfono y me quedo a la espera. Kylie me dice algo, pero no presto atención. No sé cuánto tiempo pasa hasta que me vuelve a llamar. A mí me parece una

eternidad. Casi no dejo que suene, descuelgo en cuanto vibra, más ansioso de lo que pretendía.

—Dime —suelto brusco, impaciente.

—Se ha ido —responde, con la voz entrecortada.

—¿Cómo que se ha ido? —Siento la mirada de Kylie clavada en mí y evito fijarme en ella. No lo necesito ahora mismo.

—Sus armarios están vacíos. Su ropa, sus cosas... No hay nada, Ryan. Nada. No sé qué ha podido pasar. Esto no es normal. Val no es así.

—¿Se ha largado?

—No entiendo nada.

Cuelgo sin despedirme. Estoy siendo grosero, pero me he quedado bloqueado. Valerie se ha ido. Así, sin más. Ha cogido sus cosas y se ha esfumado sin decir nada a nadie. Como quien se escapa, como quien huye de una vida que no le hace feliz.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Kylie, a mi lado. Me pone la mano en el hombro en señal de cariño. Mi hermana no es una persona cariñosa, no conmigo al menos. Supongo que se me ve bastante afectado.

—Se ha largado.

—Ryan, yo...

—Déjalo. La obra de Oli va a empezar. Vamos a disfrutarla y ya está. No quiero pensar en ella. Tampoco era tan importante —miento descaradamente.

Valerie sí que era importante. Aún lo es. Desde que se coló en mi vida, pidiéndome la mano porque tenía miedo de volar. Han sido solo unos meses, pero eso no tiene importancia. No mido la vida por el tiempo, sino por los momentos. Hay personas con las que compartes años, décadas o incluso una vida, y nunca hay nada extraordinario. No despiertan sensaciones en ti ni se cuelan bajo tu piel y te invaden. No trastocan tu mundo ni te provocan cosquilleos. En cambio, puede bastar un día para que alguien te llene. Alguien que te haga contar el tiempo hasta que puedas volver a verla o busques excusas tontas

para tener un motivo para buscarla. Alguien que te lleva a hacer locuras, a no tener miedo y a saltar sin valorar la caída. Alguien que consigue que canturrees canciones que nunca te han gustado, que te deja embobado mirando una sonrisa de felicidad. Valerie es de esas. De las que no pasan inadvertidas, de las que se cuelan en tus entrañas.

Y luego se van. Desaparecen igual que aparecieron: de la nada, como un vendaval que remueve todo tu universo y, cuando termina, lo deja todo hecho un desastre, y te toca a ti recogerlo.

—Mira, va a salir ya —comenta Kylie.

Tiene un ojo puesto en la función y otro en mí. No puedo culparla. Imagino que no tengo buena cara ahora mismo. No quiero preocuparla, mucho menos a Oli. Dejo a Valerie escondida en algún lugar recóndito de mis pensamientos y me fijo en mi hermano pequeño. En algún momento ha dejado de ser tan pequeño y no me he dado cuenta del todo. Están representando distintos cuentos infantiles y Oli protagoniza su favorito.

Hay una antigua leyenda que dice que, hace muchos años, los canguros tenían cuatro patas y se movían como los perros o los leones: apoyando las cuatro. Una vez, un hombre empezó a perseguir a uno. Ese uno es mi hermano, que se mueve a cuatro patas con su disfraz marrón de canguro.

—Ha estado practicando mucho —explica Kylie—. Tenías que haberlo visto, comportándose todo el día como un animal. Ha sido gracioso.

—Es un actor de método —comento, y me río al imaginarlo hacer todos esos movimientos durante días por los pasillos de la casa.

El hombre, que lo han caracterizado como malo de Disney, con su bigote, su escopeta y su sombrero de cazador, persigue al pobre canguro hasta que anochece y, entonces, aprovechando la poca luz, el animal se esconde tras un matorral. Dice la leyenda que su intención era esperar a que su enemigo se rindiera y volviese, pero,

obcecado como solo el ser humano sabe ser, encendió una hoguera y se dispuso a pasar la noche.

Y entonces la presa se dio cuenta de que, si quería huir, tendría que hacerlo con sigilo. Se puso sobre sus patas traseras y se alejó tanto como pudo, hasta estar a salvo. No paró ahí. Al comprender que se había salvado por caminar así, probó a saltar para ser más rápido. Las primeras veces se cayó y, cuando Oli cae contra el suelo de culo, todo el público estalla en carcajadas. Él se ríe con ellos, tan feliz que no se centra del todo en su papel. Así, el canguro encontró la forma de estar siempre a salvo y se la contó al resto de su especie.

Así, como un canguro que sale con sigilo para escaparse sin que lo vean, ha huido Valerie. Me pregunto si también se sentiría en peligro, si no estaba a gusto aquí. Debe de haber sido así. Si no, no tiene sentido que se haya ido.

La relego al rincón del que no ha debido salir cuando Oli viene corriendo a abrazarme. Es el canguro más guapo y adorable que he visto, y eso que estuve trabajando en una reserva natural y daba biberones a los bebés.

—¡Lo has hecho genial! —exclamo. Lo elevo en el aire para abrazarlo con más fuerza y Kylie se suma a nosotros.

—¡De mayor quiero ser actor famoso! —suelta, eufórico—. La profesora me ha dicho que he sido el mejor canguro que ha representado esta obra en la vida. ¡El mejor!

—No me extraña. Esos saltos se parecían mucho a los originales, vas a tener que enseñarme cómo los haces.

—¿Val se va a poner bien? —pregunta entonces.

—Claro que sí —asegura Kylie, porque yo me he quedado pálido—. Ahora nos vamos a ir a cenar y a tomar un helado.

—¡Vale!

Esta vez sí, consigo posponer a Valerie para más tarde. Hoy es un día importante en la vida de mi hermano pequeño y quiero estar para él. La noche será diferente. Tengo que asimilar que se ha ido y va a ser complicado, porque ni siquiera sé qué la ha podido llevar a ello.

Capítulo 51

VALERIA

Han sido los dos días más largos de toda mi vida. Todavía lo son. No he podido parar de pensar en Noel desde que salí de Australia. Ni siquiera he podido dormir. El sueño es un privilegio para los que tienen la mente tranquila, libre de preocupaciones y pesares. Y yo ahora mismo tengo demasiados.

En estas horas he planteado todas las posibilidades. Soy una persona pesimista, me he dado cuenta. En casi todos mis pensamientos pasa lo peor. No estoy preparada para eso. Un adiós es demasiado duro, demasiado precipitado. Siempre había creído que la muerte de mi padre había sido cruel. El cáncer se lo llevó rápido, pero tuve unos meses para concienciarme, para hacerme a la idea. De pequeña me había parecido tiempo insuficiente. Ahora, sin embargo, daría lo que fuese por aprovechar unos meses más junto a Noel. Por escuchar su risa, por sentir su mirada o, simplemente, meterme con él.

Pero no.

Estos meses los he pasado en Australia, lejos de los míos y de las cosas importantes. ¿Cómo voy a perdonarme no haber estado con él en sus últimos momentos? No. Me niego a seguir pensando así. Noel es un superviviente, un luchador. Siempre lo hace. Tiene que seguir haciéndolo.

La inercia me mueve cuando yo no puedo hacerlo. No he facturado equipaje, tan solo llevo el de mano. Bajo del avión en Madrid, cojo un taxi y luego un tren. Es la combinación más rápida que he encontrado, claro que tampoco estoy muy lúcida a la hora de pensar. Sé que Noel sigue luchando; Claudia me mantiene informada. O, más bien, son los médicos y la sanidad los que lo hacen por él.

Entro en el hospital con un aspecto horrible. Lo sé

porque una de las veces que entré al aseo me contemplé en el espejo. Las ojeras se me marcan tanto que ni el mejor maquillador profesional podría disimularlas. Llevo el pelo hecho un asco y puede que incluso huela mal. Lo he recogido en una coleta para que se note menos. No me he cambiado de ropa en dos días y, aunque podría haberlo hecho, la única idea que ha rondado mi mente ha sido llegar al hospital.

Pregunto a un par de personas hasta que doy con la ubicación de Noel. Está en la UCI, así que corro hacia allá. Claudia y Cristian están en la sala de espera. La rubia se levanta nada más verme y viene a darme un abrazo. Sigo nerviosa y preocupada, pero, por primera vez desde que escuché la noticia, noto que mi corazón tiene un momento de alivio. Cristian viene también. Su cara no es mucho mejor que la mía.

—Estás horrible —suelta mi amiga con una risita nerviosa.

—¿Cómo están? —pregunto en cambio.

—Andrea está más o menos bien —empieza—. Tiene el brazo derecho roto, un esguince cervical y un politraumatismo. Tiene la cara inflamada también, pero está fuera de peligro.

—¿Voy a poder verla?

—Sí, pero está todavía en *shock*. No ha dicho nada coherente desde que llegó. Solo pregunta por Noel...

—¿Y cómo está él? —indago con miedo. Necesito saberlo, pero no sé si estoy preparada para conocer la respuesta.

—Lo han operado dos veces de urgencia. Sus lesiones son más graves porque el golpe fue por el lado del conductor. Tiene un traumatismo en la cabeza que mantienen en observación, una lesión torácica y un pulmón perforado.

—¿Está consciente?

—Lo tienen sedado. Su padre y Natalie han venido desde Nueva York, y los padres y la hermana de Andrea

están con ella. Leo y Lucía se fueron un rato a descansar.

—Deberías hacer lo mismo. Os avisaré si hay novedades.

—No voy a moverme de aquí —informa Cristian—. No necesito descansar. Necesito que Noel se ponga bien.

Y entonces nos abrazamos. Conozco a Cristian desde pequeña y nunca, en toda nuestra vida, hemos compartido un abrazo parecido. Nos quedamos así, unidos por un gesto que nos ayuda a compartir el dolor. Ambos somos amigos de Noel desde siempre y sé que debe de estar sintiendo algo parecido a lo que siento yo.

—Va a ponerse bien —le aseguro, sin saber de dónde ha salido toda esa decisión que hasta hace bien poco no tenía.

—Claro que va a hacerlo —responde.

Trata de sonar convincente, aunque no puede. El temblor en la voz lo delata. Unas lágrimas se le escapan de los ojos y es Claudia quien lo abraza ahora.

—Val, ve a ducharte, a comer algo, a descansar —sugiere mi amiga—. Ha sido un viaje muy largo, nosotros nos quedamos y te avisamos con lo que sea.

—No, no quiero irme —protesto.

—Tu madre querrá verte. Noel va a estar aquí, va a estar bien. No pasa nada, vuelve más tarde. El horario es restringido, no puedes pasar de todas maneras.

—Iré a ver a Andrea antes...

—Le están haciendo más pruebas —informa Cris—. Para descartar, pero nada grave. Puedes volver en un rato si quieres, pero ahora mismo es el mejor momento para aprovechar.

Al final cedo. Me despido de ellos y voy casa de mi madre. No quiero descansar, pero sí necesito ducharme y comer algo. No quiero que Noel me encuentre con estas pintas cuando por fin esté consciente.

Y sé que va a estarlo.

Capítulo 52

RYAN

Hace dos días que Valerie se fue. Me costó procesarlo, entenderlo. Aún me cuesta. Al principio, ni siquiera me lo terminaba de creer. Entonces fui a casa de Emily. Necesitaba comprobarlo por mí mismo. Vi sus cuadros, tanto los terminados como los que se quedaron a medias. Mi amiga los había recogido y guardado en su habitación, supuse que para no tener que mirarlos a todas horas. Tanto talento desperdiciado. Tanto arte perdido que se olvidará, que será como si nunca hubiera existido. El resto de su dormitorio estaba vacío. Sus maletas. Su ropa. Sus joyas. Todo.

Sentí rabia. Pena. Dolor. Valerie huyó de todo. De sus amigos, de sus sueños. De mí. He intentado encontrar una explicación, una razón que lo justifique, pero no tengo nada. Su móvil está apagado o fuera de cobertura. No tengo el otro número, porque nunca lo compartió con nosotros. En un momento de negación, incluso pensé que le podía haber pasado algo y pregunté a un amigo policía. Después de investigar un poco, descubrió que tomó un vuelo rumbo a Sídney y otro a Madrid.

Y ahí desapareció cualquier esperanza.

Desde entonces me dedico a restaurar el barco. A estudiar. A disfrutar de la playa y los amigos. Andrew no se ha separado de mí en este tiempo. Sé que puedo contar con él más que con cualquier otra persona. Liam también me apoya, aunque no del mismo modo.

Ahora estamos aquí, pintando al futuro Galleta. Oli de momento se mantiene firme con ese nombre, y me da que será el definitivo. *Blank Space* suena de fondo, y sé que después se escucharán *Strangers*, *Bad at love*, Estopa y Beret. Andrew no dice nada de mi lista de reproducción. Esto es

todo lo que me permito recordar a Valerie. Sigo enfadado con ella, pero me torturo a través de su música porque no lo puedo evitar.

—¿Cuándo viene Oli? —pregunta Andrew, y deja de pintar para mirarme.

—La semana que viene —informo con una sonrisa.

La idea de tenerlo aquí de una vez por todas es lo único que me hace feliz en un momento como este.

—¿Y ya se quedará?

—Sí. Quizá tenga que hacer alguna otra visita a Canberra, pero ya es definitivo.

—Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que pedirlo. En el trabajo, en la casa... Lo que sea.

—Lo sé, Andrew. Gracias.

Se hace un pequeño silencio en el que noto su mirada, pero no se atreve a preguntar. Sé lo que tiene en mente sin necesidad de que abra la boca, así que se lo facilito.

—Kylie se quedará allí —comento—. Al menos, por ahora.

—Ya, imagino —responde, y vuelve a retomar el trabajo—. Tiene su vida allí, es normal. Será un cambio brusco, después de tanto tiempo viviendo con Oli.

—Vaya dos —suelto, y dejo escapar una pequeña carcajada—. ¿Cómo hemos cambiado tanto? Hace años, no nos preocupaban estas cosas. Conocíamos a una chica y, cuando se terminaba, pues conocíamos a otra. ¿Cuándo se complicó tanto?

—Cuando nos enamoramos de verdad —dice con un suspiro.

Soy yo quien para de pintar ahora y me dedico solo a mirarlo. Han pasado años desde que lo dejó con mi hermana y sé que aún le duele. A veces, cuando pienso en ellos y en todo lo que el destino les robó, siento que no tengo derecho a quejarme, que mi historia con Valerie no es ni de lejos tan cruel como la de ellos.

Es curioso cómo funcionamos con las relaciones. Hay personas con las que compartes toda una vida y no son más

que simples conocidos. Amigos que, en ocasiones, se sienten como extraños. Extraños con los que se forman silencios incómodos, se ocultan secretos y se mienten a veces. Familia a la que solo te unen los lazos sanguíneos. Y, después, hay personas con las que conectas. Puede ser durante toda una vida, como con Andrew, Emily y Liam, o puede ser al momento. Cuando descubres algo trascendental en ella o cuando te hace ver cosas que ni tú mismo veías. Valerie fue de esas. De las que no dependió del tiempo, sino de la intensidad.

Sin embargo, ella se fue. Si algo he aprendido en estos años, es que no hay que tener miedo de perder a personas que nunca han querido estar contigo.

Valerie no está, pero la vida sigue.

Y yo intento seguir con ella.

Capítulo 53

VALERIA

Me armo de valor antes de entrar. Andrea es el paso fácil y, aun así, es lo más difícil que he hecho en mucho tiempo. La observo desde la puerta antes de que se dé cuenta de que estoy aquí. Tiene la cara tan hinchada que parece que se haya roto la nariz o le hayan dado una paliza. El brazo derecho está vendado y parece agotada.

—¡Val! —intenta exclamar cuando me ve. La voz suena sin fuerzas, débil. Se incorpora con dificultad y se queda sentada.

Su padre está en una silla, junto a la cama. Él no tiene signos de violencia, pero diría que tiene peor cara. Me saluda y se levanta también.

—Iré a por algo de comer —dice con la excusa de dejarnos intimidados.

Sale de la habitación tras darle un beso en la cabeza a su hija. Andrea esboza una mueca que sería una sonrisa perfecta si pudiera mover bien los músculos de su cara.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto.

—Mal.

—¿Tanto te duele? La verdad es que tiene mala pinta.

—No es lo que me duele, ni siquiera pienso en eso. No me dejan ver a Noel, Val. Solo me dicen que está bien, pero nadie me deja ir a verlo. Lo que sí veo es la cara de los demás. Cristian, Leo y Lucía no dejan de llorar. Su padre está peor aún. Necesito estar con él. Necesito ver lo que le pasa. Necesito...

No termina la frase. Rompe a llorar, y yo tengo que luchar por mantenerme fuerte y contener las lágrimas. He derramado tantas en estos días que podría haber llenado mares y aun así tengo la impresión de que no son suficientes. Andrea me necesita y debo mantenerme firme

por ella.

Me acerco para abrazarla, con cuidado de no hacerle más daño. Antes me ha parecido que se encontraba débil, pero, cuando me estrecha entre sus brazos, noto que no es para nada así, que sigue teniendo fuerzas. O que necesita demasiado este abrazo.

—Voy a llevarte a ver a Noel —le aseguro.

—¿En serio? ¿Harías eso por mí?

—He tardado dos días en volver a Valencia y, durante este tiempo, lo único que pensaba era que necesitaba estar con él. Tú lo tienes aquí al lado y no te dejan. Sé lo que sientes, Andrea, porque he sentido lo mismo. Voy a acompañarte.

La UCI tiene el horario de visitas restringido, así que tenemos que esperar un poco para que abran.

—Voy a ir a ver cómo está la sala de espera. La idea es que no haya nadie que se pueda oponer a que estés con él.

—Vale, esperaré.

Voy medio corriendo hacia donde tienen a Noel. Llego hasta esa zona del hospital y entonces me quedo bloqueada en medio del pasillo. Varios médicos y enfermeros sacan la camilla con mi amigo. Van corriendo y dando gritos. Mi cerebro se ha quedado en blanco y no entiende lo que dicen, solo capta palabras sueltas. Peligro. Operación. Urgencia.

—¡Val, Val! —me llama alguien—. ¿Qué ha pasado?

Me giro para descubrir a Leo. No respondo. Termino de colapsar y, en algún momento, me desmayo.

No sé cuánto tiempo ha transcurrido cuando despierto. Estoy en una camilla y Claudia permanece a mi lado.

—¡Por fin! —exclama. Se acerca hasta mí y me coge las manos—. Los médicos han dicho que no es nada grave. Necesitabas comer y descansar, tu cuerpo no lo soportaba más.

—¿Cómo está Noel?

—Lo han operado de urgencia de nuevo. Dicen que esta es la definitiva, solo falta que despierte. Ya han hecho todo

lo que pueden hacer por él, Val. Solo falta que vuelva.

—¿Y si no despierta...? —pregunto con miedo.

—No pueden hacer nada más. —Es todo lo que responde—. No puedo creerme que esto sea real, que esto pueda estar pasando. Hace una semana estaban planeando un viaje al norte, y ahora...

Claudia no termina la frase. Rompe a llorar y Lucía se lanza a abrazarla, llorando también.

—Tengo que ir a ver a Andrea —digo.

—Está con su hermana. Eh, espera —añade Leo cuando empiezo a incorporarme—. Tienes que descansar.

—No voy a descansar ahora, así que no intentes impedírmelo. Necesito hacer esto.

—Lo sé. Te ayudaré —proclama Claudia, que ha dejado de llorar.

Me incorporo y decide acompañarme. Ella se encarga de distraer a Noa para que deje sola a Andrea y yo, de colarla en la habitación de Noel. Cada vez me cuesta más mantener la esperanza de que vaya a sobrevivir. Ni sus padres, ni los médicos, ni los amigos... No somos nadie para negarle a Andrea la oportunidad de volver a verlo, de despedirse de él. Todos hemos visto el amor que se han profesado este tiempo. Durante mucho tiempo me ha parecido que estaban asquerosamente enamorados. Incluso les he dicho que me daban grima. Ahora me duele más saber que pueden perderse el uno al otro que el hecho de que pueda perderlo yo.

Andrea está temblando a mi lado. Le doy la mano para darle fuerza y echamos juntas a correr. El camino está despejado y nos colamos con facilidad en la habitación. Noel está en la camilla y su aspecto sigue siendo horrible. Me quedo en la puerta para darles intimidad y dejo que Andrea se acerque hasta él.

Le acaricia un poco la cara y rompe a llorar en el acto. Hay tanto dolor en sus lágrimas, tanto sufrimiento en su llanto que no puedo soportarlo y me quiebro también. El mío es silencioso, pero el de ella... El de ella es desgarrador.

—Todavía me debes veintiuna veces —le dice antes de volver a llorar.

El corazón se me encoge. Sé a lo que se refiere. Recuerdo el momento en Ayers Rock cuando pensé que Noel le había pedido matrimonio. Le prometió hacerlo veintitrés veces, porque el veintitrés de junio era una fecha especial entre ellos. No era, lo es. Aún lo es.

Andrea grita y, por un momento, creo que me voy a desmayar de nuevo. Entonces me doy cuenta de que no chilla de miedo ni de nervios. Está llamando a un médico.

Noel ha despertado.

Capítulo 54

RYAN

El catamarán cada vez tiene mejor aspecto. Ya no parece un barco medio destruido. Tampoco uno nuevo, pero, al menos, no se ve destrozado ni viejo.

Dedico la mayor parte del tiempo a esto. Ni siquiera sé muy bien por qué lo hago, pero las horas parece que vuelan cuando reparo la cubierta o doy otra capa de pintura. Me evade del resto, y eso es lo que necesito ahora mismo.

—¿Se puede? —pregunta Emily desde la puerta.

—Claro, pasa.

A veces viene a traerme comida o a preguntar qué tal estoy. Se preocupan por mí, y lo agradezco.

—Cada vez tiene mejor pinta.

—No es como los nuevos cruceros de Andrew, pero ya no parece que acabe de salir de una guerra.

—¿Te apetece dar un paseo?

—¿Tan mala es la conversación que quieres tener?

—No es eso —me asegura—. Solo quiero caminar por la arena. Pero estás en lo cierto, hay algo que quiero comentarte.

—Dejo esto y nos vamos.

Emily me ayuda a recoger. Cierro la puerta del almacén y vamos juntos hacia la orilla. Lleva un vestido de playa, pero mi ropa de deporte acompaña menos a esta caminata improvisada.

—He estado pensando —empieza a hablar, y yo empiezo a temer—. Sobre Val.

—No quiero hablar más de ella, Em. Andrew, Liam, Josh, Kylie... Todos me han insistido. No fue lo que esperábamos.

—¿Y si pasó algo? Val no es así, no puede serlo. Quizá tuvo una emergencia y tuvo que irse.

—¿Y por qué no nos dijo nada?

—No lo sé... —Se le escapa un suspiro—. Solo trato de entenderlo.

—Que nos duela no quiere decir que sea difícil de entender. Valerie se asustó y se fue. Quizá Cairns no le gustaba tanto como creíamos.

—Aun así, creo que hay algo más. Val es mi amiga. No la conocí mucho tiempo, pero sé lo suficiente sobre ella como para saber que no es de ese tipo de personas. Y tú también deberías saberlo y hacer algo al respecto.

Emily se enfada pocas veces, pero cuando lo hace es atronador. Le dura varios días y prefiere desaparecer hasta que se le pasa. Así que, cuando echa a andar y me deja atrás, sé que tengo que darle tiempo para que lo asuma y asimile.

No es la única enfadada con la situación.

Pongo rumbo a mi casa. El salón hace tiempo que volvió a ser un salón normal, sin el caos de Valerie esparcido por todos lados. Lo único que queda y que aún no me he atrevido a quitar es su lista de locuras colgada en la pared. Es lo último que tengo de ella, el único resquicio físico de que alguna vez pasó por aquí, de que alguna vez existió.

No va a volver. No sé por qué se ha ido, pero, si no se ha puesto en contacto con nosotros, es porque no quiere hacerlo. Ha hecho como si nunca hubiéramos existido y, aunque sé que debería hacer lo mismo, aún me cuesta aceptarlo.

Necesito ir poco a poco y tengo claro cuál es el primer paso. Cojo la lista de locuras y la arranco. Bond me salta encima en ese momento y hace que el papel se caiga al suelo. Valerie tenía razón. El gato empezó a venir de forma más continuada hasta que terminó por ser uno más de la casa. Quizá sea una señal para que no la quite aún, pero decido ignorarla. Me agacho para coger la hoja y entonces lo veo.

Sí que eran veinte locuras, solo que no estaban todas escritas en la misma cara. Todo el tiempo hemos estado

viendo una fotografía sin saber que, por el otro lado, había otra escrita. Una simple palabra que trastoca todo mi mundo:

«Enamorarse».

Nadie acepta una locura así si piensa que solo está de paso. Valerie se ha negado siempre. Para demostrarse que puede ser feliz sola, para salvarse de la distancia. Pese a que estaba escrito, pese a que tenía que cumplirlo. Por loco que parezca, creo que lo ha hecho porque se enamoraba de verdad, porque sus sentimientos eran más fuertes de lo que estaba dispuesta a admitir.

Me da igual si ha huido. Después de todo este tiempo, nos debe una explicación. Nos hemos portado bien con ella, sobre todo Emily y yo, y merecemos que, al menos, nos explique qué ha pasado. No voy a renunciar todavía a ella. No puedo hacerlo.

Quizá tenga su móvil apagado, pero sé la forma perfecta para contactar con ella. Valerie ya lo hizo y, ahora, voy a probarlo yo.

Solo necesito la ayuda de Lara.

Capítulo 55

VALERIA

Hace una semana que Noel despertó y la mejoría es evidente. Aún no puede caminar, queda mucho trabajo para eso. Se alimenta con una sonda y ni siquiera puede hacer sus necesidades solo. Pero da igual. Su corazón sigue latiendo. Sigue respirando. Sigue viviendo, y eso es todo lo que importa ahora. Todavía es pronto para valorar las secuelas que le quedarán. Intentamos no pensar demasiado en eso.

Estos días estoy más relajada. Me he permitido volver a respirar. Volver a sentir. Noel y Andrea siguen en el hospital, pero el ambiente es muy diferente ahora. Quedé con Eva y Carol para ponernos al día. Fui con mi madre a la piscina para que nadáramos juntas y charláramos. Nos echamos tanto de menos que nos llevó tres días contarnos todas nuestras cosas y, aun así, nos dejamos otras muchas en el tintero. Esta tarde fui a tomar café con Cris, Leo, Claudia y Lucía, y ahora iremos todos al hospital.

Vamos primero a ver a Andrea. Vuelve a tener su cara, aunque le ha quedado una pequeña cicatriz en la nariz. Nos sonríe cuando nos ve entrar y se incorpora un poco.

—¡Hola! —saluda Noa desde la butaca.

Su padre tuvo que volverse por trabajo, pero su madre y ella siguen por aquí. También están mucho más animadas ahora. Es normal. Andrea ha estado cerca de perder la vida.

—¿Cómo estás, enana? —pregunta Claudia a Noa.

—¡No soy enana! —protesta—. Ya tengo diecisiete años, he crecido bastante desde que me empezasteis a llamar así.

—Siempre serás la enana, Noa, porque sigues siendo la pequeña del grupo.

—¿Soy del grupo? —exclama, emocionada. Los ojos se le abren tanto que parecen salirse de las órbitas y todo su

enfado se esfuma de golpe cuando sonrío—. ¿Has oído, Andrea? ¡Soy del grupo!

—Venga, enana del grupo, vamos a la cafetería un rato y luego volvemos —dice la madre.

—¡Jo! Yo quiero estar con ellos también.

—¿Y vas a dejar que Reme vaya sola? —pregunta Lucía—. Luego nos vemos nosotras, no te preocupes.

—Vale, pero pagas tú —termina por ceder.

—Lo dice como si alguna vez pagase ella —comenta la madre con una sonrisa, antes de salir por la puerta.

—¿Qué tal estás hoy? —pregunta Claudia a Andrea.

—Estoy bien —contesta sin interés—. No quiero hablar de mí, me aburre tener siempre la misma conversación. Contadme algo, lo que sea. Llevo días aquí encerrada sin casi ningún entretenimiento.

—¿Cuándo te dan el alta? —indago.

—Mañana lunes, pero igual seguiré aquí. No pienso irme del hospital hasta que Noel salga conmigo.

—Tan dramática como siempre —suspira su amiga la enfermera.

—Val, cuéntame algo emocionante sobre Australia mientras vamos a su habitación. Está despierto, podemos estar todos juntos. Además, ya no tiene las visitas restringidas porque está ingresado, pero no en la UCI.

Me quedo callada. Los primeros días todos mis pensamientos fueron para Noel. Sentir que podía perder a mi mejor amigo, perderlo para siempre, era demasiado para mí. Después, cuando pude reaccionar, recordé que no era lo único. A Noel no lo perdí, pero sí perdí a Ryan. He intentado pedir un duplicado de tarjeta móvil, sin éxito. Esa compañía telefónica no existe aquí, así que nadie lo hace. Odio que no tengan redes sociales. No me arrepiento. Noel y mi madre son las personas más importantes de mi vida, y mi sitio estaba aquí. Sin embargo, me gustaría haber podido despedirme o decirles algo. Cualquier cosa. No sé qué estarán pensando de mí, pero no debe de ser nada bueno. Lo lamento por todos, por Ryan sobre todo. Siento

que nuestra historia no ha terminado. No quiero dejarla terminar.

—Debe de estar pensando en su australiano —comenta Claudia.

Todos saben lo que pasó entre nosotros, con detalles. Coinciden en que debería volver cuanto antes a Cairns. Sin embargo, no quiero irme mientras Noel siga así.

—¿Lo has buscado? —pregunta Lucía.

—No tienen redes sociales. Están en contra.

—¿Y qué hay de tu amiga, la pelirroja? ¿Cómo se llamaba? ¿Laura?

—¡Lara! —exclamo.

Es más posible que las utilice. Ni siquiera había caído. Podría hablar con ella y que se lo explicase a Emily y a Ryan. Llevo tanto tiempo sin abrirlas que se me hace incluso extraño. Lo empecé dejando por una semana, después me volqué en la pintura tanto que no tenía tiempo para nada más, después pasó lo de Noel... Y hace casi un mes y medio que no abro ni Twitter ni Instagram. Tengo que hacer un vídeo para pedir perdón a mis seguidores. He desaparecido sin despedirme en demasiados sitios y ni siquiera me había percatado de ello.

—Mírala, ya va a hacerlo —comenta Cris—. Luego dirá que no le gusta.

No le hago caso. Entro en la tienda y vuelvo a descargar las aplicaciones que borré tiempo atrás para no caer en la tentación. Abro primero Twitter, por la sencilla razón de que se completa antes la instalación.

De repente, el móvil se me colapsa. Empiezan a llegarme notificaciones, y más notificaciones, y más.

—¿Qué está pasando? —pregunta Leo.

—No paran —digo. El móvil no deja de vibrar en mis manos y lo observo, sorprendida.

En este tiempo desconectada mis seguidores han debido de echarme mucho de menos. Me parece que Instagram lo dejaré para más adelante, no estoy preparada todavía. Reviso las notificaciones y dejo escapar un

pequeño grito cuando descubro a qué se deben la gran mayoría.

—¿Qué, qué? —suelta Andrea, más nerviosa que yo.

—No me lo puedo creer —murmuro.

Sigo revisando sin dar crédito. Ryan se ha creado una cuenta en Twitter. No solo eso. Ha contactado con Fly Emirates para encontrarme, igual que hice yo hace tiempo para dar con él. La diferencia es que a él la compañía lo ha ayudado. El *tweet* original tiene más de doscientos mil *retweets* y miles de comentarios de gente buscándome. Por eso tengo tantas notificaciones.

Las leo por encima. Algunos han seguido nuestra historia desde hace tiempo, cuando empecé a buscarlo porque perdí su número. Otros se han añadido después. Sin embargo, todos se preguntan dónde está la famosa *Valeria* que abandonó las redes sin decir nada, ni siquiera a Ryan. El corazón me da un vuelco.

—Te ha encontrado —suelta Noel.

Tiene una pequeña sonrisa en la cara que demuestra que, a veces, los detalles más pequeños se convierten en los más importantes. Adoro verlo sonreír, aun si es una leve curvatura de sus labios. Nadie me conoce como él.

—Está loco —murmuro, sin poder explicarlo de otro modo.

—Bueno, de eso iba todo esto, ¿no? De hacer locuras. De descubrirse. De ser feliz —comenta Andrea.

—Sí, sí que iba de eso. Y creo que lo he conseguido, ¿sabéis? Todo eso.

—Aún te queda una parte, Val —apunta Claudia—. Una importante. Vamos, respóndele. Sabes que lo estás deseando.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —dice entonces Noel—. Volver.

—No puedo ir. No hasta que...

—Yo estoy bien —me interrumpe—. Tengo a Andrea, los tengo a ellos, tengo a mi padre y a Natalie. Y sé que te tengo a ti, pero no hace falta que estés aquí para

demostrármelo. Te lo dije hace un tiempo y te lo repito ahora. Si Cairns te hace feliz, quédate allí el tiempo que necesites. Ve a buscar a Ryan, a terminar tu exposición.

—Solo somos amigos —recuerdo en voz alta.

—Bueno, eso díselo a él.

—Tiene razón —añade Lucía.

—No me puedo creer que vayas a irte sin que nos peguemos una buena fiesta juntas —se queja Claudia—. Pero tienes que irte, Val. Aunque solo seáis amigos, Ryan se lo merece.

Capítulo 56

RYAN

Recuerdo el momento exacto en el que me enamoré del mar. Kylie y yo acabábamos de cumplir cinco años y mis padres decidieron celebrarlo en la playa. Solo nosotros cuatro, sin amigos ni más familiares. Prepararon un pícnic y salimos a dar una vuelta en barco. Fue la primera vez que vimos tortugas marinas, corales y peces tropicales. Descubrí un mundo tan colorido, tan vívido, tan diferente al mío... Caí rendido ante su aroma a sal, ante sus acogedoras olas, ante su inmensidad de azul y paz. Después de un día perfecto, fuimos al embarcadero a ver el atardecer. Recuerdo que estaba fascinado contemplando el cielo y mi madre me enseñó la primera de sus palabras:

—*¿Ves eso? —dijo—. ¿Cuando las nubes se vuelven rojizas al ser iluminadas por el sol? ¿Sabes por qué es?*

—*¿Magia? —pregunté yo. La hice reír.*

Si me esfuerzo mucho, aún puedo recordar ese dulce sonido y sentir cómo vuelve a hacerme vibrar el corazón.

—*No, cariño. A eso se le llama arrebol.*

Años después compuso una canción de aquel momento. Me preguntó si lo recordaba, pero le dije que no. Estaba en la adolescencia y entonces me parecía mal reconocer que existió una época en la que había estado unido a mis padres. Ahora lamento esos momentos. Me hubiese gustado poder cantar la canción junto a mi madre o, al menos, admitir que no solo nunca me olvidé de ese día, sino que inició mi amor por el mar.

—*¿En qué piensas? —pregunta Emily.*

Estamos justo en el mismo sitio, esperando el atardecer. Ya no está enfadada. Somos solo Andrew, ella y yo. Liam y Josh aparecen y desaparecen. Supongo que es normal. A veces prefieren planes a solas, más románticos.

—Arreboles —respondo sin más.

—Siempre con sus pájaros en la cabeza —comenta Andrew.

—Seguro que está pensando en Val —sugiere la chica—. ¿Qué tal fue? ¿Lo intentaste con...? —se interrumpe de golpe.

Los dos la contemplamos, sin entender qué pasa. Se ha quedado con la boca abierta y los ojos parece que se le van a salir. Se gira de golpe y echa a correr. Nos volvemos para seguirla con la mirada, y entonces la veo.

En medio de un cielo teñido de matices rojos y anaranjados, Valerie se acerca paseando por la playa. Va descalza, con los zapatos en una mano. Lleva un vestido blanco y una cara de cansancio que disimula con una sonrisa. Pequeña, pero llena de vitalidad. Parece tan mágica como irreal.

—¿Sabías que estaba aquí? —pregunta Andrew.

—No tenía ni idea —consigo responder.

Mis pensamientos ahora mismo son un huracán. No puedo ordenarlos ni hacer que cobren sentido. Mi corazón siente algo parecido. Se ha acelerado de forma incontrolable y ha seguido su propio camino. Mis pies, por el contrario, no reaccionan. Continúan clavados en el sitio. A pesar de que Andrew también se ha acercado, de que Valerie mantiene una distancia prudencial que no se atreve a recortar.

Los observo desde la lejanía mientras se saludan y se abrazan. Después, mis amigos, los sutiles, deciden irse. Miro a Valerie y ella me mira a mí. El mundo se detiene entonces. Mi huracán interior no. Tengo tanto que decirle que no sé ni por dónde empezar. Por qué te fuiste. Por qué no te despediste. Por qué has vuelto. Por qué, por qué, por qué...

—Leí tu *tweet* —dice ella. Como siempre, más decidida que yo—. La verdad es que, para ser novato y no contar con ningún seguidor antes, más de doscientas mil reacciones es todo un récord. Podrás odiar las redes, pero no se te dan

nada mal.

Sonríe y puedo imaginar cómo trata de romper el hielo después de todo lo que ha pasado entre nosotros.

—Valerie... —Su nombre se me escapa como un susurro—. ¿Qué haces aquí?

—Yo... Creí que sería mejor explicártelo en persona.

—Te fuiste —la acuso, sin poder reprimirlo—. Ni siquiera sé por qué. Recogiste tus cosas y te largaste. No te despediste de mí, ni de Lara, ni de Emily... Desapareciste.

En realidad, no desapareció, no del todo. Su esencia, su alma, su recuerdo, ha seguido persiguiéndome. Me asusta cómo una persona puede clavarse tan dentro en tan poco tiempo. Una conexión fuerte es más difícil de romper, incluso si la otra persona lo intenta con todas sus fuerzas. Yo me he quedado en mi extremo, aferrado con todas mis fuerzas sin soltarlo hasta el día que volviera. Hasta hoy.

—¿Podemos pasear? Es una larga historia.

—Claro, paseemos.

—Noel y Andrea tuvieron un accidente —suelta.

—¿Qué? —se me escapa, sin poder evitarlo.

El recuerdo de mis padres vuelve. El día que me llamaron para darme la noticia. El momento en el que los vi. Los primeros días sin que estuvieran. Los primeros cumpleaños. La vida continuando sin ellos. A veces, continuando sin mí.

—Están bien —ataja con una sonrisa—. Bueno, lo estarán. El día que fui al aeropuerto para volar a Canberra, Cristian me llamó para decírmelo. Me contó lo que había pasado, me dijo que Andrea se había estabilizado, pero que Noel estaba en peligro de muerte. No lo pensé. Cambié el billete y volví a Valencia. No quería moverme de allí hasta saber que se pondría bien, hasta...

—¿Cómo están?

—Andrea bien, tuvo suerte. A Noel todavía le queda mucho trabajo por delante, pero dicen que se pondrá bien. Tiene que hacer rehabilitación pulmonar para no perder capacidad respiratoria y aún no puede caminar. Yo... Sé que

te prometí que iría a ver la función de Oli y que he fallado a mi palabra, pero tenía que volver.

—Lo entiendo, de verdad —aseguro. Durante estas últimas semanas he barajado mil y una ideas de lo que podía haber pasado. Ninguna pasó por ahí, a pesar de que Emily lo sugirió. Supongo que preferí creer otras cosas—. ¿Por qué no me dijiste nada? Lo habría entendido. Hubiese sido mucho mejor que largarse sin más, eso te lo aseguro.

—Se me rompió el móvil en el aeropuerto. Cuando recibí la llamada, no preguntes cómo, pero el otro teléfono terminó estrellado contra el suelo dos pisos más abajo. No recordaba tu número ni tenía forma de ponerme en contacto contigo.

—Podías haber mandado una carta o haberlo hecho a través de la tienda de Emily. Está en internet.

Se queda callada. Es una solución tan fácil y tan obvia que ni siquiera parece habersele pasado por la cabeza.

—Por cosas como esa entiendo que no tienes redes. Ni siquiera caí —admite—. El caso es que quería pedirte perdón. Desaparecer así no entraba en mis planes.

Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, ser solo amigos es lo último que quiero. Perderla me ha hecho darme cuenta de lo importante que se ha vuelto para mí. Recuperarla me hace ver lo mucho que va a doler cuando la pierda para siempre. Ya sabíamos que entre nosotros no había ningún sempiterno, que éramos un reloj de arena esperando a que cayese el último de los granos. No estoy preparado. Aún no.

—Cuéntame cómo ha sido todo —le pido, solo porque me apetece seguir escuchando el sonido de su voz—. Cómo están tus amigos. Cómo estás tú.

Lo hace. Me habla sobre cómo hizo las maletas días antes porque estaba bebida y cabreada, sobre la llamada de Cristian y el viaje de vuelta. No omite detalles, ni siquiera el hecho de que fuese tan preocupada que no necesitó que nadie le diera la mano.

—No es raro eso —le explico.

—¿Por qué?

—Necesitas que alguien te dé la mano porque te da miedo volar, Valerie. En ese momento, cuando creías que tu mejor amigo iba a morir, tus miedos eran otros. La idea de perder a alguien a quien quieres hace que todos los demás miedos se hagan pequeños, que se olviden, aunque solo sea por un corto periodo de tiempo.

—No lo había visto así. Pensé que quizá lo había superado. Supongo que voy a seguir necesitando que alguien me apriete la mano. Casi que mejor, es una buena forma de conocer gente interesante —comenta con una sonrisa que me arranca una carcajada.

Me habla de Andrea y, sobre todo, de Noel. De lo mal que lo ha pasado, de que creía que iba a morir. No me gusta que sufra, pero sí que comparta su dolor conmigo. La confianza que se necesita para apoyarse en alguien con los mayores temores es fruto de las grandes conexiones. Su semblante es más alegre cuando me habla de sus amigos y de su madre.

Y así, entre arreboles y confesiones, entre risas y lágrimas, entre el mar y las estrellas, consigue que vuelva a enamorarme de ella.

Capítulo 57

VALERIA

—No hace falta que me llames todos los días —protesta Noel—. Haces que no tengamos nada interesante que contarnos.

Ha pasado casi una semana desde que regresé a Cairns y todo ha vuelto a la normalidad. A mi normalidad, al menos. He aparcado las locuras por un tiempo para marcarme una rutina que me sea cómoda. Trabajo en la tienda de Emily, llamo a mi madre y a Noel todos los días, y a mis amigos, cada dos o tres. Quizá me haya vuelto un poco paranoica, pero he aprendido que nunca sabes cuándo vas a tener que despedirte de la gente que te importa. No es que piense que les va a pasar nada malo, solo trato de aprovechar lo máximo posible junto a lo que realmente me importa en la vida.

Aquí sigo quedando con el grupo y con las chicas. Y, sobre todo, pinto. Es difícil explicar lo que supone ahora la pintura para mí. Es como si tuviera demasiadas emociones dentro, demasiadas sensaciones, y tuviera que dejarlas salir. Las formas, los colores, las ideas, todo va tomando forma mientras dibujo. Hay gente que se expresa hablando, escribiendo o cantando. Yo he descubierto que esta es mi forma de expresarme, que es mi idioma. La manera en la que mejor puedo explicar todo lo que llevo dentro.

—¿Qué tal va la exposición? —pregunta Andrea—. ¿Estás nerviosa? ¡Ya te queda nada!

—No me lo recuerdes, me da mucho miedo. No creo que venga nadie a verla.

Tampoco es gran cosa. Es una sala pequeña, pero tendrá aforo para unas cincuenta personas. Mis amigos australianos van a venir, pero solo ellos, y tengo menos de diez. Lara y Matt han movido todo un poco. La idea de que

venga más gente solo me pone más nerviosa.

—Lo importante es que tú estés satisfecha con lo que has hecho —dice Noel—. ¿Lo estás?

—Sí, la verdad es que sí. Estoy disfrutando tanto pintando todos los lienzos que solo eso merece la pena.

—A veces nos obsesionamos con los resultados y nos olvidamos de disfrutar.

—Los resultados importan —contradigo—. Sin ellos, no hay más.

—Pintar te hace feliz. Quizá no puedas vivir de ello, quizá sí. En el primer caso, puedes seguir trabajando sin dejarlo de lado. En el segundo, puedes convertirlo en tu modo de vida. Cuando algo es tu pasión, buscas las formas de seguir dedicándole tiempo.

—Te odio —suelto. Me da rabia que siempre tenga razón.

Noel se ríe, y eso sí que no lo puedo odiar. Estoy tan feliz de que se esté recuperando que me siento eufórica todo el día. Los médicos le han dicho que no le quedarán secuelas graves, que recuperará toda la movilidad y la capacidad respiratoria si realiza la rehabilitación. El proceso va a ser largo, pero Noel está decidido a hacerlo.

—Os tengo que dejar, que voy a pintar un rato más antes de que vengan las chicas. ¡Os llamo mañana!

—Qué pesada —protesta de broma—. No te lo pienso coger. Necesito unos días sin ti —se burla Noel—. Disfruta de Cairns y la próxima vez te llamamos nosotros.

—¡Os quiero!

—¿Ya tienes otro de esos días en los que estás cariñosa?

—No sé, puede.

Cierro la videollamada y vuelvo a centrarme en mis pinceles y mis lienzos. En realidad, apenas me quedan algunos retoques y decidir los veinte cuadros que voy a exponer. Se me ha ido de las manos y tengo más del doble.

El tiempo pasa volando, como cada vez que te dedicas a aquello que te apasiona. Emily vuelve antes de lo que la esperaba y, como siempre que me ve desde que regresé, me

da un abrazo por la espalda. Me he acostumbrado a estos gestos. Son los que me hacen sentir como en casa. Para mí el hogar no son las cuatro paredes bajo las que te cobijas, sino las personas que te dan ese refugio.

—¿Sigue en pie lo de esta noche? —pregunta.

—Claro. Vivaldis, solo chicas. Es un plan perfecto. ¿Tú me peinas y yo te maquillo?

—Siempre. Luego nos vemos, tengo que ir a la tienda a hacer unas gestiones.

—¿Necesitas ayuda?

—No, no. Será rápido. Solo he venido a cambiarme, tengo puesto el bikini desde esta mañana.

Yo aprovecho para cambiarme también. Llevo un peto vaquero, una coleta deshecha y pintura por todas partes. La gente normal acabará limpia, después de todo, se pinta con el pincel, no con las manos. A mí me domina la torpeza.

He quedado en la playa con Ryan. Los dos nos empeñamos en decir que solo somos amigos, pero los nervios y la emoción que siento cada vez que estoy con él poco tienen que ver con la amistad.

Todavía no me he acostumbrado del todo a conducir por el lado izquierdo, aunque el hecho de que el coche sea automático ayuda mucho. Fue de las primeras cosas que hice al regresar. Necesitaba alquilar por fin mi propio vehículo. Llego a Palm Cove en veinte minutos. Aparco cerca del negocio de Andrew y me acerco allí, que imagino que es donde estará Ryan. Hoy cierra él.

Lo encuentro en el almacén, limpiando las últimas tablas. Lo observo desde la puerta, echando agua sobre la superficie y acariciándolas con mimo. Va a ser cierto lo que dice Noel. Si algo te apasiona, al final buscas la forma de dedicarle tiempo.

—Hey —saludo antes de entrar.

—Ya acabo —dice. Cuelga la última en la pared y se gira para mirarme con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Para qué querías que viniera aquí?

—Quiero enseñarte algo.

—¿El qué?

—Es una sorpresa. Ya verás.

Salimos del almacén grande y creo que se va a dirigir al otro, al pequeño y retirado, pero no. Continúa hacia el embarcadero, hacia los muelles de amarre. Se me escapa un grito de sorpresa cuando lo veo. Su barco. El mismo que fuimos a buscar a Adelaida durante nuestro pequeño desliz. Ha cambiado mucho desde entonces. Recuerdo que me dijo que lo estaba restaurando con Oli, y el resultado es espectacular. Ya no se ve un barco medio derruido. Al contrario, parece nuevo.

—¿Qué te parece?

—Me encanta.

Me ayuda a subir y vamos juntos hacia la proa. Tiene una red de lado a lado, para tomar el sol o dejar secando aletas y gafas de bucear. El interior está menos trabajado, pero ha sido lijado y pintado de nuevo. Aún falta mobiliario, pero a mí me parece perfecto. El mástil ha sido reparado también y la vela es nueva.

—¿Quieres dar una vuelta?

—¿Ya se puede navegar con él?

—Claro, por eso está aquí desde hace dos días. Vas a estrenarlo.

—No sé si sentirme halagada o tener miedo por lo que pueda pasar.

Se ríe y se aleja para soltar los cabos y empezar a navegar. No nos alejamos mucho, ni del embarcadero ni de la playa. Detiene el motor un rato después y me mira, como solo él sabe hacerlo.

—¿Quieres darte un baño?

—¿Ahora? ¿No puede haber tiburones?

—Valerie, ya deberías haber aprendido que en esta zona no suele haber. La barrera de coral hace de muro. Si quieres ver grandes tiburones blancos, ya sabes dónde están.

Salta al agua sin decir nada más. Me quito el vestido y lo sigo. No he visto la popa del barco, así que la contemplo desde el agua. Me fijo en que ha restaurado las dos escaleras

y ha puesto una pequeña mesa con dos bancos para poder tomar algo. Detengo mi exploración, porque justo ahí, entre una escalera y otra, está el nombre del barco.

—Galleta inefable —leo en voz alta—. Una elección... curiosa.

No puedo evitar reír, aunque es una sensación que se mezcla con un pequeño pinchazo en el pecho.

—Se lo puso Oli —responde.

Me giro para mirarlo. Él ya me está observando a mí. Sus ojos son tan profundos como el océano, tan cálidos como el atardecer. No compartimos palabras, pero tampoco nos hace falta. Cuando conoces a alguien, es más sencillo expresarse solo con la mirada. Sé el significado que tiene esa palabra para nosotros. Verla ahí, en su barco, hace que el corazón lata con más fuerza, como si quisiera hacerme recordar que sigue ahí.

—¿Un niño de cinco años escogió ese nombre para un barco? —cuestiono—. No dudo de lo de galleta, es lo otro lo que me sorprende.

—A esa edad mi madre me enseñó la primera de sus palabras favoritas —se defiende—. A esa edad se la he enseñado a Oli. Pero tienes razón, puede que lo haya influenciado un poco. Ha sido una mezcla rara elegida entre los dos, pero me gusta el resultado.

—Es... distinto —admito divertida. Me pongo más seria para añadir—: ¿Por qué lo has hecho?

—Porque así es exactamente como me siento. Con mis amigos, con el barco, con este momento de mi vida, contigo. Me pareció el nombre perfecto.

No puedo resistirlo más. Siento como si estuviese intentando contener una bomba que está a punto de estallar. He puesto todo de mi parte para que no detonase y ahora me doy cuenta de que lo único que tenía que hacer era justamente dejarla explotar. Y, cuando lo hace, me acerco a Ryan y lo beso. No se resiste. Más bien, es como si él también hubiese estado conteniéndose.

Se separa con la respiración agitada y la mirada

impaciente.

—No podemos hacer esto, Valerie. Otra vez no.

—Esta vez es diferente —le aseguro.

—¿Por qué? Es lo mismo. Quizá ahora tengas más claros tus sentimientos, pero...

—No es solo eso, Ryan —lo interrumpo—. He ampliado el visado. De momento, son seis meses más. No sé qué es esto ni dónde nos llevará, pero quiero descubrirlo. Me he dado cuenta de que no tiene sentido que trate de demostrarme que puedo ser feliz por mí misma, porque hace tiempo que lo sé. No te necesito para ser feliz, pero lo soy y quiero compartirlo contigo.

»No quiero que el tiempo ni la distancia decidan por mí. Ambas son cosas salvables. Lo que deseo es que lo veamos por nosotros mismos. No que lo hagan otras personas, ni otros condicionantes. Solo tú y yo viendo si tenemos futuro, si esto que sentimos es real.

—Es real —suelta sin pensarlo, sin dudarlo un instante.

Es él quien me besa ahora. De forma más intensa, más profunda. Extrañaba sus besos, sus manos, su piel, sus sonrisas repletas de felicidad. Se separa y me contempla como si fuese especial, como si nunca hubiese visto nada igual.

—Gracias por volver —murmura entonces.

—Me gusta Cairns —respondo con una sonrisa—. Mi trabajo, nuestros planes, la gente que he conocido aquí. La Valeria que he conocido aquí —puntualizo. Esa Valeria ya existía antes, lo sé, pero no la había visto hasta ahora. Quizá sea otro de esos compartimentos de los que me habló Ryan, que se ha abierto para liberarla. Me siento más decidida, más valiente. Con menos planes, pero con más ganas de descubrir lo que la vida tiene reservado para mí—. Y también me gustas tú. No hay otro sitio en el mundo en el que prefiriera estar ahora mismo.

Ryan captura mi sonrisa con la suya y me besa. Me doy cuenta de que se siente de nuevo como una de esas primeras veces, pero con la misma intensidad que provoca

haber creído que ya viví la última.

Capítulo 58

RYAN

Hoy es el día.

Valerie por fin va a realizar su exposición. Ella ha cumplido su parte. Ha preparado veinte cuadros que no ha querido mostrar a nadie, excepto a Emily y a Matt, la persona que ha organizado todo esto. No necesito verlos para saber que van a ser impresionantes.

No hemos coincidido desde ayer por la mañana. Está atacada de los nervios, tratando que todo salga perfecto. Ha pasado por varias fases, desde el miedo al fracaso hasta la aceptación de que solo haberlo conseguido ya es un logro. Ha estado tan sumida en los detalles que ha sido más sencillo preparar mi parte.

Solo nos ha pedido dos cosas: que nos pusiéramos algo elegante y que llegásemos un poco tarde. Creo que quiere comprobar si solo vamos a ser nosotros o si irá más gente. El lugar es pequeño, pero Matt le ha dado buena publicidad.

Me he vestido con un traje negro y una camisa azul. Emily ha insistido en que llevara pajarita, pero no ha habido forma de ponérmela. Me veía tan raro que me sentía incluso incómodo. He completado el *look* con unas zapatillas oscuras. Puedo ir elegante y, a la vez, seguir siendo yo mismo.

Todos están dentro cuando me bajo del coche. No solo Andrew, Emily, Josh y Liam, sino también Lara, Alessia y Nadine. En el grupo de las chicas hay más personas e imagino que serán otros compañeros del curso de inglés. Hay más gente que no sé si serán conocidos o no, pero hacen que la sala se vea más llena. Tiene capacidad para unas cincuenta personas y, aunque no está el aforo completo, dista mucho de verse vacío.

Busco a Valerie al entrar, pero no la veo. La exposición se divide en tres pequeñas salas y no sé en cuál de ellas localizarla. No tengo prisa. No he venido solo a verla a ella, sino a disfrutar de su arte.

—¿Qué te parece? —pregunta Em, a mi lado—. ¿No es increíble?

—Sí que lo es.

La exposición se llama «Australia a través de mis ojos», y no podía haber escogido un nombre mejor. En todos los lienzos veo su seña de identidad, esa forma de combinar los colores y las formas para lograr algo único y especial. Reconozco una de las pinturas de la primera sala. La empezó en el jardín de mi casa y desde el primer momento me llamó la atención. No sé qué es exactamente porque es demasiado abstracto. Parece un torbellino donde predominan el negro y el gris. Y ahí, en el medio de sombras y oscuridad, un pequeño brillo dorado lucha por abrirse camino. Quizá no sea un lugar concreto, pero creo que simboliza su vida. El momento en el que se percató de sus miedos y empezó a luchar por hacerles frente.

El resto son de corte similar. Utiliza los colores para expresar sus sentimientos y soy feliz al descubrir que poco a poco los tonos oscuros desaparecen para dar lugar a otros más vívidos.

Disfruto tanto de su arte que siento que se acaba demasiado rápido la primera sala. No me preocupa, porque lo que encuentro en la segunda me sigue llamando la atención.

Estos cuadros no los he visto antes, pero sí he vivido junto a ella algunas de las experiencias que encierran. La jaula de tiburones de Port Lincoln, las tortugas bobas en la Gran Barrera de Coral, el cielo estrellado de Ayers Rock. No son solo dibujos de paisajes. Valerie tiene un toque muy especial. No sé si son los colores, las formas o el modo en el que difumina la escena, pero da la sensación de que se mezcla con las emociones y puedas sentir lo mismo que ha sentido ella mientras observas el lienzo.

Me encuentro con Valerie justo cuando voy a entrar en la última sala. Ella sale antes. Me sonrío y me da un beso rápido. Tiene los ojos más brillantes que las Leónidas de Ayers Rock. Se ha puesto un vestido plateado, unos tacones negros y una sonrisa que le queda espectacular.

—Te veo feliz —le digo.

—¡Estoy feliz! —exclama—. Ryan, no te lo imaginas, esto es genial. ¿Te acuerdas de cuando te hablé de los miedos buenos y los miedos malos? Pues este era uno de esos miedos buenos. Matt me ha propuesto repetirla en su otra galería, que es más grande. Tendría que pintar alguno nuevo y él se encargaría de seleccionarlos, pero estoy tan eufórica que ni me lo creo.

—Yo sí me lo creo, Valerie. Sabía que tendrías éxito.

—¡Ya he vendido tres! ¡Yo! ¡La gente paga por mi arte!

Está tan alucinada que no puedo evitar reír. Claro que pagan por su arte. No somos ingenuos, los dos sabemos que el talento y el esfuerzo no lo son todo, que siempre hay un componente que hay que dejarlo a la suerte. Esa suerte ha sido conocer a Lara y que le presentara a Matt. Una vez ha tenido la oportunidad de mostrarse, el inicio está hecho.

—¿Tienes un momento ahora?

—Sí, creo que sí, pero no demasiado porque tengo que estar por aquí para la gente que me pregunta lo que he querido expresar.

—Solo serán dos minutos.

Saco el móvil para mandar un mensaje y le pido que me acompañe hasta la primera sala. No ha sido fácil organizar esto, pero todos han puesto de su parte para conseguirlo. Valerie deja escapar un grito cuando se percata y corre para abrazar a su madre. Porque ahí, justo al lado del rótulo que da título a la exposición, está ella junto a sus amigos. Carol y Eva no han podido venir, pero sí el resto. Noel camina ayudado con muletas, pero por nada del mundo se lo hubiese perdido. Andrea, Cristian, Claudia, Lucía y Leo. Todos han venido para desearle lo mejor a su amiga.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta mientras abre los brazos para tratar de abrazarlos a todos a la vez.

—Quizá algún día seas rica y famosa, y no queríamos perdernos la oportunidad de decir que nosotros estuvimos en tu primera exposición —comenta Cristian.

—¡Gracias, chicos! —exclama, y noto en cómo le tiembla la voz que está al borde de las lágrimas—. Os ha debido de costar un ojo de la cara.

—No te creas —comenta Andrea—. Tener un novio que es piloto en Fly Emirates tiene ciertas ventajas. Nos han hecho muy buenos descuentos en los billetes.

—Y nos ahorramos el alojamiento —añade Leo.

—No me puedo creer que todo esto sea tuyo —dice la madre, que no puede separarse de su hija—. Hacía tanto tiempo que no pintabas nada. Tu padre estaría orgulloso de ti. Yo estoy orgullosa por los dos.

—Mamá, no me hagas llorar ahora —responde Valerie. Se abanica los ojos, como si así pudiera secar las lágrimas antes de que broten más.

—No te entretendremos —asegura Noel—. Vamos a verlo todo. Tú disfruta de esto, que te lo mereces, Val. Nos veremos cuando acabe.

Todo el grupo se aleja para dejar que Valeria pueda centrarse en la exposición. Quizá la desconcentren un poco, pero sus amigos querían compartir con ella un día tan especial. Llegaron ayer por la tarde y ha sido difícil mantener la sorpresa, ya que todos estaban deseando verla. Los ayudé a instalarse en mi casa. Estamos un poco apretados, pero no pagan alojamiento. Bastante han hecho todos al cruzar el mundo para venir aquí. Oli está con Kylie en Canberra. Me gustaría tenerlo aquí, pero admito que ese detalle ha hecho todo mucho más fácil.

No sé para ellos, pero, para mí, ver la cara de felicidad que tiene en este momento es recompensa más que suficiente.

—¿Tú has hecho esto? —pregunta, con la emoción asomando en los ojos.

—Yo solo lo propuse, pero han sido ellos.

—Val, ¿puedes venir un momento? —la llama Matt—. Una pareja está interesada en uno de los cuadros y quiere que se lo expliques.

—Claro, voy para allá. Luego nos vemos —se despide de mí y desaparece con Matt.

Decido reanudar mi exploración, seguir descubriendo Australia a través de sus ojos. Me sorprendo cuando compruebo que, para el final, ha dejado a personas. Si esto es lo que supone su viaje para ella, me gusta el modo en el que lo ha expresado. Primero sus sentimientos, todo lo que guardaba antes de llegar a Cairns, todo lo que ha descubierto sobre sí misma y le ha hecho recordar quién es. Con sus heridas y sus cicatrices, pero también queriéndose a sí misma y aceptándose tal y como es. Después, sus experiencias, sus vivencias aquí. Con ella misma, con nosotros, conmigo. Todas esas locuras que la trajeron aquí y que me ha dejado disfrutar a su lado. Y, por último, las personas que son importantes en su vida.

No son retratos, Valeria no es así ni su arte tampoco. Están como difuminados, como fundidos con otras imágenes. Me topo con la cara de Emily en la pared. La ha dibujado con colores vivos y llamativos, alegres. Su cabellera rubia se desvanece poco a poco para convertirse en pájaros, en mariposas, en flores. Me parece tan perfecto, tan ella, que siento que Emily necesita tener esto en su casa.

No es la única que aparece en la exposición. Hay otro cuadro de todos juntos, en la playa de Palm Cove. Nos ha mezclado con música y estrellas, con tonos de paz y felicidad. También hay otro de Lara, Alessia y Nadine, incluso uno de Noel. El del piloto es más personal, más íntimo. Solo soy capaz de reconocer las estrellas en el lienzo, pero no entiendo los tonos rosas ni marrones. Me transmite pérdida, dolor, esperanza. Creo que ambos han compartido mucho y solo ellos saben su historia.

Olvido todos los cuadros que he visto hasta ahora cuando me reconozco en uno. Estoy en el embarcadero,

delante de un cielo arrebolado que me evoca a mi madre. La parte de arriba de mi cara es realmente mi cara, pero por debajo... Por debajo, poco a poco, va fundiéndose con un mar de aguas cristalinas y espumosas.

No he sentido a Valeria llegar, pero de repente la noto a mi lado. Me giro hacia ella y me dedica su sonrisa de medio lado. Me gusta, me incita a jugar.

—Es usted la artista, ¿no? Estoy interesado en la obra —comento, como si no tuviese nada que ver conmigo, como si no la conociese—. ¿Podría hablarme de ella?

—Claro, las técnicas que he utilizado son... —empieza, siguiéndome el juego.

No la dejo, sino que la interrumpo antes:

—Me interesa más la historia que hay detrás de esta pintura.

—Es un chico que conozco. Empecé a pintarlo en una temporada en la que estuvimos viviendo juntos y lo terminé hace unos días. Es la obra que más tiempo me ha llevado, pero me ha costado reflejar todos los detalles que quería que se apreciaran. Él adora el mar, es casi una parte de sí mismo.

—No entiendo el título —admito.

Todos los cuadros de la exposición tienen uno. El de Emily se llama *Amiga*. El de Noel lo ha titulado *Único* y he entendido el significado. Este, en cambio, lo ha denominado *Hogar*.

—Es por algo que me dijo el chico hace tiempo. Un día, entre palabras bonitas y confesiones, me contó todo lo que suponía el mar para él. Me dijo que le transmitía paz y tranquilidad, que era como su hogar. Me habló de ojalás, de sempiternos y de serendipias. De inefables y de palabras que ni siquiera puedo repetir.

—*Mamihlapinatapai* —la ayudo con una sonrisa.

—Sí, justo esa —dice, y sonrío también—. Me enseñó tantas cosas que desconocía, me recordó otras tantas que creía haber perdido. No sé si llegó a saberlo, pero cambió mi forma de ver el mundo. Él no lo diría así, sino más bien

como que abrió compartimentos que habían permanecido cerrados. Fue el primero que conocí de Australia, antes incluso de llegar aquí, y quien más me ha marcado en esta aventura.

»No hubiese sido igual sin él, lo sé. Me llevó tiempo empezar a valorarlo. Y, cuando por fin lo hice, recordé esa conversación sobre el mar. Esa paz que adoras, esa sensación de que la mente se vacía y se apacigua cuando estás en el agua. Me di cuenta de que yo también había tenido esa sensación de calma, de que también siento el hogar cuando contemplo el mar en tu sonrisa.

Ella se ha olvidado del juego cuando ha empezado a tutearme y yo lo he hecho cuando me he lanzado a besarla.

Valeria no es una persona dada a las confesiones de amor ni a las palabras románticas, por eso, al escuchar de sus labios que siente un hogar en mí, no he podido evitarlo. Aún nos queda mucho camino, muchos escollos que salvar. De momento, sé que estamos juntos y estamos bien, y eso es todo lo que necesito por ahora.

Paso el resto de la exposición con los amigos y dejo que Valeria disfrute hablando con posibles clientes y personas interesadas. Hoy es su día y quiero que lo disfrute. Sé que no va a ser el único, que esto es solo el principio de lo que será el resto de su vida y me conformo con que me deje estar ahí para apoyarla y experimentarlo con ella.

—¿Sabes? —me dice, una vez la exposición ha terminado y nos disponemos a ir todos juntos a la playa de Palm Cove—. Ojalá como palabra favorita está bien para algo temporal, para algo pasajero. Cuando lo consigues, cuando sientes que tienes todo lo que siempre has querido, cuando tu vida es tan increíble que no sabes ni cómo expresarlo, ojalá se convierte en inefable.

Vuelvo a besarla. Hoy está tan feliz y radiante que resplandece por sí misma. No entiendo cómo alguien puede querer apagarla, cómo puede desear que se haga pequeña. Valeria es impresionante y, cuanto más brilla, más feliz me hace también a mí.

Epílogo

VALERIA

Estoy tan nerviosa que no puedo dejar de moverme.

Hace tiempo que dejé a un lado la lista de locuras. Tan solo quedaban dos. Una la veía tan improbable que la di por perdida y la otra, la de enamorarme, se puede decir que está en proceso.

—Poneos un poco más a la derecha. Un poco más, un poco más. Ahí, perfecto. Así se ve mejor la luz.

—Todavía no me puedo creer que accediera a esto —murmuro por lo bajo—. Prefiero mil veces el tiburón.

Ryan se ríe y me aprieta la mano para darme apoyo. Aquí estamos, en mitad de la playa de Palm Cove, con un equipo de grabación y nuestros amigos australianos detrás para reírse de nosotros.

Todavía no lo he asimilado, pero vamos a salir en televisión. Se trata de una cadena local de Cairns que ha tenido noticias sobre nuestra *idílica historia de amor* y ha decidido entrevistarnos sobre ella.

Hannah, la reportera, nos sonrío y se coloca a mi derecha. Al menos, es simpática y agradable.

—Van a ser solo unas preguntas, tranquilos —nos comunica—. Tomaos el tiempo que necesitéis e intentad ser naturales. No es en directo, así que luego retocaremos lo que haga falta y podemos repetir las tomas. Empezaremos cuando estéis preparados.

—Ya, podemos empezar ya —digo, solo porque estoy tan alterada que prefiero terminar cuanto antes.

Hannah hace una señal a su cámara para que empiece a grabar, pone su mejor sonrisa superficial y comienza a hablar a cámara:

—Nos hemos desplazado hasta las playas de Palm Cove para hablar con Ryan y Valeria, la pareja de moda en las

redes sociales. Todo empezó el pasado mes de julio, cuando ella contactó con Fly Emirates por Twitter e Instagram para que la ayudaran a encontrar a su chico perdido. Su historia tardó poco tiempo en hacerse viral y, desde entonces, más de seis millones de personas en todo el mundo han seguido casi en directo sus aventuras. Valeria no solo se ha dedicado a buscar a Ryan, sino que ha documentado todo su viaje por Australia, acompañada de su espíritu aventurero, sus amigos, Ryan y una divertida lista de locuras.

Dejo que resuma toda nuestra historia sin dejar de temblar. Ryan entrelaza sus dedos con los míos y siento una paz parecida a la que noto cuando volamos juntos. No necesito que me calme con su voz, a veces un gesto dice más que las palabras. Me gusta lo que estoy descubriendo a su lado. La sencillez de estar con él. Mi vida ha cambiado bastante, pero me gusta cómo es ahora.

Oli vendrá a vivir con nosotros el mes que viene, y eso es lo que más temo, pero es uno de esos miedos buenos. No voy a ser su madre, pero sí tendré responsabilidades con él que espero saber llevar a cabo. Ryan confía en mí y yo lo hago en nosotros. A veces, cuando lo imagino empujando a Oli en el columpio y a mí con Bond entre los brazos, me sorprendo pensando que quizá no sean solo seis meses más, que no pinta tan mal quedarme aquí para siempre. No quiero renunciar a mis amigos ni a mi madre. Mudarme no es olvidarlos, solo es continuar. Siempre vamos a tenernos, aunque sea a miles de kilómetros de distancia. Eso solo haría de nuestras reuniones algo mucho más interesante.

Vuelvo en mí cuando Hannah termina su introducción, con el momento en el que Ryan escribió el *tweet*, y se dirige a nosotros.

—¿Creéis que las redes sociales os han ayudado a poder decir que estáis juntos el día de hoy?

—No —responde él—. Las dos veces nos encontramos por otros motivos y hubiese sido igual con o sin ellas.

—Pero me gusta que haya sido a través de ellas —añado con rapidez—. Nuestros seguidores nos han dado muchas

alegrías.

Desde que volví a Cairns, las he retomado. Ya no soy tan asidua como antes. No tengo tanto tiempo porque ahora dedico aún más al arte, pero sigo buscando momentos. Incluso he llegado a grabar una sesión de pintura para que vean el proceso de creación. Me gusta cuidar a mis seguidores y quiero que se sientan un poco parte de esto. Puede que la mayor parte sea de Ryan y mía, pero ellos también han estado siguiéndonos e interesados desde el principio.

—Creo que todos tenemos curiosidad por saber lo mismo. ¿Qué planes tenéis de futuro? Valeria, sabemos que eres española. ¿Has decidido mudarte aquí? ¿Se mudará Ryan contigo?

—Aún no hemos decidido tan a largo plazo. No queremos esos planes, preferimos improvisar —informo—. De momento, he ampliado mi visado seis meses más. Me gusta la vida que tengo aquí. Quiero seguir descubriéndola.

—Ya hemos visto que te estás dedicando a tus cuadros. Para el que todavía no lo sepa, Valeria realizará otra exposición el mes que viene y no podéis perderosla por nada del mundo. ¿Y tú, Ryan? ¿A qué te estás dedicando?

—Trabajo como monitor en Adventure of Seas —comenta—. Además, hace poco reanudé un antiguo sueño. He restaurado un barco y estoy buscando un equipo de biólogos para salvar animales heridos o en peligro y poder tratarlos.

—Qué bonita labor. Entiendo por qué vuestros seguidores os adoran tanto —suelta Hannah. Después, se vuelve de nuevo hacia la cámara—. Ryan y Valeria son dos jóvenes comprometidos con sus carreras, enamorados tanto el uno del otro como de sus propias pasiones. Comparten sus locuras y sus experiencias por Australia y prefieren vivir el día a día que mirar hacia un futuro que se les antoja lejano. Quién sabe qué será de ellos. Quizá sus aventuras los lleven de vuelta a España, o se queden aquí en Cairns, o en otro lugar. De momento, solo podemos

desearles que sigan igual de enamorados y felices. Eso es todo por aquí. Se despide desde Palm Cove Hannah Matthews.

Agradecimientos

Escribí esta novela hace unos años, justo después de terminar *El cielo en tu mirada*. Hacía poco que había viajado a Australia y me había enamorado tanto de ese país que necesitaba plasmar en páginas lo que vi allí. Ya conocía a Valeria por aquel entonces y me pareció la persona perfecta para que sintiera todo lo que yo sentí. Por supuesto, ella ha vivido otras experiencias diferentes a las mías, aunque hay cosas en común.

Valeria y Ryan han permanecido en un cajón durante años hasta que he encontrado la casa que deseaba para ellos. Por eso, quiero agradecer a Teresa y a Ediciones Kiwi por darles la oportunidad de llegar al mundo, por el cariño que ponen y por la confianza en mí y en la novela.

Gracias también a Lorena, mi compi de sueños y aventuras, de desvelos y comederos de cabeza. Has leído esta historia más veces de las que puedo recordar, la conoces tan bien como yo. El mundo de las letras no sería lo mismo sin ti, ni el mundo en general.

A las chicas que estáis desde siempre: Pilar, Judit, Alhana, Cris... y a las que os vais uniendo poco a poco: Gema, Lu, Cristina, Nuria, Ester, Mónica... Seguro que me dejo alguna, pero vosotras sabéis que os lo agradezco a todas.

A mi familia, tanto la de sangre como la política, que para mí es lo mismo. Por estar siempre ahí, apoyándome con mis libros y con todo en general. Hacen falta más comidas de las nuestras, llenas de risas y cariño. En especial, a Manu, por ser mi compañero de vida y de aventuras, y por regalarme el nuevo ordenador para que pueda seguir escribiendo. No puede faltar en estas líneas Buddy, mi pequeño bebé perruno. Él no sabe leer, pero siempre está presente en mis horas frente al ordenador. Ni Andrea, que, aunque todavía no ha nacido, ha estado

conmigo durante las revisiones y cambios finales. La vida será distinta cuando llegues, pero sé que será mejor.

Por último, gracias a mis compañeras de editorial por el cariño con el que me recibisteis en el grupo y a ti, que tienes esta novela entre las manos, por darle la oportunidad a Valeria, a Ryan y a las locuras que emprenden juntos. Todos deberíamos vivir un poco así, de locura en locura, más preocupados por la felicidad propia que por lo que opinen los demás.